

yo creí



Douglas Hyde



DOUGLAS HYDE

Yo creí

Título de la obra original:
« I BELIEVED »

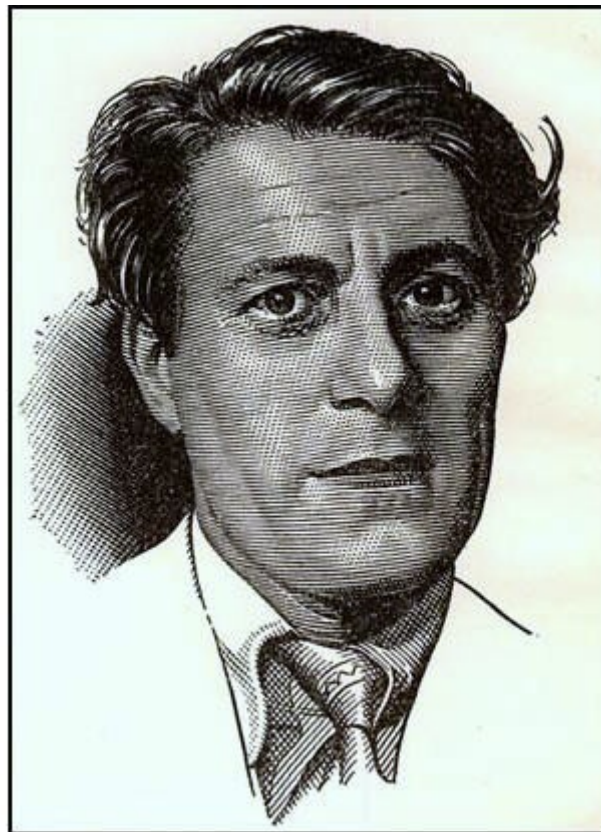
Versión española del
P. RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN, C Ss. R

Primera edición: Abril 1952

ÍNDICE

AL LECTOR ESPAÑOL.....	6
EL JOVEN REVOLUCIONARIO.....	10
DUDAS Y DIFICULTADES.....	18
EL JOVEN PREDICADOR.....	29
EL COMUNISMO EN ACCIÓN.....	37
CRIPTO-COMUNISTA.....	52
LA AYUDA A ESPAÑA.....	63
RESURGEN ANTIGUOS “SLOGANS”.....	73
EN EL "DAILY WORKER".....	89
EMPEÑADOS EN LA DERROTA.....	101
TRABAJANDO POR LA VICTORIA.....	125
DE VUELTA EN EL "WORKER".....	142
ESPÍAS Y CONFESIONES.....	155
HOMBRES DEL PARTIDO.....	163
MUERE LA INTERNACIONAL.....	179
COMPRENDIENDO AL ENEMIGO.....	186
EL SEGUNDO FRENTE.....	199
LOS DOS COMPARTIMENTOS ESTANCOS.....	218
CONFLICTO.....	231
DOS A LA DEFENSIVA.....	242
VIVA LA INTERNACIONAL.....	249

EL CALLEJÓN SIN SALIDA.....	263
LA RUPTURA.....	276
LIBRE DE LA CAMISA DE FUERZA.....	292
EL DIOS QUE NO FRACASÓ.....	308



Douglas Hyde

AL LECTOR ESPAÑOL

El hecho de la conversión es uno de los fenómenos más dignos de tenerse en cuenta, sea que se considere en su sentido de progresión —el propósito que todos los días hacemos de ser mejores—, sea que se atienda al aspecto de cambio o transformación en otra cosa—credo, sistema, modo de vida, conversión.

La acepción corriente de la palabra está limitada al campo moral y religioso. Es aquí, sin duda, donde se operan los grandes cambios. Por eso la palabra conversión tiene un significado tan esencial y privativo. Convertirse es transformarse, nacer a una nueva naturaleza y personalidad. No simplemente un profesar.

La conversión es una consecuencia de la libertad humana y un argumento de la perfectibilidad del hombre. Sólo el hombre puede volver sobre sí mismo para corregirse y vigilarse. Y en definitiva todo lo que es capaz de provocar una reacción o crisis en un hombre, es capaz de provocar también la conversión. Por eso será siempre un fenómeno actual.

Casi siempre la conversión empieza por un estado o fase de inseguridad o insatisfacción, sea ideológica sea de sentimientos. Evoluciona a través de una búsqueda azarosa y atormentada para terminar en el hallazgo, la seguridad, la posesión. El ambiente, la educación, los hombres son factores primordiales en esta carrera hacia la seguridad.

Se equivocaría, no obstante, quien pretendiera ver en la conversión al Catolicismo una decisión provocada por un fracaso en las ideas o los sentimientos. O si se quiere, un acto del buen sentido que busca la seguridad y la armonía del conjunto en nuestro mundo. No. La conversión tiene una razón y una causa más profunda y no se puede comparar al acto del que abraza el comunismo, aun cuando esté convencido de él intelectual y sentimentalmente.

Tenemos que admitir un factor absoluto y decisivo en la conversión al Catolicismo. Una realidad que ilumina y mueve a abrazar la gracia de Dios. Dios ha hablado y ha intervenido —directa o indirectamente— en la vida de ese hombre, provocando una crisis,

una reacción que ha terminado en la conversión. Por eso es tan interesante una conversión.

Importa, pues, hacer resaltar el valor apologético de la conversión al Catolicismo. Mas, si cabe, en este momento concreto. Desde los primeros días de la Iglesia se vio así, ya que se esgrimió como argumento de la superioridad del cristianismo sobre el mundo ambiente al que era capaz de transformar. Las primeras apologías explotaron el hecho con éxito. Los siglos posteriores no han hecho más que desarrollar este argumento inicial.

En efecto, el cambio de una vida, su transformación completa en algo distinto y contrario supone la existencia de una *vis* sobrenatural que se manifiesta en y a través de la Iglesia. Y la permanencia ejemplar en eso que se ha abrazado no es más que el sello de esa presencia de lo sobrenatural.

Quizá no sea exagerado decir que el argumento más eficaz a favor de la divinidad de la Iglesia en el momento presente sea la fuerza que aún conserva para atraer al elemento más representativo de los hombres. No sé si los apologistas dan el relieve que merece al hecho de las conversiones contemporáneas para sacar de él todo el valor. Pero es cierto que el hecho se impone con una fuerza aplastante. Ni aminora su valor la circunstancia de hallarnos en el momento de las retractaciones, de las confesiones en público, de los contagios a favor de una idea o un ambiente, o simplemente del éxito fácil que la literatura autobiográfica sigue teniendo. Esto no lo explica todo. Como no lo explica todo la explicación a base de los fracasos en política o sistemas sociales, la crisis en filosofía, progresos, etc. La causa es más profunda.

La conversión —como hecho constante, acentuado a mediados del siglo pasado y característico del nuestro— se ha de ver a través de un prisma diferente para encontrar su causa. Son los mismos convertidos testigos presenciales de la *metanoia* que se ha operado en ellos, quienes se han adelantado a declarar la existencia de esa *vis* que les ha ido dirigiendo hasta derribarlas. Por eso la mejor apología de la Iglesia de hoy —la Mater Ecclesia de siempre— es el testimonio abierto de los hombres que vuelven. La sinceridad es su rasgo característico, ofreciéndonos así una garantía para ser creídos. Garantía apoyada en la autoridad de aquellos que, obedeciendo a un estímulo de lo más noble que había en ellos,

supieron prescindir de la cultura, de la carrera, de la posición, del interés para volver a nacer. Ya San Agustín intuyó en sus Confesiones el valor del testimonio de estos hombres representativos de la especie.

* * *

Al publicar ahora una biografía de convertido y presentarla al público español, creemos hacer verdadera labor de apologista. No es que en España sea algo exótico y extraño tal clase de literatura. Newman, Chesterton, Ratisbone, Psíchary y otros muchos han contado en español sus experiencias y luchas religiosas. En el transcurso de este decenio último han aparecido dos libros, reveladores, hasta cierto punto, del gran movimiento de conversiones a la Iglesia. Digo hasta cierto punto ya que no recogen, ni pueden recoger, todos los nombres ni llegar hasta el anónimo.

Los tales libros son HOMBRES QUE VUELVEN A LA IGLESIA, de Severin Lamping ⁽¹⁾, que recoge los convertidos más destacados desde principios de siglo hasta la última guerra. Quiere dar una idea de conjunto del movimiento de conversiones, presentando una o varias figuras de cada nación, de cualquier credo religioso o político. Y EL CAMINO DE DAMASCO, de John O'Brien ⁽²⁾, de carácter más restringido, pues se limita a los convertidos del mundo anglo-americano. Este último ofrece la particularidad de presentar algunos de los resultados de la pasada contienda con su repercusión sobre las conciencias.

La oportunidad de tal literatura se echa de ver ahora que nuestro catolicismo indiscutido y espontáneo se empieza a poner en duda hasta arrancar la defección. El argumento directo ha de ser este testimonio de los que vuelven —la mayoría del protestantismo—. Su venida a nosotros no sólo es un argumento a nuestro favor, sino que de rechazo nos muestra un edificio en ruinas en todos sus

¹ Severin Lamping: HOMBRES QUE VUELVEN A LA IGLESIA, Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. Madrid, 1945. Versión española de Valentín Yebra.

² John O'Brien: EL CAMINO ce DAMASCO. Ediciones Studium de Cultura. Madrid, 1951. Versión española del P. Rodríguez-Santidrián. C. Ss. R.

aspectos: teológico, moral, de organización, pastoral, etc. Hasta tal punto, que hablar de protestantismo carece de sentido, ya que la palabra puede significar lo que uno quiera.

Es necesario además prepararnos para contrarrestar y su-pecar un ambiente que nos domina y que bajo diversas formas tiende a despersonalizar y atenuar nuestro catolicismo, sea en su aspecto teológico sea en su programa de acción. Es más urgente que nunca presentar nuestro catolicismo tal cual es y tal como lo han visto los que han nacido a él. Y también —por qué no— es urgente crear una atmósfera de catolicismo en la que todos nos sintamos universales, los hijos de la única Iglesia histórica,

Al gran número de los que vuelven se suma hoy Douglas Hyde. Su presencia en nuestras filas es de un valor altísimo. Su autobiografía es uno de los documentos más característicos de la postguerra.

La crisis de Douglas Hyde como comunista ha sido provocada por la inconsistencia del comunismo en su estructura ideológica y sobre todo por las consecuencias de orden moral y social que lleva consigo. Nadie como Hyde, en veinte años de contacto y desde un punto privilegiado, ha podido comprobar lo que el comunismo da de sí como sistema y como vida. Por eso el libro de Douglas Hyde es en extremo revelador. No se le puede tachar de traidor al comunismo, pues ha sido éste quien ha dejado antes a Hyde. El desenvolvimiento que día tras día ha ido sufriendo el comunismo a la vista de Hyde, la conducía observada por los líderes comunistas y los móviles de sus campañas fueron formando en él esa inquietud, esa preocupación alarmante que no podía calmar el sentimiento de sentirse trabajando en pro de una gran empresa, el ansia de justicia social que le llevara a militar en sus filas.

Al público español corresponde ahora saber valorar el esfuerzo que supone la decisión y la obra de su autor. Así lo esperamos.

Barcelona, noviembre 1951.

P. RODRIGLIEZ-SANTIDRLAN, C. Ss. R.

CAPÍTULO 1

EL JOVEN REVOLUCIONARIO

Bristol era la ciudad de las montañas. Montes, viejos edificios y barcos que entraban hasta el mismo centro de la población, trayendo consigo el olor del mar, los recuerdos de piratas y negreros y los días de grandeza ciudadana.

Pero los mástiles de los barcos que yo conocí de joven ya no riman en el centro de la ciudad con los hilos de los tranvías que entonces cruzaban el puente de San Agustín. Los grandes barcos atracan ahora en la desembocadura del Avon, allá abajo donde éste se junta con el Canal de Brístol y los tranvías han sido arrinconados como chatarra. Muchos de los viejos edificios han desaparecido también, arrasados por los bombarderos de Hitler, aunque la ciudad de las Mil Torres puede todavía vanagloriarse, como la que más, de sus joyas medievales. Y las montañas quedan en pie y quedarán hasta que algún loco invente algo más destructor que la bomba de hidrógeno.

Es fama que una de las montañas, al menos, fue un volcán en tiempos pasados, pero los ciudadanos de Bristol no tienen miedo a una posible vuelta a las peligrosas explosiones de otras épocas.

Mucho más volcánica, a su modo, era en mis años jóvenes una colina vecina, coronada por una gran explanada verde. Tenía el nombre de Downs.

En Downs casi todas las noches se encontraban oradores de los partidos conservador, liberal, laborista y comunista, anglicanos de la "alta" y "baja" Iglesia, respetables no conformistas celebrando sus cultos en capillas, y otros menos respetables que llevaban pancartas proclamando que de Dios no se mofa nadie y que cantaban himnos exaltados al compás de un armónium estridente. Cualquiera noche, después de caer las sombras y disolverse los mítines, uno podía oír igualmente a un mismo tiempo las tonadas de "Land of

Hope and Glory", "England Arise", "Abide with me" y "Shall We Gather At The River?". Y la "Internacional". Siempre la "Internacional".

Sobre el Downs se libraban batallas de orden espiritual e intelectual. Y no mucho más lejos, detrás de las empalizadas de arbustos, se dieron otras batallas entre los muchachos que habían aceptado el espíritu y las costumbres de la época y los jóvenes que tenían la cabeza a pájaros. Fue el primer decenio irresponsable, estúpido e innoble de los años entre las dos guerras.

A lo largo de la carretera que rodea tal campo de batalla se movía una densa e infatigable multitud. Había motociclistas a cuyas espaldas se adherían con fuerza las rodillas rosadas de jóvenes coquetas. Los hombres competían entre sí pedaleando las bicicletas y encontrando aún tiempo para flirtear en el camino. Los despreocupados y vanidosos paseantes salían a centenares al anochecer. En su camino encontraban la Escollera, hermoso rincón de cita donde paseaban los domingos por la tarde los habitantes de los suburbios respetables del pie del Downs.

Mirando desde la Escollera hacia el oeste se veían las montañas de Gales, de un tono azul-gris en el horizonte, al otro lado del Canal de Bristol. Al sudoeste se veía el sol de Somerset sumergirse victorioso en el mar, enviando un viento fresco como mensajero de la noche para avisar a los ligeros de ropa. Al fondo que se abría delante y al pie de los acantilados de trescientos pies que desaparecían en el río, se veía la nueva entrada al puerto, que unía las dársenas de la desembocadura del Avon con el puerto de la ciudad, y a su lado los más recientes y duros campos de tenis.

A la Escollera subía otra procesión, no de alegres, sino de derrotados y arruinados pequeños comerciantes, heridos por la común crisis económica y los juegos sucios de los grandes negocios, así como de gente sin trabajo que no tenía nada que perder ni ganar.

Se arrojaban de la Escollera con tanta frecuencia, que el Bristol suburbano comenzó a inquietarse, y los reporteros, con un sentido acertado de las noticias, comunicaron a los impresores: "Sólo un párrafo y un breve título; uno más que se ha tirado."

En cierta ocasión, cuatro obreros sin trabajo juntaron el dinero que tenían y alquilaron un coche viejo: después se lanzaron por la

balaustrada y los acantilados, siendo causa de que los periódicos se ocuparan por algún tiempo de la Escollera.

Pero el acomodado vecindario del distrito en que yo vivía se sentía lo bastante seguro en su desahogo y nada les hacía salir de su confort, a no ser el canto de los mineros sin trabajo de Gales, que cantaban incesantemente en la calle, para pedir dinero, el inevitable "Cwn Rhondda", "Pan del Cielo, aliméntame hasta que no te necesite". Después, por la noche, formando pequeños grupos en el Downs, los jóvenes mineros se juntaban con los comunistas del lugar para cantar: "Mira y reza, aliméntate de hierba, que cuando mueras tendrás una empanada en el cielo."

Cierto día, un negro, impecablemente vestido, atravesó el Downs con una maleta en una mano y una mesita plegada de bambú en la otra. Se paró un momento en la entrada del "Spouters Corner", puso en el suelo su mercancía y miró en derredor, limpiándose el sudor que caía de su frente, con un pañuelo que parecía extremadamente blanco al contrastar con lo negro de su piel.

Escogió un lugar adecuado a su propósito y después hizo graciosamente unas piruetas un poco más allá de un pequeño grupo de personas que cantaban himnos de exaltación, en torno a un armonio.

Poco a poco y deliberadamente desplegó la mesita de bambú. Quitó después la cuerda que rodeaba la maleta, sacó de ella un tapete blanco y lo extendió sobre la mesa. Seguidamente apareció una serie de cajitas que fue colocando en curiosos montoncitos.

Un grupo de jóvenes mineros del Sur de Gales se adelantó, curioso de ver lo que iba a pasar. Lo mismo hicieron los oyentes de los diversos mítines religiosos y políticos diseminados sobre el pasto de los alrededores.

Apareció una patrulla de policías con su sargento e inspector. El negro les dedicó una mirada despectiva y se puso a desplegar sus mercancías con el mismo cuidado que un profesional dedicada a sus escaparates del West End.

Cuando el público fue lo bastante numeroso para su intento, comenzó a dirigirse a él con una sonrisa amplia y confidencial. "La semana pasada —dijo— me prohibió la policía venderles a ustedes

mi callicida, pues la ley prohíbe vender mercancías en Downs los domingos.

"Pero no puede impedir que la gente compre periódicos los domingos, pues se venden en cualquier esquina. Ahora bien, yo les vendo a ustedes esto —y les mostró una pequeña cuartilla de muestra de papel de envolver— por un chelín y tres peniques y les doy el callicida mejor del inundo, imposible de conseguir en otra parte, que envuelvo en el papel."

El público dudaba escépticamente, pero él seguía animando: "Adelante, sin miedo; la policía no les hará nada ni a ustedes ni a mí."

Cuando el primer comprador se adelantaba, dinero en mano, avanzó también un policía. "Basta, recoge tus bártulos y vete", ordenó. El negro se le quedó mirando un momento, como queriendo resistir o replicar, pero el inspector repitió su orden, esta vez más duramente.

El vendedor del callicida dudaba; después, cabizbajo, comenzó a meter sus cajas, las cuartillas del papel de muestra y el tapete blanco en la amplia y baqueteada maleta. Cuando hubo plegado su mesita de bambú, los últimos del círculo hablan vuelto ya a sus respectivos mítines.

Aquellos mítines del Downs de Bristol me han atraído durante muchos años, más aún, desde que era niño. Desde mi casa situada al pie del Downs podía vagar por la Escollera o explorar las tupidas vertientes que bajaban hasta las orillas del Avon. Conocía aquel terreno palmo a palmo y lo amaba grandemente.

Pero casi siempre tenía que terminar en los "mítines", yendo de uno a otro, oyendo a maniáticos que vendían medicinas sociales, políticas y espirituales, como aquellos hábiles curanderos que pasaban su vida persuadiendo al público a comprar las medicinas infalibles para todas las enfermedades del cuerpo humano.

Entre estos últimos había un hombre cuyo disco conocía de memoria. Exhibía una botella con polvos blancos, afirmando ser la parte que había quedado del agua de los manantiales de la vecina villa de Bath, evaporada en su casa.

"Les presento a ustedes —decía a sus oyentes— las saladales aguas de Bath, hasta aquí prerrogativa exclusiva de los ricos

holgazanes, ofrecidas ahora por primera vez a los hombres y mujeres corrientes, y que todos pueden conseguir nada más que por un chelín y seis peniques por botella."

También aprendí la perorata del viejo Harry Whitchurch, propagandista septuagenario del Partido Laborista Independiente, curandero de las sociedades enfermas. Retrotraía a sus oyentes a los tiempos de su padre que vivió en los días de hambre de 1840, o a su propia juventud: a Keir Hardie, a los Clarionistas y a Robert Blathford, haciéndoles sentir que fueron verdaderos gigantes de la tierra en aquellos días del movimiento socialista.

Cuando estaba lo suficientemente animado lanzaba la gorra al aire con un gesto magnífico, para cogerla de nuevo con gran complacencia del público. Después cerraba su charla con un verso de Edward Carpenter, o, de pie, con la cabeza descubierta e inclinada, recitaba su verso favorito de John Masefield: "Not the ruler for me, but the ranker, the tramp of the road..."⁽³⁾

Pero no fui a oír a Harry Whitchurch aquella noche en que el negro pensó poder burlar el derecho inglés, sino a una multitud en medio de la cual había un hombre extraño que hablaba de los días tumultuosos de la Huelga General, que tantas esperanzas y pasiones había levantado en 1926, precisamente dos años antes.

Nos recordó que, como en tantas refriegas del mismo género, había habido también en ésta sus víctimas y sus mártires. Cuando los hombres fueron enviados a la cárcel a causa de sus actividades durante la huelga —nos dijo— había sido su organización la que había mantenido a sus familias y había favorecido a los "héroes de la lucha de clases".

La Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases —afirmaba— había luchado en todo el mundo para evitar la muerte vergonzosa de Sacco y Vanzetti, dos emigrados italianos, enviados a la silla eléctrica en América el verano anterior, después de los años pasados en la cárcel aguardando el desenlace.

Cuando hablaba, recordaba yo aquel día de agosto de 1927 en que los periódicos habían anunciado que dos pacíficos anarquistas iban a morir. Hablaron de bombas que habían explotado a la puerta de las embajadas de los Estados Unidos en varias partes del mundo.

³ No quiero jefes, sino subordinados. sencillos vagabundos de los caminos... (T.)

Anunciaron que muchos más de tales incidentes habían de coincidir con sus muertes.

Durante años, a pesar de ser apenas un muchacho, había seguido su caso en la prensa diaria. Mi indignación ante el trato de que fueron objeto había ido aumentando invariablemente en los últimos años de mi infancia y había seguido el curso de sus numerosos juicios con creciente indignación e ira,

En las conversaciones con los izquierdistas que frecuentaban los mítines de Downs había oído hablar del "depósito de bombas" establecido en el viejo Horsefair, en la parte baja de la ciudad. Estaba dispuesto a ponerme en marcha, resuelto a hacerme con una bomba y a manifestar mi protesta ante el consulado. Estaba dispuesto, si era necesario, a volar con el edificio que ostentaba la bandera americana.

El joven de dieciséis años de los suburbios sintió enfriarse sus entusiasmos un tanto decepcionado cuando se dio cuenta de que las bombas vendidas en el miserable almacén existían solamente en los periódicos, al amparo de la literatura comunista.

Con todo, aprendí de memoria las palabras que Vanzetti había escrito después de escuchar su sentencia de muerte:

"Si yo no hubiera nacido para estas cosas, habría pasado mi vida hablando en las esquinas de las calles a hombres que me despreciaban. Habría muerto sin ser notado, desconocido, fracasado. Pero ahora no somos fracasados. Ésta es nuestra carrera y nuestro triunfo. Nunca a lo largo de nuestra vida podíamos haber esperado hacer tal obra en pro de la tolerancia, de la justicia, de la comprensión del hombre por sus semejantes, como lo hacemos con este accidente. Nuestras palabras —nuestras vidas—, nuestros sufrimientos no son nada. El dar nuestras vidas —vidas de un buen zapatero y de un pobre revendedor de pescado— ¡es todo! Este último momento nos pertenece, esta agonía es nuestro triunfo."

Cuando el orador cesó de hablar y bajó de su plataforma ambulante, ya había vuelto yo otra vez a la realidad presente, La multitud se dispersó y sólo quedaron algunos corrillos de adeptos, algunos de los cuales yo conocía ligeramente, comentando la reunión, confrontando el número de revistas y periódicos vendidos, especulando sobre el resultado, si es que lo hubo, del mitin. Avance a través de ellos y pregunte al orador si podía agregarme a su

organización. Escribió mi nombre, tomó mi suscripción y me dio la dirección del secretario local con quien debería estar en contacto.

Llegué a casa orgulloso de pertenecer a una organización que yo sentía estaba luchando tan franca y conscientemente en pro del despreciado y abandonado. Durante la cena comuniqué a mis padres que era miembro de la Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases.

"No quiero oír hablar de que tomas parte en la lucha de clases —dijo mi padre—, eso me huele a comunista." A lo cual respondí que no me importaba su naturaleza, si estaba haciendo el bien.

No debía esperar simpatía alguna de parte de mis padres por nada que sonara a comunismo. Políticamente —esto es comprensible—, desde el momento en que mi padre era miembro activo de la Asociación Liberal del West Bristol, y que mi madre también lo apoyaba. Por razones sociales también habrían reaccionado en contra. La casa en que vivíamos por esta época era bastante modesta, pero al menos era nuestra. El vecindario era respetable y durante mi niñez corrió la voz de que estaba llamado a ser un "pequeño gentleman". Se apoyaban, sin duda, en la moda de entonces de llevar un cuello alto, molesto y sofocante por encima de las americanas, y, en verano, sombreros de paja o "boaters", como mis padres preferían llamarlos.

La primera vez que nos compraron sombreros de paja, mi hermano y yo protestamos. Lo llevábamos por obediencia los domingos por la tarde y solamente hasta el lugar de la carretera en que nos perdían de vista. Después, al llegar a Downs, los lanzábamos dando vueltas al aire. El resto de la tarde lo empleábamos en cazar mariposas y escarabajos. Nuestra colección, sujeta con alfileres en cajas viejas de zapatos, aumentaba considerablemente. Cuando volvíamos, los sombreros habían perdido las alas. Pero a fin de cuentas, eran nuestros padres quienes pagaban, y nuevos sombreros eran comprados y llevados el verano siguiente.

Nuestra casa, en una palabra, era la de un modesto burgués con recuerdos de días más gloriosos que habían desaparecido y que podrían volver, no obstante, si la industria, la economía y una arraigada fe en un Dios bienhechor podían hacer algo por ella.

La fe religiosa de mis padres era la única cosa que les hacía revolverse ante la idea del comunismo, tanto por su ateísmo como

por su fe en la violencia. El no conformismo daba sentido a toda su existencia y se esforzaban por llevarlo a la práctica en su vida personal, en la educación de sus hijos y en sus relaciones con los demás. Y, si a medida que íbamos creciendo, mi hermano, mi hermana y yo nos rebelábamos contra lo que nosotros llamábamos estrechez asfixiante, nunca se nos ocurrió dudar de su completa sinceridad.

Era natural que en un hogar así hubiera tan poco entusiasmo por la Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases.

Pero para mí el hecho de alistarme a la "Icky Wappa, como sus miembros llamaban a la Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases, representaba el paso definitivo en un proceso que había de durar algún tiempo. Por espacio de algunas semanas había estado en contacto con gente que sabía o sospechaba era comunista, pero era la primera vez que me unía a una de sus organizaciones. Y no dejaba de ser un paso de cierta importancia, pues, al mismo tiempo, estaba estudiando Teología con el propósito de ir mas tarde a la India como misionero.

CAPÍTULO II

DUDAS Y DIFICULTADES

Hacia solamente unos pocos meses que había comenzado mis estudios de Teología, pero las cosas se me presentaron tan difíciles que incluso llegué a preguntarme si llevaría algún día el hábito clerical.

Lo que en los círculos no conformistas se conoce con el nombre de "vocación a la predicación", se me apareció poco después de la muerte de mi hermano, en la víspera de sus veintiún años.

Hasta entonces la idea de mi entrada en el Ministerio no se le había ocurrido a nadie, y mucho menos a mí. A los trece años, como muchacho moderno, me había llamado a mí mismo agnóstico. Los profesores de la Escuela Dominical, que daban las clases superiores en la capilla del lugar, eran en mayoría estudiantes de la Universidad de Bristol; muchos de ellos aspiraban al profesorado y, en consecuencia, les satisfacía poder ejercitarse un poco.

Cuando manifesté mis primeras dudas sobre la historia de la Creación y también sobre la existencia de Dios, el estudiante que me enseñaba los domingos me sugirió que debía leer el *Origen de las Especies*, de Darwin. Si él creyó que esto me confirmaría en mis dudas o me fortalecería en mi cristianismo, es cosa que aún no he podido aclarar.

De todos modos, el resultado fue que después de estudiar el *Origen de las Especies*, seguido del *Origen del Hombre*, sentí que ya estaba provisto de una explicación para todo lo visible e invisible; me proclamé orgullosamente a mí mismo descendiente del mono y, siguiendo la sugerencia de mi maestro de la Escuela Dominical, procedí a escribir y recitar en la clase un artículo sobre la cuestión en conjunto. Debo llamar la atención sobre el tiempo desproporcionado que dediqué al argumento de Darwin sobre la cantidad de flores de

un área determinada condicionada por el número de ratones de campo residentes allí. No existía contradicción alguna con el moderno noconformismo en la dirección investigadora a que mi maestro de la Escuela Dominical me había lanzado, pero el resultado fue que aquel escepticismo de niño pasó lógicamente a la adolescencia.

Cuando, poco después de cumplir los diecisiete años, me vino la "Vocación", yo era ya, por tanto, un agnóstico con veteranía de cuatro años. La "Vocación" fue en su mayor parte sentimental. Infeliz de mí, había absorbido mi agnosticismo sin parar mientes en sus consecuencias. Ahora, la muerte de mi único hermano las había traído a casa de una manera trágica y práctica, para mí al menos.

Para llegar a Ministro era menester primero ser un predicador seglar. Lo cual significa tener que ejercitar actividades prácticas, tales como aprender a dirigir el servicio y estudiar los elementos de Teología para prepararme a pasar el examen ante mi predicador local.

Ambas cosas tenía que hacerlas en mi tiempo libre, pues yo era ya aprendiz de dentista, que trabajaba en un pequeño taller donde estábamos especializados en la preparación de material para maxilares rotos, maxilares artificiales destinados a los que los habían perdido en la guerra, tubos de metal para los casos de cáncer en la garganta, y una serie de otros recordatorios prácticos de la insensatez y mortalidad del hombre.

Antes de dirigir mi primer servicio metodista, se decidió que una buena manera de comenzar sería dirigir por una noche el rezo de los viernes de cada semana —uno de los pocos que habían sobrevivido desde los días en que tales reuniones eran la savia verdaderamente necesaria de las devociones evangélicas.

La costumbre normal era que alguien, ordinariamente un predicador seglar, abriese el servicio con una corta y edificante plática, después de la cual los presentes se entregaban a oraciones extemporáneas. En aquel entonces estaba yo dedicado, con notable entusiasmo, a la lectura de un libro que intentaba aplicar la psicología moderna a la práctica cristiana, y así, al preparar mi pequeña plática para la ocasión, basé mis notas sobre las ideas surgidas de lo que había leído.

Los concurrentes eran ocho o nueve hombres y mujeres ancianos, el más joven de los cuales tenía probablemente como mínimo quince años más que mi padre. La edad promedio rayaría entre los sesenta y ocho a setenta años. Representaban la incondicional e insobornable vieja guardia del metodismo local. Temeroso ante la solemnidad del momento, tan acobardado que no podía dominar el visible temblar de mis piernas, pronuncié mi pequeña plática sobre psicología al servicio del alma. Me halagaba a mi mismo con el pensamiento de que la plática pudo ser mala, pero en última instancia resultó buena, material, útil.

Cuando terminé y al ir a ponernos de rodillas, un octogenario de barba blanca, calvo y de aspecto austero, comenzó la primera oración, con voz cascada que no disimulaba la ira, comenzó: "Gracias te damos, oh Señor, por no necesitar de ninguna psicología, ni sociología, ni ninguna otra "ología" que nos lleve al trono de la Gracia, sino la sangre redentora de tu Hijo Jesús, Señor nuestro, Amén."

Pronunció el "Amén" con furia tan evidente, que se vio claro que lo que quería significar con ello era esto: "Ahora pon esto en tu pipa y fúmatelo."

Quedé plenamente convencido de que por lo que a la vieja guardia se refería, yo había fracasado en toda la línea.

Pronto me enviaron fuera, en compañía de un predicador seglar, un corredor de comercio ya mayor, a dirigir el servicio matutino del domingo en una pequeña capilla del campo con tejado de cinc. Él predicó el sermón, haciendo yo el resto. Cuando el servicio hubo terminado, me dijo que lo había hecho bien, me dio algunos amistosos y útiles consejos y terminó diciendo que al día siguiente pensaba enviar una nota al Ministro Superintendente.

Dos días más tarde un detective preguntó por mí en mi puesto de trabajo y me preguntó si podía confirmar que una carta, que me mostró, se refería a mí. Así lo hice, y entonces me declaró que dicha carta había sido hallada en el bolsillo de un hombre anciano, cuyo cadáver había sido encontrado en un río. Era mi predicador local, a quien habían identificado por una carta sin destinatario que contenía la nota sobre mi servicio, que había intentado enviar al Ministro Superintendente. Mi misión parecía tener un comienzo trágico.

A pesar de esto, pronto me encontré predicando mi primer sermón, recorriendo después semana tras semana las capillas de la región, siendo conocido con el nombre de "el joven predicador". Pronto empecé a tener serias dudas sobre la teología que encontré en mis libros de texto. El Ministro metodista del lugar, que me instruía, me dijo que estas dudas eran del todo normales y me aconsejó que no me preocupara por ellas.

Mis primeros estudios fueron sobre los orígenes y la historia metodistas, encontrando a ambos interesantes y estimulantes. La claridad y carácter apostólico de John Wesley me atraía como algo cuya utilidad fue innegable en su día. Había actuado sobre una generación —así pensaba yo— que necesitaba ese mensaje y que respondió a él. Wesley tenía a la vez fuego y visión. Vio una necesidad espiritual y se dio a calmarla. Fue un heterodoxo en sus métodos, intransigente con los señoritos y los satisfechos. Pero me daba la impresión que las suyas no eran las características que necesitaba el siglo veinte.

A la mayoría de aquellos a quienes conocía les faltaba algo así como toda suerte de acercamiento crítico a sus vidas. Recelaban de los cambios y de quienes las necesitaban. En su suburbio del West Bristol vivían una vida retirada, confortable y alejada del mundo que les rodeaba.

Recordaba cómo, cuando en cierta ocasión solemne tuvimos un predicador cuyo sermón se destacó por su pasión y vigor, oí decir a una viuda vieja cuando salía por la puerta de la capilla: "Este sermón no me ha parecido gran cosa y no me ha proporcionado ningún consuelo." La frase se grabó profundamente en mi memoria porque parecía resumir la actitud de muchos. Habiendo apurado a través de su inútil existencia el confort material de que disfrutaban durante la semana, iban a la capilla el domingo para obtener asimismo su parte de confort espiritual.

La suya era una religión personal interna que tenía poco o nada que decir sobre la injusticia social o sobre un mundo en crisis. Era personal en el sentido de que existían muchos "impasibles" que se imponían a sí mismos y que habían llegado a considerar como los pecados más mortíferos. Para esta respetable gente no había ocasión para blasfemar, cometer adulterio, asesinato o robo. Tales pecados necesitan pasión, o, si se quiere, humanidad. Posiblemente

en los negocios que desarrollaban con éxito durante la semana, podían cometer robo por medios legítimos o asesinar lentamente por hambre, pero tales sofismas estaban fuera de su comprensión.

Y de esta manera, no siendo ninguno de los diez Mandamientos vulnerable para ellos, crearon otros nuevos, que igualmente podían guardar sin dificultad mayor. Ser tolerantes en "la bebida en abundancia", pintar la casa o escardar el jardín en domingo, ir al teatro o al salón de baile, eran conceptuados como los mayores pecados. Éstos eran los refrenamientos acerca de los cuales tanto había oído hablar siendo niño en la capilla y en la Escuela Dominical. Ser "bueno" era vivir sin hacer ninguna de estas cosas. Ser "malo" equivalía a hacerlas.

Pero cuando estudié a fondo mis libros de Teología no pude encontrar autoridad alguna que apoyara las cosas que tantas veces había oído. La Teología no tenía nada que decir sobre ellas. No había nacido de la ley moral ni de la divina revelación, sino de la campaña primera de Wesley, en la que él había inculcado frugalidad a los empobrecidos aldeanos, temperancia a los mineros intemperantes y una necesidad de observar el sábado a una generación para la cual esto representaba poco o nada.

La religión que yo había conocido fue esencialmente la de un Cristianismo a base de la "Biblia", aun cuando ni la Biblia ni los libros de texto apoyaban a las cosas que habían llegado a considerarse como esenciales.

En la práctica tampoco parecían tener más autoridad estas cosas. "Hay dos puntos de vista sobre la mayor parte de estas cosas en la actualidad", me dijo el Ministro de la capilla, "y unos creen una cosa y otros otra". La alta crítica les había desposeído de su certeza y había dejado pocas cosas en su lugar. Yo podía dudar de la resurrección de los muertos, tener dudas sobre los milagros, tener una concepción casi unitaria sobre la cuestión de la Trinidad, creer que ante todo y sobre todo Cristo era solamente el hombre ideal, el gran ejemplo, y el Hijo de Dios solamente en el sentido de que todos somos hijos de Dios, y con esto llegar a ser ministro metodista.

Pero si apostase un chelín sobre un caballo, me hubiesen visto entrar en la taberna o pasar la tarde del domingo segando el prado o pintando la puerta del jardín, nunca habría entrado seguramente en el Ministerio. Sucedió, pues, que nunca tuve el deseo de hacer tales

cosas, pero el sentido de los valores me parecía equivocado, cuando no del todo desequilibrado,

Yo esperaba dos cosas de mi religión: Que se preocupara del mundo en torno al cual vivía con todos aquellos abusos sociales y múltiples injusticias de todo lo cual estaba yo enterado, casi demasiado, y, además, que sostuviese mi vida interior. Pero en la forma en que la conocía, no me satisfizo en ningún aspecto.

En el Downs encontré mineros de Gales sin trabajo, que me hablaron de la pobreza y paro forzoso en los valles del otro lado del Canal de Bristol, de donde ellos venían. Sus grupos que subían y bajaban por la carretera en que yo vivía se habían convertido en una cosa normal de la vida. Pero no parecía existir mensaje para ellos.

Los heridos de guerra estaban también por todas partes. Recordaba vivamente el período de 1914 a 1918. Recordaba de una manera particular las ambulancias sin fin que día tras día pasaban junto a mi casa en dirección al Hospital de Southmead. Nosotros les alentábamos cuando pasaban. Algunas veces los que iban dentro hacían señas visiblemente agradecidos. Otras, no tenían brazos para hacer señas y a falta de ellos las hacían con los pies. A veces ni siquiera manos ni pies tenían.

Recordaba, en particular, de una manera que aun físicamente me pone enfermo, haber visto descargar a un hombre de un tren y meterlo en una ambulancia. Había viajado dentro de una caja para evitar el menor choque contra su magullado cuerpo, y el pensar en su sufrimiento me mantuvo despierto durante toda la noche.

Recordaba asimismo cómo mi hermano y yo habíamos encontrado el cuerpo de un hombre colgando de la hiedra de nuestro árbol favorito, junto al cual nos habíamos sentado durante muchas horas, leyendo nuestros libros. Se había ahorcado él mismo, según se descubrió, para no tener que ir a filas.

Ahora se encontraban heridos de guerra por todas partes. Erraban por las aceras de las calles vendiendo cerillas. Ciegos como estaban se agrupaban en cuadrillas: apoyándose cada uno en las espaldas del otro recorrían las calles formando una fila, tocando instrumentos musicales. Y finalmente, uno tras otro llamaban a las puertas con la esperanza de poder vender papel de escribir, cepillos, tomillo, cerillas, alfileres o algodón. Y tampoco allí parecía existir

mensaje para ellos, ni nada que decir sobre el pavoroso problema de la guerra.

¿Por qué no podemos hacer algo por los parados? ¿Por qué los cristianos no hacen algo para atajar el problema de la pobreza? ¿Por qué no toman una postura eficaz contra la guerra y comienzan seriamente a intentar evitar otra?, preguntaba yo una y otra vez, no hallando respuesta satisfactoria.

Asistí a los oficios de otras sectas para ver si era precisamente el metodismo el que estaba en el error. Lo probé todo, desde los Hermanos de Plymouth hasta los Cuáqueros, colocados ambos en los dos extremos de la escala emocional. Los Cuáqueros parecían tener algo, pero no me bastaba.

Entonces, de una manera extraña, comencé una nueva trayectoria en mi investigación ayudado por un hombre sin interés ninguno por las cuestiones sociales. Asistía a nuestra capilla y tomaba parte activa en las discusiones, característica de una clase para hombres a la que yo asistía los domingos por la mañana.

Era un místico. La vida interior era lo único que le interesaba. Se había empapado de las antiguas religiones orientales y estaba adentrándose también en las nuevas religiones de Occidente. Ciencia Cristiana, Teosofía y varios otros cultos místicos de menor importancia.

El Metodismo —me dijo— nunca llegaría a satisfacerme. No era bastante profundo. Dijo que el único evangelio del Nuevo Testamento que le atraía de verdad era el de San Juan. Él se sentía más feliz con el Mahâbhârata y los Vedantas, de los cuales me prestó ejemplares. Los estudié esperando poder llegar a alguna síntesis que, conservando lo esencial del pensamiento cristiano no desdeñase tampoco lo mejor de todas las demás religiones. Creo que en el subconsciente deseaba poder escapar a la preocupación por las cuestiones sociales que amenazaban mi vida religiosa toda. Estudié las obras de los modernos pensadores hindúes. La traducción de Annie Besant del Bhagavad-Gita y el poema de Sir Edwin Arnold, basado también sobre el Gita, llegaron a ser mis compañeros en largos y solitarios paseos a través de las colinas. Algunas veces paseaba desde la mañana hasta bien entrada la noche meditando un solo pasaje del Gita.

Esto —razonaba yo— podía y debía armonizarse con el Cristianismo, ya que en algún punto de la mística todas las religiones se encontraban y que en el metodismo no existía conflicto alguno ante cualquier clase de compromiso que pudiera surgir.

Bajo la influencia de los escritos orientales, empecé a ejercer una disciplina sobre mí mismo. Comenzar por el sueño me pareció natural. Siempre se me antojó largo el tiempo destinado a ello, y lo regateaba porque interrumpía mis lecturas. Reducir el tiempo de sueño equivaldría a aumentar el rendimiento de las cosas en las que estaba interesado.

Gradualmente fui acortándolo hasta que quedó reducido a cuatro horas cada noche, pero me encontré con que en la cama no podía dormir menos. Echándome en el suelo sin almohada ni manta durante varias semanas, llegué, sin embargo, a un punto en que mi sueño pudo ser fácilmente reducido a dos horas cada noche. Al amanecer me metía en cama por espacio de un minuto, arrugaba la ropa y aplastaba la almohada, de suerte que mis padres no podían sospechar lo que estaba haciendo.

Con la reducción al mínimo del sueño pude todavía leer más libros o pasar horas en contemplación. Un ejemplar de "La Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, me llevó de una manera particular a la contemplación y volví a leer este libro una y otra vez.

Estando un día hablando con un estudiante de la Universidad de Bristol sobre el Hinduismo, me dijo que él conocía a un grupo de estudiantes que estaban también interesados en el asunto, pero que sabían muy poco acerca del mismo.

Si él los reuniese, ¿iría yo a dirigirles la palabra? Me aseguró que todo se haría sin etiqueta. Persuadido por él, convine en ello, y, en consecuencia, nos fuimos a la residencia donde vivían. Él me pareció bastante más jovial que de costumbre cuando nos encontramos en su habitación. Por mi parte estaba extremadamente nervioso. Luego me acompañó hasta la sala donde debía hablar. Me dio un empujón desde la puerta y desapareció. Para mayor consternación mía me encontré con una serie de caras oscuras. La clase estaba llena de estudiantes indios, la mayoría de ellos hindúes.

Quedé temblando un momento, después advertí que, aunque se trataba de una broma en lo que al estudiante en cuestión se refería, los indios en general estaban perfectamente serios y, por

tanto, decidí abordar el asunto. Después de mi charla me hicieron preguntas, a las que contesté lo mejor que pude. Entonces alguien se levantó para darme las gracias. Se le aplaudió cuando dijo que aquella noche les había enseñado bastante sobre el hinduismo. Añadió que pocos cristianos conocen y comprenden los fundamentos de la religión cristiana. Así también, pocos hindúes conocen algo más que las prácticas externas de la suya.

Entre los muchos libros que acerca de la India leí, estaban inevitablemente algunos que trataban del creciente movimiento Nacionalista: que era la cuestión del día en la prensa. La India me atraía, y supe con gozo que había allí misioneros cristianos que mostraban su simpatía por ella, y admiraban no sólo a los líderes del nacionalismo cultural, tales como Rabindranath Tagore, sino también a los políticos como Gandhi.

Una noche tropecé en la Biblioteca pública con el periódico de la "Commonwealth of India League", que apoyaba el movimiento Nacionalista. La señora Besant, cuya obra conocía ya a través de su traducción del Bhagavad-Gita, era una de las dirigentes, escribiendo con regularidad en el periódico. Yo leía cada número no bien aparecía. Después, una tarde encontré dentro del periódico una hojita anunciando una conferencia que tendría lugar en un salón laborista de la ciudad para discutir el propósito de la Liga del "Dominium Status for India".

Fui admitido como observador, teniendo de esa forma mi primer contacto con el movimiento político izquierdista organizado. Un número de estudiantes de color estaban presentes, y pronto trabé amistad con un amable indio.

En aquella conferencia vi en acción a mis primeros comunistas. Ante el evidente disgusto de muchos de los presentes, pidieron la independencia inmediata para la India con la retirada de todas las tropas británicas, pese al hecho de que la finalidad de la conferencia era pedir el "Dominium status". Me irritaron por su persistente negativa a adherirse al fin de la conferencia, por su denuncia de Gandhi como un reaccionario burgués y sus insultos a los organizadores de la conferencia, considerados como traidores al socialismo. Me irritaron asimismo por la sinrazón de sus peticiones. Su mucha sinrazón contribuyó a influenciar mi decisión de unirme a

la Liga, que comparada con ellos me pareció suave. Ésta fue mi primera filiación política.

Resultó que el secretario de la Liga era un joven teosofista con un conocimiento y amor a las religiones de Oriente, que compartían también buen número de otros miembros activos, a quienes pronto conocí. Ya desde el principio sentí que tenía algo que compartir con ellos.

Se mostraron entusiasmados cuando les dije que más tarde pensaba ir yo a la India como misionero, Los misioneros —contestaron— han sido siempre en el pasado una gran fuerza reaccionaria. Sería, pues, sumamente útil tener alguien en el ala derecha en materias políticas y religiosas. La mayoría de los dirigentes de la Liga eran miembros del Partido Laborista. El Presidente era también miembro del Partido Laborista Independiente, cosa permitida entonces por las reglas del Partido Laborista.

Sin embargo, al mezclarme con otras gentes, descubrí que, aunque oficial y públicamente apoyaban los propósitos de la organización, ellos privadamente seguían creyendo en los puntos de vista que habían arduamente defendido al proclamarse a sí mismos comunistas en la conferencia. Se vieron en un aprieto para probarme que tales puntos en concreto no eran realmente tan sin razón como parecían.

Pocas semanas después de afiliarme fui designado tesorero, llegando de esta manera a ser miembro del Comité. Entre mis lecturas había incluido ahora una proporción creciente de reportajes políticos, incluyendo folletos anti-imperialistas con datos sobre las condiciones de trabajo en las plantaciones de té y en las fábricas de algodón de la India. Así que leí sus espantosos salarios, las condiciones abominables, la práctica de abandonar a los niños recién nacidos para que sus madres pudieran trabajar libremente en las fábricas, la corriente de ingresos e intereses de la India hacia Inglaterra, me rebelé airado contra las condiciones bajo las cuales gemía la India, como lo había hecho contra las de Inglaterra. Mi trabajo en aras de la liberación de la India del yugo imperialista tomó carácter de cruzada, que a mí se me antojó ser una forma práctica de Cristianismo. Así, pues, mi estudio del misticismo hindú me trajo de nuevo donde había comenzado, a la vuelta a la lucha contra la injusticia y la miseria.

Había, a mi modo de ver, dos maneras de conducirse respecto a un movimiento como el Movimiento Nacional Hindú. La una era denunciarlo como revolucionario y luchar contra él. La otra era infiltrarse dentro y cristianizarlo, cosa que estaban intentando misioneros cristianos.

Apoyé la segunda línea de conducta, pudiéndome decir a mí mismo que en mis actividades en pro de la libertad de la India estaba haciendo una tarea práctica relacionada con mi futuro trabajo allí.

Pronto me destacué como el segundo orador de la tribuna de la Liga de la India en el Downs. Y pronto, también, mis sermones fueron ostensiblemente coloreados por mis nuevas ideas. Sobre problemas doctrinales me sentía inseguro de mí mismo. Tenía poco en qué poder asirme. No encontraba dificultad en aprender Teología como si se tratara de otra ciencia cualquiera, pero no acertaba a introducirla en mi propia vida religiosa o a aportar alguna luz nueva sobre ella.

Pero cuando examinaba el mundo actual a la luz del Sermón de la Montaña, tal como yo lo interpretaba, relacionándolo con la pobreza del hogar y la explotación fuera de él, me sentía más seguro de mí mismo y podía predicar con convicción.

Por este tiempo me uní a la Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases. Cristo se me representó para siempre, látigo en mano en el Templo, arrojando el dinero de los cambistas en un gesto magnífico de valiente indignación.

CAPÍTULO III

EL JOVEN PREDICADOR

Dentro de la "Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases" encontré una mayoría que pertenecía al mismo tiempo al "Partido", que quiere decir, naturalmente, Partido Comunista. Entre ellos había algunos a quienes había encontrado también en la "Commonwealth of India League". Tenían por principio pertenecer a una vasta red de tales organizaciones que se extendían desde la que, como la "Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases" eran predominantemente comunistas, con una minoría de no comunistas, a las que como la "India League" eran genuinamente no comunistas de origen, pero podían unirse a ella los comunistas. Los comunistas —lo vi pronto— tenían siempre una gran ventaja sobre aquellos con los cuales se asociaban, porque sabían con precisión a dónde iban y cómo tenían que actuar para lograr su objeto. Y su decisión, energía y entusiasmo aseguraban el que llegasen a ser rápidamente los cabecillas de cualquier organización en la que trabajasen,

Los miembros del Partido Comunista de aquella época estaban divididos en dos grupos principales: los parados y los estudiantes. La inmensa mayoría la formaban los parados. La masa de los parados se estaba convirtiendo ya en un problema de gran envergadura, que a medida que los años iban pasando se agudizaba más. Ser conocido como "Rojo" en medio del trabajo, significaba que en la primera oportunidad uno sería despedido. Y había muchos más, dispuestos ya a ocupar su puesto. Ser el promotor de una disputa, ser visto con propaganda comunista, conseguir reputación de cacique por hablar de comunismo entre sus compañeros de trabajo, era acelerar la despedida.

La consecuencia era que la mayoría de los miembros del Partido habían perdido sus puestos de trabajo de esta forma y

estaban purgando su pena. La inmensa mayoría habían sido despedidos". Algunos incluso varias veces.

Uno de ellos, que me cobró un interés particular, había sido boicoteado seis o siete veces por su comunismo, hasta que al fin nadie le dio trabajo. Vivía sólo con su madre viuda, sin ninguna probabilidad de poder llegar a casarse. Su subsidio de parado había tocado a su fin hacia ya tiempo y dependía de la Asistencia Pública, lo cual entonces, mucho más que hoy, llevaba el estigma del asilo.

Había estado en la Marina durante la guerra de 1914-18, pero se amargaba siempre que se le hacía mención de ello. "Fue una guerra imperialista, una guerra de caciques, y nosotros fuimos unos tontos al luchar por ellos", decía. "Nosotros teníamos entonces las armas en las manos y debíamos haberlas usado. Si la guerra volviera, nosotros cambiaríamos la guerra imperialista en guerra civil."

En su odio a la guerra era sincero cien por cien. En su comunismo fue completamente sincero también. Lo había sacrificado todo por él, pero nunca soñó con retractar sus principios para terminar con su pobreza, como sin duda habría podido hacer, puesto que era un hombre inteligente que hubiera salido adelante de haber estado dispuesto a sacudirse sus ideas.

Jamás soñó con regatearse a sí mismo a la causa, a pesar de que era un enfermo crónico. Su enfermedad era parte del precio pagado por su comunismo. Su abandono, junto con la falta de nutrición, le había estropeado. La lista de los que aguardaban en la enfermería era larga, y él, en su situación, no tenía prioridad de ninguna clase, ninguna influencia ni esperanza de conseguirla para un tratamiento a largo plazo. Y así, una simple dolencia fue de mal en peor, dejándole cansado para siempre: cansado cuando asistía a los mítines, cansado haciendo cola ante el Comité de Asistencia Pública, cansado andando millas de un extremo a otro de la ciudad en el transcurso de sus actividades comunistas, cansado cuando permanecía holgazaneando en las esquinas de las calles, porque en su casa prácticamente no habla confort, ni siquiera mobiliario.

Yo le animaba siempre que le veía subir la empinada cuesta al final de la larga caminata desde el barrio pobre de la ciudad hasta el Downs, resollando bajo el duro peso de la plataforma móvil del Partido. De un tiempo acá había conseguido un viejo sombrero "pork pie" y un traje azul marino, también viejo. La chaquetilla tenía un

doble forro y los pantalones eran anchos y muy largos. El equipo completo debió pertenecer en sus comienzos a un "dandy" y él, en cierto modo, había salido ganando, pues daba la impresión del "dandy", a pesar de las manchas del sombrero estropeado y el brillo del descolorido traje.

No había nada del violento agitador en su porte o maneras. Permanecía callado, modesto por naturaleza y siempre alerta.

Le dije cómo iba comprendiendo la razón de los comunistas al querer derrocar el sistema capitalista; que asimismo pensaba que la revolución debía ser considerada como una gran cruzada; que quizá si Cristo viviera también Él podría haber sido un comunista. Pero —concluí— el ateísmo de los marxistas era para mí una barrera infranqueable.

Contra lo que esperaba, él no me atacó mi cristianismo. "He tenido algunas dificultades en mi tiempo —me dijo—, pero salí de ellas y usted saldrá también."

Me habló de un libro que yo debía comprar. Era el *"Desafío del Bolchevismo"*, de D. F. Buxton, publicado unos meses antes. La autora era una mujer cuáquera que había estado en Rusia, y a su vuelta había publicado este librito que simpatizaba con el Bolchevismo. Lo había dedicado "a la hueste sin nombre que bajo el poder de los zares murieron como mártires de sus ideales de justicia y libertad", y lo había subtulado "Un nuevo ideal social".

Lo tengo ante mí cuando escribo. Al sacarlo de mi estante pensé hallar algún pasaje de señalada importancia, que me hubiese impresionado entonces, pues su influencia sobre mí en este preciso estado de mi desarrollo espiritual y político sería incalculable. Pero apenas encuentro una página que merezca la pena, y leyendo las notas marginales que anotó mi mano de adolescente, puedo fácilmente recordar la impresión que me produjo. Fue para los comunistas de mi generación lo que a través de sus libros y discursos es hoy el Deán de Canterbury. Aquietó mis dudas sobre el ateísmo de los marxistas militantes. Establecía un puente, por medio del cual, el hombre con alguna creencia religiosa, podía pasarse con la conciencia tranquila al campo de la incredulidad.

La autora venía a decir que los comunistas habían encontrado la respuesta cristiana a todo un sistema social burgués acristiano. "Dejemos que los ateos de Rusia hablen el lenguaje blasfemo, ¿no

es acaso más que el eco de la blasfemia ha tiempo incorporada al orden social que nosotros defendemos?"

Esta sincera mujer cuáquera encontró en el comunismo honradez de intención, integridad intelectual, una moralidad más elevada y un sistema que prepararía el camino hacia un Cristianismo purificado y renacido. Y, desde luego, los comunistas echaban mano del libro para todo lo que consideraban importante.

Era precisamente lo que yo necesitaba en aquella ocasión. Resolvió para mí una crisis, aclaró mi situación y aceleró mis progresos hacia el comunismo. Fue la conexión entre mi pasado cristiano y mi ateísmo futuro. Yo podía leer ahora "sin prejuicios", *Anti-Duhring*, de Engels, el *A. B. C. del Comunismo*, las obras de Lenin y otras que anteriormente había rehusado por razón de su ateísmo.

Su influencia y el cúmulo de ideas que ahora podía admitir, quedaron reflejadas en los sermones que predicaba. Como futuro misionero me rogaron que fuese una tarde a dirigir el servicio anual de Misiones Extranjeras en una capillita de aldea. Fue una tarde agradable y algunos de los asiduos a mi propia capilla se desplazaron para agregarse al servicio. Pero en lugar de predicar acerca de la India, China o África, concentré mi atención sobre la injusticia en general de Inglaterra, y de Bristol en particular.

El proceso de mi sermón fue el siguiente: Bristol está lleno de estudiantes orientales que juzgan al Cristianismo por lo que se practica en derredor suyo. Encuentran que el capitalismo occidental no es cristiano, ya que se basa en motivos de lucro: alimenta la guerra, pues encuentran a los cristianos ya la Iglesia apoyando la guerra; mata hombres, mujeres y niños por otros medios, viendo con ello como los cristianos toleran con su silencio tal asesinato. La influencia de tales estudiantes al regresar a sus propios países será mayor sin duda que la de cualquier misionero. Ahora bien, lo mejor que podemos hacer para secundar la labor de las misiones extranjeras es imponernos a nosotros mismos la tarea de destruir el capitalismo y establecer una clase de sociedad basada en el servicio en lugar del lucro.

Dudo si muchos de los aldeanos presentes lo comprendieron, Ellos ciertamente no vieron sus consecuencias políticas. Debieron, sin duda, pensar que era extraño que en su servicio anual en favor de las Misiones no se les hablase de los paganos de otras tierras.

Pero los de Bristol allí desplazados comprendieron perfectamente a dónde quería conducirles con mi sermón y manifestaron tristeza, consternación o rabia, según sus distintos temperamentos.

Hubo, naturalmente, un inmediato descenso en el entusiasmo de aquellos que me habían lanzado a trabajar en favor de las Misiones. Disminuyó ostensiblemente el interés por adelantar en mis estudios teológicos. Se apagó la solicitud de mis servicios como predicador seglar.

Pero cuando vinieron las demandas para predicar denuncié la presunción del público asistente a la capilla, hice campaña contra el capitalismo e imperialismo e identifiqué el Cristianismo con el Comunismo.

Confiaba yo todavía en poder hallar un grupo de cristianos dentro de los cuales encajaran mis ideas, y estuve buscándolos incesantemente. Pero para mí, Dios debía estar dentro de la chaqueta de un obrero, no dentro de una flamante camisa con faldones.

Un sábado por la noche observé en el Downs a un joven recién llegado allí, dirigiendo una arenga a un auditorio compuesto de una persona; concretamente, a otro joven de su misma edad aproximadamente. Ambos llevaban camisas de corte impecable, con pequeñas corbatas. Cuando el primero de ellos terminó de hablar, invirtieron su papel y comenzó el otro.

Fui hasta ellos para ver quiénes y qué eran. Por su aspecto se desprendía claramente que eran americanos, y al poco rato el orador manifestó que eran miembros de la Iglesia de los Santos del Último Día. Uno venía de Salt Lake City, y el otro de París, Idaho.

Teniendo como tenía alguna práctica como orador en el Downs, me quedé a oírles sin apenarme ante su evidente fracaso. Permanecí allí como único oyente hasta que el discurso terminó.

A la semana siguiente repitieron la función y de nuevo no tuvieron más público que yo. Luego, después de varias ocasiones como éstas, empezaron a hablarme y me prestaron un libro del Mormón. Nada encontré en sus enseñanzas, en los libros y folletos con que empezaron a acosarme, que me impresionara, pero como sentía cierta pena por ellos, ordinariamente dejaba los otros mítines para pasar un ratillo a su lado. Supe que habían doblado el tiempo

de trabajo por espacio de dos años "antes de volver a casa", a fin de poder vivir como misioneros con sus propios recursos, por otros dos años. Entonces volverían a sus hogares y harían otra vez lo mismo. Durante varios meses estuve allí como único oyente, llegando ellos a desanimarse visible y progresivamente ante la falta de correspondencia a todos sus esfuerzos.

Una tarde, precisamente cuando estaba oscureciendo y el gentío de los mítines se dispersaba, una mujer ya entrada en años, robusta y algo bebida acertó a pasar por allí, y oyó al orador que hacía alusión al libro del Mormón.

Se paró un momento en su incierto camino y volvió a oír la palabra "Mormón". Miró asombrada primero al hombre del estrado, después a su compañero que estaba de pie. Entonces se volvió hacia mí, único miembro de aquel auditorio, y me preguntó desconfiada: "¿Son Mormones estos dos individuos?" Yo le dije que sí. Su reacción fue sorprendente y verdaderamente alarmante. Poniendo su paraguas delante, como si fuera una bayoneta, se dirigió al orador.

"Ya sé lo que habéis venido a buscar, sucios pillastres", chilló exacerbada. "Habéis venido a raptar nuestras hijas para llevarlas a Salt Lake City."

Sus gritos llamaron la atención de la gente, que abandonó los mítines vecinos. El desafortunado Santo del Último Día intentó continuar su tantas veces repetido y hasta entonces despreciado mensaje, pero sin fortuna.

Varias centenares de personas se arremolinaron en seguida a su alrededor, y muchos acentuaron los cargos de la mujer. Le preguntaban con grandes muestras de entusiasmo por nuevos detalles sobre los arreglos domésticos de Brigham Young, aludiendo especialmente a sus cuarenta mujeres, acompañando sus preguntas con una fuerte rémora de consejos para cuando "volvieran a Salt Lake City".

La astuta señora, pese a su vino, estaba manifiestamente orgullosa ante lo que acababa de hacer. Acometió primero a un Mormón y después al otro con su paraguas, con el aplauso de los circunstantes. Finalmente, no pudiendo el orador hacerse oír por encima del ruido, bajó de la tribuna derrotado, mientras el gentío manifestaba su rechazo. Su compañero ocupó su lugar, pero sin

mejor fortuna. Por encima del ruido yo podía apenas oírle algo así como que su padre había sido un hombre virtuoso, su madre una mujer santa y él mismo era tan bien nacido como cualquier bristoliano de los presentes entre la muchedumbre. Empezó a mirar como si alguien del público quisiese embestir la tribuna. A mi lado encontré al derrotado orador. "Si esto sigue así nos van a perseguir hasta la ciudad", dijo en un precipitado cuchicheo. "Algunos de ellos parecen conocerle a usted", añadió después desesperadamente. "¿Cree que le sería posible retenerles?" Yo le dije que lo intentaría.

Desde el estrado les dije que yo, como ellos, era de Bristol, que no era Mormón, pero que conocía a los americanos desde hacía algún tiempo y creía que eran absolutamente sinceros en lo que habían venido a predicar. Añadí que estaba completamente seguro, a base del conocimiento que de ellos tenía, de que no habían venido con el propósito de embarcar a las muchachas de Bristol para Salt Lake City.

Mientras estaba hablando vi desaparecer silenciosamente a la mujer que había levantado el alboroto, con intención, seguramente de gastar alguna otra broma. Poco después el gentío echó de ver que allí no había nada que hacer y optó por marchar en silencio. Las cosas volvieron a la normalidad y nosotros tres volvimos a formar una vez más la totalidad de los asistentes al mitin.

Bastante emocionados, el hombre de Salt Lake City y el de Paris, Idaho, me dieron las gracias por lo que había hecho por ellos y desconcertado por sus exultantes manifestaciones de gratitud me marché lo antes que pude.

De hecho estaba tan desconcertado que les esquivé durante algunas semanas. Pero una noche en que hablé en un mitin de la "India League", intenté pasar apresuradamente ante ellos en mi camino hacia casa. Uno de ellos seguía en el estrado predicando su acostumbrado sermón. El otro permanecía ante él como único oyente. Así que me vieron, dieron por terminado su discurso y me llamaron.

Me dijeron que tenían que hacerme una "proposición". Era éste: Ellos habían venido a Bristol con la idea de hacer conversos. Pero, no solamente no habían conseguido ninguno, sino que nunca habían tenido —excepto en aquella desastrosa ocasión— un auditorio de más de uno. La indiferencia de Bristol les había lastimado, pero al

darse cuenta de que al llegarles la oportunidad habían fracasado, les acabó de lastimar.

Razonaban ellos que hablan fracasado cuando se volvieron a casa las personas que habían reclutado para formar una Iglesia Mormona, que parecía destinada a no tener nunca una congregación. A su modo de ver, el fracaso venía de que ellos eran americanos venidos de algunos reductos mormones que al punto levantaban sospechas en la mente de algunos presuntos convertidos. Pero ahora, suponiendo que yo, un bristoliano conocido ya de mucha gente, llegara a ser el pastor de aquella iglesia, sería una oportunidad mejor para afianzar sus raíces en la ciudad.

Si yo aceptaba el ministerio pastoral, ellos y otros de Estados Unidos trabajarían para mantenerme, lo cual sería más sensato que trabajar doble tiempo durante dos años en América para poder después dirigirse la palabra uno a otro durante otros dos años en Bristol.

Quedaron desorientados, si bien no puedo interpretar el sentimiento, quizá no del todo sorprendidos, cuando rehusé. De todas maneras, estaba dando lo mejor de mi tiempo y una buena parte de mi pensamiento a los asuntos políticos. Escribía para el "Bristol Labour Weekly" y tomaba parte activa en varias organizaciones.

Si mis estudios teológicos hubiesen seguido el plan prefijado, yo debía haber pasado ahora examen ante mi predicador local e ingresado en el siguiente grado para llegar a ser misionero.

Había pasado el examen oral, mucho antes, ante el Ministro local encargado de vigilar mi trabajo, quien manifestó que yo había llegado ya a un punto en que el examen no representaría para mí dificultades. Pero como fue creciendo mi reputación de predicar sermones "rojos" y heterodoxos, toda conversación referente al examen pasó a segundo término. Y con el tiempo fue desapareciendo silenciosamente.

Ahora me parece bastante natural que los encargados observaran una conducta semejante. Ellos querían ver con exactitud hasta dónde iba a llegar. Pero entonces sólo pareció confirmar mi creencia de que los modernos cristianos eran los privilegiados, y que uno podía creer en lo que quisiera con tal de no hacer preguntas sobre el confortable sistema dentro del cual tantos de ellos prosperaban.

CAPÍTULO IV

EL COMUNISMO EN ACCIÓN

Tengo todavía en mi biblioteca la obra *"Preparando la Revolución"*, de Lenin, publicada en 1929. En la portada está dibujada una cruz de la cual penden una hoz y un martillo. Debajo, escritas con caracteres imperfectos, las palabras: "Por Dios y la Unión de Trabajadores." En la página del título aparece el "slogan": "Los obreros convertirán la guerra en guerra civil,"

Y reflejando la manera cómo los intelectuales semi-marxistas que profesan la oposición al Partido Comunista pueden ayudar a la formación de un comunista, está escrito en la página de enfrente, copiado, diría yo, en una fecha algo posterior, un texto de la "Democracy in Crisis", del Profesor Laski. Dice: "Circunstancias previstas para crear una situación revolucionaria en este país.

1. Si entramos en guerra:

2. Si hay un serio ataque contra el nivel de vida del trabajador, que culmine en una serie de grandes huelgas, tal vez con uso imprudente de la tropa o de la policía:

3. Si existe una indicación tan drástica por la economía que los servicios sociales sean gravemente afectados;

4. Un grave aumento en el número de los parados, que dé como resultado manifestaciones públicas reprimidas por las tropas con la consiguiente pérdida de vidas,"

Estas palabras pueden ser interpretadas como una advertencia a la "clase gobernante" o una llamada a la acción para los "gobernados". Yo interpreté más bien lo último.

El Profesor Laski, sin duda, analizaba la causa de la sociedad capitalista de una manera fría, como convenía a un profesor de la Escuela de Economía de Londres. Pero el joven comunista podía

sobrecargar los análisis científicos del Profesor con calor revolucionario.

Porque aquellas situaciones, enumeradas por él como susceptibles de conducir a Inglaterra a una guerra civil, son las que todo comunista reconocería que estaban perfectamente de acuerdo con cuanto han dicho y escrito los teóricos marxistas. El comunista, de una manera espontánea, trabaja y suspira por el comunismo, que reconoce puede venir sólo a través de tales situaciones, desastrosas en apariencia para todos los demás, pero necesarias y deseables para él, aunque no quiera manifestarlo públicamente. Tiene interés en el desastre. Crisis económicas, trastornos sociales, derrotas en guerra o victorias que dejan a una nación desangrada, aunque victoriosa, he aquí las precondiciones del comunismo. Para los comunistas dejaría de ser humano e incluso se consideraría una idiotez no desearlas con toda la vehemencia. Y sería todavía una mayor idiotez, para los dirigentes mundiales del comunismo, no trabajar para que se produjeran precisamente tales situaciones. Detrás de la propaganda y de la pantalla de humo del interés por la justicia social, existe siempre el blanco real de las miras del Partido Comunista, nacional e internacionalmente.

Con todo, fue la indignación ante las consecuencias de la crisis económica, una reacción contra la injusticia social y el odio a la guerra, lo que me condujo, como debió conducir a tantos otros, al comunismo.

La contradicción es más aparente que real. Examínese, por ejemplo, mi aversión a la guerra, que por sí sola habría sido suficiente para tenerme trabajando noche y día mientras el mundo se acercaba locamente a través de los años más y más a la guerra. El Partido Comunista explota hábilmente el odio que muchos sienten, para reclutar gente en sus filas así como para mantener la aversión de sus miembros, siempre en tensión.

La primera asamblea pública del Partido Comunista a la que asistí como miembro, fue convocada para prevenirse contra el peligro inmediato de la guerra, y esto tenía lugar en 1928. El orador, a base de su diagnóstico marxista de la situación, hizo aparecer la guerra con Francia o con los Estados Unidos como muy probable en cualquier momento. Para los comunistas hay siempre material

combustible suficiente en el mundo para pintar cuadros parecidos sin que parezcan grotescamente improbables a sus seguidores.

Cuando hube trabajado durante unos meses como miembro del Partido dentro del Movimiento Contra la Guerra, cuyos miembros hacían promesa solemne de no tomar parte en la guerra, ni internacional ni civil, estaba yo debatiéndome con las normas marxistas aprobadas: La cuestión inmediata no es la de una guerra civil, sino la de una guerra imperialista, y pacifistas y comunistas pueden encontrar una base común oponiéndose a ella, solamente porque no quedaría ninguno de los dos en caso de una guerra imperialista. En cuanto a la guerra civil: si tenemos el comunismo no habrá guerras y esto está completamente de acuerdo con los fines del Movimiento Contra la Guerra.

El número de heridos y pacientes que resultaría de una revolución comunista llevada a cabo con éxito —me decía yo— sería tan reducido en comparación con el que produciría cualquier guerra mundial, que conduciría en la práctica a una disminución y no a un aumento de la suma mundial de víctimas.

En teoría, si no fuese por la ética del problema, creo que se podría justificar tal razonamiento si fuese una prueba concluyente que el comunismo había de significar en realidad el fin de la guerra para siempre. Pero lo absurdo del caso era, y es todavía, que no existe tal prueba. La experiencia, de hecho, apunta ahora exactamente a la dirección contraria. Pero sería una insensatez desconocer el hecho de que yo, y miles como yo en todo el mundo, trabajábamos y luchábamos por el comunismo y por la guerra civil creyendo precisamente esto; creyendo con entera convicción que la guerra moderna era tan espantosa, que todo cuanto contribuyera a darla por terminada para siempre era justificado, fueran cuales fueran los métodos que se usasen para ello.

Y —discurría yo— si viene la guerra —y estaba demostrado con todo el peso de un dogma que había de venir mientras durase el capitalismo— entonces no habría sido en vano, si aparte de la sangre, del fango y de las lágrimas, venía un nuevo mundo comunista más sano del cual se hubiesen desterrado para siempre las causas de la guerra. "Los obreros convertirán la guerra en guerra civil"; no era, por tanto, para mi un grito de violencia sino de anhelo de terminación de toda guerra.

Esto puede parecer muy idealista; su razonamiento sonará a algunos como un despropósito o una paradoja. Pero el coco de mi infancia y de mi generación era una guerra que nos habían dicho se había hecho para terminar con las guerras, y millones de personas murieron creyéndolo. Ya en 1920 se afirmaba que si no toda, una gran parte de la mortandad de aquella guerra fue disparatada e injustificable, vista desde cualquier punto. Y era claro también que se había basado en una falsedad, porque ya se hablaba y se temía por la próxima guerra.

Un fuerte resentimiento contra la injusticia social fue otra de las razones que me empujaron al Partido, La injusticia que probablemente iban a hacer los comunistas a "los explotadores" me turbó al principio. Pero la respuesta comunista fue clara y parecía francamente lógica, Las masas nunca han conocido la justicia social, que ha sido siempre privilegio de unos pocos. Bajo el régimen comunista habrá admisiblemente, durante la dictadura transitoria del proletariado, injusticias por lo que respecta a los anteriores gobernantes. Pero, a causa de su pasado, esto será más que una ardua y desagradable justicia. Éstos pagarán por las injusticias perpetradas por su clase a través de varios siglos. Y, en comparación, cuánto mejor que aquella injusticia fuese ahora limitada a la pequeña minoría. Para la vasta mayoría —los en otro tiempo explotados— habrá justicia por vez primera. Había llegado a ser casi una cuestión de aritmética. Y como buena medida era un clamor de retribución a la vez.

Lo tenía todo para ello. Y, por extraordinario que parezca, yo, y millones como yo, pueden al principio haber consultado a su ética, pero apenas nos detuvimos a interrogar la principal hipótesis, o sea, la de que habría justicia para los más "cuando venga la revolución", o para preguntar si el Partido que se haría responsable de la imposición de aquella injusticia, era competente en todos los aspectos, o susceptible de hacerla posible o incluso probable.

La depresión económica, con su aliado el sufrimiento que me había aterrado tanto, jugaron su papel al decidirme a ingresar en las filas del comunismo. Sin embargo, ¿era muy extraño que antes de mucho tiempo creyera yo, como mis camaradas, que la crisis económica pudiera ser, de hecho, el medio por el cual nos viniera el comunismo? Porque estaba sentado como un dogma que mientras

subsistiera el capitalismo, el mundo estaría sujeto a crisis cada vez más frecuentes e intensas, que podrían terminar sólo con el triunfo del comunismo en todo el mundo, Y estábamos, incluso entonces, resbalando hacia tal depresión.

Las colas ante las Oficinas de Colocación eran cada vez más largas, y la nutrición cada vez más deficiente. Si, a causa de la miseria, escualidez, inseguridad y enfermedades que eran compañeras de la crisis, pudiéramos tener la guerra civil y el comunismo, todas estas cosas no habrían sido en vano, Que la crisis se haga más intensa y que las clases gobernantes tiemblen. Ya los tumultos se iniciaban en los centros de los parados, las masas entraban en conflicto con los mecanismos represivos del Estado capitalista, y ¿quién sabía si más pronto o más tarde, cuando el odio y la miseria se hubiesen acrecentado más todavía, los tumultos locales no culminarían en una revolución en gran escala?

¿Y luego? Luego, el final del capitalismo y el final de todas las crisis, de la falta de trabajo.

Después de todo, existían pruebas que parecían apoyar este argumento, pues la prensa comunista e izquierdista proclamaba diariamente la liquidación de la falta de trabajo en la Unión Soviética. Y si la prensa contraria afirmaba que la falta de trabajo en Rusia estaba disimulada por los millones de hombres que se hallaban en trabajo forzado en los campos, aquello sabíamos que no era sino propaganda burguesa y, como tal, sospechosa. ¿Era realmente sorprendente que una generación que había crecido en la baraúnda y la contienda de la propaganda moderna, rechazara todo aquello que viniera de fuentes oficiales y "respetables" y aceptara sólo lo que mejor se acomodara a lo que quería creer? Había cierto prurito en rechazar todo cuanto provenía de fuentes respetables y aceptar lo que procedía de aquellos que eran más maltratados y desacreditados.

Mi cristianismo no murió fácilmente. El individuo que, conservando algunos restos de creencias religiosas, abraza el Partido Comunista, habrá de decirse a sí mismo que, aunque el Partido Comunista y los miembros que forman en sus filas son ateos militantes, no hay ninguna razón para que él, también lo sea. Los miembros del Partido manifestarán estar de acuerdo con ello, confirmando así lo que él desea creer.

Puede incluso decirse así mismo, y creerlo, que la gran labor es cristianizar el movimiento. El comunismo —se dirá—ha venido para permanecer, y así los cristianos deben hacer una de estas tres cosas: Pueden aparentar ignorarlo, en cuyo caso triunfará a pesar de ellos; pueden oponerse a él, en cuyo caso se dará de cabeza contra las paredes, o bien pueden militar en él y cristianizarlo. Así, se dirá así mismo y a otros: "Escojo el tercer camino, que es el único sensato, y cristiano."

Es un camino de acción que resulta atractivo y fascinador recomendarlo, porque, ¿qué cosa más atractiva que perseguir una misión reformadora entre aquellos que se consideran a sí mismos como los mayores misioneros reformadores de todos los tiempos?

Es atractivo, es fascinante y es fatal para su cristianismo, porque, casi inevitablemente, alcanzará rápidamente el punto en que aquél irá perdiendo fuerzas a medida que el comunismo ateo vaya haciendo presa en él. Porque, por cuánto tiempo continuará llamándose públicamente cristiano aun teniendo algunas influencias religiosas todavía latentes en él, eso dependerá del individuo. Pero el proceso será el mismo en cada caso.

Esto es lo que me ocurrió a mí. Durante algún tiempo emprendí la tarea de evangelizar a mis nuevos amigos. Intenté persuadirles, y ellos, en cambio, intentaron persuadirme a mí. Pero ellos llevaban las de ganar, porque, después de todo, yo tenía ya la mitad de mi caso perdido. Yo tenía que convertirles a ellos enteramente, mientras que por mi parte estaba ya convertido a la idea del comunismo y ellos tenían que probar sólo que el cristianismo era una barrera para su realización. Fue cosa de tiempo, pero el resultado estaba ya previsto.

Marx y Engels parecían poder dar razón, en lenguaje científico, de la mayor parte de las cosas del cielo y de la tierra, y el mundo de la post-Reforma lo ha perdido todo menos la capacidad de dar respuestas filosóficas, sea cuales fueren. Sin embargo, yo había tenido, después de todo, lo que parecía una experiencia religiosa personal muy real en el tiempo en que había decidido ser misionero. No era fácil explicar aquello. ¿Cómo explicarlo si no existía Dios? La jerga moderna y la pseudociencia brindaron la solución.

"Aquello —me dijeron— era realmente sólo una sublimación de sus instintos sexuales. Es significativo que tuviera lugar durante su

adolescencia e inmediatamente después de la pubertad. No tuvo sus orígenes en ningún Dios omnipotente, sino en sus propias glándulas. Dé una ojeada a su capilla y verá qué proporción de los congregados está constituida por solteronas reprimidas." Tal evidencia estaba allí en abundancia, yo lo sabía. Conocía también muy bien la intensidad del instinto sexual e imaginaba que si fuese "sublimado", ello representaría seguramente algo bastante considerable.

La deshonestidad completa queda demostrada que es particularmente atractiva en nuestra época clínica. Los biógrafos de los años entre las dos guerras descubrieron esto y lo explotaron ampliamente. ¿Y qué mayor deshonestidad que aceptar que no era el Ser más Santo de las alturas, sino el más bajo en las profundidades del propio mecanismo sexual de uno mismo, lo que explicaba las mayores experiencias espirituales?

Sería, desde luego, un error decir que este argumento fácil fue el único o incluso el principalmente responsable de la destrucción de mi fe religiosa. La interpretación marxista de la historia proporcionó el argumento intelectual; la sublimación de la teoría del instinto sexual le dio un apoyo sentimental. Desviándome de toda actividad cristiana y estando totalmente absorbido en las ideas y prácticas comunistas, pasando todo mi tiempo libre entre ateos, llegué gradualmente a pensar que podía pasarme perfectamente sin Dios. Toda la emoción, pensamientos y actividades que antes había dedicado a mi religión estaba ahora encauzado por nuevos canales. Celos, entusiasmo, idealismo, estudio, sacrificio, actividad incansable, todo, lo necesitaba la nueva causa, tanto o más de lo que me habían sido exigidos por mi "noconformismo".

Hubo, por supuesto, una época en que las fronteras quedaron borrosas; en que, aunque afirmándome intelectualmente en mi materialismo dialéctico, y blasfemando habitualmente en forma muy obscena como convenía a un ateo militante, tenía, no obstante, que contenerme, en momentos de mucho apuro, para no dirigir una plegaria por el éxito quizá de alguna hazaña comunista en la cual estaba interesado, o por un asunto puramente personal. Éste fue el período transitorio que precedió a los quince o más años durante los cuales no vino a turbarme ninguna duda sobre la corrección de mi

ateísmo marxista, ni ningún remordimiento de conciencia por haber negado a Dios.

Descubrí que William Morris, cuyas obras como artista, poeta y artífice conocía y apreciaba, había sido también marxista y que su comunismo había nacido independientemente de su rebelión contra la farsa y la presunción de la nueva época de la maquinaria, y de su deseo de volver a la cultura popular y a la alegría del período precapitalista.

Me sentí completamente de acuerdo con lo que él había escrito, y la comprobación de lo mucho que el proletariado había perdido y de lo que tenía que recobrar me estimuló y me proporcionó aquel impulso de celo, color y humanidad de que los libros de texto marxista manifiestamente carecían. Morris hizo de mi comunismo una cruzada llena de color, apelando a lo espiritual así como a lo puramente intelectual. Mejor todavía, hizo que el modelo del Futuro Estado Comunista, tal como yo deseaba que fuese, apareciera más claro para mí. Después de un día fantásticamente ocupado, pasaba horas leyendo a Morris y desarrollando sus ideas.

Los teóricos comunistas han tenido mucho cuidado en evitar el describir, excepto en términos generales, cómo sería la vida bajo el comunismo. Han dicho que sería una "sociedad sin clases"; sería el final de toda explotación y nadie viviría de renta, beneficio ni interés. Pero esto no es un medio de vida, no es más que una colección de "slogans".

Pero ahora el modelo de mi Inglaterra comunista quedaba claro. En una sociedad en la cual los medios de producción eran propiedad del pueblo, la máquina sería en realidad la esclava del hombre y no su dueña.

Los ocios del hombre aumentarían hasta que al fin tendría más horas de ocio que las requeridas para ayudar a la máquina a realizar las monótonas aunque necesarias tareas para la comunidad.

De esto se derivaría el deseo y la oportunidad de usar bien de aquellos ocios; todo hombre y mujer llegaría a ser un artista-artesano y como las obras maestras estéticas aumentarían, nadie estaría contento con aquello que fuese producido en masa si posiblemente podía realizarse con su propio esfuerzo.

Habría un gran florecimiento de las artes, y hasta la gente vulgar produciría cosas para compararlas con las glorias que nos legaron los artífices medievales. El comunismo, en la práctica, conduciría de hecho a una gran efusión del espíritu humano.

El hecho de que el comunismo es poco más de una palabra, un nombre al cual puede darse cualquier significado, un molde en el cual todo individuo comunista puede vaciar su propio contenido, es de una enorme ayuda a la causa, y ello fue lo que hice. Significó que llegaba a plasmar de una manera muy real, mi propio ideal personal.

Había aprendido pronto a amar las antiguas y suntuosas iglesias de Bristol para gozarme en el arte revelado en cada piedra. Aquel interés por lo medieval nunca se desvaneció y daba color a mi comunismo en todas partes.

La vida privada de algunos de los comunistas que conocí, me turbó al principio: pero allí me enfrentaba con una paradoja, porque los mejores comunistas me parecía que vivían las peores vidas. En la práctica los efectos del choque no duraron mucho tiempo y fueron mitigados por el hecho de que yo estaba en vías de desembarazarme de muchas de las trabas que habían sido el principio y el fin del noconformismo que había conocido.

Recibí una fuerte impresión cuando vi que el orador que yo había escuchado con tanta admiración y que habló con tanto sentimiento y convicción, emparejaba con la mayor indiferencia y como con todo derecho, con la igualmente sincera y atractiva muchacha con la cual yo había marchado en manifestación, llevándosela en mis propias barbas. Fue quizá algo chocante, pero también perturbador; le dejaba a uno inquieto y resentido consigo mismo por no haber tomado la delantera.

Era algo que causaba perplejidad, saber que la muchacha que había expuesto el caso del nuevo mundo comunista ante un neófito con tal habilidad y tal vehemencia, pudiera, si uno quería, caer en sus brazos al final del día, no dejando nada por hacer, y que apenas se necesitara un "con permiso de usted" para realizarlo.

Tal comportamiento me pareció curiosamente inconsistente al principio, pero tenía sus atractivos y, como siempre, una teoría marxista que lo justificaba y lo respaldaba. Esta teoría y práctica marxistas no han sido el menor entre los atractivos del comunismo en nuestros días. Ha servido de anzuelo para aquellos que no

aceptaban freno, y ha proporcionado un puerto de refugio para las conciencias culpables.

En estas cuestiones, como en todo lo demás, había una sola regla a observar: no debe confundirse el comunismo con la conducta individual.

El primer líder comunista que encontré, me proporcionó el choque inicial de esta clase. Supongo que era mi base noconformista la que me hacía suponer que todo hombre encargado de una misión tenía que ser, en su vida privada, una especie de asceta que se negara a sí mismo los placeres de la carne.

Pero había un hombre, un minero sin trabajo del Sur de Gales, que sabía levantar grandes muchedumbres con la intensidad de su amor a los oprimidos y su indignación por las injusticias de que eran objeto, que era igualmente sincero y apasionado sobre estas cosas en sus conversaciones particulares y dedicaba prácticamente todo su esfuerzo a la causa.

Sin embargo, en las raras ocasiones en que sus medios se lo permitían, bebía con exceso y en gran medida, y, puesto que era libre, "amaba" siempre que tenía oportunidad y en mayor medida todavía. Daba por supuesto que toda joven camarada era suya con solo quererlo él.

Con el tiempo descubrí que no había por qué dudar de la sinceridad de sus ideas marxistas a causa de tales factores en su vida privada, que brotaban espontáneamente de las opiniones marxistas que profesaba.

Más adelante demostró su sinceridad de una manera completamente espectacular. Uno de sus ataques de embriaguez y galanteos se había interferido seriamente con su trabajo como comunista. No era la primera vez que se hallaba ausente en momentos en que tenía que estar dirigiendo un mitin. El Comité de Distrito le dio "carpetazo" y le dijo que si continuaba permitiendo que su vida privada se interfiriese con las responsabilidades del Partido, sería expulsado.

"Ya lo verán", dijo él.

Aquel fin de semana salió llevándose una silla y dirigiendo arengas al aire libre en cada pueblo minero por donde pasaba. Mal alimentado y exhausto como se hallaba por sus muchos años de

actividad en el Partido y por su vida íntima febril, pronunció, no obstante, en un solo fin de semana cuarenta discursos. Al terminar el que hacía cuarenta, su corazón se rindió y cayó muerto. Fue sincero, fue brillante, pero su vida había sido destrozada por las ideas que profesaba.

El Partido fue basando sus actividades más y más en la organización de los obreros parados. Me nombraron tesorero de la sucursal local de la Defensa Internacional de Trabajadores, que ahora hacía la labor antiguamente encomendada a la "Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases" (había sido cambiado el nombre a fin de darle un mayor reclamo).

Nuestra tarea consistía en proporcionar defensa a los que se encontraban encausados por los tribunales, organizar manifestaciones de protesta o de ayuda, velar por los necesitados y allegar fondos para todo ello.

Bristol se había convertido en campo de batalla. El Movimiento Nacional Comunista de Obreros Parados iba a organizar una manifestación para obtener mayor ayuda, carbón en invierno o asignaciones especiales. Los parados, después de escuchar los flamantes discursos de los líderes comunistas en el "Horsefair" (plaza de Bristol donde tienen lugar los mítines populares) empezarían a correr y pronto entrarían en contacto con la policía, la cual usaría las armas apropiadas, a lo cual replicarían los parados con una lluvia de bloques de madera, que siempre parecían estar convenientemente amontonados para efectuar reparaciones del pavimento en las principales calles de la ciudad. De ello resultarían varios arrestos, y una cierta cantidad de "víctimas de la lucha de clases" tendrían que aparecer ante los magistrados.

Ello significaba una manifestación de la Defensa Internacional de Trabajadores para levantar su moral antes de que aparecieran ante los tribunales, un mitin para allegar fondos para su defensa: una protesta mientras se les formara causa y otra cuando hubieran sido sentenciados.

Cuando los llevaran a la cárcel habría otras manifestaciones de la Defensa Internacional de Trabajadores para reunir fondos para sus desgraciadas familias. Y así, en el proceso de todo ello, ocurrirían más tumultos, se practicarían arrestos y todo el

desagradable asunto se repetiría de nuevo. Así se iría haciendo semana tras semana.

El hombre sin trabajo, con poca o ninguna simpatía por el comunismo, se mezclaría entre la muchedumbre a falta de algo mejor que hacer. Habría un encuentro con la policía y, tal vez, recibiría algún bastonazo o sería atropellado por los caballos y desaparecería en el hospital. Cuando saliera de él, lo haría convertido en un héroe; sería festejado y a no tardar entraría en el movimiento de revuelta.

O quizás fuera arrestado, y los únicos que parecerían interesarse por él sería la Defensa Internacional de Trabajadores comunista, que detentaría una representación en el tribunal. Si tuviera que ir a la cárcel nosotros velaríamos por su familia, y él, cuando quedara en libertad, ingresaría en nuestras filas.

Aquellos de nosotros que recibíamos instrucciones del Partido conocíamos el significado y el fin de todo ello: cómo se pretendía que el odio de clases fuera cimentándose más y más por tales medios hasta que los espíritus débiles en las filas de los parados soñarían con la revolución y no simplemente con la reforma.

Pero sería un error concluir de todo ello que nuestro acercamiento como individuos a los parados, cuando trabajábamos para convertir los tumultos en revolución, fuera completamente cínico, y que no sintiéramos ningún interés por sus dificultades.

Mientras yo vigilaba y ayudaba a dirigir las manifestaciones de los parados, mis sentimientos eran un compuesto de indignación y de lástima. Cuando los veía atropellados por los cascos de los caballos durante las cargas de la policía, o bien arrancando con las manos desnudas las piedras del pavimento en busca de un arma de defensa, la esperanza y el orgullo se mezclaban con mi indignación. Cada hombre que desaparecía entre guardias conducido desde la sala del tribunal hasta las celdas, aumentaba mi odio al sistema capitalista y afirmaba mi determinación revolucionaria.

La constante actividad le arrastraba a uno. Allí había acción, allí había pasión, y una torva camaradería que le enganchaban más y más a uno. Cantábamos a la revolución, soñábamos con ella, luchábamos por ella, trabajábamos por ella, y con harta frecuencia, sufríamos también por ella.

Como la crisis económica se acentuaba, la pobreza, y la miseria en gran escala, me aterraba. Vendíamos nuestros folletos del Movimiento Nacional de Obreros Parados que explicaban los derechos de los sin trabajo o incitaban a la "acción", a medio penique cada uno, y todavía había muchos que no disponían de medios para adquirirlo. Cuando empezó a salir el "*Daily Worker*", los obreros parados hacían cola en el "taller de bombas" del Horsefair a fin de poder leerlo gratuitamente. Y las manifestaciones de Bristol, tumultos y juicios aparecían cada vez con mayor frecuencia en sus columnas. Sabíamos que, como marxistas, estábamos haciendo un buen trabajo. Ésta era la prueba decisiva y nosotros dependíamos de ella. La fuerza e influencia del Partido Comunista no pueden ser valoradas en tiempo normal, en que la democracia se desenvuelve fácilmente. No pueden ser juzgadas por el éxito o el fracaso en la urna de votaciones. La prueba real es en tiempo de crisis. La crisis había llegado y estábamos demostrando nuestra capacidad para dirigir, como los marxistas bien entrenados debían hacerlo.

Llegó más tarde el día en que el Partido decidió que debía haber una acción conjunta de los obreros empleados y los parados, porque existían señales crecientes de que una de las fuerzas se movía contra la otra. Se concertó una manifestación de solidaridad al anochecer, a una hora que convenía a unos y otros. De ella resultó lo que en la historia de la clase trabajadora comunista se ha dado en llamar "la emboscada de Bristol", y en la que fui seriamente aporreado por primera vez.

El camino que nuestra marcha debía seguir a través de las calles de la ciudad fue discutido con la policía, y por una vez los vimos inclinados a complacernos. En la noche misma, la policía que nos acompañaba se mostró inusitadamente servicial, dándonos permiso para seguir cualquier ruta que prefiriéramos.

Era nuestra esperanza que pudiéramos bajar por "Castle Street", ahora bombardeada, pero en aquellos días un lugar de cita popular. Ante nuestra sorpresa, se nos dio permiso para hacerlo. Pero tan pronto como nuestra larga fila de "empleados y parados" se encontró dentro de Castle Street, las luces de la calle se apagaron, quedándonos a oscuras.

A los pocos segundos la lucha había empezado entre los manifestantes y la policía. No pretendo ahora saber quién o qué

cosa fue responsable de que se entablara la refriega. Ciertamente en aquel momento, tanto yo como mis compañeros, estábamos convencidos de que fue la policía.

No bien hubo empezado la batalla, cuando, como si fuera una cosa preconcebida, la policía montada irrumpió a través de la oscuridad desde ambos extremos de la calle, mientras otro grupo de la misma venía por calles laterales.

Pero al hacerlo, miles de personas salieron de las salas de espectáculos próximas, donde también se había apagado la luz, y se encontraron en medio de una terrorífica carga de la policía. Consecuencia de ello fue que muchos resultaron lastimados sin ni siquiera saber de qué se trataba.

La policía de pie atacó a nuestro grupo por ambos lados, una muchacha, que iba conmigo, se metió dentro de una tienda en busca de seguridad. Pero no halló ninguna protección allí, porque, escondido en la arcada, había un policía con la porra en alto, ante lo cual volvió a salir gritando. Me lancé contra el policía al ver que la golpeaba en la cabeza; unos segundos después yacíamos los dos hacinados en el suelo.

Los incidentes de aquella noche dieron origen a un clamor general en pro de una encuesta en la prensa local, ya que entre los perjudicados se encontraban personas muy principales. Pero la breve demanda de un Comité de Investigación quedó sin efecto cuando tres de los dirigentes comunistas fueron arrestados, pasados a los tribunales con serios cargos de incitación a la violencia, y luego enviados a la cárcel.

La incitación había existido, pero no, a mi modo de ver, en la forma cruda y pública alegada por la policía.

Incidentes como el de la "emboscada" mataron en realidad cualquier duda vacilante que pudiera yo tener sobre la necesidad de usar de la violencia para el logro de la terminación del capitalismo y el establecimiento del comunismo. Y el silencio e indiferencia por parte de los "confortables" asistentes a la capilla hacia lo que me parecía un gran ultraje, acabó también con la pena que pudiera sentir por el cristianismo perdido.

En su lugar quedó un odio amargo que llegó a ser una fuerza dinámica en mi vida. "Lo que necesitamos es un alegre, bueno y

saludable odio", decía yo con terrorífica convicción, y buscaba despertar y extender aquel odio de clases que empezaba a florecer como uno de los frutos de la gran depresión y en el cual poníamos nuestras esperanzas.

El Partido decidió que debíamos también tratar de conquistar la ayuda de "los trabajadores con uniforme", los que formaban parte de las fuerzas armadas y que era de esperar que más tarde o más temprano fueran usados contra nosotros, si antes nosotros no los ganábamos a nuestra causa,

Un periódico sedicioso, el "Soldiers' Voice", se publicaba de vez en cuando, y la Dirección General del Partido esperaba de nosotros que hiciéramos llegar los paquetes que pasaban de contrabando desde Londres, a manos de las personas a quienes iban destinados. Los miembros los distribuían a veces precipitadamente durante un desfile militar o una retreta, y luego procuraban escurrirse entre la muchedumbre. Un número que pudiera cogérseles equivalía a largos meses de prisión como consecuencia. Eran nuestros mártires, y su ejemplo servía sólo para afirmar nuestra fe y nuestra voluntad para el sacrificio.

En Bristol fuimos bendecidos con la presencia de un gran cuartel, y un grupo con el cual estaba yo conectado recibió una noche la responsabilidad de deslizar paquetes del "Soldiers' Voice" al otro lado de la tapia con la esperanza de que llegasen a manos de los soldados. Toda vez que el riesgo era grande, se pidieron voluntarios, sobre los cuales se echaron suertes. Yo también me ofrecí, pero no salí elegido. El que le tocó en suerte aquella noche, fue sorprendido en el momento culminante, y desapareció en un calabozo donde se le mantuvo por espacio de dieciocho meses. Y una vez más mi resolución quedó afirmada por el odio.

CAPÍTULO V

CRIPTO-COMUNISTA

Cuando hube “aprendido” mi comunismo en las calles de Bristol, mi profesión de odontólogo me llevó al Norte de Gales, lejos de la excitación de contiendas casi diarias, a un área en donde, por aquel tiempo, no podían encontrarse comunistas. Yo era, en realidad, el único comunista entre Chester y Holyhead. De inmediato, como lo hubiera hecho todo buen comunista, empecé a reclutar adictos, pero había pocas perspectivas de poder conquistar alguno por medio de cualquier propaganda y actividad comunista directa o pública.

Pero había un Partido Laborista Independiente, compuesto casi en su totalidad por hombres que habían actuado en la época de Keir Hardie, o que alardeaban de haber trabajado con Philip Snowden y Ramsay MacDonald. El Partido Laborista Independiente estaba todavía en aquellos tiempos afiliado al Partido Laborista e ingresé en él como un medio de llevar mi comunismo dentro del campo enemigo.

Pronto, como único miembro joven y activo del ramo, fui nombrado secretario, y su política rápidamente osciló hacia la izquierda. Antes que hubieran transcurrido muchos meses me habían confiado ya la misión de organizar el partido por todo el Norte de Gales, lo cual me proporcionó una excelente oportunidad para desarrollar un trabajo de exploración en favor del Partido Comunista a expensas del Partido Laborista Independiente; poniéndome en contacto con el ala izquierda en el área del carbón, en las canteras de piedra y pizarra y en otras partes, ganando lectores para el "*Daily Worker*" y obteniendo que aceptaran el "espíritu del Partido". Pero tropecé siempre como contra un muro cuando intenté que entraran dentro del Partido mismo,

Para mantener mi propia moral continué en contacto con Bristol durante algún tiempo, yendo allí en motocicleta ocasionalmente y tomando parte en manifestaciones. Pero más a menudo iba a Lancashire, sacando inspiración del comunismo de las ciudades, ayudando al candidato comunista en el Distrito de Liverpool en la Elección General de 1931 y batiendo alguna incursión a Birkenhead

cuando los parados derribaban sus barricadas después de fieros combates en la calle con la policía.

Necesitaba un tónico como aquél de vez en cuando, porque después de llevar casi dos años en el Norte de Gales todavía no tenía en mi haber una sucursal bien organizada del Partido Comunista, aunque había hecho muchos adeptos entre empleados de autobuses y de ferrocarriles, había conquistado muchas simpatías entre mineros, picapedreros y otros, y tenía conversos esparcidos aquí y allá.

Pero cuando trataba de introducir a alguien realmente dentro del Partido, tropezaba invariablemente con el muy arraigado noconformismo de los obreros del Norte de Gales. Busqué la manera de "abrirme camino" pensando que su resistencia era principalmente sentimental y calculando que si podía iniciar el reclutamiento de gente para el Partido, luego iría rápidamente en aumento.

Entonces, de acuerdo con las palabras de Lenin: "la moralidad está subordinada a la lucha de clases", pensé en una forma de ganarlos en su propio terreno. Era yo, en teoría por lo menos, todavía un predicador seglar. Ejercitaría mi derecho a predicar, preparando así el camino para el reclutamiento del Partido y obteniendo al mismo tiempo un auditorio para el mensaje que ardía por dar a conocer. Era ésta, según me pareció, la única forma de salir adelante con mi proyecto.

Tuve que enfrentarme y vencer una gran hostilidad por parte de los predicadores seglares establecidos y de los ministros de aquella área, los cuales hicieron todo lo posible para impedir mi intento, pero al final triunfé y empecé a predicar de nuevo.

Para comenzar, di a mis sermones un "sesgo social", el cual fui confirmando cada vez más con el tiempo.

La actividad principal del Partido Comunista era entonces la organización de la marcha del hambre sobre Londres desde todos los puntos del país. Yo deseaba vivamente unirme a los manifestantes, para identificarme con el espíritu de su peregrinación, para estar con ellos si se suscitaban tumultos o algo peor, o en todo caso ayudarles, organizando una ayuda a su favor. Decidí quemar mis naves y predicar directamente sobre la Marcha y las exigencias de los que la formaban.

El primer domingo después de mi decisión, el tema del sermón fue: "Tuve hambre y no me disteis de comer". Hablé a mi auditorio, compuesto por personas acomodadas, sobre la miseria de los parados, el sufrimiento de los niños, las consecuencias humanas de un mundo capitalista en crisis y la necesidad de una alternativa.

Mientras iba contemplando, fila tras fila, aquellas gentes atildadas, bien alimentadas, pensé que aquellos hombres andrajosos y desesperados que marchaban sobre la capital pudieran haber pertenecido a un país miles de millas alejado del nuestro. Me sentí irritado y despectivo y no traté de disimular mis sentimientos. En la excitación del momento, les recité algunos versos de Joe Corry, el poeta rebelde, quien comparaba al agitador sin trabajo con "un hombre llamado Cristo hacía dos mil años", el cual tenía algunas palabras duras que decir sobre los banqueros, los curas y la policía, que eran sus enemigos.

A medida que recitaba el poema los rostros que tenía enfrente iban subiendo de color. Pero al terminar, un buen número de gente se levantó y salió. Anuncié el himno final. Al tiempo que se terminaba, la capilla estaba casi vacía.

Luego, en la sacristía, uno de los puntales de la iglesia, en traje de mañana y con una gran flor en el ojal, me dijo que mi sermón no había gustado.

"No soy del parecer de mezclar la política con la religión", dijo. Y luego añadió: "Y personalmente no me gustó su alusión a los banqueros."

Más tarde supe que era banquero.

Durante aquella semana el Ministro Superintendente me llamó a su casa para charlar un poco. Una comisión de protesta había ido directamente desde la iglesia —dijo—, solicitando que se me impidiera aparecer de nuevo en el púlpito Metodista.

No quise darme por vencido, ni rehuir tratar asuntos de controversia. Hizo un llamamiento a mi "buen carácter", pero mi única conciencia era mi conciencia marxista, producto de una mezcla de simpatía real y humana por los sufrimientos de las "víctimas del capitalismo", con la fría lógica del marxismo y la creencia de que después de la crisis actual, si la usáramos rectamente, podría venir la Revolución y el Estado de los Trabajadores.

El domingo siguiente por la mañana, con los hambrientos de la "Marcha" ya en Londres, tomé como tema "El pan nuestro de cada día dánosle hoy". Antes de que hubiera terminado, un hombre anciano, alto, con una barba que parecía adelantarse fieramente delante de él como una pica medieval, atravesó el pasillo y levantó su puño hacia mí delante del púlpito. "Debería usted estar en la cárcel", me dijo antes de salir airadamente afuera.

Aquella tarde por radio oí que en Londres los parados, por decenas de miles habían luchado con le policía en Hyde Park, arrancando las vías para usarlas como lanzas.

Por la noche prediqué sobre: "Yo no vine a traer la paz, sino la espada." Expuse a mi sobrio y respetable auditorio que las cosas habían llegado a un punto en que el violento aplastamiento del capitalismo sería considerado por los cristianos como una cruzada y en que todo cristiano de este nombre debería estar preparado para luchar al lado del Partido Comunista por y en la Revolución.

A la media luz de la capilla los veía salir de prisa mientras iba predicando —los hipócritas que querían se les dijera que aquellos a quienes los dioses aman se hacen poderosos, y que en vez de ello les habían dicho que se hicieran revolucionarios; y también los devotos, que habían venido buscando confort y se les ofrecía comunismo—.

Cuando terminé el servido, sólo quedaba una mujer anciana. Fui hacia ella. "Soy un miembro de la Sociedad de Amigos. Quiero darle las gracias por sus valientes palabras", dijo. Me manifestó que no era su intención disculparse por sus hermanos cristianos, pero que quería decirme que aunque discrepaba de todo cuanto yo había dicho, no obstante creía que tenía derecho a decirlo. "Ambos somos cristianos", añadió simplemente

Debí lastimarla cuando le contesté: "Pues, francamente, no lo soy: soy comunista."

Ya no volví a predicar.

No pareció por aquel entonces que hubiera logrado mucho para el Partido con mi breve retorno al púlpito, pero hubo, algún tiempo más tarde, una curiosa consecuencia de ello. Muchas de las personas con las cuales había estado en contacto durante aquel

período me habían esquivado o atacado, y había sido acusado desde el púlpito en algunas capillas de las zonas mineras.

Un día me encontré con un predicador local que era también director de una clase de jóvenes. Me dijo que, a su modo de ver, me habían tratado mal, que si me hubieran tratado más caritativamente podía haber continuado siendo un cristiano activo.

No estuve de acuerdo con él, señalando que era ya comunista cuando los cristianos locales se habían vuelto contra mí. Dijo que quería demostrarme que aún había algunos que procuraban practicar la caridad, y me rogó diese dos charlas a su clase, una sobre "Por qué soy ateo", y la otra sobre "Por qué soy comunista".

Le repliqué que creía que desde el punto de vista de su clase, su idea era una gran locura, "Sus jóvenes noconformistas no saben por dónde andan", dije. "Yo, como marxista, lo sé"

Venga usted y verá", me dijo, "Le convertiremos en un cristiano todavía."

A la mitad de mi primera charla, uno de los jóvenes se levantó manifiestamente enojado. "Es una locura haberle hecho venir", dijo; "él tiene todas las respuestas y nosotros no tenemos ninguna. Venimos aquí para ser mejores cristianos, no ateos". Arrojó al suelo un libro que tenía en la mano, y dando un gran portazo salió. Ganó mi simpatía y, ciertamente, mi admiración.

Pero el director de la clase me llamó durante la semana, se excusó y me dijo que había hablado con el joven ofendido para que viniese el domingo próximo, a pesar de todo.

Vino, y el acto empezó con una generosa disculpa por parte de él. Le repliqué manifestando que la semana anterior me había marchado pensando que él era el único hombre cuerdo entre ellos, pero que ahora tenía mis dudas sobre ello.

Escucharon callada y caritativamente mi charla sobre comunismo ateo y materialismo dialéctico, aceptándola como una demostración de tolerancia y caridad. Durante dos o tres meses no supe nada de ninguno de ellos. Luego un buen día, al salir de mi trabajo, encontré al sujeto que había protestado, esperándome. Dijo que después de mi segunda charla había reflexionado sobre cuanto yo había dicho, y que había encargado el "*Daily Worker*" y alguna literatura comunista. "Me doy cuenta ahora, dijo, de que ninguno de

ellos sabe por dónde anda, pero usted si." Fue mi primer comunista militante en aquella área.

Cuando al año siguiente se organizó una marcha del hambre, me uní a ella en Londres, respaldado por un buen número de ramas del Movimiento Nacional de Obreros Parados y Amigos de la Unión Soviética (ambas organizaciones del "Partido") que yo había creado.

Pasar del aislamiento del Norte de Gales a Londres fue una experiencia enormemente estimulante. Allí la lucha era una lucha solitaria, y lo que mantenía mi entusiasmo era únicamente el conocimiento de lo que estaba ocurriendo en la lucha de clases en otras partes, y mi estudio persistente de los "clásicos" marxistas.

Pero desfilando desde Bermondsey Town Hall a Hyde Park con los hambrientos manifestantes después de una serie de discursos excitantes en un "Congreso de Acción", fui arrastrado por una gran ola de entusiasmo y seguridad en la victoria.

Para los que, desde las ventanas de Grosvenor House, contemplaban a aquellos andrajosos manifestantes, éramos un espectáculo más bien ridículo aunque algo terrorífico mientras avanzábamos precipitadamente en una formación que no tenía nada de militar.

Pero para mí y para mis camaradas, aquél era el ejército proletario, precursor del gran Ejército Rojo de que Inglaterra se vanagloriaría un día. Eran los hombres que, como Marx había profetizado, en esta crisis de capitalismo no tenían nada que perder sino sus cadenas, los más humildes y más abyectos bajo el régimen actual, que serían los dirigentes el día de mañana.

Cuando embocábamos un camino largo y recto, me volví para contemplar la larga fila de manifestantes que se extendía hasta donde podía alcanzar la vista. Sus estandartes desafiantes y amenazadores, ondeando por encima de sus cabezas, trajeron lágrimas de emoción y de esperanza a mis ojos. El recuerdo de aquel espectáculo y de las vastas muchedumbres que nos saludaban en Marble Arch me proporcionó un tónico y un estimulante que me mantuvieron en un alto grado de sobreexcitación durante varios meses en la vida totalmente diferente del Norte de Gales.

Dirigía en mis ratos de ocio una pequeña propiedad, dedicándome a la cría de aves de corral, cabras y perros, residiendo en un sitio muy elevado en las colinas. Mi más próximo vecino, por un lado, era un granjero que vivía tres cuartos de milla más lejos.

En el otro lado vivía el juez local, con quien me unía íntima amistad, pues estábamos ligados por intereses comunes. Políticamente, éramos polos opuestos, pero como por la noche departíamos a menudo cambiando impresiones sobre las perspectivas de la cosecha, la mejor raza de aves de corral o las peculiaridades de los perros de caza que ambos criábamos, teníamos muchas cosas en común.

Aquella amistad me salvó en más de una situación difícil. El mayor orgullo de aquel señor era su jardín de rosas rodeado por una tapia, y dentro de él un arbusto que en el lenguaje de su jardinero era conocido por la rosa "negra", mostrando rosas de un rojo oscuro entre los más oscuros, sobre el cual estaban suspendidas pequeñas cortinas para protegerlas contra los rayos del sol.

Al regresar a mi propiedad una noche de otoño, me encontré con que una de las cabras, que lucía una barba más larga de lo corriente, por lo que la llamábamos Karl Marx, había desaparecido, y tuve el presentimiento de que había cometido alguna travesura. A través del jardín de rosas del juez oí un ruido sospechoso, me encaramé a la tapia y atisbé por encima. Allí, en medio, estaba Karl con un rosal arrancado en la boca. Por un lado se veían las raíces. Por el otro, colgando fláccidamente, una masa de rosas rojo oscuro. De pronto, dio el final y fatal mordisco en medio del tronco y las pequeñas cortinas protectoras resonaron funestamente en mis oídos en el suave airecillo de la noche mientras caían en tierra.

Estuve largo rato dudando sobre cómo daría al juez tan espantosa noticia. Pero quizás existe en el sufrimiento humano un punto en que los sentidos se embotan y nada causa sensación.

"Dios mío, esto es demasiado horroroso, y me estremece sólo el pensarlo", exclamó cuando se lo conté. Luego, entrando dentro, añadió: "Ambos necesitamos algo que nos mantenga en pie, después de esto. Entre y tome el mayor scotch que haya tomado usted en su vida."

Sin embargo, no tuvo el mismo grado de tolerancia para con Trotsky, mi gatito blanco y negro, así llamado porque desde el

principio fue un diablillo, atacando y arañando a cualquiera que se acercase.

Trotsky aprendió a robar, para lo cual no le faltaban ocasiones, ya que en un terreno colindante con mis pequeños gallineros, existían varias filas de ellos en los cuales había gallinas dedicadas a la cría de pollitos faisanes alimentados con huevos duros picados y que, aun en aquellos días, costaban diez chelines cada uno de criar.

Estaba de pie en el portal de mi casa un domingo por la tarde, cuando el juez y el guardabosque se pararon a la entrada de la finca.

"Estamos buscando la pista de un ladrón", dijo el juez. "Hemos echado de menos una porción de pollitos faisanes."

"Puede tener dos pies como podría tener cuatro", añadió el guarda de una manera significativa.

"Si lo cogemos le pegaremos un tiro", dijo el juez.

Oí una refriega y, al parecer, un graznido saliendo de dentro de casa. Echando una mirada de soslayo al interior, pude ver a Trotsky jugando con un polluelo faisán medio plumado, que venía corriendo hacia mí. Desde la puerta le di un puntapié para que se alejara. "Excusen un momento", dije a aquellos señores. "Voy a cerrar las puertas. Hace mucho viento hoy. Todo lo echa por tierra."

Juez y guarda miraron maliciosamente a los árboles, donde no se movía ni una hoja, y al cielo, que reflejaba la calma del día.

"Dicen que los gatos ratoneros son buenos ladrones", observó el guarda, yendo directamente al asunto. "Y el alguacil me ha dicho que el gato de usted es el mejor ratonero que vio nunca."

De dentro de la casa salía el último graznido moribundo del infortunado polluelo faisán. Haciendo caso omiso al guardabosque, me volví al juez. "Mi gato está demasiado ocupado teniendo las dependencias de su granja libres de ratas, para que le quede tiempo para robar", observé. Ambos se marcharon, pero temí por el porvenir de Trotsky.

Diariamente volvía a casa con un pollito faisán, y yo no podía hacer nada para evitarlo. Un día desapareció y durante semanas no volví a ver rastro de Él.

Pero una noche pasaba yo por el lugar en donde el guardabosque tenía su pequeña cabaña. A un lado había una tabla en donde colgaba sus trofeos. Allí estaban clavados los

acostumbrados cuervos, mirlos, un halcón, algunas ratas y un armiño, todos colgados de sus colas. Y en medio de ellos, clavado también por la cola, el infortunado Trotsky, ya en estado de descomposición, el cual había muerto, como correspondía a un buen marxista, ocupado en la tarea de expropiar a los expropiadores.

Nunca ni el juez ni yo hicimos alusión al destino de Trotsky, pero una tarde, estando los dos juntos sentados contemplando la puesta del sol tras las colinas, se oyó el canto del faisán.

"Aquella absurda cuestión del hurto cesó hace algún tiempo", dijo. "Y cesó de una manera repentina. Algo debe haber sucedido al ladrón."

"Seguramente que así fue", contesté yo.

Estuve con el anciano juez justamente algunos minutos antes de su muerte. Había estado con él en la cocina de su huerto para ver una nueva variedad de lechuga. Me dejó para ir a reunirse con su familia, pero por el camino cayó en tierra con un ataque de alta presión de la sangre, y pocos minutos después había fallecido.

Como marxista hubiera tenido que alegrarme de su muerte, pues representaba todo lo más odiado por los comunistas. Su posición social era, a los ojos de los comunistas, feudal, y por consiguiente, detestable; su política era "reaccionaria"; cuando el personal de su granja planteó una huelga en miniatura, como solución vendió la granja modelo que había sido la niña de sus ojos, antes que darse por vencido. No obstante, sentí mucho su muerte. Sólo unos pocos entre los marxistas saben ser ciento por ciento razonables todo el tiempo en la práctica de su fe.

Cuando me rogaron que en las exequias fuese uno de los portadores del ataúd, el recuerdo de su considerable gordura me llenó de aprensión pensando que no me tocara la mayor parte del peso al transportar la pesada caja. Pero no tenía que haberme inquietado por ello. El ataúd, cubierto con ramas de los árboles que él amaba, fue bajado a la calzada en un viejo carruaje de la finca, y luego a las puertas lo tornaron los portadores, siendo nuestra tarea llevarlo por el camino hasta la iglesia.

Vi que mis compañeros portadores eran todos bastante más altos que yo, y di gracias a los dioses marxistas, fueran éstos quienes fuesen, cuando descubrí que todo lo que tenía que hacer

era caminar de acuerdo con los demás y llevar el paso fúnebre que correspondía, pues al ataúd le faltaban un par de pulgadas para tocarme el hombro. Podía casi imaginar al anciano y corpulento señor en el interior sonriéndose de la chanza.

Aquellos años desde principios de 1930 que pasé en la pequeña posesión, estuvieron muy ocupados. Desempeñaba en aquel entonces el cargo de corresponsal local de un buen número de diarios nacionales, y escribía para periódicos, además de cuidar mi ganadería y de continuar mi trabajo como dentista. A esto debían sumarse mis constantes esfuerzos para formar organizaciones comunistas y sostenerlas. No obstante, aún hallaba tiempo para dedicarlo a una considerable cantidad de lectura marxista, aunque la mayoría de las veces ésta tenía lugar después de la medianoche.

Mis padres se habían trasladado a un pequeño pueblo de Somerset, dominado por una magnífica iglesia gótica. La casa donde fueron a vivir había sido antiguamente una posada medieval, de bajo techo, grandes vigas que podían tocarse cuando uno se sentaba en la cama por la mañana, y paredes tan gruesas que podían contener hondos armarios en su interior.

Yo iba allí con tanta frecuencia como me era posible y aprovechaba todos los minutos que allí pasaba estudiando los antiguos mesones y edificios del pueblo, cortando muérdago de los árboles del huerto en Navidad y recreando mi espíritu con las grandes fiestas del pasado; acompañando a los cantores de villancicos que venían, con las linternas en la mano, a los vestíbulos artesonados de las grandes casas de la vecindad o pasando la noche de Año Nuevo en el alto campanario tocando las campanas a medianoche.

Todas las aldeas en varias millas alrededor tenían una magnífica iglesia gótica; todas las sendas un antiguo mesón o encantadoras casas de campo. Era fácil imaginar qué vida había de haber sido la de aquellos tiempos en que los hombres construían y trabajaban por una fe en la que creían de corazón.

Aquellos tiempos —pensaba con profunda pena— habían muerto, y la fe en que ellos creían había muerto también. Pero los tesoros que aquellos hombres del pasado dejaron no eran nada comparados con aquellos que los hombres del mañana con su nueva fe y su nueva cultura proletaria habían de crear.

En cierto lugar descubrí un curioso poema comunista que ilustré con inscripciones góticas. Su texto era blasfemo, y en la letra inicial grabé una representación gráfica de Cristo crucificado. Decía: "Adiós, Cristo. Todo lo hiciste bien en tus tiempos, creo yo. Abre camino ahora a un nuevo monigote sin religión alguna... Marx, Comunista, Lenin, Campesino, Stalin, Obrero. Yo soy yo."

Iluminado y medievalizado, y con su mística de obrero, resumía mi fe.

En mi biblioteca "Piers Plowman" y Chaucer ocuparon su sitio de una manera completamente natural al lado de "Dream of John Ball", de Morris, "El Capital", de Marx, y "La revolución Proletaria", de Lenin.

CAPÍTULO VI

LA AYUDA A ESPAÑA

El cambio fundamental que se obró en la política y especialmente en los métodos de los comunistas de todo el mundo cuando Hitler subió al poder en Alemania, ayudó enormemente a mi trabajo en el Norte de Gales, pues el campo de nuestras actividades se ensanchó de repente, y seguidamente fluyeron nuevas posibilidades.

El efecto de la victoria Nazi sobre el movimiento comunista mundial no se ha llegado a entender enteramente incluso en nuestros días, aunque es vital para un conocimiento de los métodos comunistas.

La Internacional Comunista y los miembros del Partido de todo el mundo, en 1930 creían que una Alemania Soviética estaba "en el saco", que la "crisis del capitalismo" era algo a lo cual las clases dirigentes alemanas no podrían simplemente sobrevivir. El "*Daily Worker*" del de agosto de 1931, por ejemplo, publicaba una ilustración de unos miembros uniformados de la Fuerza de Defensa de los Obreros Alemanes, con el título "Luchadores del Frente Rojo... preparados para defender a la Alemania Soviética contra la Guerra Imperialista." Ningún comunista creía que los Nazis pudiesen triunfar. Dábamos como cosa hecha que el gran Estado Alemán caería como manzana madura en el regazo del Partido.

El golpe que los jefes comunistas de todo el mundo recibieron ante la virtual destrucción por Hitler del poderoso Partido Comunista Alemán, fue formidable. Si esto podía ocurrir, luego cualquier cosa era posible. Así, de acuerdo con el sistema marxista aprobado, el Comintern dio un viraje completo. "Los comunistas desdeñan disimular sus miras y propósitos", dijeron Karl Marx y Friedrich Engels en el Manifiesto Comunista, y aquella había sido hasta entonces la actitud de los Partidos Comunistas de todas partes.

El comunismo había sido nuestro objetivo y así lo habíamos dicho. Sólo podía ser alcanzado con una revolución sangrienta y no teníamos ningún reparo en llegar a ello. El mundo capitalista estaba podrido, aborrecíamos sus tradiciones, rechazábamos sus convenios y su moralidad, y no titubeábamos en proclamar y practicar aquellas cosas. Como comunistas, desafiábamos todos los convenios "burgueses" y nos gloriábamos en ser "ofensivos",

El comunismo era militarmente ateo y lo proclamábamos así, blasfemando públicamente en nuestras asambleas, caricaturizando a Dios en nuestra prensa. Teníamos nuestra Liga de Ateos Militantes y nos gloriábamos con este título y con sus intenciones. Proclamábamos la bancarrota del matrimonio, la futilidad de la familia, la libertad del comercio sexual sin restricciones. Y practicábamos también estas cosas.

Si trabajábamos para ayudar al retorno de un Gobierno Laborista, lo hacíamos solamente para que los demócratas sociales, o "fascistas sociales" como más a menudo los llamábamos, pudieran hacer pública su bancarrota y para que los obreros decepcionados volvieran entonces a nosotros. Y decíamos al mundo que ésta era nuestra única razón. Había por lo menos una sombría, desdeñosa honradez en nuestra actitud.

Pero la nueva situación creada por los sucesos en Alemania acabó con todo aquello. Resultado de la táctica del Frente Popular fue la decisión de procurarse la ayuda de la clase media, de los intelectuales, de los "fascistas sociales" —cualquiera que sintiese el impulso de luchar contra el fascismo, cuya victoria representaría la muerte de todas nuestras esperanzas. Era una retirada temporal, pero justificada desde el punto de vista de las ideas marxistas.

La nueva táctica era la de moderar, en público, la marcha, Aunque perseverando en todo como antes en privado.

Los libros publicados antes de aquella fecha y que exponían abiertamente nuestra situación, tales como "El A. B. C. del Comunismo", publicado por el Partido Comunista de la Gran Bretaña, fueron retirados y destruidos. (La Unión Soviética fue inflexible en esto, hasta el punto de que los dos autores de aquella obra fueron, de hecho, liquidados.) Los jefes estaban ya provistos de ejemplares de dichos libros, que era lo que interesaba. Las librerías

del Partido rompieron o quemaron los "clásicos" anteriores a millares.

Todo aquello era muy cabal, pero muy estúpido, porque no cedimos en nada de lo fundamental: simplemente apartamos algo para mantenerlo en conserva a baja temperatura, y encontramos nuevos métodos para poder presentar el resto.

Ésta es la táctica aún hoy en día, y en los años intermedios la táctica ha sido desarrollada en tal forma que la propaganda pública comunista no guarda nunca relación con sus fines reales tal como están expuestos en sus libros de texto y como se enseña en privado en las clases de estudio de sus miembros.

El comunismo ha llegado de hecho a ser una gigantesca mentira, un deliberado y total embaucamiento público.

Acepté la nueva táctica con entusiasmo y empecé a cultivar a aquellos a quienes había atacado o ridiculizado en el pasado. Y, tal es la caridad esencial del hombre ordinario, aquello marchó bien. A pesar de todo, celebraron la oportunidad de trabajar conmigo como amigos.

Cuando se inició, a principios de 1936, el Club Libro de Izquierdas, me proporcionó justamente el arma que necesitaba. A todos aquellos que me habían dicho tan a menudo que eran de izquierdas más bien que de derechas, les decía: "Demuéstrame haciéndote socio del Club Libro de Izquierdas." A los de ideas liberales que manifestaban que gustaban de leer ambas partes, les decía: "Aquí tiene su oportunidad." A los que hacían alarde de tomarse un inteligente interés por la escena contemporánea, les decía: "No pueden hacer esto sin leer lo mismo a las izquierdas que a las derechas."

Pronto reuní docenas de personas a las que había considerado como adversarios políticos, las cuales leían un libro de izquierdas cada mes y luego hacían sus comentarios conmigo.

En la época en que empezó la guerra civil española, en julio de aquel año, tenía ya el movimiento bien organizado, disponiendo de una extensa variedad de gente muy decidida.

Los acontecimientos de España constituyeron un desafío y una demostración. Allí, en un ángulo de Europa, estaba empezando ya la guerra y el fascismo contra el cual estábamos prevenidos, ¿Quién

sabía dónde podría terminar si todos aquellos que defendían la paz y la democracia dejaban de unirse?

De toda Inglaterra y de una parte a otra de Europa, vinieron rápidos y numerosos los reclutas del Partido: los intelectuales sensitivos, los turbados y desilusionados pacifistas, y la sólida clase trabajadora, sociedades de obreros que habían desconfiado de nosotros en el pasado pero que ahora creían que si sus ideas tenían que ser algún día defendidas con las armas en la mano, serían los comunistas y nadie más quienes irían a la cabeza para combatir.

Cuando se constituyó una sección Galesa de Ayuda Médica Española, organicé en seguida una asamblea pública para recaudar fondos para una ambulancia. Pedí a todos mis socios del Club Libro de Izquierdas que demostraran su sinceridad prestando su ayuda activa. El estrado en la primera asamblea estaba sólidamente guarnecido de cuellos clericales, y se había anunciado desde los púlpitos de todo el distrito. Le causa fue presentada como un gran caso de humanidad en el cual podían unirse todos los hombres de buena voluntad. Pero nosotros los comunistas sabíamos que una ambulancia podía ser tan útil al Gobierno español como un fusil, y que cada asamblea, cada recaudación, eran granadas y balas para el comunismo.

Nuestra primera ambulancia salió a las pocas semanas para España. Con ella marchó como conductor el secretario nacional Galés, y yo ocupé su lugar. En los meses subsiguientes trabajé como nunca había trabajado.

La organización de dos o tres mítines me tenía totalmente ocupado. Como tenía que dirigir la palabra en cada uno de ellos, resultaba que dormía muy poco y apenas abandonaba el trabajo. Exhibí el film de propaganda "Le Defensa de Madrid" en cada mitin. Después de haber alquilado una máquina cinematográfica y el film una y otra vez, acabé por comprar ambas cosas y las llevaba conmigo a todas partes. En cierta época, exhibí aquella película dos veces al día durante cuatro meses, y pronuncié otros tantos discursos y llamamientos. Aprendí mucho sobre la geografía del distrito, pero, lo que es más importante, aprendí todavía mucho más sobre la buena voluntad de hombres y mujeres para sacrificarse por causas por las que sienten fe y entusiasmo. A menudo los sacrificios eran tan enormes que casi me asustaban.

Por ejemplo, en un mitin de un pueblo cerca de Bethesda, tenía un auditorio compuesto enteramente de gente trabajadora, a quienes dirigí un discurso, exhibí el film y luego hice un llamamiento, durante el cual subasté un gorro de miliciano español para hombre y un pañuelo de miliciana para muchacha.

Dos hombres hicieron la oferta final para el primero. Cuando lo entregué el adquirente, él dio en cambio un sobre todavía sin abrir, con su salario. Lo mismo ocurrió cuando continué la subasta con el pañuelo. Ambos trabajaban en las canteras de pizarra ganando un sueldo mísero.

Sacrificios similares fueron repetidos más tarde en otros mítines para mineros, trabajadores del campo, ferroviarios y otros obreros de sueldos bajos. Con tales sacrificios realizados en todo el país, parecía que no había lugar a dudas sobre la rectitud de nuestra causa.

En los grandes mítines de Londres, hombres y mujeres arrojaban a los estrados sus sortijas de boda, pequeños recuerdos de familia o cualquier cosa que en aquellos momentos llevasen en el bolso. Nuestros contrincantes políticos, que nos acusaban de hurtar aquellos objetos, daban tontamente un valor muy inferior a la profundidad del sentimiento que habíamos logrado crear. Pero la hostilidad casi instintiva, tan difundida y a menudo completamente irrazonable hacia todo lo que se refería a la España de Franco, y que aún subsiste en estos días, es un tributo a nuestra proeza.

A menudo en mis mítines trataba de ganar voluntarios para la Brigada Internacional y los remitía a los cuarteles apropiados. Lo más frecuente es que se tratase de muchachos sin ninguna base política. Algunos no regresaron nunca, y los que trabajábamos por la causa sentíamos que les debíamos a ellos el trabajar todavía con más ardor. Trabajamos también lo más posible para nuestras ambulancias, una vez que tuvimos noticia de las piezas para construcción de fusiles y otras armas que eran pasadas de contrabando en muchas de ellas.

En los primeros días de la refriega española, el Partido envió muchos de sus miembros a la lucha. Uno de mis convertidos al Partido regresó después de varios años de cárcel y con un brazo de menos.

Los comunistas fueron a España por razones completamente distintas de las de los no-comunistas. Vimos aquello como una oportunidad para aprender el arte de la insurrección en la práctica, por si algún día pudiese ser aplicado en nuestro país; para tener una experiencia de las barricadas; para aprender el uso de las armas modernas de muerte y destrucción por la causa del comunismo.

Todos los Partidos Comunistas del mundo enviaron allí muchos de sus miembros para adquirir tal experiencia. Los dirigentes fueron también uno tras otro para hacer una experiencia de algunos meses. Muy pocos perdieron sus vidas o recibieron serias heridas. El tipo de trabajo que se les dio allí ya estaba calculado, de suerte que aquello resultara poco probable, y todos los miembros del Partido pensaban que estaba muy puesto en razón el que los dirigentes no estuvieran expuestos a ser liquidados sin más ni más.

Pero entre la tropa hubo numerosas pérdidas en los primeros días y nos dejaron un ejemplo de heroísmo. Demasiados murieron de hecho por amor al Partido. No era la intención que de los miembros del Partido se hiciese una carnicería al por mayor. Los hombres muertos no podrían dar su contribución a la lucha pro Inglaterra Soviética.

De manera que yo y otros que hacían un trabajo similar, fuimos disuadidos de mandar afuera nuevos miembros del Partido. Los nuevos reclutas debían ser no-comunistas cuyas muertes ayudarían a los fines inmediatos del Partido sin comprometer de ningún modo la futura lucha por el poder en nuestro país.

Cuando, por encima de todo, se necesitaba carne de cañón, una de las tareas de los organizadores era ir por la noche a los alrededores de los muelles del Támesis en busca de fornidos vagabundos. Les hacían beber hasta embriagarse y luego los embarcaban por el Canal.

En París se les quitaba la borrachera, se les daba de comer, se les vestía y luego otra vez a beber. Inconscientes, atravesaban los Pirineos, y cuando al día siguiente volvían a estar sobrios, eran ya miembros del Batallón Británico de la Brigada internacional.

Los comunistas tienen pocos miramientos para aquellos que desdeñosamente llaman proletariado en masa, y si podían hacerse con unos pocos vagabundos para servir a la causa de esta forma,

entonces con sus vidas, o en último caso con sus muertes, ya habían servido a la causa después de todo.

Uno de los hechos más salientes de mi existencia sentimental como comunista, tuvo lugar en un día Primero de Mayo durante la guerra civil española. Estaba yo desfilando con la tradicional manifestación de Londres, y por el camino se habían unido a nosotros muchos contingentes. Bajando por Oxford Street volví la cabeza para contemplar aquellas filas de hombres. Yo me hallaba al final de mi contingente. Esperaba, al volverme, ver la acostumbrada bandera roja o el estandarte de la sociedad de obreros que iba a la cabeza del siguiente. En su lugar, vi uno negro con un letrero en letras blancas que decía: "Por cada hombre que desfila tras este estandarte, un miembro del Partido Comunista de Bethnal Green ha muerto luchando contra el fascismo en España."

Detrás seguían filas y más filas de hombres, con las cabezas levantadas con orgullo, los vivos representando a los muertos en aquella sombría reunión del Primero de Mayo. Levanté también mi cabeza con más orgullo que nunca, y miré ufano y orgulloso la insignia con la hoz y el martillo que llevaba en el ojal.

De Bethnal Green aquellos muchachos habían salido de barrios bajos para dar sus vidas por la derrota de lo que ellos consideraban la decadencia y la corrupción, y por un nuevo mundo valiente.

Ellos, que no habían conocido nunca la vida tal como debía ser vivida, daban sus vidas por lo mejor de todo lo que conocían. Morían con el odio en sus corazones y los gritos de combate de la Revolución en sus labios, y morían gloriosamente. En ello reside la fuerza del comunismo. Entra en sus planes recoger odios, el deseo de justicia para los explotados, el idealismo juvenil y el anhelo por un mundo más puro, y luego engancha todos estos poderosos caballos a su carruaje.

Pero había en todo aquello un aspecto muy distinto. A la cabeza del movimiento anti-Franco había toda clase de envidias e intrigas, y un enorme barullo y confusión. Los miembros de otros partidos que corrían los mismos riesgos en la Brigada Internacional en España, inspirados nada más que por motivos anti-fascistas o liberal-demócratas, quedaron asustados cuando conocieron los decididos esfuerzos de los comunistas por dirigir operaciones y

manejar negocios de todos niveles en el que, después de todo, había sido llamado Batallón "Mayor Attlee".

Desde Gales enviábamos dinero a Londres para una ambulancia después de otra, pero las contiendas entre los que eran responsables de su compra y los que las estaban esperando al otro lado condujeron a tal acumulación de escándalos, y a amenazas y contra-amenazas de actos de difamación, que tuve que marchar apresuradamente para tratar de arreglar las cosas.

A dondequiera que fuese llevaba conmigo folletos de España, vendiéndolos o dejándolos en autobuses, tranvías y trenes. Y, como lo hacían también otros comunistas, a veces entraba de prisa en el pórtico de alguna iglesia católica y me dirigía al estante de la "Catholic Truth Society" en donde había folletos expuestos para la venta. Retiraba los que me parecían anti-comunistas y en su lugar ponía otros sobre España. No me molestaba en dirigir ni siquiera una mirada al interior de las iglesias.

Un sábado, mientras anocheecía, entré en una iglesia con los folletos a punto. Tres niñas con sombreros de colegiala salían en aquel momento. Para dar un aspecto de naturalidad a lo que estaba haciendo, les pregunté que de dónde venían.

"Hemos ido a confesar", contestó una de ellas.

"¿Y de qué diablos tienen que confesarse las niñas como vosotras?", pregunté incrédulamente.

"Las niñas a veces se olvidan de rezar sus oraciones", respondió la más aguda de las tres, mientras tomaban el camino hacia su casa.

Quedé desconcertado. Desconcertado hasta un punto de fascinación. Durante muchos años, no había pasado por mi mente ni un solo pensamiento religioso. Constantemente había hecho de mi vida, tanto como había podido, una vida impía.

Habiendo dejado mis folletos en el estante, me volví para marcharme, cuando vi que brillaban unas luces en el interior de la iglesia. Movidio por la curiosidad, miré hacia adentro.

A través de la oscuridad, pude ver una imagen de Cristo de pie, con la túnica abierta por el pecho donde estaba pintado en color rojo vivo un corazón: una estatua del Sagrado Corazón que significaba menos que nada para mí.

Otras imágenes en colores chillones e igualmente faltas de buen gusto, aparecían aquí y allá. Los colores rojo, azul y oro parecían haber sido chapoteados indistintamente en la obra de albañilería, maderamen y en los muros. Todo aquello chirriaba hasta el punto de dañar casi físicamente. En la nave de la iglesia, esparcidos aquí y allá, había gente de rodillas, y yo atisbaba para que no se dirigieran a la puerta y encontraran los folletos comunistas que había dejado en el estante, mientras tenía los bolsillos atiborrados de los folletos católicos que había retirado.

Un hombre se levantó y se dirigió hacia lo que supuse era un confesonario, mientras la mujer que acababa de levantarse de allí iba a arrodillarse en recogida plegaria.

Aquello era completamente extraño para mí. Representaba la superstición en toda su profundidad. Pero repentinamente, por un breve instante, el más loco y más ultrajante de los impulsos tomó posesión de mí. Yo, también, necesitaba ir a confesarme. Decirle al sacerdote que estaba dentro: "Mire usted, usted que vive en su propio mundo, está perdiendo el tiempo. Las niñas cuya confesión acaba de ole, están a mil leguas de pecar. Este hombre y esta mujer van todavía a la iglesia, viven vidas respetables. Creen en Dios. Aquí, aquí hay un verdadero trabajo para usted. Yo soy el que está en pecado. Peco en un solo día más de lo que ellos pecarán en todas sus vidas. Confiésemle usted."

El impulso era tan loco, tan descabellado, aunque tan fuerte y apremiante, que todo parecía arrastrarme a ello. Pero en su lugar, metí unos cuantos folletos rojos más en el estante y salí en medio de la noche, blasfemando todavía más por haber recobrado mi sano juicio.

Llegó un momento en que había proyectado ya mi film en toda la zona, se habían celebrado mítines en todas las ciudades, pueblos y aldeas posibles y se habían hecho colectas repetidas veces. Era evidente que se imponía un nuevo tipo de reclamo si la labor política que estaba intentando debía ser llevada adelante. Los llamamientos directos para recaudar fondos para la compra de fusiles y para reclutar voluntarios para el frente, quedaban limitados a muy selectos y limitados auditorios. Lo que ahora se necesitaba era un nuevo llamamiento humanitario,

La llegada de los niños vascos refugiados en Inglaterra me proporcionó justamente lo que necesitaba. Y al momento lancé un llamamiento local para un Hogar Galés para Niños Vascos. Se formó una comisión, la más amplia y más "frentepopulista", y se tomó una gran escuela vacía, la cual a su debido tiempo albergó a un buen número de encantadores niños españoles.

Me encariñé con ellos en seguida. Me desprendí de una buena parte de mi propio mobiliario para cedérselo a ellos y estaba encantado de que el espíritu del Partido fuese tal que hubiese resultado una cosa políticamente útil el emprender tal trabajo. Pero aquello era, no obstante, sólo una excusa para una campaña mayor todavía "contra la guerra y el fascismo", una excusa para ganar nuevos simpatizantes y, quizás también, nuevos miembros para el Partido,

CAPÍTULO VII

RESURGEN ANTIGUOS “SLOGANS”

A principios de 1938 me trasladé al área de Londres. La vida en mi pequeña posesión había sido buena, y como yo había tenido siempre otros asuntos entre manos y, por tanto, no dependía exclusivamente de ella, marchaba prósperamente incluso en unos tiempos en que los pequeños propietarios y dueños de granjas iban a la bancarrota en todo el país. Pero tuve que dejar la posesión porque era demasiada carga para mí en una época en que pasaba tanto tiempo viajando.

La labor política en el Norte de Gales había sido provechosa. Pero era evidente, a medida que las nubes de la guerra se hacían más densas, que iba a haber ruido dentro de unos pocos años. Y habría mucho más en las ciudades que en las zonas rurales "atrasadas". Yo necesitaba estar cerca del eje en cuanto los sucesos empezaran a producirse.

Pero durante una temporada, también en el sur de Inglaterra, me encontré nuevamente en un área "atrasada", esta vez en un distrito de Surrey de importancia militar más bien que industrial y que era poco probable, por lo menos en tiempo de paz, que llegara a ser un centro de actividad revolucionaria. Pero a causa de la presencia de gran número de cuarteles y áreas de entrenamiento, era de vital importancia en caso de guerra.

Mi primera labor política fue establecer una rama del Partido Comunista. ¿Pero cómo? No existía prácticamente allí ni clase trabajadora industrial ni fábricas que pudieran servir de base para ello. Era una situación en que el ataque de frente estaba casi condenado a fracasar. Así, probé en su lugar los métodos corrientes de infiltración comunista, usando para ello el local del Partido Laborista,

Tuve suerte, pues en mi primer mitin, después de hacer una invitación a la discusión, pronto tuve a mi alrededor un grupo de vehementes muchachos discutiendo sobre cuanto yo había dicho. Observé cuáles eran los más prometedores y me senté con ellos en el próximo mitin. Luego salimos juntos, fuimos a comer, y ya en aquel entonces pude conocer aquellos con quienes trabajaría primero. Seleccioné a los más listos e inteligentes.

Mi buena suerte continuaba, pues el próximo mitin fue el Mitin General Anual. Fui nombrado miembro ejecutivo y delegado del Partido Divisional (o distrito electoral). Y, a propuesta mía, la mayoría de los que contaba que ingresarían en el Partido Comunista vinieron al Ejecutivo también. Desde entonces contaron conmigo para la dirección,

Dos o tres semanas más tarde introduje al primero de ellos en el Partido, encargándole que guardara el secreto de esta asociación y que siguiera trabajando en el Partido Laborista. A éste siguió otro, y luego otro y otro. Cada uno de ellos o de ellas creía ser el único.

Cuando se celebró el Mitin General Anual del Distrito Electoral del Partido, decidimos por anticipado a quienes teníamos que apoyar y a quienes combatir. El resultado fue un triunfo para las izquierdas. Habíamos formado un "ginger group", el cual por entonces contenía buen número de miembros del Partido Comunista. El grupo conquistó una mayoría de las posiciones tanto en el Partido local como en el Divisional y pronto realizó la mayor parte del trabajo del Partido Laborista en la totalidad del distrito. Y logramos una posición firme, por medio de la Junta de Comercio local, en el movimiento de la sociedad de obreros también. No pasó mucho tiempo sin que tuviera introducidos en el Partido Comunista a todo hombre o mujer susceptibles de alcanzar un nivel ejecutivo.

Luego, una noche, los reuní a todos. No les anuncié el objeto de la reunión, pero les di a entender que era un mitin del "ginger group". Cuando hubieron llegado todos, les revelé que todos los presentes eran ya miembros del Partido Comunista y en seguida se dieron cuenta de lo sucedido y de cuánta fuerza tenía ya el Partido en el Movimiento Laboral Local. Luego pasamos a tratar del asunto.

El líder del Partido que era nacionalmente responsable de la infiltración dentro del Partido Laborista, vino a conocer al nuevo grupo del Partido. Llevaba un impermeable más mugriento de lo

acostumbrado, un traje que le caía muy mal y un sombrero viejo. Era un disfraz pasmosamente sencillo aunque muy efectivo, pues de día era un abogado superatildado y en aquel papel era también conocido como miembro del Partido. Pero de noche, vestido en forma totalmente distinta, podía visitar las casas de miembros muy conocidos del Partido Laborista sin despertar sospechas.

Desde entonces funcionábamos como un grupo del Partido Comunista, pero continuábamos manteniendo secreta nuestra asociación y trabajando dentro del Partido Laborista y la Junta de Comercio. No era extraño que la Asociación obtuviese pronto en la Dirección General del Partido Laborista la fama de izquierdista.

Decidimos que sería conveniente que el Partido Laborista tuviese un periódico local, el cual de hecho reflejase la política del Partido Comunista. Las resoluciones necesarias fueron llevadas a todo vapor por medio del Comité Divisional autorizando la salida del periódico y haciéndome a mí su editor. No tardó mucho el periódico en estar circulando por una amplia zona, usando diseños del "*Daily Worker*", publicando discretamente las actividades nacionales del Partido Comunista y no desviándose nunca por ningún concepto del espíritu del Partido Comunista. Se editaba, por supuesto, como un órgano del Partido Laborista.

Este estado de cosas continuó hasta después de la crisis de Munich, en que la Dirección General del Partido Comunista decidió que la mayoría de sus miembros que habían estado actuando al abrigo del Partido Laborista se manifestaran públicamente como una demostración política contra la jefatura Laborista. Casi la totalidad de nuestro grupo abandonó el Partido Laborista, dando a su acto la máxima publicidad, Comunicaron sus "razones" a la prensa local y anunciaron que estaban solicitando su admisión en el Partido Comunista (del cual, por supuesto, habían sido miembros de hecho durante varios meses). A su debido tiempo se publicó una segunda información diciendo que sus solicitudes habían sido ya aceptadas y anunciando la formación de una sucursal local del Partido Comunista. El resultado fue que el Partido Laborista en aquella División quedó arruinado, perdiendo sus más activos y principales miembros en una sola jugada, y apareció en escena una nueva rama del Partido Comunista.

La Dirección General del Partido me felicitó oficialmente por mi actuación. Fue un típico, aunque particularmente afortunado, ejemplo de infiltración comunista, y lo he descrito con algún detalle por dicha razón.

Al tiempo que este episodio había terminado, estaba editando un periódico local en el oeste de Londres, pero conducía las operaciones a distancia, lo cual continué haciendo hasta después del comienzo de la guerra.

El período que siguió a lo de Munich fue de intensa actividad política. Durante años el Partido había trabajado en todo el Oeste por una política, basada en las necesidades de Rusia, que tenía como objetivo el cerco de la Alemania Nazi por las "naciones amantes de la paz". El pacto de Chamberlain con Hitler lo puso todo en peligro.

Pero aunque nuestra campaña por la paz continuó hasta los primeros meses de 1939 y decían que era derrotista sugerir que la guerra era ahora inevitable, cada uno de nosotros creía, a pesar de los análisis anticipados del Partido, que lo peor de todo ya había sucedido en Munich y que la guerra vendría pese a todos nuestros esfuerzos.

Pero también creíamos con creciente convicción que podía muy bien tomar la forma de un ataque Nazi a la U. R. S. S., apoyando Inglaterra a Alemania. El pensamiento de que aquello fuese posible era tan espantoso, que no podíamos ni siquiera soportarlo. En tal eventualidad, la misión de los comunistas sería trabajar para la derrota de su propio Gobierno y por el triunfo de la U. R. S. S.

Aquello era, y sigue siendo, una traba para todos los comunistas.

Pero, si bien aquella situación podía traer consigo la posibilidad de una revolución en Inglaterra, la amenaza de un ataque combinado sobre la U. R. S. S. era suficiente para que cada comunista se sintiera dispuesto a todo y "a cualquier precio", por lo que cada uno de nosotros consideraba ser "la patria de los obreros". Y así es precisamente cómo todo comunista ve a la Unión Soviética. Y cómo yo la había visto durante muchos años.

De una manera resumida y sencilla así es cómo yo discurría y cómo discurren todavía centenares de miles de personas, educadas en el marxismo, en todas las partes del mundo.

El comunismo es necesario y apetecible sobre toda otra cosa. La lucha por el comunismo se extiende por todo el mundo, el cual está dividido horizontalmente por las dos clases adversarias, y no verticalmente por diferentes razas y naciones. Al luchar por una Inglaterra comunista lucho por una Inglaterra mejor y por la destrucción de todo lo que está podrido y en decadencia. En esta lucha cuento con la ayuda de todos aquellos que están operando en el mismo frente mundial contra el capitalismo. Mi deseo de hacer mi país comunista, me hace a mí, por tanto, internacionalista.

Pero en un punto de aquel frente mundial, hay una nación entera a mi lado, un gran Estado, la U. R. S. S., en donde se ha establecido un punto fuerte, alrededor del cual tenderán a girar todas las batallas, y sin la cual se malogrará toda victoria local. A toda costa, pues, Rusia, baluarte del comunismo, debe ser defendida. La derrota de la U. R. S. S. significaría el fin de toda probabilidad de comunismo mundial por muchas generaciones.

Por tanto, a fin de lograr mi Inglaterra comunista debo trabajar a toda costa para ayudar a la continua supervivencia de la Sexta Parte Socialista del mundo. Cualquiera que ataque a Rusia ataca mi esperanza de una Inglaterra comunista. Al ayudar a Rusia "con todos los medios a su alcance y a cualquier precio", por tanto, el comunista inglés trabaja por una Inglaterra mejor; el comunista francés por una Francia mejor, y el comunista islandés por una Islandia mejor. Este es, a sus propios ojos y a los de su Partido, el super-patriota. La necesidad absoluta es la de que Rusia sobreviva a todo trance, y todo, absolutamente todo cuanto pueda contribuir a este fin, está permitido.

Por tanto, el Pacto Germano-Soviético de Agosto de 1939 no turbó en lo más mínimo a los buenos marxistas. Los líderes soviéticos tenían, ante la clase trabajadora de todo el mundo, la responsabilidad de defender a la U. R. S. S. y podían, por esta razón, pactar una alianza con el diablo mismo si fuese necesario. Los soldados bisoños podían en tales momentos tener sus dudas y dificultades, pero no los marxistas bien instruidos.

Muchos de los intelectuales que se habían asociado con nosotros en nuestras campañas del frente popular, nos abandonaron pronto con disgusto, pero aquello era lo que esperábamos que hiciesen. Su actitud quedó resumida en una carta que había recibido yo de un conocido poeta, quien, después de haber ingresado en el Partido a causa de su propaganda antifascista, escribía: "Una calamidad sus dos tíos, tío Pepe y tío Adolfo." Luego desapareció dentro de una torre de marfil de donde no salió nunca más.

La dificultad con que tropezaban los propagandistas comunistas se planteaba simplemente en los términos de la pregunta: "Ahora, ¿cómo podemos hacer llegar "esto" a los no iniciados? Y los líderes procedieron a reflexionar sobre el mejor medio de propaganda en aquellas circunstancias.

El militante de la masa que tiene que hacer frente a las preguntas, y tal vez a las pullas, de sus compañeros de trabajo, se agarra con agradecimiento a cualquier "cuerda" que los líderes le puedan tender en sus directivas, y en muchos casos confía en su superior, que conoce bien la dialéctica y que asegura que aquello es doctrinalmente permisible.

De acuerdo con todo razonamiento marxista, parecía probable que nuestro Gobierno combatiera a los rusos antes que a Alemania en su propio "interés de clase". Cuando Inglaterra, de hecho, declaró la guerra a Alemania, parecía a los líderes del Partido como si, a pesar de todo, Chamberlain hubiera sido forzado por su propia incapacidad política a hacer algo que estaba en pugna con los mejores intereses de la clase capitalista y que debía contribuir a la lucha mundial entablada contra el fascismo y, por tanto, a ayudar indirectamente al comunismo.

Los líderes comunistas de Inglaterra y de todo Occidente por esta razón ayudaron a la guerra en sus primeros días y declararon la misma como una lucha antifascista que debía recibir el apoyo de todo trabajador.

Las tropas o masas, sin embargo, aunque manteniendo una apariencia exterior de unidad, en esta ocasión tendieron a estar particularmente divididas. Los que habían combatido en España o habían estado en pugna directa con el fascismo en Inglaterra, celebraban la ocasión de poder enfrentarse con los Nazis bajo cualquier bandera, incluso la de Chamberlain.

Otros desconfiaban de Chamberlain hasta el punto de que no podían creer que cualquier guerra que se llevara a cabo bajo su dirección fuese de ningún provecho para los trabajadores y que si pudiera aún haría un trato con Hitler y desviaría la lucha hacia el Este.

Me encontré a mí mismo en el segundo grupo, y así, por primera vez en varios años, dudando de la corrección de la política del Partido. Me sentí desgraciado y desmoralizado, encontrando excusas para abandonar casi todas mis actividades políticas. Por primera vez en mi vida empecé a pasar casi todas las noches en un parador en donde hacía la consumición de un trago de cerveza, un plato de queso tierno y unas aceitunas, haciéndolo durar lo más posible.

Mi humor no mejoró con la cuestión más bien falsa de la entrada de Rusia en Polonia el 17 de septiembre. Compartía en aquel entonces un piso con un destacado comunista, administrador de una empresa, uno de los miembros más activos del Partido.

Supe la noticia por los periódicos del domingo, los llevé a casa y le mostré a él el título que la encabezaba: "Rusia invade Polonia." Por el cariz que tomaban las cosas, la noticia para todo comunista era desoladora. Sus reacciones fueron típicamente violentas.

"Maldición al tío Pepe, maldición a Molotov, maldición a toda la pandilla", exclamó. Luego se reanimó. "Pero el comunismo es todavía recto", dijo, tratando de consolarse a sí mismo. "Pero, ¿cómo diablos voy a explicar esto en la fábrica mañana?"

Al día siguiente faltó a su trabajo, y al tiempo que se reintegró a la fábrica el martes, el "*Daily Worker*" había establecido su línea de conducta, y procedió, como todos los comunistas administradores de empresa de Inglaterra, a explicar en la fábrica en un mitin, especialmente convocado en la hora del "lunch", el nuevo gran movimiento de Rusia por la paz. Entonces la norma que se impuso el Partido fue la oposición a la guerra.

El Comité Central del Partido se reunió un día en la Dirección General de King Street para redactar un incitante manifiesto dirigido al pueblo inglés exhortándole a sacrificarlo todo en la lucha contra el fascismo. Después de unas cuantas horas de discusión, se dio por finalizado el texto. En aquel momento, inesperadamente apareció el

representante inglés de la internacional Comunista, que todo el mundo suponía se hallaba en Moscú.

Echó un vistazo al manifiesto y dijo a los líderes que debían hacerlo pedazos. Se trataba, dijo, de una guerra imperialista. El Comintern lo había dicho y aquello significaba que había que hacer oposición en la forma clásica marxista.

Después de la confusión que siguió a esta noticia bomba, alguien formuló la demanda de que se presentaran pruebas. Las exhibió en forma de una tarjeta postal muy arrugada y sobada en la cual se fijaba la posición en forma concisa pero inequívoca, y firmada por "Georgi Dimitroff, Secretario General de la Internacional Comunista". No había ya lugar a dudasen cuanto a su autenticidad.

Pollitt, el Secretario General, y J. R. Campbell, miembro del Bureau Político, rehusaron aceptar la nueva línea de conducta, si bien algún tiempo después se retractaron públicamente. Pero los restantes del Comité Central se sentaron de nuevo y con la ayuda del Delegado del Cominteen procedieron a redactar otra vez el manifiesto en el cual habían gastado tantas horas, pero declarando esta vez que se trataba de una guerra imperialista en la cual los obreros no podían tener interés alguno.

Una vez más, empezó a repetirse en los mítines del Partido el antiguo y querido "slogan": "Los obreros convertirán la guerra en guerra civil", y la nueva fórmula de Dimitroff: "La clase obrera terminará la guerra a su propia manera." Luego, después de todo, aquello había de ser una de las crisis de la cual podía salir nuestra Inglaterra Soviética. Creo que puedo decir con verdad que todo marxista se estremecía ante este pensamiento, aun cuando ello significara que tuviéramos que hacer frente primero a una guerra mundial con todo lo que representara en términos de humano sufrimiento. El nuevo giro de cosas dio fin repentinamente a mi breve periodo de desmoralización, y ya no era cuestión de malgastar más noches en cervecerías. Era la hora de la oportunidad.

La invasión de Polonia nos había preparado para lo que ocurrió en Finlandia cuando el Ejército Rojo inició su ataque. Pero aunque era evidente para los marxistas que Rusia estaba tomando posiciones para prevenir cualquier intento de intervención de Occidente, era algo desconcertante para los propagandistas del Partido y miembros ordinarios que siempre habían hecho protestas

de que Rusia era el único amigo de los pequeños y de los débiles con quien éstos podían contar. En nuestras manifestaciones habíamos cantado el canto de los aviadores soviéticos: "Tiramos octavillas sobre ellos mientras bombardeamos a sus jefes", pero cuando empezaron las incursiones" sobre Helsinki vimos cuán optimistas e irreales habían sido aquellas palabras.

Recalcábamos más y más el peligro de que la estúpida guerra contra Alemania llegara a ser una guerra real contra Rusia, y así buscábamos desviar la atención de los sucesos perturbadores de Finlandia, hacia la alegada traición de los líderes del país. Pero, tal es la naturaleza del comunismo, diría yo, que la campaña antisoviética que resultó del ataque sobre Finlandia, afirmó en su comunismo a la mayor parte de los miembros del Partido Comunista. Para muchos miembros fue su primera experiencia real, con una opinión pública que era cada vez más hostil. Nos habíamos preparado para la persecución y la obtuvimos.

Los vendedores del "*Daily Worker*", las mujeres al igual que los hombres, eran escupidos y atacados en las calles: los recolectores de votos eran echados de las casas con un portazo, incluso a veces se vaciaban vasos de noche sobre sus cabezas desde las ventanas. A menudo, vendiendo papeles o folletos, las amas de casa lanzaban mil vituperios sobre nosotros hasta que desaparecíamos de la calle. Fue un período de prueba, y muchos miembros del Partido supieron superarlo y gloriarse en su martirio. No faltaron, desde luego, los débiles, pero el Partido celebró verse libre de ellos,

En la sucursal donde yo trabajaba en aquel tiempo, habla un miembro que era basurero. Había sido despedido del trabajo varias veces, primero en el Sur de Gales y más adelante en el área de Londres, a causa de sus ideas. Cuando empezó la guerra obtuvo su primer empleo por un año, vaciando cubos de basura.

Así, cuando empezó la persecución pudo denunciar al comité de la sucursal que un miembro secreto del Partido, que era un concejal laborista, temiendo un registro de la policía, había arrojado todos sus libros junto con la basura de su casa dentro del cubo. La biblioteca marxista del basurero fue aumentando con ello, mientras el concejal laborista se iba desprendiendo calladamente de sus libros del Partido. Siguió teniéndonos informados de la conducta de aquellos débiles hermanos de Partido que destruían su bibliotecas,

entre los cuales en cierta ocasión encontramos uno que resultó ser miembro del Comité de la misma sucursal.

Para muchos fue un período de esperanza, con el sueño constantemente ante nosotros de una posible y pronta victoria.

El Partido había declarado públicamente que se trataba de una guerra imperialista. Todo marxista bien instruido sabía lo que aquello significaba. Independientemente de lo que podía ser nuestro plan de propaganda, conocíamos la teoría Marxista-Leninista de cómo debían comportarse los obreros cuando viniese la guerra imperialista.

Además, el Partido tomó las medidas necesarias en cada plano de su organización para asegurarse de que quedase bien comprendido, a fin de que ningún miembro pudiese llamarse a engaño por nuestra propia propaganda pública. La frase de Georgi Dimitroff: "los obreros terminarán la guerra a su propia manera", era tomada como un llamamiento claro a todos los marxistas para prepararse para una acción revolucionaria. Nuestra Dirección General de Londres inició una serie tras otra de clases de estudio de la doctrina Leninista sobre el arte de convertir la guerra en una guerra civil.

La obra "La Guerra y los Trabajadores" de Lenin fue reeditada, usada como libro de texto y aprendida toda de memoria. El volumen V de "Obras Escogidas de Lenin", en el cual están recopilados los más importantes de sus escritos sobre la materia, llegó a ser la lectura marxista más popular. Siete de cada diez páginas de mi ejemplar están subrayadas y sobadas por su frecuente uso. El más popular de sus pasajes, repleto de significado, de esperanzas y de inspiración, es el que dice:

"Mirad el ejército moderno. Es uno de los mejores ejemplos de organización. Esta organización es buena sólo porque es *flexible* y puede al mismo tiempo dar a millones de personas *una sola voluntad*. Hoy esos millones viven en sus casas en varias partes del país; mañana sale un decreto de movilización y todos se reúnen en los centros respectivos. Hoy yacen en las trincheras, a veces varios meses seguidos; mañana son conducidos al ataque en otra formación. Hoy obran milagros escapando a las balas y a la metralla; mañana obran milagros en un combate abierto. Hoy envían destacamentos a colocar minas debajo tierra; mañana avanzan

veintenas de millas, siguiendo el consejo de los que vuelan sobre la tierra. Cuando en la persecución de un objetivo, animadas por una voluntad, millones de personas cambian las formas de su intercambio y sus acciones, cambian el lugar y el sistema de sus actividades, cambian sus instrumentos y sus armas de acuerdo con las condiciones y requerimientos cambiantes de la lucha: esto es organización.

"Lo mismo puede aplicarse para la lucha de la clase trabajadora contra la burguesía. Hoy día no hay situación revolucionaria, las condiciones que hacen fermentar las masas exaltan sus actividades no existen; hoy le dan a usted una papeleta para votar: tómla. Aprenda a organizarse a fin de poder usarla como un arma contra sus enemigos y no como un medio de obtener empleos parlamentarios fáciles para hombres que se pegan a sus asientos por temor de ir a la cárcel. Mañana, se ve privado de su papeleta para votar, le dan un rifle y un espléndido cañón de tiro rápido construido de acuerdo con la última palabra de la ingeniería técnica: tome el arma de muerte y destrucción, no escuche a los sentimentales plañidores que tienen miedo a la guerra. Mucho queda en el mundo que tiene que ser destruido por el fuego y el hierro a fin de que la emancipación de la clase trabajadora pueda ser llevada a cabo. Y si la saña y la desesperación crecen entre las masas, si se crea una situación revolucionaria, prepárese para crear nuevas organizaciones y utilizar esas útiles armas de muerte y destrucción contra su gobierno y su burguesía."

Despiertos y dormidos soñábamos y planeábamos sobre la forma de sacar todas las ventajas posibles de esa situación de guerra: cómo suscitar la saña, cómo explotar la desesperación cuando cundiese entre las masas, cómo hacer que fuese absolutamente cierto que estaríamos a punto, organizacional y doctrinalmente, para la situación revolucionaria cuando ésta se produjese. Cómo asegurar, además, que los miembros del Partido bastante afortunados para poder figurar en las fuerzas armadas, pudiesen conducir a sus asociados "trabajadores de uniforme" en la utilización de "estas últimas armas de muerte y destrucción" contra nuestro propio Gobierno y nuestra propia burguesía.

En el volumen V, además, figuraba todo cuanto necesitábamos decirnos a nosotros mismos sobre cómo llevar esto a la práctica.

Lenin había escrito: "Una clase revolucionaria en una guerra reaccionaria, sólo puede desear la derrota de su propio gobierno." Era nuestra misión, pues, formar la clase trabajadora revolucionaria, y al mismo tiempo instruir a nuestros miembros que sólo necesitaban que se les dijese que era una "guerra reaccionaria" para que supiesen lo que tenían que hacer.

Lenin había escrito: "Revolución en tiempo de guerra es guerra civil; y la transformación de la guerra entre gobiernos en una guerra civil es, por una parte, facilitada por reveses militares ("derrotas") de los gobiernos: y por otra, es realmente imposible procurar tal transformación sin de este modo facilitar la derrota."

Comprendiendo esto y poseyendo la experiencia de Rusia en 1917 para corroborarlo, no fue de sorprender que Dunquerque, cuando llegó el caso, no nos turbara lo más mínimo y sirviera sólo para hacer que lo que considerábamos como la casi inevitable derrota de Inglaterra apareciera como una magnífica oportunidad.

"La transformación de la guerra imperialista en guerra civil", escribió de nuevo Lenin, "no puede "hacerse", más de lo que es posible "hacer" una revolución, *se desarrolla*... Tal desarrollo es imposible sin una serie de reveses y derrotas militares de aquellos gobiernos que reciben golpes de sus mismas clases oprimidas."

Llevando estas palabras a la práctica, empezamos a propinar todos los golpes que podíamos, por medio de la táctica de fomentar el malestar, intentando crear el cansancio de la guerra, por medio de altercados industriales, haciendo cundir el descontento entre miembros de las fuerzas armadas y explotando todo posible agravio político, social, económico o industrial, sobre quienes pudiera alcanzar.

El estudio de la historia del éxito bolchevique en Rusia, los escritos de Engels y de Lenin sobre el arte de la insurrección, ya no fueron por más tiempo de interés puramente académico o simplemente cuestión de adquirir un conocimiento que tal vez pudiera ser útil algún día, como hasta ahora lo habían sido para mí y para tantos otras. Ahora se relacionaba directamente con los acontecimientos del momento.

Y lo colosal del caso era que todo este material de lectura de tan vital interés, esta dinamita política, no requería ser enviada por

medios secretos. Podía ser, y lo era, editada públicamente y comprada legalmente en las librerías de todo el país.

Mientras el Partido tenía por fuerza que aparentar públicamente que no tenía ninguna intención de sabotear el esfuerzo de la guerra o transformar la guerra en guerra civil, nuestros miembros podían estar al mismo tiempo discutiendo en sus clases cualquier detalle imaginable sobre cómo llevar mejor a cabo la derrota del propio gobierno en la guerra.

Ya no había necesidad para los líderes del Partido de correr riesgos disparatados al emitir órdenes revolucionarias. Todo quedaba simplificado para nosotros.

Todo lo que se requería era que los mismos miembros del Partido fueran inducidos a comprender el sentido íntimo de las obras de escritores marxistas, a comprender el pensamiento Leninista, a conocer la jerga. Éste era, y sigue siendo, el propósito de las clases del Partido.

También era necesario para ellos saber lo que habría que hacer en el caso de que la guerra fuese "desviada" contra la Unión Soviética. Las instrucciones, dictadas por la Internacional Comunista sobre el camino a seguir en caso de guerra con Rusia, eran suficientemente claras:

"En la actual coyuntura histórica", decía una resolución pasada al Séptimo Congreso Mundial, "en que una sexta parte del globo, la Unión Soviética, defiende el socialismo y la paz para toda la humanidad, los intereses más vitales de los trabajadores y obreros de todos los países exigen que al perseguir la política de la clase trabajadora, al emprender la lucha por la paz, la lucha contra la guerra imperialista antes y después del rompimiento de hostilidades, la defensa de la Unión Soviética sea tenida en cuenta por encima de todo.

"Si el principio de una guerra contrarrevolucionaria obliga a la Unión Soviética a poner en movimiento al Ejército Rojo de obreros y campesinos para la defensa del socialismo, los comunistas exhortarán a todos los trabajadores *a trabajar, con todos los medios a su alcance y a cualquier precio, por la victoria del Ejército Rojo sobre los ejércitos de los imperialistas.*"

No existe, pues, lugar a dudas sobre lo que se exigía a los miembros del Partido en caso de guerra con la Patria de los Trabajadores. El caso era estar a punto. Éste era el principio fundamental de todas las clases del Partido. Era el tema principal de toda nuestra instrucción.

Había sido yo preceptor del Partido durante algunos años y mi labor personal fue considerada entre las de mayor éxito, tanto es así, que en el Congreso del Distrito de Londres de 1940 mi obra "tutorial" fue declarada por el organizador de educación nacional del Partido como la mejor y más acertada de todas.

Las clases que yo atendía y que habían sido proyectadas para doce o quince personas, trajeron regularmente unas sesenta o setenta, semana tras semana. Mis escuelas de fin de semana estaban abarrotadas. Pero las clases eran muy apreciadas por el Partido, tanto por la satisfacción que le daban como por las muchedumbres que atraían.

Voy a exponer a continuación un esquema de las lecciones que daba, basado sobre las notas de una de mis afortunadas series que fue motivo de especial elogio por parte de la Dirección General del Partido y que demuestra el espíritu del mismo en aquel tiempo así como sus objetivos reales.

La primera clase se titulaba: "Los bolcheviques y la última guerra." Empezaba con un esquema histórico de la situación de los bolcheviques al principio de la guerra de 1914: su posición antibélica y su propio reconocimiento, bajo la dirección de Lenin, de la imperiosa necesidad de derrotar a su propio Gobierno.

"La guerra —decían mis notas— situó el "slogan" de la revolución social a la orden del día,"

Aquella lección terminaba con la cita de Lenin: "No podemos decir si la situación revolucionaria se desarrollará durante o después de la guerra, pero sólo el trabajo que lleve este objetivo merece el nombre de socialismo." A lo cual añadía yo: "Los bolcheviques vieron la urgencia y las responsabilidades de la situación. Así debemos hacerlo nosotros."

La segunda lección trataba de la cuestión nacional y colonial y era dedicada a demostrar cómo los bolcheviques usaban las aspiraciones nacionales de los pueblos sujetos al Imperio Zarista a

favor de la Revolución Proletaria. Pasaba yo luego a inspeccionar los movimientos nacionales en el Imperio Británico y a analizar hasta dónde podían ser utilizados para ayudar a poner por obra el derrumbamiento del capitalismo en el país y de su debilitamiento en todo el mundo.

La tercera lección se titulaba: "Inglaterra, ¿la Inglaterra de quién?"

El objetivo de esta lección era demostrar que aunque los hombres, mujeres y niños fuesen llamados en aquel momento a morir por Inglaterra, no era su Inglaterra en ningún caso. Examinaba la distribución de las riquezas y daba una larga explicación de la definición marxista del Estado como instrumento de coerción a favor de la clase gobernante. Desde este punto la lección se dirigía a demostrar que la primera cosa que debe hacer la clase trabajadora revolucionaria es empuñar ese instrumento y usarlo para la coerción de los hasta entonces gobernantes.

En la última lección de la serie, trataba de la manera en que deberíamos prepararnos para una Revolución Proletaria. Mi conclusión era la siguiente: Podemos conducir las masas a la victoria. Los pre-requisitos históricos están presentes. Las masas responden a nuestros "slogans". El futuro es nuestro —pero no inevitablemente— y sólo usted, y yo, y la lucha común, podemos hacer que llegue nuestra hora."

Estas notas revelan el objeto fundamental de todas nuestras actividades durante la fase "imperialista" de la guerra. Revelan cómo discurrían nuestras inteligencias. Hacen que sea un desatino la afirmación pública, tan a menudo repetida por los líderes del Partido Comunista Británico, de que no buscan la violencia y que cuando hablan de revolución quieren decir solamente "cambio drástico".

Mis disertaciones diferían de las de muchos de nuestros preceptores marxistas, solamente en esto (y es lo que las hizo más populares): trataba siempre de combinar el razonamiento marxista puramente "científico" con un llamamiento sentimental. Quería instruir, pero al mismo tiempo estimular. Para mí la revolución era una cruzada, incluso aunque su teoría hubiese de ser estudiada, y debiera ser el resultado de un razonamiento frío antes que de un ardiente idealismo. No era yo, al tiempo que daba estas conferencias en todo Londres y en los condados del país, un oscuro, rústico o

irresponsable miembro del Partido. Antes de que hubiesen terminado, era miembro del Secretariado del Partido en Londres, uno de la media docena de responsables de la dirección del trabajo en toda la capital. Era directamente responsable de la conducción del Partido en West Middlesex, que considerábamos como la más roja y más importante concentración de factorías de guerra del área de Londres, incluyendo grandes talleres de materiales para la aviación y fábricas de municiones. Y era saludado como "un astro" entre los dirigentes de aquella época. Estas clases, por tanto, pueden considerarse como ciento por ciento "dentro del espíritu del Partido" y libres de "desviaciones del ala izquierda".

CAPITULO VIII

EN EL "DAILY WORKER"

En diciembre de 1939 me comunicó el Partido que debía abandonar la revista semanal que dirigía y en su lugar disponerme a trabajar en el diario comunista.

El 1 de enero de 1940, durante el período de la furia anticomunista y cuando el partido se movía en los límites de la ilegalidad, me dispuse a trabajar entre los empleados del *Daily Worker*.

Muchos de los empleados habían sido llamados al Ejército, otros se esperaba irían pronto y el periódico vivía una aguda crisis de personal. Como ya había adquirido la experiencia de la información, el sentido de la marcha de un periódico y del periodismo, fui resuelto a hacer lo que se presentara como tarea más urgente. Cuando el Partido me llamó para que fuera y trabajara en su periódico dejé lo que estaba haciendo y acudí, como lo hubiera hecho otro cualquiera. Ello significaba una mengua en mis ingresos y por lo mismo en mi tren de vida, pero no se me ocurrió que esto pudiera ser una razón para dejar de ir. Una gran parte del cuerpo de empleados del periódico, particularmente en esta época, había hecho similares o mayores sacrificios.

Sentí que no se me podía haber hecho mayor favor como comunista y como periodista que haberme llamado trabajar allí en aquel preciso momento.

Miles de personas de todas partes de Inglaterra se habían sacrificado durante muchos años para mantener la marcha del periódico. Todo comunista acudía a él cada día en busca de la consigna diaria. Había cientos de trabajadores en la industria de todo el país que se levantaban algunas horas antes de lo necesario, aumentando con ello sus horas de trabajo, a fin de venderlo o llevarlo desde la estación local del ferrocarril a la fábrica, depósito, mina o astillero.

El *Daily Worker* encerraba para mí todas las esperanzas, todo lo que había de mejor en el movimiento a que yo pertenecía. Cuando puse el pie en su edificio en mi primer día como jefe de distribución, sentí que pisaba un lugar sagrado.

Antes de terminar la primera mañana ya estaba al corriente de los fuertes choques personales de mi oficina y de los rudos antagonismos entre los varios jefes del departamento. Antes de fin de semana ya conocía la gran red de enredos amorosos existentes en el edificio. Viviendo y trabajando en condiciones de considerable tensión, con la opinión popular flotando en su contra y no reconociendo freno moral de ninguna clase en su vida personal, era natural que lo que parecía una relajación aparente y normal, hubiese creado una atmósfera amoral impregnada de pasión sexual. De hecho, era más bien neurótica.

Al principio pensé permanecer insensible. No obstante, experimenté cierto sacudimiento ante lo que encontré en el periódico, exactamente lo mismo que había sentido cuando me incorporé al Partido. Pero el shock pasó pronto, porque, después de todo, lo que encontré era la aplicación práctica de las teorías que hacía tiempo había defendido y en alguna manera también practicada.

Hablé con los miembros de redacción, que no iban a la zaga de los demás, y convinieron en que habían tenido sentimientos similares a los míos en sus primeros días en el periódico. Pero pronto habían dejado correr las cosas, obrando después como los otros. Y éste fue mi caso también. Poco a poco las cosas iban apareciendo en perspectiva y se llegaba a verlas así y aunque al principio chocaba aquella atmósfera de nervios, terminaba por no tenerse en cuenta.

Como fruto de las actividades de este desigual y promiscuo grupo de personas salía cada día el periódico que luchaba por el comunismo, sirviendo de agitador, educador y organizador de la clase obrera militante, función que, según palabras de Lenin, debía de ser el distintivo de todo diario comunista.

Lo que desde el primer momento le chocaba a uno era sin duda la afirmación dogmática de una joven secretaria, frecuentemente repetida, de que los preservativos desaparecerían como los tranvías de caballos y que la única cosa dolorosa para una joven era tener un aborto trimestral como ella tenía.

Con el tiempo se llegaba a comprender también que esto no impedía el que fuera una buena comunista; que esta joven pasase la mayor parte de las tardes y todos los fines de semana propagando la literatura del Partido, consiguiendo más insultos que ventas, que noche tras noche pasara con la luz encendida hasta las altas horas, estudiando los más exaltados clásicos marxistas, asimilando los puntos más difíciles de la filosofía de Marx y las teorías económicas. Si, después de todo, buscaba cualquier ocasión para "andar de ronda", era cosa que no debía llamar la atención. De todas maneras ella servía al Partido. Y uno había de considerar su conducta como cosa enteramente normal.

Sólo se les daba importancia cuando tales actividades perjudicaban a la causa. Así, pues, cuando se supo que uno de los socios del periódico iba a pasar la noche con algunos jefes camaradas suyos donde ella iba, nada se dijo en contra. Solamente cuando esto afectó a su trabajo se le dijo que no debía mezclar su vida personal con sus responsabilidades políticas. El Partido, naturalmente, podía intervenir en el asunto que juzgaba oportuno. Y no olvidemos que era una organización en la que se exigía la disciplina más estricta y que reclamaba el derecho de ordenar toda la vida de uno si era necesario.

Mi primera ocupación en el *Daily Worker* fue ponerme en contacto con algunos de los mejores y más activos militantes del Partido. Mi cometido era conocerlos y estimularlos por medio de animadas conversaciones, circulares duplicadas, concursos, conferencias, reuniones públicas, etc., en orden a una siempre creciente actividad en favor del periódico.

Si alguna vez me sentí oprimido por la atmósfera que envolvía al periódico, me bastaba mirar lo que hacían algunos de sus lectores en pro de la causa, para echar a un lado los escándalos con un encogimiento de hombros y ponerme a trabajar con más ardor. Estas personas me parecían ser la sal de la tierra.

Había un empleado de la Aviación que iba a la estación a las cinco de la mañana durante todo el año, formando un enorme fardo de cientos de periódicos, los llevaba a casa y después, con la ayuda de su mujer, hacía con ellos paquetes de varios tamaños para los diferentes departamentos que formaban las obras.

Después de un rápido desayuno daba la vuelta a la fábrica con los paquetes colgados a cada lado de la bicicleta; encontraba una cadena de obreros de los diversos talleres montados en distintos puntos alrededor de la factoría, cada uno de los cuales se encargaría de meterlos de contrabando en su cabina (estaba prohibida la venta de tales periódicos en la mayoría de las fábricas de guerra en aquella época) para venderlos dentro. Él nunca perdía un día.

Estaba también Jaimito. Jaimito hacía una labor semejante en una gran fábrica de guerra en la cual trabajaba, junto a su casa en Essex. Después fue llamado a filas. Cuando marchaba a enrolarse a su unidad fue arrollado por un tren que entraba y perdió una pierna. Tenía diecinueve años.

Cuando salió del hospital, aún muy delicado y con una pierna artificial que no le ajustaba bien, supo que no tendría ninguna pensión del Ejército, ni compensación. No sólo olvidó haber sido cogido por un tren, sino que por todos los medios trabajó para ser técnicamente un ciudadano y oficialmente un hombre útil.

Volvió a su antiguo puesto de trabajo, ahora como vigilante. Pero se ingenió para restablecer sus antiguos contactos y mantener las viejas suscripciones del *Daily Worker*.

Todas las mañanas salía muy temprano con sus muletas a recoger un fardo de periódicos enormemente pesado para distribuirlo después entre su amplia red de vendedores, estratégicamente distribuidos.

Vinieron después las incursiones aéreas sobre Londres y los trenes se hicieron menos regulares. A veces su apreciado fardo de *Daily Workers* se perdía en el camino y él me telefoneaba, rogándome le despachara otro con el fin de asegurar que sus lectores no se dieran de baja. Pero cuando empezaron los bombardeos nocturnos entre Londres y su estación local, el número de veces que no llegaba el paquete se hizo más frecuente. No le fue posible soportarlo por más tiempo.

Compró una vieja bicicleta con una rueda fija, a la que quitó un pedal con el fin de que su pierna artificial colgara libre, y viajaba por la noche en medio del bombardeo al edificio del *Daily Worker*. Seguía la línea del Támesis, lugar predilecto de los bombarderos nazis. A favor de la obscuridad y en lo más fuerte del bombardeo

venía atravesando los muelles y el East End. Cuando llegó la primera noche su cara estaba gris.

Cuando atravesaba la puerta, el cielo desde donde había venido hasta el East End estaba enrojecido por el fuego de los muelles y de la misma dirección venía el estampido incesante de las bombas que caían. La artillería antiaérea llenaba el cielo y las calles.

A cada espalda llevaba atada una gran saca y otra en la parte trasera de la bicicleta. Llenábamos las tres sacas con sus preciosos periódicos y salía hacia el East por el mismo camino que había traído, pedaleando en medio de la noche con una única pierna y su pesada carga. Los obreros de la fábrica no perdieron más su *Daily Worker* hasta el día en que el periódico fue suprimido, quedando así suspendida la labor de Jaimito.

No les faltó aun cuando en más de una ocasión tuvo que empujar todo el camino de vuelta su bicicleta, empleando en ello toda la noche, pasando entre las redes de mangas de los bomberos, entre cristales rotos y escombros y dando grandes rodeos cuando los caminos estaban interceptados, para llegar en el preciso momento en que los hombres se presentaban a trabajar.

Estaba también el pequeño tejedor del East End, un judío, que estaba convencido de que los bombardeos eran un don del cielo —o de Hitler—, pues daban la oportunidad de vender más *Daily Workers* que antes.

"Los obreros están en los refugios", decía, "y nuestra misión es estar a su lado".

Por eso cuando sonaban las sirenas y casi todos buscaban un lugar seguro, él salía afuera para recoger los periódicos así que vinieran de la imprenta, y después iba vendiéndolos de un refugio a otro. No era un vendedor oficial; por eso no llevaba la chapa en el gorro.

En la época en que los bombarderos aparecían todas las noches uno tras otro, en su distrito del East End duplicaba sus ventas.

"Nunca hemos tenido una oportunidad semejante", me dijo una noche cuando en medio de una incursión le vi cargado. Pero yendo de refugio en refugio aquella noche se convirtió él en una parte insig-

nificante de un “incidente”. Y una viuda con sus siete pequeños quedaron sepultados en un sótano judío de Bethnal Green.

Muchos sintieron también su primer entusiasmo por el comunismo, admirados de ver a los vendedores del *Daily Worker* de pie fuera de las estaciones del Metro del West End de Londres, vendiendo los periódicos como de costumbre, sin dar importancia al terrible bombardeo. Y cuando se supo que había desaparecido la figura familiar apostada en la estación del Metro de Tottenham Court, como consecuencia de la gran bomba caída precisamente en el lugar donde él había estado tantas veces, la simpatía terminó por cristalizar en algo más positivo.

Yo dije entonces, y hoy aún estoy más convencido, que era cierto que nunca se sabrá lo que es el comunismo hasta que se conozca a comunistas como éstos.

Cuando el período de alarma de la guerra terminó con el avance de Hitler a través de Bélgica y los Países Bajos, los miembros del Partido Comunista Británico se quedaron observando la batalla desde fuera. No era ésta nuestra guerra. Era una guerra entre dos imperialismos rivales con varios millones de trabajadores uniformados como peones obligados. Nuestra guerra vendría más tarde.

Aun Dunkerque fue vista a través de esta luz particular. Después de todo, para nosotros no era, bajo ningún aspecto, una catástrofe. Era una derrota militar y como comunistas teníamos positivo interés en la derrota. Después de la derrota militar de 1917 vino la Revolución de Octubre en Rusia, las juntas de Trabajadores y Soldados en Alemania, y de los Soviets en Hungría. Ganaríamos más con la derrota que con la victoria. Nos preocupaba más la propia guerra de casa, pues la teníamos realmente con la gran mayoría de la gente casi histérica en su odio hacia nosotros.

El día de Dunkerque fui a la hora de comer a dirigir un mitin al aire libre en un mercado cercano a las oficinas del *Daily Worker*. Cuando estaba hablando, la multitud se precipitó sobre mi, y, antes que me diera cuenta de lo que ocurría, la plataforma movable quedó hecha astillas por las patadas de los que la rodeaban.

Propuse organizar mítines al aire libre en Ealing todos los sábados por la noche y acostumbrábamos a levantar un estrado media hora antes de que comenzara el mitin, fijar un cartel

anunciando la hora, enarbolar una bandera roja como precaución y después marchar a tomar un vaso,

Un sábado por la noche, en los días de la derrota de los aliados en el Continente, dejamos nuestro estrado en el Green como de costumbre y fuimos a tomar nuestro vaso habitual. Mientras tanto discutimos nuestro plan de acción en caso de que el público reaccionara en contra. Al volver advertimos que había ya una muchedumbre rodeando la plataforma en que había un hombre muy parecido a mí, dirigiéndose al público. Su cabello era negro como el mío y bastante largo. Como yo, llevaba una chaqueta de sport y pantalones de franela.

Luego, desde la dirección opuesta cruzó el Green un pequeño piquete de policía y fue derecho a la plataforma. En dos minutos el orador había desaparecido en un coche de la policía.

Hablando con el público supimos que era un fascista que se había apoderado del estrado en nuestra ausencia. E indagaciones ulteriores revelaron claramente que era a mí a quien la policía quería detener.

Desaparecimos cautelosamente después de anochecer trayéndonos la plataforma de la que había sido arrancada la bandera roja. El fascista fue legalmente detenido por "el tiempo establecido" por el artículo número 18 del Código. Le vería, no obstante, de nuevo.

Dos o tres semanas después estaba hablando un sábado por la noche en el vecino municipio de Southall. Durante mucho tiempo había sido yo una espinas para la policía del lugar, quien me había ordenado a menudo salir de los límites de la fábrica donde estaba incitando a la huelga, o demostraría que yo había organizado algo que ocasionó disturbios en varias ocasiones.

Antes de marchar aquella noche me enteré de que vendrían a detenerme y que creían apoyarse en el Artículo 18 del Código, que hasta ahora se había empleado solamente para detener a los fascistas, con el fin de interrumpir mi labor por largo tiempo.

Apenas había comenzado a hablar el primer orador cuando le mandó bajar un policía inspector rodeado de agentes y protegido por otros diseminados entre la turba.

Tan pronto como subí, la multitud empezó a moverse y una mujer ligeramente histérica (de quien tenía motivo para suponer que estaba allí como *agent provocateur*) me disparó una pregunta capital sobre si "nuestros muchachos morían por la democracia". Le respondí que no: que morían por el dinero. La turba montó en cólera, la policía me arrojó de la tribuna, yendo a caer de cara a la carretera. Caí gritando: "Esta es vuestra guerra en pro de la democracia." Con mis brazos fuertemente sujetos a mi espalda fui llevado a través de la multitud que llenaba la amplia calle, al puesto de policía, seguido de un populacho soez y furioso.

La atmósfera de aquel periodo está reflejada en el hecho de que cuando protesté de que la policía estuviera usando de violencia innecesaria al sujetarme los brazos a la espalda, uno de ellos me replicó que no se fiaban, pues era posible que yo estuviera armado.

En el puesto de policía se me encerró en una celda sin decirme el por qué, y repetidas veces durante la noche exigí se me hiciera algún cargo. Me dijeron que no tenían ninguno, pero que suponían que yo caía dentro del Artículo 18 del Código y que a tal efecto estaban en contacto con el Ministerio del Interior en tal asunto,

El Ministerio del Interior les debió advertir, sin embargo, que no había pretendido extender la Ley a los comunistas, a menos que fuera absolutamente necesario, y así finalmente se me imputó haber empleado palabras insultantes hasta el punto de alterar la paz y me soltaron condicionalmente. Dos días después, cuando estaba esperando a que mi caso apareciera en el tribunal, el fascista que había sido confundido conmigo semanas antes, fue sacado de la celda por espacio de unos minutos: el tribunal decidió que él debía quedar detenido mientras siguieran en pie las instrucciones del Ministerio del Interior. Cuando salía entre dos guardias me echó una mirada airada y poco caritativa.

Mis primeras experiencias en la Ayuda Internacional a los Prisioneros de la Lucha de Clases y la Defensa Internacional de Trabajadores (Internacional Labour Defense), cuando tantas veces tuve que defender a otros, me sirvieron de mucho. Defendí mi propia causa y me divertí interrogando a los diferentes testigos de la policía, incluso al inspector que me había detenido, e intentando poner en contradicción a unos con otros.

En cierto momento, al interrogar acaloradamente al inspector, me dirigí a él como si fuera el "prisionero". El apacible y octogenario presidente del Tribunal se inclinó hacia adelante y explicó: "Él no es el detenido, es el testigo. Usted es el detenido." "Lo soy, contesté, pero algún día lo será él."

Y lo creía. Es esta certeza de la victoria final que traerá consigo la realización de los sueños y la posibilidad de la compensación, la que explica en gran parte la autoconfianza agresiva del comunista. "Podéis odiarme, perseguirme, hacer de mí lo que os venga en gana", dije apretando los dientes. "Un día tendremos nuestra Revolución y nuestro Soviet británico y que Dios mire por vosotros cuando llegue tal día."

Usé de mi derecho de no someterme a la declaración de los testigos y de esta manera evité tener que jurar y ser interrogado. Siguiendo la tradición de los mejores comunistas dirigí un mensaje al Tribunal, que en realidad era un parlamento político, destinado más bien a la prensa y al público que a los magistrados.

Quedé libre con la alternativa de una multa o un mes de cárcel. Las razones alegadas por la policía cayeron por tierra cuando el Ministerio del Interior decretó que se me dieran a conocer mis cargos. En pocas horas se había recogido una suma para atender a la multa y los gastos, quedándonos todavía algo para ulteriores casos que pudieran acaecer. Uno de los diarios nacionales, dando cuenta del caso, encabezaba su editorial con una cita tomada de la declaración del inspector: "La turba me aplaudía cuando le prendí."

Ahora exigía se me devolviesen algunos documentos que me fueron sustraídos antes de que me encerraran en la celda. Se me informó que debía reclamarlos a la Special Branch (policía del Gobierno) en Scotland Yard, quien —según dijeron— tenía ganas de entrevistarse conmigo. Sospechando que fuese una intriga rehusé ir y a la vuelta de algunas semanas amenacé con poner pleito si no se me devolvían.

Aproximadamente una semana más tarde me llamaron por teléfono al *Daily Worker*. Una voz en tono de excusa decía ser la de un detective de la Special Branch, que hablaba desde Scotland Yard. Dijo que sentía tener que telefonearme a mi despacho, pero que habla tenido dificultad en ponerse en contacto conmigo, pues, el parecer, yo nunca estaba en casa. "No acostumbramos a telefonar

a la gente a su puesto de trabajo, pues tememos que de una u otra manera les perjudique", añadió.

Le aseguré que siendo mi puesto de trabajo el que era, un telefonazo de la Special Branch era más apropiado para mi ascenso que para mi relevo.

Insistí en que mis documentos debían entregármese en el puesto de policía en que me fueron sustraídos. Quedamos en encontrarnos allí por la noche. Fui preparado para hacer frente a un último intento de detenerme el "tiempo reglamentario". Sin embargo los documentos pasaron a mis manos en el más amistoso de los ambientes.

El detective me preguntó cuándo tenía que ir al servicio militar. Le dije que pensaba ir dos días más tarde a un reconocimiento médico. Declaró que suponía alegraría algo para no ir, pero le aseguré que deseaba enrolarme en el Ejército.

"Los comunistas van donde están las masas", le dije. "Y si yo puedo unirme a los trabajadores armados, ciertamente lo haré."

A pesar de todo, cuando me presenté a reconocimiento se mostraron satisfechos al descubrir que yo tenía casi todas las enfermedades que puedan afectar a un hombre, y empeoraron mi estado diciendo que esperaban no les molestara más.

Pero la forma de decírmelo me dio en sospechar que mi pretendido estado deficitario de salud no estaba desconectado de mi conversación con el detective inspector dos noches antes. Un número sorprendente de miembros empleados en el *Daily Worker*, penetró, no obstante, en el Ejército y la facilidad con que muchos bien conocidos comunistas se deslizaban a través de la red de la M. I. 5 y eran descubiertos, si lo eran, después de meses y aún años más tarde, nos aseguró del limitado alcance del conocimiento del Ministerio sobre el personal y actividades comunistas.

Durante algunos meses estuve asediado por una curiosa serie de agentes de policía, incluso por un importuno hombrecillo que se esforzaba por hacerse el encontradizo conmigo todas las tardes cuando volvía de la oficina a casa. Supe quién y que era, y él sabía que yo estaba informado, resultando de ello un pequeño juego al intentar esquivarle, mientras él se ingeniaba por salir al paso de mis variados subterfugios.

Pero mis interminables actividades contra la ayuda bélica no eran un juego... Fueron la meta de años de trabajo y estudio.

Era una época de tensión, pero también de tensión contenida cuando el idealismo, la voluntad de sacrificio, el deseo de lucha y aventura se fundían en una sensación agradable de algo hecho y acabado.

Fue en esta época cuando conocí a Carol, una comunista "bourgeois", que había entrado en el Partido durante la guerra civil española y que había consagrado toda su vida a la causa. Todas las mañanas al amanecer abandonaba su confortable casa y se iba a vender el *Daily Worker* a una parada de trolebuses a algunos kilómetros de distancia. Luego, después de un día en la oficina de Bolsa, iría a distribuir octavillas, haría prosélitos o asistiría a las clases de marxismo, según ordenaba el Partido.

La conocí por vez primera cuando dirigía una manifestación del 1 e de Mayo en la cual era yo el principal orador. En pocos meses llegamos a una camaradería que ha quedado como fuente de confianza entre ambos en el correr de los años, y estableció una amistad tan armoniosa y valiosa hoy para nosotros como católicos como cuando en un principio estábamos los dos empeñados en la lucha a favor del comunismo.

Nos juntamos al parecer, casi casualmente; los dos marxistas participando de las mismas ideas y esperanzas en una revolución victoriosa. Mis teorías sobre el hogar y la familia fueron durante años las mismas de Marx; sostenía que el matrimonio en una sociedad burguesa era una impostura vergonzosa y una "prostitución legalizada", como lo llamábamos nosotros. Durante años seguí creyendo que al mostrar mi desprecio por él como institución, demostraba mi emancipación; que hombres y mujeres, por naturaleza polígamos, eran libres para hacer y deshacer asociaciones cómo y cuándo quisieran. Al igual que otros comunistas había insistido que el reconocimiento de estos "derechos" era la única base para una sociedad feliz.

Sin embargo, en la época en que conocí a Carol ya había comprobado que la felicidad no estaba en la práctica de estas ideas. Otros podían volar de una a otra sin remordimiento. Yo nunca seguí este camino sin deshacer un hogar. Había alcanzado aquel punto desde el cual, bien lo comprendí entonces, anhelaba ardientemente

la estabilidad y una completa rendición a lo que yo había considerado tan despectivamente durante años como "hogares convencionales y burgueses".

CAPÍTULO IX

EMPEÑADOS EN LA DERROTA

Como los miembros del grupo de redactores del *Daily Worker* eran llamados uno tras otro a filas, yo me dediqué incesantemente a la labor editorial, para la que en realidad había sido llamado. Estábamos poniendo a contribución de nuestra lucha contra la guerra cuanto teníamos. Todas nuestras campañas estaban dirigidas a relajar la moral del Ejército y también de la gente que estaba en el frente de retaguardia. Y para ello cualquier clase de municiones era lo bastante buena.

Descubrí, por ejemplo, un médico pacifista que estaba preocupado por el número de ancianos que se quejaban de dolor de piernas y pies. Esto lo atribuía él a estar de pie tantas horas durante las incursiones aéreas en los refugios Anderson (que la gente, un poco desconfiada, acababa de inaugurar). Como pacifista estaba inclinado a echar la culpa de todo a la guerra.

Le entrevisté, expuso largamente su punto de vista, lo transcribí y al día siguiente publicamos su historia no sin darle cierto relieve. El doctor manifestó que nunca había esperado de nosotros que estuviésemos trabajando para levantar la moral en lugar de relajarla.

Esperábamos que de un momento a otro pudiera ser suprimido el periódico y nos preparábamos para el caso. Fueron convocados de todas partes de Inglaterra a un mitin secreto en Hampstead los encargados de su distribución. Allí, William Rust, el director, explicó que el periódico se había levantado gracias al alto grado de comprensión del marxismo y a haber aplicado sagazmente la táctica leninista de combinar la actividad legal con la ilegal, y que la aparición continuada del periódico en tales condiciones había conquistado la admiración de los comunistas de todo el mundo. Era menester, sin embargo, estar preparados para cualquier eventualidad; por eso había que ingeniarse para que se distribuyera

el periódico en toda la nación aun cuando nos fuera denegada toda facilidad legal.

Un abogado asumió la tarea de explicar a cada departamento lo que se debería hacer en el supuesto que la policía registrara; qué documentos se había de quemar inmediatamente cuando hubiera una delación y cómo nos habíamos de conducir nosotros mismos.

Al portero se le encomendó un estudiado sistema de timbres que pudiesen sonar simultáneamente en todas las habitaciones, caso que llegara la policía, y de una puerta para hacer aguardar a la policía, que se abría por un resorte manejado desde dentro.

Casi a diario ocurrían registros en las casas de los miembros del Partido. Y nosotros esperábamos un registro de la policía en el periódico y en la Dirección general del Partido, como preludio a una prohibición del *Daily Worker*, declarando, posiblemente, ilegal a un tiempo al Partido.

Por lo mismo, en el Partido también tomamos nuestras medidas ilegales. Fue creada una doble organización del Partido de arriba abajo, con un simulacro de autoridad en todos los planos. Durante algún tiempo estuvimos reforzando lo que se conocía con el nombre de *Cadres Department* ⁽⁴⁾ y fue éste quien cargó con la responsabilidad de levantar el organismo

En las Oficinas generales de todo Partido Comunista del mundo se había creado un *Cadres Department*, siguiendo un discurso de Stalin a los graduados de las academias del Ejército Rojo en mayo de 1935. Dijo en él: "Sin hombres sin técnica, la técnica es algo muerto. En manos de técnicos, la técnica puede y debería hacer milagros... He aquí por qué se ha de inyectar entusiasmo en las personas, en los cuadros, en los trabajadores que dominan la técnica... Los cuadros lo resuelven todo."

Stalin se refería en particular a la situación interna de Rusia, pero se vio que sus palabras se aplicaban a la labor de los comunistas de cualquier parte. Lo que de momento se necesitaba era un equipo de hombres, de técnicos especializados que llenaran el armazón de los batallones comunistas en su lucha a favor del comunismo. En el léxico comunista ser un técnico vale tanto como

⁴ A falta de otra palabra mas expresiva traduciremos: "Departamento de Especializados".

estar impuesto y dispuesto a hacer cualquier cosa y en cualquier parte en pro del comunismo.

La misión del Partido era y es producir "hombres de determinado molde", según los llamó Stalin en su discurso del funeral de Lenin. Han de ser, como Stalin, "hombres de acero", duros, inflexibles, de fino temple. "Ser un técnico de acero resistente" era el mayor anhelo de todo buen miembro del Partido Comunista.

La misión del Departamento de Especializados era facilitar el desarrollo de tales personas, asegurar el material humano del Partido para el mayor rendimiento posible y velar porque el armazón esencial del "ejército" revolucionario estuviese sano. Esto, con el tiempo, llevaba al Departamento de Especializados (*Cadres Department*) a adquirir una responsabilidad de la pureza doctrinal de la propaganda del Partido y en particular a asegurar la ortodoxia teórica y la pureza marxista de todos los miembros. Tenían además un positivo interés en ello y se encargaban de todas las limpiezas de elementos indeseables; en las regiones capitalistas un aspecto de su labor era convertirse en una especie de N. K. V. D., dentro de la misma organización del Partido. El Departamento de Especializados llegó a ser casi un partido separado dentro del Partido, con una autoridad superdirectora que vino a dejar libre al Partido de las desviaciones y apostasías.

Fue creado un Departamento de Especializados en cada rama del Partido nacional, del distrito, de la sección y del grupo; y dada su naturaleza, al frente de la labor de los especializados estaban los más ortodoxos de los teóricos, personas "seguras" con toda seguridad. Y a ser posible, los que el público menos conocía como comunistas.

Tal organismo constituía, pues, una base sólida para el movimiento secreto cuando fuere necesario. Ya era en sí mismo algo más que medio secreto, pues estaba en contacto con todos los miembros "disfrazados" del Ejército, con los funcionarios y departamentos del Gobierno, del Servicio Público y dentro de otros organismos. Y llevaba cuenta de todos aquellos militantes que habían batido los mejores records de la comprensión teórica y de la entrega personal a la causa.

Con todos estos quedó integrado el organismo secreto. Personas cuyos cargos les habían impedido afilarse públicamente al

Partido, pero que sin duda le habían apoyado durante años, podían desaparecer tranquilamente de la vida del Partido.

Cualquier miembro que preguntase qué les había sucedido, recibiría esta contestación: "Camarada, está haciendo una labor más importante. Uno de vuestros deberes es olvidar que una vez perteneció al Partido." El Partido había estado siempre constituido por miembros "declarados" y miembros "secretos". Pero ahora un gran sector estaba constituido por quienes nunca eran vistos ni oídos.

Las actividades públicas de algunos de los distritos suburbanos en particular sufrieron mucho con este procedimiento. Pues la proporción de miembros secretos era cada día más alta entre los elementos profesionales y de la clase media del Partido.

En un mitin celebrado en un suburbio de Londres y en el cual hablé, alguien se quejó de que debieran estar presentes más miembros locales del Partido, mientras que un joven indiscreto protestó: "¿Qué puede uno esperar cuando el Departamento de Especializados nos lleva nuestra mejor gente? Nos inquieta ver a tantos de nuestros miembros secretos hasta el punto de no haber quedado prácticamente nadie en la superficie."

El efecto de esta revelación sobre los más antiguos y responsables miembros presentes fue mayor que el que se pudiera esperar si un viejo predicador disparase un trabuco en una reunión religiosa metodista.

La política de los jefes fue impedir todo aquello que apartara a los miembros del Partido de la clase trabajadora. Es una línea histórica que corre a través de la vida del Partido y que termina en violentas oscilaciones de péndulo y en una ausencia de moderación, aun cuando la "moderación" es la línea ordinaria de conducta. Esta ocasión no fue una excepción a la regla.

Ted Bramley, líder del Distrito de Londres, apareció por primera vez con visera, para "dar ejemplo a los otros camaradas". Phil Pirati (más tarde miembro del Parlamento por Mile End, Stepney) siguió el ejemplo. Cuando le vi por vez primera con una amplia visera gris de vendedor ambulante echada a un lado de la cabeza, pensé no haber visto nunca una cara tan bien disimulada, hasta que Johnnie Mahon, líder del District Cadres, empezó a llevar una más llamativa con un ángulo más típico.

Se dijo a Johnnie, vegetariano y abstemio, que constituía una seria debilidad política el que nunca fuera a las tabernas y pequeños cafés de obreros donde era fácil encontrar a las masas. Johnnie siguió a conciencia la indicación del Partido yendo como nosotros a las tabernas... Pero mientras los demás tomaban cerveza, pan, queso y escabeche, según la costumbre proletaria, Johnnie sacaba del bolsillo una o dos limpias zanahorias como primer plato y una manzana o pera de postre, y las empujaba hacia abajo con un vaso de leche sacado de un frasco de medicina que habitualmente llevaba en el bolsillo del abrigo.

Lenin había urgido insistentemente la necesidad de "combinar" la legalidad con la ilegalidad en el trabajo del Partido Comunista, y el Partido se entregó a la tarea con entusiasmo. Durante su desarrollo consiguió la experiencia sobre la que se podía trabajar en lo futuro. Muchos de los errores de este período quedarían eliminados si surgiera una situación semejante.

La mayor parte de nuestras actividades públicas se centraron en torno al problema de los candidatos antibelicistas a las elecciones municipales, moviendo una campaña para construir refugios que resistieran a las bombas y otra para que se apoyara la Convención Popular. La campaña de los refugios no podía presentarse más optimista desde nuestro punto de vista, pues tenía la apariencia de ser la cruzada a favor de una mayor seguridad de la gente en la calle, al paso que extendía la alarma sobre los abastecimientos hechos por las autoridades. Además nos ofreció la oportunidad de sacar a muchos de nuestros cripto-comunistas a pública actividad. Ésta era llevada por nuestros hombres de ciencia, entre los que estaba el Dr. Nunn May, encarcelado más tarde por revelar secretos atómicos a la U. R. S. S.

La campaña a favor de la Convención Popular fue, a mi modo de ver, la cosa más efectiva, y desde el punto de vista del Gobierno, más potencialmente peligrosa que hicimos. Como táctica comunista fue perfecta. Unía un considerable, amplio y variado número de personas y organismos en limitadas y exiguas exigencias políticas y económicas, las cuales no incluían intencionadamente una oposición directa a la guerra. No obstante, de haber conseguido estos intentos, hubieran contrarrestado el esfuerzo bélico, cosa que se había pensado conseguir.

Y la campaña con tales pretensiones fue perjudicial en extremo y muy adecuada para relajar la moral pública. Participaron en la campaña personas y organizaciones muy alejadas del marxismo; pacifistas con quienes habíamos luchado durante años, y que burlados vinieron a ser nuestros aliados, músicos no comunistas, literatos, profesores de universidad y otras relevantes personalidades se vieron obligados a dar sus nombres al centro del ala izquierda de líderes de los sindicatos a quienes habíamos manejado para enredados. El ansia profunda de paz que cada uno sentía instintivamente se explotaba con todo cuidado y para fines revolucionarios derrotistas.

Meses de entrenamiento ideológico de nuestros miembros les habían capacitado para manejar esta máquina complicada de subterfugios sin ser arrollados por la misma pública propaganda que hacían de su Partido.

En la época en que se formó la Convención estaban en su apogeo los bombardeos de Londres, y a pesar de que la situación angustiosa creada por las bombas no hizo más que afianzar la moral pública, pensamos en provocar un disgusto hacia la guerra, a favor del cual podríamos trabajar. Y aunque no existía nos esforzamos por crearlo.

El camino natural para sembrar este disgusto por la guerra entre los obreros inteligentes era envenenarlos con la idea de que era una guerra de ricos, y que los trabajadores —la mayoría del pueblo— no tenía interés en ella.

Ésta era la clave política de la Convención Popular, representada por dos mil delegados de todos los puntos de Inglaterra. Esta fue la tónica de la principal resolución, pero el programa envolvía en esta resolución olvidada la guerra en general, con la excepción de un único punto sobre los refugios contra los bombardeos aéreos, y estaba concebido no teniendo en cuenta la guerra.

Aun cuando la autenticidad de algunas de las credenciales de los delegados era sumamente dudosa, y concediendo también que se había duplicado considerablemente el número de aquellos a quienes creían representar, quedaba el hecho demostrado por la Convención de que restaba aún un gran número de obreros de los Sindicatos que se preocupaban más por seguir la lucha de clases que por la guerra con Hitler y el resurgimiento nacional.

La Convención representaba un considerable poder subversivo y era claro que el Gobierno que se preparaba para la agrupación industrial, tomaría alguna medida defensiva contra ella. No se hizo esperar largo tiempo, pues diez días más tarde quedaba suprimido el *Daily Worker*.

Había ido yo a visitar a uno de nuestros mejores vendedores del *Daily Worker* en una factoría de aviación del West End. Cuando volví a nuestro piso en Maida Vale me dijo el hombre del piso de abajo, un miembro del Partido Comunista, organizador de la Amalgamare Engineering Union, que la B. B. C. había anunciado que el edificio del *Daily Worker* había sido registrado y el periódico suprimido por el artículo 2 del Código de Defensa. Tanto él como todos los miembros del Partido con quienes había podido hablar estaban convencidos de que el Partido quedaría en breve declarado ilegal. Parecía igualmente inminente tener que lanzar a la acción nuestra organización secreta con tanto cuidado preparada.

Al día siguiente me puse al habla con el *Daily Worker*, usando de cautela por si fuera la intención del Partido apartarme de todo trabajo exterior. La policía estaba dentro y alrededor del edificio con ojo avizor a lo que pasaba. Las máquinas habían sido precintadas y los empleados, que era dado encontrar, estaban destruyendo inútilmente los documentos que los detectives de la Policía del Gobierno (Special Branch) habían examinado antes con toda detención.

La mayoría de los empleados de la redacción se habían dispersado a otras "obligaciones". Alguno había temblado ante la presencia de la policía y tomó el primer tren para su casa en las provincias. Pero a la gran mayoría les había templado la sacudida y se hallaban ya dispuestos para todo.

Nuestro acariciado propósito de quemar cuanto nos pudiera comprometer en el caso de un nuevo registro había fracasado en toda la línea, pues unos días antes, una bomba había caído cerca, volando nuestras ventanas, echando abajo los techos, y, lo que es peor, reventando las válvulas contra incendios que inundaron de agua todas nuestras oficinas y los cajones de despachos y archivos. Cuando la policía llegó estaba todo tan húmedo que nada pudo arder.

El gerente Henry Parsons me rogó que saliéramos fuera a charlar. "Soy como un imán, tan intrigados están los detectives en

este momento", apuntó, "por eso será mejor que los perdamos de vista".

Ante su insinuación empleamos una sencilla artimaña que resultó del todo efectiva. "Entremos a echar un trago", me dijo, no bien hubimos pasado ante la policía que estaba en la puerta. Cuando bajábamos por la carretera miramos hacia atrás y vimos a dos hombres vestidos de paisano que venían hacia nosotros.

Cualquiera que tuviera el más elemental conocimiento de las costumbres sociales de aquellos días habría esperado que entrásemos en la taberna más próxima, pero pasamos de largo y en su lugar entramos sin ser notados en una lechería exprés. Henry bebió la primera soda y leche que había gustado desde hacía tiempo.

Tenía yo orden de ponerme al habla con el director, que a su vez, tenía un asunto para mí, tan pronto como pudiera. Mientras tanto no debía volver al edificio del *Worker*, sino que, por el momento, debía echar mano a otra tarea durante un día o dos.

Después de anochecer me enviaron a un punto de Finsbury, donde se estaba tirando a ciclostilo un periódico clandestino en la parte posterior de una casa particular. El periódico era pequeño, tanto en tamaño como en circulación, pero se mantenía más como una demostración política que como un esfuerzo secreto. Conservaba las señales corrientes y características del *Daily Worker* con la idea de mantener la moral de nuestros lectores y miembros del Partido, que verían que los empleados llevaban adelante a pesar de la prohibición.

Se había comunicado a las diversas ramas del Partido Comunista que se les llevaría por la noche los paquetes de periódicos y que empleando el sistema de correo ordinario que teníamos preparado, sugirieran los puestos donde se podrían entregar los paquetes.

Después de ayudar a sacar el periódico, salí ya anochecido, casi a las once, con un gran paquete de varios miles, destinados al distrito de Stepney, "Cinturón rojo" de la orilla del Támesis. Se me comunicó que un líder local saldría a mi encuentro en un lugar cubierto de ruinas. Acababa de tocar la señal de alarma. Era un bombardeo aéreo y las bombas estaban cayendo no muy lejos.

En Old tropecé con un trolebús con mi gran fardo de periódicos clandestinos cuya envoltura estaba empezando a romperse. Exhalé un suspiro de alivio cuando advertí que el coche estaba vacío. Pero en la siguiente parada se llenó hasta rebosar y todo de policías uniformados que venían de hacer guardia en un puesto cercano.

Me senté abrazando el fardo de periódicos clandestinos y esperando ser detenido en cualquier instante. Me puse contento cuando llegó el momento de salir del coche en medio de la relativa seguridad del bombardeo.

Tropezando a lo largo de una red infernal de callejuelas llegué al lugar donde me debía encontrar con el enlace local. No había nadie. Esperé un tiempo que me pareció horas, mientras los "alertas" y "no formar grupos" se sucedían con rápida sucesión. En un momento alguien se dirigió al lugar donde yo aguardaba, caminando intencionadamente como si buscara un negocio. Efectivamente. Era una prostituta. Contesté airadamente a sus importunidades diciendo que no tenía tiempo ni dinero,

Por fin vi que esperar carecía de sentido y marché indignado a la casa del secretario. Si él tenía miedo de salir era justo que yo llevara los periódicos, aunque pareciera indiscreto. Llamé a la puerta una y otra vez hasta que por fin se abrió la ventana del dormitorio. "Te traigo los periódicos –le dije–, te he estado aguardando varias horas."

"Lo siento, camarada", dijo incidentalmente. "Nadie de los míos ha venido a recibir instrucciones, es claro que no los debo necesitar." No dijo más.

Su cabeza desapareció, la ventana se cerró suavemente y yo, tambaleándome, descendí kilómetros en medio del bombardeo, camino de mi piso, cargado con el roto pero no desliado paquete. Me encontré con que Carol había sido enviada a una labor semejante y que había abastecido con éxito a Shepherds y Hammersmith.

La "indignación" subsiguiente a cualquier quiebra en la organización y disciplina del Partido empezó al día siguiente, y durante aquella noche Stepney estuvo haciendo lo posible por redimir su reputación. Pero en el momento crucial, cuando el Partido empezaba a moverse por primera vez dentro de la ilegalidad y se esperaba algo peor, el sector de Stepney, reputado como el mayor y el más capaz, había fracasado en toda la línea.

En muchas partes. sin embargo, la organización del Partido resurgió ocasionalmente y por espacio de varias noches obreros de fábrica, intelectuales, jóvenes camaradas, muchachas e incluso amas de la clase obrera, atravesaron las calles de Londres y de otras partes, desafiando las bombas a fin de colocar e] periódico.

Después el Bureau Político manifestó que bastante se había hecho, para mostrar nuestra desconfianza y desprecio hacia el secretario del Ministerio de Trabajo, Herbert Morrison y su supresión.

Trabajó porque de momento, fuere como fuere, no quedase abolido el Partido y decidió, por consiguiente, combinar la legalidad con la ilegalidad y no actuar del todo clandestinamente mientras no fuese absolutamente necesario.

Se me encomendó una de las más importantes tareas en el campo de las actividades ilegales del Partido, poniéndome al frente de la organización de la Prensa nacional clandestina.

Me comunicaron que debía dejar todas las actividades del Partido temporalmente, apartarme de los miembros "declarados" y hacer ver que estaba "desentendido" de todo. Pusieron a mi disposición un coche con conductor, parte por conveniencia, parte por aparentar que participaba en una ventajosa empresa comercial. Finalmente, como último "simulacro", Carol había recibido órdenes de dejar la labor de oficina que estaba haciendo con el fin de asistirme y acompañarme cuando fuere menester para presentar mis actividades de la forma más inocente posible.

Me puse al frente de una organización ya existente, pero inadecuada, con la orden de levantarla lo más pronto posible... La idea era tener imprentas e impresores en todas las partes de la nación, para el caso de que el Partido fuera declarado ilegal y viniera abajo toda la propaganda pública, o prepararnos para el supuesto de que la situación se "agudizara" hasta tal punto que fuera necesario sacar a luz un periódico que pudiera decir ilegalmente lo que no podía decirse por vía legal.

Mi primer y mayor equipo estuvo en un gran almacén alquilado en Acton, área llena de factorías de guerra. Nos ingeniamos para colocar en él dos o tres linotipias, una imprenta grande, una o dos más pequeñas, una considerable variedad de tipos y un montón de instrumentos de imprenta de diversas clases.

La mayoría de la maquinaria llegó en un gran camión de seis ruedas y un atento policía paró el tráfico durante cinco minutos mientras el chófer metía el enorme vehículo con dificultad en el patio del almacén.

El Partido puso a mis órdenes dos obreros fijos, un linotipista, un mecánico que se cuidara del equipo y que diera el color y la apariencia de que se trabajaba a todas horas. Nos inscribimos con el nombre de "comerciantes generales" y a este efecto abrimos cuenta corriente en un Banco, pretendiendo negociar con piezas de maquinaria, dejando al efecto sin colocar algunas de las piezas de imprenta para mantener el engaño.

Mientras tanto el linotipista se ejercitaba colocando tipos y manejando la imprenta, el impresor aprendió por sí mismo a trabajar con la linotipia y Carol aprendió asimismo a manejar la máquina.

En el sótano de un aserradero del East End, entre telarañas y limaduras de acero, teníamos una imprenta. A un lado y otro había montones de sierras viejas de todas clases; pilas de sierras anchas y estrechas empleadas en la industria estaban tiradas en confuso desorden y en medio teníamos colocada la imprenta, movida por las correas de las máquinas que trabajaban arriba.

El techo apenas nos dejaba espacio para levantar la cabeza, la luz entraba por un enrejado y las condiciones eran tan malas como se puede suponer. Pero la gran ventaja era que la maquinaria del aserradero de arriba estaba trepidando todo el día, las correas eléctricas gemían sin cesar y en este zumbido general el ruido de la imprenta que estaba sacando los periódicos clandestinos esperábamos que pasase inadvertido.

Preparamos este equipo para que pudiera echar a andar en cualquier momento. Como iba a ser el primero que emplearíamos siempre y cuando se necesitase, varias veces sacamos periódicos "falsos" en tiradas de prueba.

El propietario de las obras no era aún miembro del Partido. Era un compañero, miembro del Partido Laborista, pero consciente y militante "izquierdista".

En dos salones de zapatería de Surrey tenía otras imprentas más o menos dispuestas. En ambos casos estaban en la trasera, detrás del taller de trabajo, no llamando gran cosa la atención

cuando se ponían en marcha. Después pusimos otra imprenta mayor en otra zapatería, ahora en un suburbio del norte de Londres.

En media docena de puestos de Londres y alrededores, incluyendo Twickenhan, Carshalton, Slough y Wimbledon levantamos enormes stocks de tipos de imprenta y cuanto se requería para colocarlos.

Uno de estos equipos estaba en el sótano de una gran casa de una plaza elegante de Kensington. La familia con título que vivía allí hubiera quedado maravillada al saber que el botones y su ama de llaves eran miembros del Partido y que en el entresuelo con que habían sido favorecidos, había una tipografía en la que todos los domingos trabajaban dos tipógrafos, empleados en un imprenta del Gobierno, disponiendo apresuradamente las cosas para publicar un periódico clandestino revolucionario.

En media docena de condados formé stocks de nuevos tipos de varios tamaños según los diferentes modelos de máquinas en tiendas, casas e incluso en barracas desvencijadas.

Reuní un equipo de impresores, miembros del Partido, dispuestos a arriesgar su trabajo y su libertad en pro de la causa. A fin de escapar tanto ellos como la organización en general a las miradas de los espías y policías, trabajaban de dos en dos en cada puesto de trabajo, conociendo tan sólo a aquellos con quienes tenían que trabajar, a mí y al chófer que una vez terminado su trabajo los llevaba.

Después procedí a formar equipos en diferentes ciudades de provincias. Los más importantes estaban en Manchester y Glasgow.

Llegué la mañana siguiente a uno de los peores bombardeos de Clydeside, pues los alemanes habían hecho de Greenock su punto de cita para los bombardeos nocturnos.

Pero mi viaje fue inútil. Mi enlace era un funcionario del Partido. En cada sitio variábamos de táctica y en Glasgow planeamos poner al frente de la imprenta un empleado de la oficina del Distrito del Partido, creyendo que la policía no llegaría a sospechar que tal clase de personas se ocupasen en semejantes trabajos.

La ciudad estaba ocupada curando sus heridas después de los sucesos de la noche, y comentando los mucho peores sufridos en la cercana Greenock, cuando me deslicé en el despacho al abrir a las

nueve. Pero mi enlace no estaba allí y no apareció a explicar el por qué.

Los líderes del Partido del Distrito estaban francamente desconcertados ante mi presencia. Dado el carácter del trabajo que yo estaba haciendo, me encontraba siempre en trance de ser cogido por la policía y las oficinas del Partido estaban siendo por este tiempo el punto central de la atención de la policía. Pero yo había pasado en vela toda la noche yendo de un bombardeo a otro y no estaba dispuesto a aceptar su punto de vista de que no valía la pena esperar a mi hombre. Al fin conseguí su dirección y me puse en camino hacia su casa en Clydebank. Resultó ser una pensión donde él era un simple huésped.

La robusta patrona escocesa me dijo, en las menos palabras posibles, que tan pronto como las bombas habían comenzado a caer aquella mañana temprano había metido su ajuar en un saco de viaje y se fue, diciendo que se iba a la montaña y que no sabía cuando volvería. La opinión de ella era que asustado por las bombas había tomado las de Villadiego. Una cosa parecía cierta: que tuvo miedo, ya fuera de las bombas, ya a la tarea que se le iba a encomendar, nunca se supo. Pero chaqueteó en el momento crucial, volviéndome yo con gran furia a la oficina del Distrito, consolándome por haber podido decir lo que pensaba de sus enlaces, después del recibimiento tan "poco atento" que me habían hecho. El jefe del Distrito se propuso encontrar una persona más aceptable y tomé el primer tren de vuelta a Londres.

El hombre que había huido fue al instante expulsado del Partido y un obrero avezado de fábrica fue escogido para sustituirle.

Cuando volví a Glasgow lo encontré todo preparado para firmar la adquisición de algunas dependencias de un almacén con un agente. Los impresores ya estaban preparados para trabajar y quedé bastante bien impresionado con lo que se había hecho para encaminar el asunto por buen camino con algunas máquinas compradas en el mismo Glasgow.

La suspensión del *Daily Worker* había sido la señal para que otros se disfrazaran también. Ocasionalmente volvería a encontrarlos, pero en circunstancias que no suponíamos fuéramos a reconocer.

Las taquillas de las estaciones del Metro, con su constante afluencia de gente, eran, a mi modo de ver, ideales para reunir mis enlaces en breves reuniones. Un lugar abarrotado de público era más secreto que un rincón solitario.

Johnnie Mahon, que era líder del *Cadres Department* y que estaba ahora encubierto, tenía, al parecer, las mismas ideas que yo y en más de una ocasión al ir a una estación del Metro del centro de Londres a hablar con alguien encargado de preparar los tipos y transportar las máquinas para mi imprenta, me encontré con que Johnnie estaba también dando órdenes a uno de sus enlaces.

Pero Johnnie se hizo menos accesible y no supe nada de él hasta que un día fui a recoger unos papeles de una oficina multico-pista de la cual recibía entregas. En la habitación contigua a la que se había hecho la copia encontré a Johnnie que estaba dando los últimos toques a un curioso periodiquillo que estaba editando para una alegre organización sanitaria. Parecía que se había convertido en uno de sus miembros, y esto, explicó, respondía a una estricta necesidad de higiene personal. Los miembros eran vegetarianos, pero además todas las mañanas tomaban un baño de agua fría, después se vestían poniéndose la ropa sobre sus cuerpos húmedos. "Su cuerpo caliente se seca al salir del baño sintiéndose del todo radiante", agregó. Me explicó con seriedad que "había asegurado un organismo legal de lo cual debíamos alegrarnos si las demás formas de expresión nos estaban cerradas".

Una vez que hube montado la organización nacional no fue necesario emplear todo mi tiempo en esta tarea.

Había suprimido toda actividad pública durante el tiempo libre, pero ahora podría volver a ella de nuevo abiertamente, al menos en parte.

Cuando el *Daily Worker* fue suprimido, por primera vez se presentó al Partido como urgente necesidad mantener por algunos medios la dirección y consignas diarias que el *Daily Worker* había dado a los administradores comunistas de empresas, a los sindicatos y otros miembros importantes del Partido.

Alguien después tuvo una idea luminosa. Se había puesto en marcha una agencia de noticias en Red Lion Court, en el centro de las industrias de periódicos de Fleet Street de Londres.

La Información Industrial y General (I. G. I.) —como se la llamó— tenía tres finalidades, o, más bien, una con tres medios para llevarla a cabo.

Primeramente funcionó como agencia de noticias. Es decir, recogía noticias de carácter industrial y general que luego suministraba a determinado precio a los diarios nacionales. Por este medio lograba introducir las noticias del *Daily Worker* en la prensa capitalista.

En segundo lugar tiraba todos los días un boletín a ciclostilo que se mandaba a la prensa como parte de su servicio “normal”. Pero estos boletines se enviaban también por correo diario a los administradores de empresas, a los jefes comunistas de los sindicatos y a los obreros dirigentes del Partido. De esta manera recibían las consignas diarias. Algunos de aquellos artículos que significaban poco para los periodistas de Fleet Street, importaban más a los miembros suscriptores del Partido.

La tercera finalidad realizada por la Información Industrial y General (I. G. I.) fue transformar en una organización, mientras durara la supresión, el sistema “de Corresponsales obreros” del *Daily Worker* o de cualquier otro periódico semejante, pero el hecho de que aquellos que recibían el boletín diariamente nos suministraban también noticias, nos estimulaba a proveerles de uno.

Al ponerme al frente de la I. G. I. había montado una imprenta clandestina dispuesta para trabajar. El personal lo componían todos los antiguos empleados del *Daily Worker* y de esta manera la I. G. I. realizaba otro cometido agrupando algunos, al menos, de los del viejo equipo del *Daily Worker*.

El director de la agencia acababa de ser llamado a filas cuando fui trasladado a ocupar su puesto.

Ninguna empresa podría haber comenzado bajo condiciones más difíciles. Yo había permanecido en “secreto” y por lo mismo, sin contacto con nadie durante algún tiempo; el bombardeo estaba en lo más fuerte, con su buena parte de bombas en el área de Fleet Street.

Además, pocos días antes de mi llegada a la oficina había sido ésta registrada por los detectives por orden del fiscal; se habían llevado las listas, la correspondencia y documentos.

En aquel preciso momento el fiscal estaba decidiendo si era o no un nuevo *Daily Worker* bajo otra forma. Nosotros éramos precisamente esto, pero poco después de mi llegada regresaron de nuevo los detectives a devolver nuestras listas.

Estaba solo con mi secretaria cuando llegó en un taxi la policía mandada por el inspector Whitehead, de la Policía del Gobierno, que había dirigido el primer registro del *Daily Worker*. Aunque anunciaron que no proseguirían, sin embargo, la apariencia y el ambiente eran los de un registro. Otra vez examinaron las oficinas y nos devolvieron nuestros documentos. Firmé la recepción y cuando lo estaba haciendo entró Walter Holmes, que venía de comer.

"Siento que no haya venido usted antes", dijo el inspector. "Me hubiera gustado que firmase usted también."

"Sin duda tendrá usted otras ocasiones", dijo Holmes secamente.

Pero como no caía bajo la ley se nos permitió continuar nuestro trabajo y nos devolvieron nuestros documentos. Por eso cuando los ejecutores de la policía temblaban con el precioso material en sus manos les amenazamos e insistimos para que todo fuese puesto en el mismo sitio de donde había sido quitado.

Pero, naturalmente, se pusieron al tanto de los nombres y direcciones de nuestros enlaces y de muchas cosas más. El registro tuvo una consecuencia de la que me enteré algún tiempo más tarde. Entre mi correspondencia apareció una mañana una carta de uno de nuestros Corresponsales Obreros, que trabajaba en un arsenal de Escocia.

Escribía diciendo que creía nos estábamos preguntando la causa de no tener noticias tuyas desde hacía algún tiempo. (De hecho no teníamos noticia alguna.) Ello era debido —escribía— a que el día anterior a nuestro registro, nos había escrito dándonos detalles concretos sobre la construcción de submarinos y movimiento de barcos fletados que después fueron hundidos. Pero la carta en cuestión —decía— debió quedar entre la correspondencia sin abrir que la policía había sustraído de la oficina al día siguiente. Pocos días después había sido detenido, imputándosele en el Tribunal haber comunicado información militar, yendo a la cárcel el mismo día.

"A pesar de todo, ya estoy libre otra vez", decía, "y tengo el gusto de enviar adjunta toda la información que la pasada vez se llevó la policía, más un montón de cosas más recientes".

No nos aventuramos y la rompimos lo más pronto posible. Tampoco servía para nada a la embajada soviética y era mucho más peligroso para nosotros tenerla archivada.

Ante la enseñanza marxista que habíamos dado a nuestros miembros era natural que llegase a la oficina material de "grueso" calibre. Y estaba llegando todavía en mayores cantidades a la Dirección General del Partido durante todo este periodo. Pues nuestros miembros estaban en guerra. No con los alemanes, sino con nuestro mismo Gobierno. Todos sus pensamientos se cifraban en su derrota y en la esperanza de la revolución.

El debate constante sobre la necesidad de ayudar a la Unión Soviética en toda circunstancia y hundir nuestro propio Gobierno, llevaron a tremendas indiscreciones, pero al mismo tiempo a la adquisición de valiosa información. Resultaba que con la información de los miembros del Partido sobre las pruebas en los campos de aviación, astilleros, artillería, podíamos conocer lo que el "enemigo" estaba haciendo, esperando poder ayudar a la U.R.S.S. con tal información.

Pues todos los miembros, desde los líderes para abajo, estaban en la creencia de que, en cualquier momento la guerra podría "inclinarse" contra Rusia y que, en todo caso, estábamos ya más que a media guerra con ella.

Durante el día trabajaba en la dirección de nuestra agencia de Fleet Street, publicando los relatos de disputas y huelgas, las actividades de la Convención Popular, la campaña para levantar la suspensión del *Daily Worker* y de vez en cuando las actividades del Partido Comunista. Y, por supuesto, mandando nuestro boletín diario a nuestros enlaces.

Por la noche presidía clases, dirigía las actividades de un grupo de líderes de una fábrica y administradores de comercios del área del West Middlesex y continuaba vigilando los preparativos de los impresores para sacar nuestra prensa diaria. Esto suponía también tener que estar en contacto con William Rust, director del *Daily Worker*, sobre quien recaía la alta responsabilidad como miembro que era del Bureau Político. La misma Oficina Política formada por

media docena de altos jefes que llevaban y dirigían las actividades del Partido actuaba ahora completamente en secreto.

Rust me llamó una noche urgentemente a su casa. La Oficina Política —me dijo— había decidido que habíamos de comenzar a publicar un periódico clandestino en un futuro próximo. No debía dirigirse el público en general, sino que preferiría se dirigiese a los que estaban en filas.

Había ahora gran número de miembros del Partido que habían ido entrando en los diversos ejércitos: se habían hecho nuevos miembros y en cada uno de los tres ejércitos trabajaban a favor de los descontentos existentes, como medio de propagar el malestar. Estas agitaciones podrían extenderse, si nosotros les ayudásemos desde fuera, y esto era precisamente lo que se pretendía con la publicación propuesta.

Le di a conocer el estado de mi organización y manifesté mis ideas sobre el error cometido por el Partido al insistir en que algunos de mis enlaces continuasen sus actividades públicas. Esto —agregué— significaba que eran casi con seguridad conocidos de la policía y que, a mi modo de ver, pronto serían acusados de lanzar y distribuir un periódico clandestino. Las reacciones de Rust estuvieron exentas del más mínimo interés a favor de ellos, como individuos. Era más o menos inevitable —vino a decir— que después de la aparición de los primeros números perdiésemos al menos una de nuestras imprentas y también el primer equipo de impresores. Era imposible protegerlos, siendo por lo demás consecuencia de ser comunista en las actuales circunstancias de la guerra. Sería peor rendirse antes de que hubiese triunfado la revolución.

En todo caso —prosiguió— se podrían formar otros equipos. Pero únicamente existía un director. El desaparecería tan pronto como nos pusiéramos en marcha y lo dirigiría desde una gran casa de campo de uno de nuestros ricos miembros secretos. Se montaría un servicio postal para mantener el contacto con nosotros.

Mientras tanto, yo continuaría trabajando en la I. G. I. como si nada pasase, con la esperanza de que esto despistara a la policía pensando que éste era el campo de mis actividades.

Dudaba si la policía de hecho se engañaría y estimé que no pasaría mucho tiempo sin que mi sustituto ocupase mi lugar mientras

yo ponderaba las esperanzas de la revolución en la relativa tranquilidad de una celda de la cárcel.

Yo estaba enteramente de acuerdo sobre la necesidad que tenía el director, como miembro de la Oficina Política de "ponerse a cubierto" y por lo mismo de andar escondido mientras los demás corrían el riesgo, y estoy seguro que ésta había sido la postura de la gran mayoría de los miembros. Pero, no obstante, me había chocado su frialdad al no manifestar ningún interés por la suerte de los fieles militantes, en su mayoría casados —algunos con mujeres no comunistas— que se arriesgarían sin que nadie se preocupase por ellos. En teoría tenía toda la razón. En la práctica me hubiera gustado que en su conversación hubiese dado alguna muestra de interés por ellos, aun cuando no se hubiera podido hacer nada por defenderlos. Pero consideré esto como una simple flaqueza personal. Había otros líderes que se gloriaban de ser al mismo tiempo "humanos" y buenos marxistas, aun cuando los que tienen gran influencia tienden inevitablemente a ser de aquellos para quienes las consideraciones humanas cuentan poco.

No había gran prisa en lanzar el periódico clandestino. Había que dejar que los descontentos "bullesen" un poco más, mientras los camaradas se afirmaban más en sus posiciones del Ejército.

Bill Rust se preparaba tranquilamente a su retiro en una casa de campo. Yo tenía mi gente a punto de empezar con las "pruebas" en las prensas.

Redacté el contenido para un periódico de muestra que se trasladó a tipos de imprenta en el sótano de Kensington, mientras el titulado propietario disfrutaba en el piso de arriba de la tranquilidad de un domingo ordinario. Después fue llevado en coche a la serrería donde dos impresores lo imprimieron en un papel que había sido traído en otro coche desde el distrito norte de Londres.

Los periódicos fueron distribuidos todavía en otro punto por un tercer equipo a fin de ser enviados por correo a los enlaces de las diferentes partes de la nación.

Se destruyó luego la tirada entera a excepción de un ejemplar destinado a la Oficina Política y los tipos fueron dispersados de nuevo. El ensayo se hizo de acuerdo con el modelo y todos vieron en él un éxito completo.

Al mismo tiempo el Partido trabajaba para que la organización del Ejército se pusiera en marcha cuando se necesitase.

Esta organización había sido erigida como otro partido dentro del Partido. El secretario de los "especializados" (*cadres*) de cada sector tenía que buscar algún hombre experimentado y seguro, que no fuera conocido y que ofreciera una apariencia de completa "honradez", ya que su trabajo era enteramente secreto. Los elegidos eran ordinariamente mujeres de la clase media.

Después de un adecuado entrenamiento e instrucción su cometido era permanecer en contacto con todos los comunistas de su localidad que fueran al Ejército, saber dónde estaban, cuándo les tocaba venir en uso de permiso y pasarles las consignas siempre que vinieran a casa.

Cuando hombres y mujeres volvieran a sus unidades era incumbencia del enlace comunicarles de viva voz todas las consignas necesarias para otros miembros del Partido que estuviesen en sus unidades.

Por este tiempo comenzaron los enlaces a comunicar con diplomacia a los soldados que venían a casa con permiso, que se dispusieran a recibir con mayor o menor regularidad un periódico del soldado. Debían hacerlo circular entre el grupo comunista del Ejército, usando la máxima discreción y formar los planes de organización para que los hombres que fueran a ultramar lo llevaran consigo. Los miembros de la Marina y de la Aviación debían actuar como distribuidores en otras partes.

Por su parte los miembros que estaban en el Ejército deberían mantener a los enlaces mejor informados aún de todos los "intentos subversivos" entre los hombres y mujeres del Ejército, con el fin de que el periódico pudiera publicarlos y reflejar adecuadamente el descontento reinante.

Vivíamos un período de derrota y alarma, no siendo difícil encontrar conatos subversivos y explotarlos, no sólo dentro de las Fuerzas Armadas, sino también en los sectores obreros. Estábamos reuniéndonos una mañana para un mitin del secretariado londinense del Partido, cuando llegó un empleado de la Defensa Civil vestido de uniforme hablando del descontento existente en los Air Raid Wardens, y entre los obreros de Heavy Rescue y de la First Aid.

Dijo que pensaba que si enviásemos a alguien que les dirigiera la palabra podríamos "conseguir algo".

Se mandó a uno de nuestros miembros que dejase el mitin del secretariado y viese lo que se podía hacer. No habíamos llegado a la mitad de nuestro programa cuando oímos ruido de pisadas que venía de fuera y mirando por la ventana vimos un batallón de trabajadores de la Defensa Civil a cuyo frente iba nuestro hombre que ya los había levantado en huelga y los llevaba al Ayuntamiento a reclamar sus derechos. Por suerte no ocurrió ningún bombardeo en su ausencia.

Mi agencia de I. G. I. estaba haciendo notables progresos. Ya era conocida por la mayoría de los grandes rotativos nacionales como fuente de un tipo particular de noticias bautizadas en el lenguaje periodístico con el nombre de historias "grouse" y "nark".

Cuando la hermana estudiante del Ministro de la Guerra apoyó la Convención Popular, que tenía fama de estar trabajando contra la guerra conseguimos un hueco que abría nuestras relaciones con la prensa "capitalista".

Y cuando algunos de los tipos más populares de periódicos comenzaron a mostrar interés por la provocación de escándalos en las fábricas nosotros fuimos también a las nuestras. Cualquiera que lanzase la sugerencia de que la guerra era un caos y que aminoraba la confianza del pueblo en los jefes militares y en el esfuerzo bélico de Inglaterra, era traído a nuestro molino.

Me hice con muchas de estas historias y de ellas se alimentaban los mejores diarios y semanarios nacionales — especialmente los *tabloids* de gran circulación—, algunos de cuyos representantes estaba ahora reuniendo para este intento.

El Partido se había afianzado en las fábricas hasta el punto de que nuestros grupos no sólo nos suministraban noticias de interés, sino que también las amañaban. Los acontecimientos le salían al Partido a pedir de boca y éste procuraba sacar la mayor ventaja posible de ellos.

En los talleres aeronáuticos de Napiers, situados dentro del área de mi jurisdicción, habíamos conseguido en la primavera de 1941 el 25 % de obreros para el Partido. Los dependientes de comercio, la mayoría de los cuales era comunista, afianzaron su

posición en la fábrica hasta el punto de que cada uno era un dictador en su departamento.

"Puedo organizar una huelga por una taza de té", me dijo en una factoría aérea un dirigente de empleados de comercio. Le taché de fanfarrón, como pinchándole a hacerlo. Y ganó.

Convocó a un mitin a los obreros de la factoría, durante las horas de trabajo, para protestar de la calidad del té, decidiendo que no se trabajaría más hasta que la dirección garantizara una mejora. Las grandes fábricas ocupadas en la producción de bombas se pararon, y el poder del Partido en general y del dirigente de los empleados de comercio en particular quedaron patentes.

En toda la nación nuestra gente había triunfado alcanzando posiciones semejantes. "Conquista" es la palabra usada corrientemente por los anticomunistas. Pero en muchos casos no se requería la "conquista". Los no comunistas eran o demasiado indiferentes o demasiado holgazanes para entregarse a trabajos que suponían la supresión de algunos de sus socios y el riesgo de hacerse impopulares con su administración.

Nuestra gente tenía las exigencias, la lucha, la experiencia del mando que les empujaba a tomar parte en tales obras y les daría una muestra de ello. Lo hicieron a favor del comunismo, vieron una gran oportunidad y se agarraron a ella con ambas manos.

El Partido había dicho a sus miembros que debían entrar en aquellas obras que pudieran ser útiles a la causa, y por eso todos los que no estaban en filas corrieron a las fábricas. Equipados con la experiencia del Partido en el mando y vocabulario particular, con su propio empuje y celo volaban invariablemente a la oficina de cualquier Sindicato, al taller o a ambos.

Competían entre ellos haciendo acopio de aquel tipo de noticias en que estaba interesada la I. G. I. y en agradecimiento a nuestro boletín diario nos suministraban reportajes de cuanto pasaba. Estos reportajes, convenientemente revisados y arreglados, aparecían frecuentemente en la prensa nacional.

Nos eran particularmente útiles los miembros del Partido Comunista empleados en las oficinas editoriales de Fleet Street, quienes podían conseguir que se publicase una historia de la I. G. I., que de otra manera habría podido terminar en la papelera.

Teníamos miembros empleados en la mayoría de los periódicos conocidos y por algún tiempo el Partido tuvo una oficina y un organizador fijo en Whitefriars Street, centro de la prensa diaria londinense.

El organizador estaba al frente de impresores y periodistas comunistas, quienes entre sí aportaban el dinero suficiente para mantenerle a él y llevar adelante la oficina.

Era un antiguo combatiente de las Brigadas Internacionales, que había luchado en España y que había sufrido por su comunismo. Pero una noche, durante un bombardeo, desvalijó la oficina (las máquinas de escribir alcanzaban entonces precios fantásticos), tomó un taxi y desapareció en medio de la noche. No le volvimos a ver más.

De nuevo nuestros periodistas y otros empleados en los periódicos pagaron y la oficina siguió adelante. Pero ahora el trabajo se llevaba a cabo por voluntarios.

Decidimos que sería conveniente celebrar un mitin de todos nuestros enlaces más importantes de Fleet Street a fin de discutir la manera de sacar más provecho todavía de la Prensa para ayudar a las campañas del Partido.

Uno por uno fueron subiendo "en silencio", escudados en la oscuridad, a las dependencias de nuestro último piso. El ambiente era de conspiración; la discusión fue lo más breve posible, pues era francamente peligroso permanecer juntos un minuto más de lo necesario.

Sonó el alerta de un bombardeo aéreo. Era la señal de marchar, pues habíamos convenido previamente que sería necesario huir a la desbandada no bien apareciera una incursión, por miedo a que por un lamentable percance nos viéramos, por culpa de cualquier clase de incidente, abocados a ser descubiertos.

Al gemido de las sirenas nos lanzamos todos en montón al ascensor. Pero el ascensor, cargado con exceso, quedó entre dos pisos. Apretamos el botón con rabia. Pataleamos en el suelo. Todo fue inútil...

Clavados allí entre dos pisos, con las puertas cerradas, podíamos oír el trepidar de los bombarderos sobre nosotros. Formamos consejo para decidir lo que se había de hacer. Que a

toda costa había que impedir ser "socorridos" era claro, pues con nosotros estaba el subdirector de un diario, el director de otro noticiero de la noche, un célebre periodista financiero, dos jefes columnistas, todos en compañía de personas de tan marcado carácter "rojo" como yo y Reg Bishop, director de *Russia Today*.

Reg, que era un tipo de estatura chestertoniana, asumió la tarea de romper con su enorme fuerza las puertas, el suelo, el techo. Nada de esto nos permitió escapar.

Por fin, gracias al esfuerzo mancomunado de nuestros pies, rompimos las puertas de acero lo suficiente para hacer una pequeña gatera, a través de la cual yo, como el más delgado de los presentes, llegué a salir. Desde afuera pude abrirles y al marchar tomamos la resolución de no juntarnos más oficialmente en nuestras oficinas de Fleet Street.

CAPÍTULO X

TRABAJANDO POR LA VICTORIA

No necesitamos juntarnos de nuevo para tratar la manera de introducir antibelicistas en la Prensa. Pues ahora nuestra conducta empezaba a modificarse hasta tal punto que nos estábamos concentrando contra los ataques ineficaces y contra los "profascistas" de los altos puestos. De una manera secreta y oficiosa se había corrido por el Partido que desde la retirada de Grecia en mayo de 1941, la guerra se había hecho justa en parte. Con la caída de Creta la discusión se encendió más en las filas del Partido. Pero oficialmente la política siguió como antes.

Ni Bill Rust tendría que ir al campo cuando los impresores y yo fuéramos a la cárcel.

Fleet Street comenzó a bullir con los rumores de un posible ataque nazi a Rusia. Como siempre, recibíamos nuestras noticias y orientaciones sobre la U. R. S. S. de fuentes soviéticas y éstas denunciaban a quienes propagaban tales historias como chismosos antisoviéticos deseosos de la guerra; así pensábamos nosotros.

Decía un comunicado de Tass, la agencia oficial rusa de noticias: "A pesar de la evidente falta de sentido de estos rumores, los departamentos responsables de Moscú han encontrado necesario, en vista de la persistente e intensa diseminación de rumores, autorizar a Tass la comunicación de que tales rumores constituyen la propaganda torpemente amañada por las fuerzas hostiles a la U. R. S. S. y a Alemania e interesadas en una mayor extensión de la guerra."

La Unión Soviética, con considerable ingenuidad marxista —así lo creíamos— había triunfado al eludir la guerra mientras el mundo capitalista se desangraba. Era un estado de cosas que creíamos había de continuar. Pero fuimos nosotros los culpables de querer la

guerra. Pues en la mañana del lunes, 24 de junio de 1941, estalló la bomba. Por fin Rusia había sido atacada.

Los anticomunistas creyeron en general que los comunistas militantes aceptaban estos altibajos de la política sin comprender su por qué y su causa.

Pero en esta ocasión se trataba de la más espectacular de las aventuras del Partido: todos los comunistas que habían oído que la patria de los trabajadores había sido invadida, sabían con seguridad que los comunistas de todo el mundo estaban del lado de Rusia y que lucharían para socorrerla.

¿Pero cuál sería la mejor manera de ayudarla? Éste era el problema para los comunistas ingleses. Comprendimos que el camino a seguir por los comunistas alemanes era más claro que el agua: sabotaje por parte de los obreros en las fábricas, deserciones en masa de soldados al ejército rojo soviético. Nosotros habíamos tratado a menudo de hacer lo mismo cuando parecía que la guerra podía alejarse.

El primer comunista con quien traté de este asunto aquella mañana fue un miembro de la Amalgamated Engineering Unión, miembro fundador del Partido. "Esto —me dijo— significa la revolución mundial." Telefoneé a una personalidad nacional del movimiento de empleados de comercio quien sostenía el mismo punto de vista.

"Si Churchill se decide a hacer de Rusia un aliado —y yo no veo por qué lo va a impedir— dijo, nosotros seremos un aliado suyo también." Pero esto era demasiado para los dos zorros viejos, quienes, a mi modo de ver, veían que esto significaba una tendencia inesperada del ala derecha hacia la izquierda.

Telefoneé al primer miembro de la Oficina Política que pude encontrar. Dijo que la Oficina Política debía reunirse inmediatamente en la Dirección General del Partido. Le dije que yo me dirigía a mi oficina de Fleet Street y esperaría allí para saber a qué atenerme.

Después de horas de discusión se llegó a una declaración. El Partido Comunista apoyaría a los que apoyaran a Rusia. La entrada de Rusia en la guerra transformaba a ésta de guerra injusta en justa. Era de esperar que entre las filas de la clase dirigente hubiera alguien que antepusiera su odio a Rusia a los intereses de la nación.

Los "Hombres de Munich" estarán del lado de todos los demás elementos antisoviéticos y pro-fascistas.

Sobre cada obrero de fábrica cayó ahora la responsabilidad de aumentar la producción a un ritmo nunca visto. La ineficacia, la lentitud y la alarma se consideraron crímenes contra el pueblo. El llamamiento estaba dirigido a un esfuerzo bélico unido.

Publicamos la declaración tan pronto como fue posible, juntamente con los reportajes que ya habían empezado a llegar por medio de las propias fuentes soviéticas y al mismo tiempo enviamos por correo nuestro boletín a todos los miembros dirigentes y enlaces del Partido de toda Inglaterra a fin de que supieran la nueva conducta a seguir del Partido, a la hora del desayuno antes que partieran para la fábrica, la mina o la oficina del sindicato.

Acabada la tarea delineé la nueva política en un mitin ante los miembros dirigentes del Partido, quienes juraron que el Churchill antisoviético nunca apoyaría a Stalin. Cortamos nuestras discusiones para escuchar el radiomensaje de Churchill. La declaración de que Inglaterra lucharía al lado de Rusia zanjó al instante la cuestión. Pero apoyar la coalición bajo cualquier apariencia o forma fue la píldora más amarga que tuvieron que tragar.

Tan sólo ocho días antes había escrito W. Rust un artículo para *World News and Views*, órgano secreto del Partido, titulado: "Uníos para terminar con la coalición", y solamente un día antes en el mismo órgano escribía William Gallacher, nuestro miembro comunista del Parlamento: "Nunca llegó un Gobierno a tal rebajamiento como con esta mezcla de liberalismo y laborismo, enganchados patéticamente al vagón de los Tory, y esforzándose por realzarse a si mismo con el nombre de "Coalición".

Ahora esta coalición iba a colaborar en una lucha común con Stalin y la U. R. S. S. Ello resultaba muy difícil.

Desde el punto de vista de la propaganda y desde el de nuestros miembros también, lo que salvaba a la nueva política y la hacía tolerable, era la presencia de los hombres de Munich, de los antisoviéticos y pro-fascistas.

La lucha contra ellos y el esfuerzo por aminorar y mediatizar su influencia, los requerimientos a una menor vigilancia, aun ahora que

venía la guerra, quitaron la apariencia de un completo abandono de la antigua lucha. Había todavía alguien a quien atacar en Inglaterra. Existía el enemigo tradicional en su forma más estrepitosa y reaccionaria.

Una vez que los miembros del Partido comprendieron la política a seguir la apoyaron con entusiasmo. A aquellos sectarios que argüían que Churchill seguía siendo el mismo enemigo de siempre de la clase obrera, nosotros les replicábamos: "Sí, por supuesto. Pero por el momento cree poder servirse de Rusia para ayudar al capitalismo británico a derrotar a sus enemigos capitalistas. Pero el tío Pepe sabe muy bien que se está sirviendo de Churchill. Nosotros podemos servirnos de él también, y, más tarde, cuando los nazis sean derrotados en Alemania, nos uniremos para combatir a los enemigos de nuestra clase en casa. Una clase trabajadora que es lo bastante fuerte para derrotar al nazismo puede manifestarse lo bastante fuerte para derrotar también a sus propios enemigos."

Por estos medios los miembros creyeron ver en la nueva campaña del Partido la larga carrera hacia la creación de nuestro propio soviet británico, y la más inmediata tarea de defender el único gran bastión del comunismo del cual pendían necesariamente todas nuestras esperanzas.

La vida en la I. G. I. se hizo febril. Pocos periódicos podían gloriarse de tener un especialista en cuestiones soviéticas, y de repente, así pareció; alguien se acordó de que el *Daily Worker* dedicaba gran parte de su espacio a Rusia, que todos sus empleados podían llamarse "especialistas". Y puesto que éramos todos los que quedábamos del *Daily Worker*, ellos se volvieron hacia nosotros.

La Internacional Comunista había mantenido siempre su Agencia Internacional de Prensa "S. U. Press" (Unión Soviética de Prensa) que suministraba un servicio gratuito a los periódicos comunistas de toda el mundo. Ahora comenzó a enviarnos largos cablegramas cada pocas horas, que respaldados por los montones de publicaciones pro-soviéticas y por nuestros propios conocimientos especializados, nos puso en una situación sin rival para satisfacer las nuevas demandas de noticias y cuestiones rusas. Desde la mañana hasta la noche, día tras día, trabajamos como

"exclusivos" de varios periódicos, además de repartir dos o tres boletines diarios.

A veces la sed "por la exclusiva" de parte de los directores de periódicos sensacionalistas resultaba comprometedor. Un día caluroso de verano, por ejemplo, el director londinense de un semanario provinciano me telefoneó para decirme que pensaba enviarme un reportero para celebrar una interviú. Sus redactores lo escribirían de un modo interesante para los lectores.

Suponiendo, me preguntó el reportero, suponiendo que las fuerzas soviéticas retrocedieran hasta el Polo Ártico o a Siberia, ¿podrían continuar luchando?" "No hay duda", le dije.

"¿No sería la vida muy dura en aquellas regiones?", me preguntó. Le dije que lo sería realmente.

"¿Cuál sería la temperatura más baja?" "Cuarenta grados bajo cero es enteramente normal."

"¿Qué sucede a cuarenta grados bajo cero? ¿Sucede algo extraño a tan baja temperatura?" Me puso en un aprieto. No podía recordar haber leído nada sobre Rusia que diera tales detalles. Pero como todo buen comunista conocía mi Jack London. Pensé en las descripciones que hacía de la vida en la lucha por el oro de Klondike y Dawson City; del Yukon, centro del comercio de pieles del interior del Polo Ártico. Era obvio que en los cuarenta grados bajo cero de Rusia la vida sería lo mismo.

"Grandes pinos se cuarteán de arriba abajo y caen con gran estruendo durante la noche", le dije. "Las bisagras se escapan de las puertas, los tornillos se disparan fuera del maderamen. El hombre que pone su pesada mano en el cañón de su fusil deja allí la piel."

El domingo apareció el artículo, una amplia página central, cuyos titulares decían algo así como lo que sigue: "El Ejército Rojo podrá luchar con las manos desolladas en el Polo Ártico." Estaba firmado por Ivan Ivanovitch.

En otro artículo que apareció en el número de la semana siguiente, basado esta vez en el material sacado de nuestras fuentes soviéticas y en el que desarrollaba la idea de que las mujeres debían contribuir igualmente al esfuerzo bélico ruso, se firmó, para cambiar, Peter Petrovitch.

El tipo de reportajes que enviábamos a la Prensa desde la retaguardia se hizo popular, doblando además las demandas a nuestra agencia: pues, por la época del Pacto de Ayuda Mutua Británico-Soviética del 12 de julio, los miembros del Partido Comunista estaban realizando verdaderos prodigios en las fábricas.

El 19 de julio, Palme Dutte, líder del Partido, escribía en *World News and Views*: "Nosotros trabajamos en la retaguardia, para llegar a las más efectivas medidas de reorganización en el campo de la industria y producción, así como en la distribución de comida y en la agricultura."

"Los obreros deben tomar y tomarán la delantera en la lucha por la máxima producción, para la utilización más efectiva de la fuerza y recursos humanos..."

Pronto empezaron a llegar señales del aumento de producción en los mítines generales de las fábricas, dirigidos por los administradores de empresa del Partido Comunista, planeados y llevados a cabo por grupos del Partido con el mismo cariño y entusiasmo que habían puesto antes en los llamamientos a la huelga.

No había nada ridículo ni mecánico en este entusiasmo. Si nuestras emociones durante la fase imperialista de la guerra eran de odio y esperanza, ahora se convirtieron en emociones de angustia ante las pérdidas rusas y la determinación de hacer todo lo posible para reducir a un mínimo la destrucción de vidas y recursos soviéticos,

Se apoderaba de nosotros la zozobra ante la invasión por el Ejército nazi del territorio soviético, bastión de todas nuestras esperanzas, ante su llegada a las puertas de Moscú y Leningrado: estábamos orgullosos también ante la resistencia militar y civil de los soviets.

Cuando los paisanos soviéticos asolaban la tierra y sus casas con ella, a floraba el orgullo ante sus sacrificios, mezclado con rabia ante la pérdida que esto representaba para el socialismo. Cuando los rusos destruyeron las presas del Dnieper sobre las que tanta propaganda habíamos hecho en el pasado, presentándolas como la obra más acabada del Soviet, exigimos angustiosamente la ayuda de nuestro Gobierno.

Estas cosas vinieron a ser la fuerza colosal que empujaba a nuestros miembros y a muchos otros obreros también a las fábricas. El mundo de la postguerra, pese a sus carencias y crisis no se ha manifestado tan dinámico si lo comparamos con él.

Nuestros administradores de empresa que habían conquistado sus puestos para hacer daño, se servían ahora de ellos para conseguir más fusiles, tanques y aviones imponiendo nuevos adelantos técnicos, mejores modelos, la propaganda y el ejemplo personal.

Dando cuenta de un "Congreso de Producción" convocado por el Consejo de empleados de comercio, el primero de los muchos y cada día más numerosos, escribía yo el 30 de agosto: "Si los empleados no pueden acabar con el confusionismo existente en la industria, los obreros pueden hacerlo y lo harán."

Éste era el temple de nuestra gente en las fábricas de guerra e iba a ser rápidamente el de los obreros a quienes dirigían. El hecho de que hubiéramos estado trabajando durante años para crear "esta confusión existente", no aminoró nuestra decisión de salir de ella ahora.

Al día siguiente, 31 de agosto, presencié un suceso que perturbó la imaginación de los pueblos democráticos de todo el mundo y que demostraba, quizá más claramente que ninguna otra cosa, la habilidad de los comunistas para influir en los demás, la distancia que habíamos recorrido en menos de tres meses y la lealtad y disciplina de nuestros miembros.

En Feltham, Middlesex, centro de las grandes obras de Aviación General, algunos administradores de empresa comunistas planearon una prueba. No debía ser ordinaria, aunque era el prototipo de las que con el tiempo se hicieron bastante corrientes.

El Partido hablaba mucho sobre la unidad nacional. Por lo menos en Feltham querían consumir la unidad local. Hablamos de unidad con nuestra gran aliada Rusia: ellos demostrarían esto también. El Partido había dicho a sus miembros que se preparasen a apoyar a Churchill. No debían recatarse de manifestarlo en público. El Partido había dicho que se debían hacer concesiones y las debían hacer en gran escala.

Cuando llegué a Feltham Green una banda militar estaba tocando "God save the King". De pie, con respetuosa atención, entre las dos astas de las cuales pendían el pabellón inglés y la bandera roja, estaban Mr. Maisky, el embajador soviético, hombres graves de la ciudad, el clero, el miembro conservador del Parlamento, un jefe comunista administrador de empresa y otros.

Después del "King" la banda uniformada tocó la "Internacional" y los honorables y grandes de la localidad permanecían de pie con la cabeza descubierta para escuchar este himno revolucionario.

Ante grandes retratos de Churchill y de Stalin los representantes de los varios sectores de la comunidad, del conflicto político y de los intereses de clases pronunciaron sus discursos.

Y el discurso que más vivas arrancó a las seis mil personas asistentes fue el pronunciado por el comunista.

Mi crónica de la efeméride se mandó a casi todos los periódicos de las naciones libres del mundo y no mucho tiempo después este suceso fue seguido de otros.

Teníamos aquí un frente popular fraguado por circunstancias imprevisibles tales como nunca pudimos soñar. Teníamos la oportunidad de lanzar nuestras ideas: familiarizar al público con los comunistas y el comunismo, suscitar el interés por Rusia y sus jefes: y el entusiasmo por las hazañas del Ejército Rojo, era una de las cosas más revolucionarias que podíamos hacer.

Pronto St. Pancras se puso a organizar una gran manifestación anglosoviética; los promotores eran también miembros del Partido Comunista. Pero esta vez el desfile iba precedido de un piquete de fusileros (Bren-gun carriers), prestados por el Ministerio de la Guerra, y las bandas militares interpretaban himnos soviéticos. Desfilaron representaciones de todos los partidos y organizaciones, y entre ellos había comunistas del extremo norte de Londres, cuyas insignias de la hoz y el martillo habían por fin merecido el respeto.

No nos hacíamos ilusiones sobre cuánto duraría este respeto, si después de todo no terminábamos la guerra "con la victoria de los obreros".

Yo estaba preparando el suceso para la I. G. I. y varios periódicos. Coincidí un día con un miembro del Partido a quien conocía, y que en el pasado había sido un bolchevique entre los

bolcheviques, odiando a los "capitalistas" con todo su corazón. Llevaba un enorme retrato de Churchill, mientras detrás iban dos hombres con una pancarta que decía: "Marchemos juntos, Winston Churchill."

"¿Cómo te atreves a llevar el retrato del camarada Churchill?", le pregunté.

"Miserable", dijo. Después, volviendo en sí, añadió: "Tratamos con éste mientras nos ayude a salvar a la Unión Soviética."

Esto lo resumía todo.

Pero no todos los miembros del Partido habían de llevar retratos de Churchill. Y aun aquellos que lo hicieron tuvieron la satisfacción de ver sin duda al líder local conservador llevando un retrato de Stalin del mismo tamaño y viéndose quizá aún más comprometido. Me estremecí al ver este nuevo tipo de unidad en acción y vi su influencia y a los nuestros extenderse cada día más.

Pronto comenzaron las "manifestaciones" anglosoviéticas al amparo de las autoridades locales, con programas oficiales que invariablemente incluían retratos de Churchill y de Stalin y las estrofas de la "Internacional".

Uno de ellos, publicado, como de costumbre, bajo la dirección de un miembro del Partido llenaba las páginas centrales con los ya familiares retratos de Winston Churchill y Stalin. Debajo estaba una cita que rezaba así: "Lo que Dios unió no lo separe el hombre."

Cuando un miembro del Partido Comunista nacional sugirió esta frase, ninguno de los otros miembros pensó en que la sancionaran los hombres graves de la ciudad. Pero siendo éste el estilo de la época, pasó ante ellos sin comentario, y la cínica carcajada que produjo se pudo oír en todas las ramas del Partido Comunista del área de Londres, cuando los ejemplares del programa pasaban de mano en mano.

He aquí un ejemplo tomado de mi propia experiencia, sobre la manera de cómo fueron organizadas estas manifestaciones anglosoviéticas. Sigue a continuación un modelo con el que todo comunista sigue aún familiarizado.

A instancias mías una rama del Partido Comunista londinense, de la que yo era jefe, decidió obligar a la autoridad local a organizar una "manifestación". La corporación municipal era conservadora, el

alcalde un "reaccionario", bien conocido por su anticomunismo. Se sabía también que privadamente desaprobaba la alianza de Churchill con Stalin.

Instruimos al Secretario del Consejo Local de Sindicatos, comunista, para que propusiese en su primera reunión que debían organizar una manifestación anglosoviética. Urgimos a los demás delegados, que eran miembros del Partido, para que le apoyasen, pero convinieron en que, después de aceptar la idea en principio, urgirían al Consejo de Sindicatos, a fin de ampliar su carácter y finalidad, a que pidiese al alcalde y a la corporación municipal que lo llevaran a término y se hiciesen responsables.

Vista la amistad que unía al secretario del Consejo de Sindicatos con el Partido Laborista, se le mandó acercarse a los concejales laboristas para presionarles a que aceptasen la idea los de la corporación municipal. Pero ellos también se persuadieron de la necesidad de un esfuerzo unido, pues si ellos mismos o su partido se determinaban a organizarlo, el Partido Comunista quedaría automáticamente excluido y de esta manera se perdería la sal del programa.

Después de muchas reuniones "parciales" y mucho tirar de la cuerda fue aceptada la proposición por el Consejo de Sindicatos y el grupo laborista de la corporación municipal. Después se formó una comisión compuesta de miembros de los dos organismos. Se formó durante las horas de trabajo, pues sospechamos que de entre los miembros del Consejo de Sindicatos nadie más que los comunistas estaba dispuesto a perder su sueldo por el tiempo empleado en su comisión.

A última hora los concejales laboristas se resolvieron a avenirse con la comisión, e incluso una o dos personas que no eran miembros de ninguna organización "a fin de ensanchar su carácter". Éstos eran criptocomunistas y simpatizantes.

La política a seguir con el alcalde era clara. Y era clara desde el momento en que todos los alcaldes patriotas estaban organizando ya lo mismo, y porque si él no hacía lo propio se pondría en peligro de aparecer como enemigo de nuestro gran aliado soviético, y, también, en conflicto con la política de su mismo partido en general y del gran líder de la guerra. Winston Churchill, en particular.

Si él se atrincheraba, los comunistas disfrazados de la comisión dirían, como último resorte, que no dudarían en llevar todo el asunto a la prensa y dejar que el público sacase sus conclusiones. Esta amenaza surtió su efecto.

Cuando el alcalde dijo que no perdería el tiempo organizando tal acontecimiento, los delegados del Consejo de Sindicatos, llenos de esperanza, sugirieron que podría reunir un mitin con representación de todos los organismos locales, de los cuales podría formarse un comité ejecutivo que solucionase el problema. El alcalde asintió. El secretario del Consejo de Sindicatos comunistas, queriendo animarle, prometió ayudarlo con las organizaciones de obreros que él no debía conocer y que eran vitales para este proyecto, ya que su cometido primordial era levantar la moral de los obreros de guerra en particular.

Luego tornamos nota de todos los comités de administradores de empresa, de las ramas de los sindicatos y otros organismos donde teníamos valedores, rehaciendo en algunos casos los órganos que habían desaparecido hacía años, inscribimos sus nombres y enviamos por delante sus delegados.

Las invitaciones salieron del despacho del alcalde, describiendo el mitin como llamado a formar un comité anglosoviético. Era precisamente lo que deseábamos. En la situación en que estábamos por este tiempo, nadie a quien hubiese desagradado la idea interiormente, por no hablar del alcalde mismo, se hubiese presentado al mitin, que tan fácilmente nos solucionaba las cosas.

Por fin las invitaciones fueron repartidas por el secretario comisionado del Ayuntamiento y el secretario del Consejo de Sindicatos que trabajaban conjuntamente. Y juntos prepararon el programa. El Partido pisaba tierra firme.

La rama del Partido Comunista, que, por supuesto, disponía de antemano de un ejemplar del programa, lo discutió hasta bien entrada la noche y estudió cuidadosamente los movimientos que se podían desarrollar en el próximo mitin.

Durante la noche misma las cosas no salieron tan bien como se había planeado, pues uno o dos de los grupos religiosos enviaron delegados diciendo que aunque ellos mismos estaban influenciados por el ambiente pro-soviético dominante, no obstante, sentían reparo

en unirse a cualquier manifestación que fuera abiertamente comunista.

En vista de esto me levanté para instar que se solicitase la ayuda del Ministerio Ruso de Propaganda y que se empleasen algunos de sus films y exhibiciones soviéticas. Esto terminó con la completa aprobación de todos los que dudaban, los cuales comprendieron que ahora las cosas habían sido puestas en su base verdadera. Si los delegados sindicalistas querían otros films y exhibiciones procedentes de otras organizaciones sospechosas de comunismo había que permitirselo de todos modos.

Yo hablé en nombre de los que deseaban una concordia armoniosa, y no hablé de otra cosa más que de ciertos "compromisos" que yo abogaba porque existieran de hecho como prenda de lo que esperamos conseguir al principio. Como los preparativos provisionales habían ido tan llanamente, se convino en que el secretario del Consejo de Sindicatos y el secretario comisionado del Ayuntamiento actuaran de consuno como secretarios honorarios.

En la práctica se dejó a nuestro hombre arreglar las cosas mejor de lo que él (y nosotros) deseaba, dando el alcalde la aprobación oficial a todas las decisiones de mayor monta.

Cuando se llegó a los nombramientos y votos conseguimos algunos más de los que esperábamos. Los miembros presentes del Partido Comunista eran minoría, pero con los compañeros, simpatizantes y gente que ignoraba completamente de que se trataba, deseosa de juntarse a la mayoría, creímos poder controlar toda la organización.

Los programas contenían un mensaje del alcalde y una lista de patrocinadores entre los cuales estaban los dos miembros conservadores, los líderes locales de otros partidos, Mrs. Churchill y Madame Maisky, mujer del embajador soviético.

La "manifestación" comenzó con "Oficios de súplicas en todas las iglesias", también para hacernos conseguir más fácilmente el apoyo en otras cosas sobre las que teníamos positivo interés, y los festejos incluían un concierto de orquesta por la Unity String Orquesta (una de las nuestras) en la que se tocó música soviética, y un coro (de los "nuestros") dirigido por Alam Bush (uno de "nosotros"). Un mitin de mujeres (el orador era uno de "nosotros") celebrado en un Congregational Hall para agrupar a todos los no

conformistas. Además de los films del Ministerio de Propaganda habla films presentados por la Workers Film Assotiation (una de las "nuestras"). Y hubo otros y variados números de sentido apolítico a fin de "guardar el equilibrio" con los no comunistas.

La "manifestación" terminó con un gran desfile en el que participaron la W. V. S., la Cruz Roja, la A. T. C., la Ambulancia de San Juan, Defensa Civil, las secciones de los sindicatos, partidos políticos y organizaciones locales, banderas, pancartas y bandas de música.

Y aquí fue donde salimos ganando, Las secciones de los sindicatos acudieron bien. El Partido Laborista bastante bien, los Liberales escasos y los Conservadores (excepto el alcalde que dio el saludo) apenas ninguno. Pero el Partido Comunista acudió con el mayor y más disciplinado contingente, las mejores banderas y mayores pancartas. A lo largo del trayecto se veían por doquier las insignias de la hoz y el martillo. La manifestación terminó en el mayor salón local donde tuvimos un mitin de conjunto, los oradores designados fueron una empleada de comercio, "Heroína del Trabajo", miembro del Partido, y yo mismo.

En la tribuna —decía el programa— representaban a "cuatro partidos políticos". Esta palabra "cuatro" era una victoria en sí misma. Antes se había prescindido siempre en tales cosas del Partido Comunista, los ancianos y otros pensaban solamente en términos de "tres partidos políticos". Nosotros habíamos insistido en que se incluyera oficialmente a los comunistas y puesto que era feo excluirmos siendo como éramos los más eficaces y activos, ganamos.

Desde nuestro punto de vista la manifestación fue un gran triunfo. Hicimos nuevos miembros del Partido, vendimos grandes cantidades de abierta y clandestina literatura comunista, hicimos muchos soviets y además la propaganda puso al Partido sobre el tapete, tuvo cuenta de los nuevos enlaces y finalmente, se sirvió de un alcalde conservador y de los miembros del Ejército para la causa del comunismo.

Sugerir que la "niebla roja" que cubría a Inglaterra durante este período de la guerra fue creación del Partido Comunista Británico sería absurdo. Aunque no fuera otra cosa más que la gratitud de la gente cuando los bombardeos de Hitler se volvieron hacia el Este y

no se efectuaron sobre los hogares ingleses, era lo bastante para manifestar interés por el pueblo ruso. Las difíciles batallas ganadas en contraste brutal con el primer colapso del Continente fueron una ulterior garantía de una simpatía interesada.

Por medios semejantes a los que he descrito fue cómo este interés se transformó en un entusiasmo emocional y llegó a calar las nueve décimas partes de la población. Fue también por estos medios cómo se dio un contenido político canalizado en las normas políticas y se creó un ambiente en el que criticar a Rusia equivalía a traición, el negarse a saludar y reverenciar a Stalin era visto como evidencia de simpatías fascistas.

Simultáneamente el Partido estaba moviendo tres campañas de mayor envergadura en favor de la producción, de la unidad anglosoviética y para levantar la supresión del *Daily Worker*.

Como la mayoría de tales campañas, la tercera tuvo comienzos humildes. Después de elevar una protesta al Gobierno en general y a Mr. Herbert Morrison en particular, con nuestro periodiquillo a ciclostilo descendimos a negocios más serios.

En las ramas de los sindicatos donde teníamos la seguridad de ser la mayoría, se agitaron las resoluciones tomadas por el Partido, exigiendo en interés de la libertad de Prensa y de la democracia en general que se levantase el veto inmediatamente. Las resoluciones urgían que los comités de los distritos de sindicatos y las juntas Ejecutivas nacionales hiciesen lo mismo.

Pronto tales resoluciones fueron saliendo de las ramas de los sindicatos y de los Consejos de Sindicatos a varios puntos de la nación. Todo comunista que gozaba de una posición influyente en el movimiento de sindicatos presionaba para que su organización hiciese lo mismo.

La campaña se desarrolló poco a poco mientras nos opusimos a la guerra, pero cuando Rusia entró en ella y nosotros comenzamos a apoyar la ayuda bélica, fue posible conseguir un amplio apoyo no comunista. Pocos días después del ataque a la Unión Soviética el gremio editorial comenzó a renovar su petición de que el Gobierno debía anular la prohibición.

En aquellos organismos donde se habían tomado ya las resoluciones se abrieron camino otras nuevas. Se buscó, y en

muchos casos se obtuvo, el apoyo de personas influyentes no comunistas. Pronto figuraron en la lista profesores izquierdistas universitarios, artistas, músicos, actores, escritores, clérigos, cualquiera que pudiera ser impelido a decir que la supresión era una afrenta a la democracia, aun cuando nosotros sabíamos lo que se había de hacer de la libertad de Prensa y de la democracia cuando llegase la revolución.

Se organizaron grandes manifestaciones con tribunas presididas por personalidades de "nota", sin mirar a lo que de ellas pensábamos personalmente. Se hizo todo lo posible para dar a la campaña un aire de seriedad y de amplitud de apoyo.

Personas de quienes nos habíamos burlado o a quienes nos habíamos opuesto fueron invitadas a hablar desde nuestras tribunas, pero siempre entre los oradores había un número suficiente de simpatizantes y criptocomunistas para dar la sensación de que la tónica dominante era la que nosotros imponíamos. El último orador era siempre William Rust o algunos otros jefes miembros del cuerpo de redacción, como dando a entender que la manifestación terminaría con la demanda de que todos volvieran a sus organizaciones y trabajasen presionando en los términos que nosotros queríamos.

Los jefes de los sindicatos comenzaron a unirse a la campaña a medida que fueron recibiendo más y más resoluciones de los sindicatos, y lo mismo hicieron las organizaciones del Partido Laborista y algunas figuras bien conocidas del laborismo: siguieron luego laboristas y liberales del Parlamento.

La Prensa hizo suya la petición, ayudada por todos los comunistas y simpatizantes que trabajaban en las oficinas de periódicas.

Por la época en que por fin se levantó la supresión, veinte meses después del veto, las organizaciones que hablaron en nombre de millones batieron el record en el apoyo de nuestra demanda.

Se movió desde el primero hasta el último recurso posible, y la campaña fue llevada como una operación militar. Las consignas salían semana tras semana de la oficina especial que habíamos montado; meses antes la junta de cada sindicato había formado un plan que se discutió con los jefes del Partido pertenecientes a los

sindicatos, con el fin de asegurarse de que se obtendría una mayoría de votos. Como los que movían o apoyaban las resoluciones en tales conferencias ignoraban ordinariamente el mar de fondo de la historia de la supresión, la mejor conducta a seguir y cuál era el apoyo hasta aquí conseguido, nosotros les instruimos sobre todo esto a base de documentos confidenciales y exhortaciones personales. Con frecuencia jefes no comunistas de sindicatos pronunciaban discursos que nosotros habíamos preparado en sus más insignificantes detalles.

En la víspera del debate de una resolución sobre el *Daily Worker* en la conferencia anual del Partido Laborista tuvimos una corta reunión en el hotel St. Hermin, en Westminster. Asistieron, además de William Rust y yo mismo, criptocomunistas y simpatizantes, miembros de las delegaciones de sindicatos, los partidos laboristas y organizaciones afiliadas. Estuvo también presente un hombre que en las próximas elecciones generales salió elegido miembro laborista del Parlamento. Ha tiempo, sin embargo, que fue expulsado como compañero y que perdió su puesto en el Parlamento.

Al otoño siguiente, época en que se debía celebrar el Congreso de Sindicatos era evidente que de cuantas organizaciones afiliadas estaban empeñadas en apoyarnos se podía esperar una mayoría de votos. A simple vista resultaba igualmente claro para el Gobierno y, por eso, la víspera del Congreso se levantó la supresión.

Se habían cursado miles de resoluciones, abarcando probablemente de seis a ocho millones de personas. Cuántas en concreto habían votado la resolución es imposible decirlo. No es inverosímil que sobrepasaran las cien mil. Veinte personas de una rama de los sindicatos pueden tomar una resolución en nombre de cientos y aun de miles de miembros; dos docenas de cooperadores activos pueden votar, quizá, en nombre de veinte mil miembros, cuyas actividades están limitadas a la compra de sus víveres, carne o leche en un colmado de la Cooperativa o a la recaudación trimestral de sus intereses. Pero, ¿cómo se puede culpar a los comunistas el explotar tal situación?

Los votos, como ocurre en tales campañas, se duplicaron una y otra vez. Una rama de los sindicatos batiría el record contra la supresión. La cifra se añadiría a nuestros muchos records de

números ya conseguidos. También el comité del distrito se inclinaría a nuestro favor. Llevaba, sin duda, la representación de veinte mil y esta cifra se añadiría al total, aunque por el tiempo de las votaciones, el comité del distrito había votado ya a nuestro favor y se había registrado debidamente.

Después el comité y las ramas de sindicatos, juntamente con otras organizaciones de toda la nación votarían en la Conferencia anual y nuestro número total, repito, ascendería a medio millón. Por más de la mitad de estos votos éste sería su tercer record.

Luego la junta ejecutiva nacional de la misma enviaría, quizá, delegados a la gran conferencia general de Londres, convocada por el *Daily Worker* o posiblemente por el Consejo Nacional de Libertades Civiles o alguna otra organización semejante. Cuando se pidiera el voto lo apoyaría la delegación y el medio millón de votos se juntaría al total de emitidos en él y a nuestros records también.

Pero las cifras sonaban a convencimiento y los jefes de los sindicatos, los politicastros y directores de periódicos a quienes interesaba hablar en nombre de las masas quedaron debidamente impresionados y obraron en consecuencia. Y repito: ¿Quién les puede criticar? Así trabaja la democracia, y si la apatía e indiferencia existen en el fondo, deben quedar reflejadas en los votos irrisorios de cada sector.

En esta campaña se consiguió la experiencia que se puso poco después de manifiesto con la afiliación del Partido Comunista al Partido Laborista. Además se hicieron nuevos enlaces en los sindicatos y en los círculos culturales en particular, que se siguen explotando aun hoy.

CAPÍTULO XI

DE VUELTA EN EL "WORKER"

Cuando, después de veinte meses de campaña, se levantó por fin la supresión del *Daily Worker*, anunciamos inmediatamente que la primera aparición del periódico tendría lugar diez días más tarde.

La principal insistencia en el trabajo del Partido se había trasladado del aumento y propaganda de más producción a la exigencia de un segundo frente. Naturalmente que todavía insistimos en el aumento de producción en las fábricas, pero la petición de un nuevo frente en el Oeste tenía la preferencia sobre aquél. Comprendimos que sin este nuevo frente que aliviaría la tensión del Ejército Rojo, la campaña para la producción en las fábricas perdía la mitad de su eficacia.

Los slogans "tanques para el tío Pepe" y también "el tío José por el rey" seguían apareciendo en las paredes, en las fábricas y en las armas salidas de la nueva producción.

Un periódico "de ensayo", prototipo de lo que el nuevo *Daily Worker* había de ser, que publicábamos nosotros y con el cual armamos a una numerosa comisión enviada al Parlamento poco antes que terminara la supresión, reflejaba nuestra actitud.

El hecho principal era el reportaje de la manifestación en favor del segundo frente celebrada en Trafalgar Square. Los reportajes de adhesión a Rusia venían en segundo lugar en espacio e importancia. La producción bajó al tercero. El nuevo periódico sería, ante todo y sobre todo, un arma en la lucha por un segundo frente.

Las obras y oficinas del *Daily Worker* habían sido destruidas en un bombardeo, nuestros empleados estaban dispersos, algunos en filas, otros en la industria. Del cuerpo de empleados sólo era aprovechable el esqueleto.

Estaba William Rust, el director, que dirigía la oficina desde la cual se había dirigido la campaña para levantar la prohibición. Claud

Cookburn, el corresponsal diplomático (conocido de los lectores como Frank Pitcairn) trabajaba conmigo en la I. G. I. Walter Holmes, el comunista que habla estado también un tiempo conmigo en la agencia, había ido a trabajar a la Embajada Soviética y tenía que ser recuperado aún; George Sinfield, accionista y corresponsal de deportes, estaba dirigiendo *Challenge*, el órgano de la Liga de la Juventud Comunista. No teníamos subdirectores, ni prácticamente corresponsales, y tan sólo una insignificante oficina administrativa.

Los diez días que siguieron fueron febriles. Primeramente terminé con la I. G. I literalmente durante la noche. Escribí un último boletín el día siguiente a la declaración del Gobierno, cerré mi oficina y no me acerqué más al lugar.

El último número consistió en una carta a los suscriptores de nuestro servicio informativo. Para mantenerme dentro de la ley me había esforzado por probar a lo largo de este tiempo que no era una continuación del *Daily Worker*, que no tenía conexión oficial con él. En este último boletín desapareció la máscara en buena parte, aunque quedaban aún algunas de las apariencias.

"Este es el último número del boletín de la I. G. I., pero lo comunicamos sin pena", escribí.

"Hoy la supresión de una publicación representa ordinariamente una derrota periodística o comercial. La supresión de la I. G. I. representa la pasmosa victoria de la clase obrera, el término victorioso de una gran campaña unida para levantar el veto del *Daily Worker*, en la cual la I. G. I. está orgullosa de haber tenido no pequeña parte."

Continuaba: "Embarazada por la falta de empleados y a pesar de las restricciones impuestas por la carencia de papel, la I. G. I. había triunfado por medio de su boletín, llevando las urgentes y esperadas consignas de cada día a los varios cientos de líderes de los obreros, y a través de ellos a las decenas de miles de obreros de Inglaterra, clave de la guerra en las fábricas, minas, astilleros, muelles y depósitos de todos los rincones de la nación. Además, por medio de su trabajo como agencia de noticias, ha triunfado llevando de vez en cuando, a través de la Prensa general, la información a millones, que de no haber existido la supresión habrían llegado al público a través de las columnas del *Daily Worker*."

Después de recordar el registro que nos hizo la policía y la eventual devolución de nuestros documentos. proseguía: "Una nueva publicación, sin embargo, aparecía dentro de pocos días, gracias al Inspector de Periódicos, quien permitió la publicación de los Boletines de la I. G. I. que por fin se convirtieron en la publicación de la agencia al aparecer el boletín semanal impreso.

Repetidas veces el Ministerio de Suministros intentó poner obstáculos e la publicación diaria en funciones de boletín de la I. G. I., pero estos intentos cayeron por tierra cuando la I. G. I. legalizó sus derechos como agencia para publicar tal material.

Ninguna otra agencia ha publicado tantos reportajes sobre el trabajo de los Comités de Producción, sus dificultades, fracasos y triunfos. Cuando los empleados de comercio que estaban en la brega concibieron por vez primera estos instrumentos vitales para abrir la estrecha iniciativa de los obreros, la I. G. I. publicó en seguida su información y aunó las experiencias de sus miembros. Creemos que por estos medios hemos prestado un servicio imponderable a la lucha del pueblo contra el fascismo."

Volví a exponer la historia de la parte de la agencia en las campañas contra la supresión del *Daily Worker* y en favor del segundo frente, y añadía:

"La I. G. I. está orgullosa de haber servido con sus pequeñas posibilidades a los trabajadores ingleses en la más urgente y aún más gloriosa lucha que han mantenido nunca.

Hoy, por encima de todo, una gran necesidad se enfrenta con las personas amantes de la libertad de esta nación: la necesidad de un segundo frente en Occidente. La I. G. I. cree que ha contribuido a crear esta gran exigencia pública que ahora existe. Nuestra tarea será realizada ahora por el *Daily Worker*, en cuyas fuertes manos el arma del periodismo de la clase trabajadora será manejada en una escala imposible para la I. G. I. y que llevará la lucha por un segundo frente con una nueva y victoriosa orientación."

Sometí el borrador a Rust, pues aún era necesaria la discreción y deseaba no hacer nada que obstaculizase el nuevo *Daily Worker*. Rust hizo tan sólo un cambio. En el último párrafo habían sido borradas, cuando me lo devolvió, las palabras "con sus pequeñas posibilidades".

Durante veinte meses la gente convocada a los mítines celebrados en toda la nación había aportado sumas de dinero para la campaña en pro del levantamiento del veto y del nuevo *Daily Worker*. Nuestros adictos, que en el pasado se habían suscrito semana tras semana para mantener el periódico y de esta manera cubrir el puente entre los gastos y los ingresos, continuaron haciéndolo aún cuando no recibían el periódico.

El resultado fue que a pesar de haber sido la campaña costosa, cuando terminó teníamos todavía en caja sesenta mil libras. Se montó una imprenta y se probó una rotativa que había estado en desuso por espacio de veinte años, demostrando que apenas sería capaz de sacar un diario de nuestro tamaño.

Nuestro primer número debía aparecer en la mañana del lunes. El domingo se reunieron los empleados que habían de editar el periódico. Más de la mitad eran voluntarios de otros periódicos que hablan venido a echar una mano.

Había un hombre que gozaba de un alto cargo en el periódico liberal *News Chronicle*, otro del *Daily Express*, de Lord Beaverbrook, un tercero de un periódico comercial, otros venidos de *Sunday Pictorial*, *Reynolds News*, de la Agencia Reuter y Asociación de Prensa. Uno o dos de los últimos empleados que estaban en filas obtuvieron permiso, o mejor, se lo tomaron y vinieron al instante.

La oficina que ocuparían los nuestros estaba llena de chatarra mohosa, y durante los primeros días tuvimos que emplear como departamento editorial un corredor en que más tarde se acomodaron las máquinas de escribir.

El espacio aprovechable estaba tan lleno de gente, iban y venían tantos, algunos haciendo algunas horas de trabajo antes de ir a trabajar a sus propios periódicos, que yo, siendo el subdirector, tenía solamente una vaga idea de lo que se estaba haciendo y quien lo hacía.

Pero algo se hizo y el periódico apareció a la mañana siguiente, mereciendo la aprobación de la prensa por su corte técnico y periodístico. Como subdirector había trabajado catorce horas antes de que amaneciese el primer día, y estas mismas horas continuaron un día tras otro durante la primera semana, sin que ninguno de los empleados trabajase menos de doce horas diarias.

Nos decíamos a nosotros mismos que eran circunstancias excepcionales. Pero la ayuda voluntaria desapareció, los que habían conseguido permiso para venir del Ejército volvieron a sus respectivas unidades y pronto nos enfrentamos con una aguda crisis de personal.

Se formó una lista de todos los miembros del Partido Comunista empleados en los periódicos de Londres, asignando a cada uno un par de horas semanales. Vinieron de los semanarios así como de la prensa diaria. Uno o dos procedían de la B. B. C.

Entre el personal de la mayoría de los diarios existe un abogado cuya misión es estar con ojo avizor atento a los puntos legales, así como a las posibles difamaciones. En el *Daily Worker* era necesario de una manera particular, ya que buena parte del tiempo la pasábamos patinando sobre hielo quebradizo. Además, las condiciones de la guerra exigían un abogado para censurar las palabras que escribíamos, para asegurarnos de que se observaban las diferentes reglamentaciones y normas de seguridad.

En el cuerpo de redactores se introdujo un miembro del Partido que era abogado, sacrificando buena parte de dinero para tal efecto. Le ayudaban un grupo de diez a doce abogados comunistas que se relevaban por turno todas las tardes y fines de semana. Dos de ellos ascendieron más tarde a miembros laboristas del Parlamento, pero fueron debidamente expulsados por el Partido Laborista.

Nuestros lectores respondían magníficamente a nuestros requerimientos diarios de dinero para poder llevar adelante el periódico, enviando en conjunto de tres a cuatro mil libras mensuales.

No existe engaño alguno sobre la verdad de este fondo total, y aquellos que se empeñan en convencerse a sí mismos y a los demás de que la existencia de un diario comunista en Inglaterra se ha hecho posible solamente gracias al oro de Moscú, simplemente subestimarían a su adversario.

Es mucho más significativo el que cuarenta mil comunistas y sus simpatizantes hayan podido mantenerlo sobre la base de un verdadero sacrificio.

Hubo viejos militantes que hicieron de una manera regular contribuciones mensuales de sus irrisorios ingresos. Un lector

enviaba quizá veinticinco o cincuenta libras. La nota adjunta podía proceder de un iletrado, pero no había duda de la extensión en que habíamos triunfado al conquistar al que la había escrito.

Recuerdo de una en particular, en la que se podía leer algo así:

"El otro día murió mi vieja tía Maudie, me dejó cincuenta libras, nunca supe que la vieja tuviera tanto. Necesitamos docenas de cosas para los hijos y para nosotros mismos, ya que soy tan sólo un obrero, pero le envió todo el dinero para el buen viejo del *Daily Worker* antes de que lo gastemos."

Éste es un aspecto del cuadro. El otro no es tan edificante, ya que el Partido y el periódico mantienen a personas cuyo cometido es sacar el jugo a los simpatizantes más ricos.

Durante un tiempo nos servimos en el *Daily Worker* de una seductora joven comunista que atraía con sus encantos y que llegaba a cualquier extremo con tal de conseguir pingües cheques,

El Partido, por supuesto, no duda en hacer grandes peticiones a sus adictos, pues sabe que la mayoría de ellos no tienen la conciencia tranquila. Ellos saben, aunque no lo admitirían, que lo que les impide unirse al Partido es una falta de fuerza moral o su preocupación por una carrera. Y por esto ayudan a las causas comunistas para salvar su conciencia.

Si ellos no están dispuestos a dar el paso, el Partido tiene sobre ellos un dominio que no duda en ejercer. El hombre que en algún tiempo se asoció secretamente al Partido está en una posición vulnerable. Conoce la suerte de aquellos que juegan con el Partido y después desaparecen, cómo por vicios particulares son expuestos a los ataques públicos. Y por eso quiere evitar a toda costa que le suceda a él lo mismo. Entre estos contribuyentes asiduos están los políticos izquierdistas, ministros de la religión, profesores de universidad; hombres de negocios, personal de las oficinas de cambio; industriales; algunos propietarios de fábricas judías, no comunistas que ven en el subsidio regular al *Daily Worker* como una salvaguarda contra el fascismo. Estos últimos no desean el comunismo, que pudiera significar el fin de su posición como capitalistas, pero mucho menos desean el fascismo que terminaría probablemente con su existencia física.

La base principal del capital del periódico es el constante aflujo de pequeñas sumas provenientes de hábiles artesanos de las fábricas, mineros, obreros del ramo de la construcción y otros, y las más cuantiosas de comunistas y simpatizantes con alguna profesión y de entre los intelectuales.

No mucho después de haber vuelto a comenzar nos dimos cuenta de que el periódico, por primera vez en su historia, estaba ganando dinero. Con el fin de la supresión del Gobierno vino un buen número de otros recursos, entre ellos el de los anuncios. El comunismo británico se había convertido en una fuerza no despreciable, gracias al Ejército Rojo. En particular pudimos conseguir gran número de anuncios de los departamentos del Gobierno, gran parte de los cuales estaban comprando el espacio para anunciarse por algún tiempo.

Se convocó un mitin sobre un asunto especial para discutir la posición frente a él. ¿Continuaríamos pidiendo a nuestros lectores que se sacrificasen por el periódico, o les diríamos la verdad y acabaríamos con los ingresos, al menos de momento?

Decidimos tocar las fibras de su corazón alegando pobreza y la inminente crisis bancaria, y después de apartar una suma considerable para un edificio mayor que algún día pensábamos comprar, determinamos pasar una cantidad mayor todos los meses a la Dirección General del Partido.

Nuestra decisión estaba basada en la creencia de que es bueno hacer que se sacrifique el pueblo por cosas en las cuales cree; y que al hacerlo así se ponen en camino de creer más en todas ellas. El hombre que da diez céntimos a una causa puede no sentir gran entusiasmo por ella, pero persuadidle a que dé hasta sufrir perjuicios y entonces mirará la causa como propia y se hallará preparado para hacer mayores sacrificios si fuere necesario.

Fueron los sacrificios de los empleados, de periodistas, simpatizantes y lectores combinados, los que hicieron posible la nueva publicación del *Daily Worker* y su éxito inmediato.

Tan urgente era la necesidad de personal en el periódico que Carol se fue al trabajo tan sólo diez semanas después del nacimiento de nuestra primera niña Rowena, que encomendamos a una casa de maternidad.

La supresión y su consiguiente publicidad nos hicieron bien. El periódico era muy solicitado y se hizo popular.

La imprenta en que se imprimían los periódicos estaba intervenida. Imprimíamos los ejemplares que eran permitidos y no había esperanza de burlar las leyes y llegar a una tirada mayor. Comenzamos una campaña para persuadir a nuestros lectores a que se pasasen los ejemplares. Salió una instrucción para todos los miembros del Partido al efecto de que debían procurar pasar sus propios ejemplares al mayor número posible de no comunistas.

Pronto pudimos comprobar que, por término medio, cada número iba pasando al menos por cinco pares de manos diferentes en el decurso del día. Sabíamos que nuestros ciento veinte mil ejemplares eran devorados ansiosamente todos los días por medio millón de personas al menos, la mayoría de ellas en las industrias y en el Ejército.

A veces nos devolvían ejemplares desde los talleres de ingeniería, ennegrecidos por las señales del pulgar grasiento de docenas de personas que los habían leído. A veces cada lector pagaba por turno un penique por su ejemplar y luego lo señalaba. Algunos llevaban nada menos que dos o tres docenas de nombres antes que volvieran a nosotros con el dinero destinado al fondo del periódico.

No me cansaba nunca de admirar los ejemplares rotos y resobados que llegaban a mis manos por este medio. Me ayudaban a mantenerme en la convicción de que uno estaba consagrado a una misión. Las huellas grasientas de los dedos cobraban casi un significado místico. No hay nada mejor para la causa comunista que recordar incesantemente a sus miembros que están luchando contra la desigualdad, con la balanza en su contra.

Seis meses después de la reaparición del periódico seguía trabajando de catorce a quince horas diarias durante seis días a la semana. Comenzaba entre nueve y diez de la mañana, veía la edición terminada, y aguardaba a que el comunicado soviético de medianoche viniera del frente del Este antes de pasar la última página a la imprenta.

El Londres de la guerra estaba por aquellas horas muerto y yo tenía que andar dos o tres kilómetros para ir a casa a través de calles oscuras. En cierta ocasión la espesa niebla me hizo perder el

camino. Demasiado extenuado, mental y físicamente, para seguir adelante, pasé el resto de aquella noche de invierno sentado en un asiento cualquiera del Regenta Park.

Después de seis meses como subdirector del periódico, me pusieron al frente de los cronistas, pasando poco después al puesto de jefe de la sección de noticias. Estaba, pues, al frente del grupo de cronistas y de todas las campañas del periódico en la retaguardia.

Es un axioma de los círculos periodísticos marxistas que un periódico comunista se mantiene de sus campañas. Recordando esto, determiné tan pronto como estuve al frente de mi nuevo cargo, encontrar algún pretexto en torno al cual mantener una continua campaña y que ayudase al periódico a ser el líder de una extensa agitación.

Una semana después oí que se iba a convocar un mitin para protestar contra la continuada aplicación del artículo 18 del Código (apoyándose en el cual había esperado la policía en los primeros días de la guerra encerrarme durante el tiempo establecido). Aquellos contra los cuales se había aplicado el artículo eran en la práctica los acusados de fascismo de una manera o de otra.

Para despistar envié una joven periodista con orden de no mezclarse en nada que oliera a fascismo. En el mitin había un número de personas con indiscutibles simpatías fascistas. Aquella noche sacamos un reportaje del mitin.

Yendo a la mañana siguiente desde mi piso de Maida Vale a la próxima estación del metro, vi un amplio slogan fascista pintado en la pared, juntamente con la insignia de Mosley del "Rayo en el círculo", o como lo llamábamos nosotros con desprecio el "rayo en la sartén".

No tenía tiempo para detenerme y examinarlo, pero de camino para la oficina iba pensando en ello. Si nosotros hubiéramos sido suprimidos como los fascistas lo han sido, hubiéramos continuado propagando nuestra política y slogans en secreto; así razonaba yo.

Proseguí el reportaje publicado del mitin del día anterior con un artículo sobre la posibilidad de que los fascistas comenzasen su propaganda otra vez; pues mientras las bombas fascistas seguían cayendo sobre Inglaterra se atrevieron a salir de sus escondrijos y

volvían a aparecer ya sus slogans en las paredes de algunos puntos de Londres.

Antes que amaneciera me habían llamado al teléfono desde varios puntos de Londres a propósito de los slogans fascistas vistos en las paredes y había recibido la primera determinación tomada en un mitin del East London por los obreros de una fábrica de tejidos, quienes reclamaban la vigilancia contra un resurgimiento del fascismo y la inmediata prisión de los fascistas ya sueltos.

Día tras día iban llegando determinaciones. Los miembros del Partido en todas partes emprendieron la campaña y pronto me puse a escribir un suelto diario sobre el tema. Era precisamente lo que el periódico y el Partido necesitaban. Nuestra lucha antifascista anterior a la guerra había quedado sin brillo a causa del Pacto Soviético-Nazi y de nuestras actividades primeras contra la guerra imperialista.

Al principio de la campaña era más que nada un conflicto artificial. Cuando un día examiné más de cerca el slogan que me había sugerido la idea inicial, comprendí que era exactamente el mismo de la vendimia de la preguerra. No era prueba convincente por ningún concepto de los primeros pasos hacia una vuelta al fascismo. Y cuando me detuve ante otros que sucesivamente habían llegado a mis manos vi claramente que eran del mismo período.

Pero sólo hay una norma para una campaña comunista. ¿Favorece o no favorece a la causa? Si favorece es lícita. Esta ciertamente favorecía a la causa y por eso la dejé correr.

Desenterré confusas organizaciones fascistas, publiqué ataques contra sus jefes y cualquier cita que sonara mal de sus publicaciones. Sus intenciones, ordinariamente bien ocultas, eran de todos modos insanas en un momento en que Inglaterra se preparaba a un segundo frente contra los nazis con quienes muchos de ellos tenían bastante de común. Comencé a creer en la campaña misma y a sentirme interiormente más feliz por ella.

Luego aparecieron los slogans fascistas —la mayoría de ellos escritos con yeso— en los alrededores de mi calle de Maida Vale. El antisemita P. J. (Muera Judá) fue pintado en las puertas de las casas en que se sabía que vivían los judíos —la mayoría de ellos refugiados— y aparecían regularmente en mi propia puerta. Yo seguí, no obstante, adelante con mi campaña.

En ocasiones llegaban cartas amenazadoras por correo. A veces amenazaban al periódico. Con más frecuencia me amenazaban a mí personalmente con algo semejante a una muerte inesperada y trágica. Mis enemigos fascistas parecían estar convencidos de que yo era un judío y muchas de las cartas estaban dirigidas a mí como a Douglas Hydinsky.

En la Asamblea Nacional de las Libertades Civiles nuestros miembros sugirieron a esta corporación que organizase una conferencia para tratar este problema. Se discutió su sugerencia y enviaron una delegada para pedirme la asesorase. Me paseé con ella calle arriba, calle abajo del sector de Maida Vale, mostrándole los slogans y los "Muera Judá" escritos en las puertas. Quedó gratamente impresionada. Pero advertí —cuando la acompañaba— que la mayoría evidentemente habían sido hechos por la misma mano. Un hombre con tiza, una caña y cepillo para borrar podía —a mi modo de ver—hacer una gran labor. Era evidente que en Maida Vale al menos había un activo fascista.

La conferencia de las Libertades Civiles fue un llenazo. Vinieron delegados de toda Inglaterra. Los grandes sindicatos enviaron delegaciones. Estaban representados millones —si de esta manera pueden quedar representados millones alguna vez—. Nuestra propia gente abrió la marcha y se votaron indignadas resoluciones para acabar con el antisemitismo y todas las actividades fascistas. Se decidió también que se reuniesen de una manera análoga las conferencias representativas de los distritos en toda la nación.

Se hizo amplia información de la conferencia y, por supuesto, la Prensa laborista y liberal apoyó mi campaña. Un oscuro e insignificante organismo en el necio dintel del Movimiento Fascista, que se llamaba a sí mismo Movimiento Nacional Británico, me proveyó de más municiones. Su literatura era siempre aprovechable, y cuando un día un hombre que se llamaba a sí mismo uno de los miembros del Partido fue convicto de traición, mi campaña siguió adelante a pasos agigantados.

Nuevos miembros se enrolaron en el Partido, se consiguieron suscriptores de los fabricantes de telas y muebles del East End y mi artículo diario se hizo el más popular del periódico.

En medio de todo esto recibí un día la visita de dos personajes misteriosos que manifestaron que ellos también estaban interesados

por las actividades fascistas. Querían ayudarnos, pero necesitaban información. Después de mucho fingir les obligué a venir al asunto. Eran detectives de la Special Branch empeñados en lograr información acerca de tales actividades subversivas. Admitían que prácticamente carecían de información que valiera la pena sobre los neofascistas y ni siquiera tenían el M, I. 5, a pesar de que el Gobierno lo había juzgado necesario para detener a los fascistas activos y seguía reteniéndolos en cárceles y campos de concentración. No me sorprendió, pues nuestra propia experiencia nos estaba demostrando que sabían muy poco de nosotros también. Nunca habían llegado a comprender el secreto sobre el que trabajaba el Partido, y aún menos cómo pensaba, siendo sus esfuerzos por detener a los comunistas del Ejército dignos de lástima. Ocasionalmente habían cogido algunos peces pequeños, pero los gordos escapaban con facilidad. Quise conocer con precisión lo que sabían.

Les dije que podíamos trabajar juntos, que les daría informes si ellos, a su vez, se encargaban de algunas cosas que ya no podía realizar. Se avinieron a hacerlo y por algún tiempo recibí alguna pequeña ayuda de ellos, pues seguían ansiosamente el más mínimo rastro que yo les daba, comunicándome alegremente lo que habían descubierto.

En cambio yo les facilitaba información que de hecho ya había sido publicada en el *Daily Worker*, que ni siquiera se habían molestado en leer a pesar de su interés por los movimientos subversivos.

Dije al director lo que estaba haciendo y él me dio su aprobación.

Después de un tiempo debieron caer en la cuenta de lo que yo había hecho, pues solamente uno continuó visitándome y cooperando cada vez menos.

Cuando dejé el *Daily Worker* quedaban aún algunas copias de relaciones "confidenciales" que me había comunicado y cuyo contenido había publicado yo en el periódico con carácter de "exclusiva".

El pequeño bocado conseguido en la campaña fue lo bastante para hacerme creer en ella por lo mismo que había resultado bien, pues yo, lo mismo que muchos comunistas, había encontrado

siempre más fácil colaborar con aquellos en cuyos sinceros deseos creía, aún cuando como marxista creía que su verdad o falsedad estaba subordinada a los intereses superiores de la lucha de clases.

CAPÍTULO XII

ESPIAS Y CONFESIONES

Cuando se votó la cuestión de la afiliación al Partido Comunista en la Conferencia del Partido Laborista del año siguiente, Mr. Morrison intimidó a los indecisos con una alusión a los "canallas" ocultos tras los bastidores del Partido Comunista. Manifestó a los delegados que si conociesen lo que él, como secretario del Interior conocía y que no podía revelar, nunca hubieran emitido un voto a favor de nada que se relacionase con el Partido Comunista.

Pocos días después "Dave" Springhall, nuestro Organizador nacional, fue detenido por orden de la Comisión de Secretos Oficiales, encausado y castigado con la pena de siete años por haber transmitido información a una nación extranjera. Todos entendieron que tal nación era nuestra aliada Rusia. Varios otros miembros del Partido fueron sentenciados por los mismos cargos durante este mismo período. Un número mucho mayor, reos de idéntico delito, nunca pudieron ser cogidos.

Tan pronto como se supo que Springhall era culpable, el Partido le expulsó. Fue expulsado, no porque el Partido desaprobara tales actividades, sino por razones del todo diferentes; primeramente porque no queríamos, y menos ahora que la popularidad iba a nuestro favor, conseguir la pública reputación de que permitíamos que nuestros miembros siguiesen espiando (por esta razón fue despedida al instante su mujer que trabajaba en el *Daily Worker*); en segundo lugar, desde cualquier punto que se mirara, era mayor indiscreción en un Organizador Nacional que en otra persona, arriesgarse de esa manera en tal momento.

Gran parte de la información que los miembros del Partido pensaron podía utilizar la U. R. S. S. inundó nuestra Dirección General y otras oficinas. En estas circunstancias se pudiera haber esperado de un Organizador Nacional que hubiera encomendado el

asunto a alguna de las figuras menos destacadas del Partido que se hubiera preocupado de que llegara con seguridad a la embajada Soviética.

Algunos de los colegas de Springhall sospechaban que estaba pasando material a la Embajada y le avisaron que esto era una indiscreción mayor, teniendo en cuenta su posición. Él lo negó rotundamente. Pero las sospechas continuaron y se le advirtió de nuevo. Pocos días más tarde, cuando la policía registró la Dirección General del Partido y la casa de Springhall, encontraron los documentos fehacientes tanto en su oficina como en sus habitaciones. Los miembros del Partido recibieron una afrenta por su indisciplina e indiscreciones, Sólo los más novatos e inexpertos quedaron desorientados por la naturaleza de actividades como éstas.

El Partido seguía creyendo que nuestra alianza militar con Rusia no sería llevada completamente a efecto. Todos creíamos que había que estar con la mirada fija en las insignias de la "cruz gamada" todo el tiempo.

La reacción del promedio de ellos fue: "Si ellos no quieren facilitar información a Rusia, lo haremos nosotros." La red de espías mantenida durante la fase de la "guerra imperialista", no era nada en comparación con la de la fase siguiente. La información venía de las fábricas, del ejército, de los funcionarios del Estado, de los hombres de ciencia, Cosa digna de notarse es que mandaban tal información los que no eran espías profesionales; se exponían en muchos casos a grandes riesgos, no recibían paga alguna, y, lo que es doblemente importante, no se consideraban así mismos como espías, y mucho menos como traidores. Como miembros del Partido habrían creído que estaban siendo insinceros consigo mismos e indignos del nombre de comunistas si no lo hubieran hecho.

Un ejemplo sacado de mi propia experiencia explicará lo que quiero decir. Cualquiera de los que ocupan una posición elevada en el Partido podría dar docenas de otros ejemplos.

No mucho antes de que se levantara la prohibición del *Daily Worker*, estaba yo actuando como "Comisario Político" en un sector londinense del Partido o empleando la propia jerga del Partido, era responsable políticamente de él. En mis ratos libres daba educación

política a los líderes locales, les daba clases de vez en cuando y estaba dispuesto a darles instrucciones.

Una noche volví ya tarde a mi piso para hablar con uno que me estaba esperando. Estaba muy preocupado y visiblemente nervioso a causa del asunto que quería discutir conmigo.

Era uno de los tipos de la clase media más capaces del Partido. Se había afiliado en sus días de estudiante en la Universidad, cuando estaba de moda hacerlo; al venir a Londres abandonó temporalmente sus actividades, pero se puso en contacto más tarde con el Partido y volvió a trabajar. Por la época en que Rusia entró en la guerra era jefe local y además había tenido la buena fortuna de conseguir un puesto de funcionario interino en el Ministerio de Guerra. Su pasado social era correcto y nadie podía sospechar que fuese "Rojo".

Me manifestó que recientemente le habían dado un puesto de mayor responsabilidad, consecuencia de lo cual fue que por su mediación venía regularmente mucha más información, principalmente concerniente al Oriente medio. Todo parecía confirmar —declaró— las peores sospechas del Partido. Reciente trasiego de hombres y de materiales en algunas partes del área de su departamento podían relacionarse —pensaba él— con la futura hostilidad contra Rusia. "No sé qué importancia o qué sentido puede tener, pero creo que el Partido debiera conocerlo."

Le dije que esto ayudaría grandemente al Partido en nuestros análisis de la situación política y militar. Prometió comunicar cuanto pudiera parecer de algún interés. Le puse en seguida al habla — como era nuestra costumbre— con un miembro cuya misión era estar en contacto con tales personas. Se le ordenó que dejara al instante toda actividad local. "Esto es más importante —se le dijo— que cualquiera otra cosa que pudieras hacer por el Partido." Estaba familiarizado a la idea de comunicar los secretos "al Partido". Ahora se le advirtió que debía informar más detalladamente a fin de que su información pudiera ser útil a Rusia también. Luego se puso al habla con un colega que estaba en contacto con la Embajada soviética.

"Temía bastante que sucediera esto —me confesó—, yo sé que debo ayudar, pero estoy nervioso. Espero casarme pronto y no creo que deba ser yo el tipo que ha de ir a la cárcel." Pero se animó así mismo y añadió: "Comprendo que estoy en situación privilegiada

para poder ayudar a Rusia en este sentido y en mi interior estoy orgulloso de poder arriesgarme. Haré lo que sea necesario." Le recordé lo que los dos sabíamos que era cierto: que millares de miembros del Partido darían todo lo que tuviesen para realizar tal cometido en favor del comunismo.

Las reuniones clandestinas tenían lugar con creciente frecuencia tan pronto como aprendió la clave para discernir lo que era útil de lo que no lo era, fijando su atención a fin de poder informar con más precisión sobre las conversaciones sorprendidas entre los jefes de los departamentos, en las visitas de los generales y otros.

Le conocía bastante bien para poder decir con certeza que nunca cesó de asustarse ante lo que estaba haciendo, y para verlo llamado a un alto grado de heroísmo que llevaba en mal sentido.

Sé, también, que su conciencia le había torturado mucho tiempo antes de que se decidiera a venir a hablarme sobre el asunto y que hasta que comenzó a espiar se sentía a sí mismo menos que un hombre por no hacer lo que como miembro del Partido debía ser tan evidente y necesario.

Un espía de esta clase merecía el distintivo de los mercenarios. Y Rusia tiene veinte mil espías semejantes en potencia en las filas del Partido Comunista Británico, y millones más en todo el mundo.

Bajo ningún concepto entraba en nuestros pensamientos la cuestión de naturaleza antipatriótica. Estábamos de acuerdo, después de todo, en que una Inglaterra comunista sería una Inglaterra mejor, que no veríamos el comunismo en ella mientras viviéramos si se consentía que fuese aplastada Rusia y que, por tanto, al defender a Rusia de sus enemigos y de los nuestros estábamos luchando por "nuestra" Inglaterra. La actitud convencional ante el patriotismo y amor a la nación quedaba fácilmente deformada con esta pregunta: "¿Qué nación, la suya o la nuestra?"

Cuanto más novato era el miembro en el Partido más conscientemente pensaba en este sentido sobre Inglaterra. El veterano marxista tiene tan metido el axioma de "que los trabajadores no tienen patria", que tales consideraciones no entran para nada en su razonamiento consciente. Para él sólo existe un único frente de guerra extendido a lo largo del mundo con la clase

trabajadora y sus aliados, mantenida y moldeada por el Partido Comunista de un lado y la clase enemiga por otro. Cualquiera parte de este frente le es tan importante como la otra, y él trabajará o morirá lo mismo por una España comunista, China, América o Inglaterra, según la necesidad lo pida.

Andando el tiempo el Ministerio de Guerra cogió a nuestro espía local, consiguiendo tan sólo descubrir por medio del M. I. 5 que había sido estudiante comunista en Cambridge. Se le preguntó sobre el particular, lo admitió (pues no había otra cosa que hacer en tales circunstancias) y declaró que desde entonces había dejado de ser comunista.

No se le preguntó más sobre esto, pero algunas semanas más tarde fue despedido repentinamente. Su llamamiento a filas fue igualmente repentino y pronto se vio trasladado al lejano Oriente.

Como miembro del Secretariado de Londres se me encomendó un día la tarea de presidir el juicio de dos miembros de un sector del Partido en el West London, acusados de culpabilidad por desviaciones izquierdistas y cuya expulsión iba a ser pedida por el sector.

El hombre y la mujer a quienes iba yo a "probar" se habían afiliado al Partido en sus comienzos y habían pasado dos años en las grandes Oficinas Generales de la Internacional Comunista en Rusia. Ambos eran miembros del sector de Ealing, pero el hombre era también miembro de una fábrica de aviación situada en Hayes, estando en consecuencia unido también con dicha sector.

La mujer se presentó para hacer frente a la situación: el hombre sacó una excusa para no presentarse. A pesar de todo, puesto que a los dos afectaban los mismos cargos, convine, a petición del hombre, en aceptar el testimonio de la mujer sobre la conducta de ambos. Estaban presentes el Comité local del Partido y otras personas que querían presentar pruebas.

Seguí el procedimiento de costumbre y ateniéndome a lo mandado por la Dirección General. Primeramente hice una larga "declaración política" en forma de análisis comprensivo de la situación política y militar del mundo, refiriéndome de una manera particular al papel de la Unión Soviética y al papel de Stalin en la U. R. S. S. y como jefe de todos los pueblos amantes de la paz. Este último punto era importante, pues las desviaciones de los dos

"acusados", partían precisamente de su actitud frente a Stalin y la U. R. S. S.

Destiqué el papel de los líderes políticos británicos, la manera desacertada de dirigir sus planes de guerra contra Rusia y el hecho de que solamente la vigilancia de la clase obrera había parado el ataque desviándolo hacia la Alemania nazi.

Por esto, lo que en otra ocasión hubiera parecido una cosa trivial, se convirtió en elemento de traición, como el de quien se pasa al enemigo en un momento crítico. Los presentes podían sentir ahora más fuertemente que antes lo que la acusada había hecho.

La mujer se sentó en una silla desde donde podía ver a todos los presentes. Era un tipo alto y neurótico, cuyos gestos, cuando yo hablaba, parecían alternar a primera vista entre la impaciencia y la desconfianza. Pero el resto de los presentes vio en seguida el significado político de mi parlamento, y al poco tiempo, también ella escuchaba atentamente y con creciente asombro.

Ésta es, naturalmente, la finalidad de la "declaración política" que constituye la apertura de tales "pruebas". El sabotaje de los dos acusados había tenido lugar puramente en el plano ideológico y, por lo mismo, si ellos y los presentes podían ver la completa seriedad de los cargos, era necesario asegurar que todos comprendieran que un ataque, o incluso un apoyo tibio a Rusia y a sus jefes, significaba un atentado contra los pueblos amigos de la paz de todo el mundo, a la causa del comunismo y a los mismos comunistas británicos. Esto significaba que cuantos traicionaban a Rusia saboteaban la causa por la que los miembros de nuestro propio Partido vivían y por la que en otras partes del mundo estaban dando la vida también.

Mi "declaración" había ido derechamente al objetivo, pero la mujer seguía aún impaciente al verse ante tanta gente que ella conocía tan bien. Cuando acabé, ella, sin esperar su turno, comenzó a preguntar algo sobre la política trazada por mí y a declarar que sabía que el Partido había llevado más allá de lo justo la adulación a Stalin y que deberíamos asimismo tener los ojos abiertos para ver lo que pasaba en Rusia. La dejé seguir adelante, pues estaba hablando precisamente de aquellas cosas de que más adelante sería inculpada formalmente. A medida que hablaba con creciente nerviosismo, los presentes comenzaron a interrumpirla impacientemente. Finalmente el secretario local, un hombre agresivo

e intolerante, la paró furiosamente con un golpe en el suelo, pidiendo que se le permitiese proceder a manifestar sus cargos contra ella.

Leyó en primer lugar una lista de sus "crímenes", interrumpiéndole ella históricamente a cada punto. Por lo visto, el Partido la había ordenado trabajar en el Gremio Cooperativo de mujeres del distrito, en donde desde el principio no había hecho más que protestar con poca fortuna. Pero en el Gremio, sin que ella lo supiera, había otro miembro del Partido que había informado que ella había dicho varias veces a las mujeres cooperadoras reunidas que había vivido en Rusia y conocía por experiencia lo imperfectas que seguían allí las condiciones sociales: y que el culto a Stalin había sido llevado demasiado lejos,

El secretario de la sección pasó a declarar que la junta local ejecutiva le había atribuido lo mismo. Ella, no obstante, había defendido sus actos y, a despecho de las advertencias, había continuado haciendo lo mismo por algún tiempo. Se le dijo después que debía presentarse a la junta ejecutiva local encontrando allí un defensor en la persona del segundo acusado, que la había apoyado.

Al aconsejarle la junta ejecutiva que se debía presentar a la oficina del Distrito y que se urgiría su expulsión, cesó de trabajar en el Gremio Cooperativo, paró de hablar en público sobre los defectos de Stalin y la Unión Soviética, pero había seguido manteniendo en privado su punto de vista y aún persistía en mantenerlo.

Terminó con una descripción más fuerte de la mujer como trotskista, una despreciable heterodoxa burguesa y una saboteadora que había que arrojar de las filas del Partido. La lectura de sus crímenes había levantado la indignación de los presentes exigiendo su expulsión con un aplauso cerrado y mantenido,

Seguidamente certificaron otros en términos parecidos, mostrando un mayor grado aún de hostilidad que el comúnmente reservado para los capitalistas y fascistas. Repetidas veces su alegato fue interrumpido por la mujer acusada y por ambas partes se siguieron airadas recriminaciones e insultos personales. Mantuvo su gesto de desconfianza y autojustificación cuando exigió pruebas haciendo hincapié en los años pasados en el Partido, su experiencia de Moscú y su convicción de que la orden recibida de la sección, a saber, que debía trabajar entre una "manada de mujeres" en el Gremio Cooperativo era absurda, pues no tenía interés por tales

actividades. Pero luego se levantó y confesó que había sido indiscreta y que las censuras de sus camaradas la habían obligado a adoptar una postura desde donde había dicho cosas inexcusables. Terminó con un argumento apasionado queriendo convencer a los asistentes de que no había querido traicionar a la causa a la que había consagrado su vida. Ella aceptaría —terminó— cualquier castigo que el Partido juzgase necesario, sólo lamentaba tener que luchar contra su expulsión.

En mi resumen dije que las pruebas habían sido obscuras por el hecho de que los "personalismos" habían resaltado demasiado en el caso, habiendo faltado el comité de la sección y asimismo el secretario particular. Pero puesto que los acusados no negaban los cargos principales, me veía obligado a informar que ella y su compañero eran culpables y que mi decisión, en lo que al castigo se refería, se daría a conocer más tarde.

Cuando estaba presidiendo el proceso sentía de hecho cierta compasión, aun cuando las "desviaciones" por parte de uno que había tenido larga experiencia del Partido me chocaran y afligieran. La vista de esta mujer tan abiertamente neurótica acosada por cualquiera de los de la abarrotada sala, me pareció casi indecente y esto influyó sobre mí cuando llegó el momento de recomendar el castigo adecuado.

A su debido tiempo entregué al secretario una relación completa juntamente con la recomendación de que tanto ella como su cómplice fueran excluidos del Partido por doce meses, durante los cuales estuviesen sometidos en todo al Partido, sin tener los derechos de los miembros; seguirían después otros doce meses de prueba, admitiéndoseles luego enteramente en el Partido.

Aceptaron mis recomendaciones y se llevaron a efecto. Pero me di cuenta más tarde que había usado más suavidad de lo que requerían las circunstancias. No me llamaron más a presidir tales "pruebas", siendo comúnmente elegidos líderes que presumían de ser tan fríos como el hielo al acercarse a las personas como lo eran en las campañas políticas.

CAPÍTULO XIII

HOMBRES DEL PARTIDO

Creo que es difícil para quien no ha sido nunca marxista comprender cómo personas que persiguen políticas inmorales pueden, no obstante, ser en la mayoría de los casos simpáticos, inteligentes y en todo caso bien intencionados cuando vienen por vez primera al Partido.

Es difícil, sin duda, creer que el duro y frío materialismo del Partido Comunista pueda atraer a los idealistas y pueda ser algo para hombres que están dispuestos a morir. Sin embargo los testimonios de todo el mundo muestran que es así.

¿Qué son los comunistas? ¿Por qué entran en el Partido? ¿Quiénes eran las personas que se lanzaron a las diversas campañas que he descrito? Permítanme les presente a unos cuantos.

Primeramente los empleados del *Daily Worker*, mis camaradas y colegas, que a veces trabajaban hasta quedar agotados, que estaban dispuestos a ir a la cárcel por el periódico en cualquier momento y si era preciso a morir por su comunismo. Era una turba promiscua. Los idealistas despistados eran una minoría. La mayoría la componían veteranos marxistas.

No es la finalidad de este libro criticar a viejos amigos que ahora se consideran a sí mismos como mis adversarios. Por este motivo no citaré nombres, excepto en los casos en que por la naturaleza de lo que escribo no pueda ocultar a los que nombro. Muchos pueden ser reconocidos por sus amigos, pero los comunistas tienen siempre sus amistades dentro del movimiento y por eso sus amigos no serán de aquel tipo de personas que piense mal de ellos por verles practicar su comunismo. Lo peor que puedo decir es solamente que fueron buenos marxistas.

Estaba, naturalmente, el director, William Rust, ya difunto. "Bill" para todos, desde el botones para arriba. Pero esto era tan sólo una pieza del escaparate. Bill Rust no era, de hecho, muy accesible. Tenía pocos amigos y muy pocos mantenían estrechas relaciones con él.

Era frío por naturaleza. Podía serlo todo menos capaz de entusiasmo aun cuando podía engendrar gran entusiasmo. Esto era al mismo tiempo su debilidad y su fuerza. Esto le capacitaba para emprender y mantener actividades sin atender a las consecuencias de orden humano que pudieran acarrear, con la mira puesta en aquello que como resultado de su frío razonamiento sirviera a la causa del comunismo.

Más de una vez había sido encarcelado por su comunismo y desde antes de los veinte años había sido un funcionario del Partido. Se impuso sacrificios para perfeccionarse, tanto en su periodismo como en su estudio del marxismo.

Estaba bien informado, pero tenía poca cultura. En algunos aspectos seguía siendo un adolescente curioso. Cuando llegaron a la oficina las entradas complementarias para las primeras veladas nocturnas del West End, las reclamó para sí y se fue allí a toda costa. Ponderaba el espectáculo a que había asistido y los actores y estrellas que había conocido en el escenario.

Aun cuando hubiera estado siempre en la cumbre del Partido, nunca habría sido una figura popular entre los que mejor le conocían. Tenía sus admiradores, pero eran comúnmente de los que buscaban un puesto. Entre los militantes unos le temían y otros le respetaban. Las relaciones entre Bill Rust y Harry Pollit, secretario general del Partido, eran poco cordiales; tanto es así, que pasaban años sin que Pollit pusiera apenas una vez los pies en el edificio del *Daily Worker*.

Pollit se equivocaba. Rust, casi nunca. Fuera por dar gusto a Moscú, fuera por precaución o por competencia entre los dos líderes, lo cierto es que triunfó mejorando su posición en el Bureau Político no perdiéndola ya más. El Bureau Político es todopoderoso en cuanto no tiene que depender de nadie superior a él. Obedece sólo a Moscú. Y Rust era el hombre de Moscú.

Yo no pongo en duda su marxismo. Estaba convencido intelectualmente de que estaba en lo cierto, y sentimentalmente

como proletario estaba atraído por él. Pero estaba dispuesto a subir. Y cuando llegó a la cumbre resolvió no volver a descender de ella.

Su marxismo le decía que la revolución por la que trabajaba había de venir. Y vendría en su generación. Después seguiría la dictadura del proletariado.

Con tal de permanecer en el mando le importaban poco la clase de indignidades y sacrificios que se le pudieran exigir. Más tarde o más temprano triunfaría el comunismo y él sería uno de los poderosos. Mandaría. Le cabría la suerte de la retribución.

Su fe en el marxismo como la de algunos otros jefes, era la que hacía de él, en cierto sentido, un superdotado. Pero la muerte vino prematuramente y murió dirigiendo un Partido cuyos jefes estaban aún lejos de poderse poner al lado de los Stalins y Dimitroffs.

Venía luego Cutberth, un tipo muy diferente. Formado en la escuela pública y la universidad, tenía una personalidad destacada. Le gustaba la intriga y sentía un placer especial en toda clase de deshonestidades, particularmente con los miembros de su propia clase. No hacía nada por disimular su origen —como hacen muchos comunistas ingleses—, pero se servía de él para fines comunistas.

Con una barba sin afeitar, dos viejos abrigos uno sobre otro y agujeros en los calcetines podía codearse y aún se codeaba con los ministros del Gabinete, aristócratas y aún miembros de la realeza. Y todos sabían que a su tiempo les "clavada el arpón". No obstante, ellos seguían tratándole lo mismo.

Todo cuanto hacía era extraordinario y, por supuesto, la manera cómo entró en el Partido también fue extraordinaria. Contado por él, sucedió más o menos como sigue:

Trabajaba como corresponsal extranjero en Berlín hacia 1920 cuando determinó pasar un fin de semana en una aldea retirada de Baviera a fin de desentenderse de todo.

Se hospedó en una humilde pensión. Cuando negó allí estaba lloviendo y no paró de llover en todo el día. Como lector inveterado buscaba inquieto algo que leer. El único libro que pudo encontrar en todo el lugar fue un sobado ejemplar de una edición del *Das Kapital*, de Marx. Puesto que no había lugar a opción se sentó y se puso a leerlo. Su lectura le puso furioso. Sus principios, sus conclusiones le parecieron a este joven de la "clase privilegiada" un insulto.

Pero cuando volvió a Berlín empezó a ver la capital alemana a través de otros ojos. Había algo bastante desagradable en el Berlín de la postguerra y su decadencia que había escapado a sus ojos, porque estaba demasiado cerrado a ella, le parecía ahora evidente.

Una vez que salió de su propio círculo aparecieron numerosas señales del inminente colapso del capitalismo alemán: millones de parados, pobreza espantosa por todas partes con la manifiesta confusión, y también los movimientos subversivos en vertiginoso crecimiento. ¿No tendría, después de todo, razón el terrible y viejo pelma de Marx?

Planteó estos problemas a sus amigos, y después a sus colegas. Leyó otras obras marxistas.

La noticia de que Cuthbert se hacía "rojo" llegó a su oficina de Londres. Se le trasladó a Estados Unidos. "Esto le hará ver si el capitalismo está en crisis", se dijeron ellos.

Pero apenas llegó a la tierra en donde se decía que cada albañil tiene su coche, Wall Street hizo quiebra viniendo abajo como un rayo.

"Sólo tenía que mirar por la ventana de mi oficina —me decía en términos característicamente expresivos— para ver a los jugadores de bolsa y a los financieros arrojarse por las ventanas a la calle durante todo el día."

No podía ser de otro modo. Esto era el colapso del capitalismo. Después vendría la revolución. Después de todo, el viejo Marx tenía razón. Abandonó su puesto y una prometedora carrera para volver a Inglaterra y alistarse allí en el Partido Comunista.

Desempeñó su tarea en el *Daily Worker* con un sueldo menor al que hubiera podido ganar en Fleet Street.

Luchó audazmente en España, no mostrando en ningún momento el más ligero miedo al peligro. Trabajaba día y noche para el *Daily Worker* y disfrutaba todo el tiempo que pasaba en él.

No se aparentó ser proletario. Ni se comportó como un idealista. Creía tan sólo que su clase estaba en crisis y muerta, que en el horizonte se vislumbraba una aventura y una victoria para los que hoy estaban menospreciados y rechazados.

Contrastando con él encuentro a Richard que llegó al *Daily Worker* desde un periódico de provincias. Richard era uno de los

"nombres" que no figuraban en el periódico. Era esencialmente anónimo. La única cosa que tenía de común con Cuthbert era su educación en un colegio del Estado. Sus padres le desheredaron cuando se hizo comunista. Tuvo que abandonar el Ejército como un caso de neurosis.

Era idealista, impetuoso, sencillo y el tipo de personas de quienes se puede uno reír a gusto sin que se den por ofendidas. A los veinticinco años de edad parecía un sesudo viejo de ochenta. Era amable, honrado ciento por ciento y en extremo desesperante, pues así nunca sería un buen marxista, careciendo como carecía de doblez o de capacidad para ello.

Según me contó, no había sido feliz en su hogar. Era un hogar roto. Uno de sus padres se había vuelto a casar y se enteró de ello cuando volvió del colegio a casa en vacaciones. Era muy sentimental y estaba ansioso de tener amistades. Fue esto, me atrevería a decir, lo que le llevó al Partido siendo tan joven.

Cuando se agregó a mi equipo de reporteros era el más joven de la oficina y por eso se le puso como reportero de actividades "intrascendentes". A él se le encargaron los trabajos más pesados y corrientes. Los trabajos mejores eran para las personas "destacadas".

Cuando empezaron a caer sobre Londres las bombas volantes V-1, muchas de ellas haciendo explosión en las proximidades del edificio del *Daily Worker*, la descripción de los "incidentes" resultantes fue parte de su trabajo diario.

Pero la censura fue severa y con el tiempo todos los artículos vinieron a ser casi lo mismo. Yo tenía confianza en Richard. La única esperanza de dar con buenas historias, le dije, sería abordar otros asuntos. Escoger hechos heroicos como, por ejemplo, la conducta de los obreros ante los ataques de las bombas V-1; artículos que mostraran cómo actuaban los empleados de la defensa civil, los de la ambulancia, vigilantes, patrullas de socorro. Tales artículos levantarían la reputación del periódico ante la gente del pueblo, levantarían la moral y, al mismo tiempo, ayudarían a que aumentase el número de las suscripciones al *Daily Worker*, extendiendo de esta manera la influencia del Partido.

Convinimos en que la mejor manera de conseguirlo sería que él se dirigiera al lugar donde caían las bombas antes que llegasen los

servicios de defensa y, a ser posible, ayudase personalmente al cuerpo de socorro.

Inmediatamente pusimos por obra nuestra táctica.

En cuanto se oyera el zumbido de una bomba V-I que se acercaba hacia nosotros, el debería salir por una claraboya del cuarto de máquinas de escribir y treparía al tejado. Tan pronto como la bomba pasara y explotara debería observar el humo que producía. Si el cielo resplandecía la bomba había estallado en campo libre. Si el cielo permanecía oscuro y el humo desaparecía con rapidez, había caído en un área de construcciones, pues esta oscuridad era causada por el maderamen y las piedras —cuadros patéticos de los hogares que se derrumbaban—. Y esto significaba una tarea para Richard, quien debería describir tanto las escenas de destrucción como de salvamento.

El resultado fueron los mejores artículos que escribiera nunca. Repetidas veces volvió cubierto de polvo y yeso, se sentaba a la máquina de escribir y escribía artículos que respiraban la acción, el heroísmo y la tragedia que acababa de presenciar. Le dije que estaba haciendo un buen trabajo. Esto para él lo más importante.

Pero yo no tenía idea de lo que estaba haciendo hasta que un día un grupo de obreros de la Defensa Civil vino a verme. Querían pagar tributo al valor de mi joven reportero. Manifestaron que siempre se hallaba en el peligro antes que ellos y por eso lo veía todo con todo el horror de los comienzos.

Muchas veces al llegar ellos se encontraron con que se había adelantado en medio de las ruinas y había sacado a los heridos y muertos, Su heroísmo se había convertido en algo casi legendario entre aquellos obreros avezados a los bombardeos.

Después de un tiempo una noche volvió consternado. Me costó hacerle hablar, pero por fin manifestó lo que le pasaba.

Desde el tejado del *Daily Worker* había visto atravesar una bomba y caer en una plaza cercana. Inmediatamente había ido al lugar y se había encontrado con que una vivienda había quedado convertida, curiosamente, en un cono enorme en cuya cúspide pudo sobresalía una cabeza humana.

Trepó a la punta y agarró la cabeza con las dos manos. Pero se quedó tan sólo con la cabeza en las manos, y fue tal la impresión

que se cayó hacia atrás, sobre los escombros. Quedaba tan sólo la cabeza, llevada, allí por la explosión. Este incidente fue su última hazaña. Su entusiasmo se apagó completamente y tuve que destinarlo a otro trabajo. Pero había hecho la mejor labor en beneficio del comunismo. No se arrepintió.

Miguel, otro de los reporteros anónimos, era irlandés, lleno de entusiasmos terroristas, sin escrúpulos y del todo indisciplinado. Educado en el catolicismo había "renegado" por razones que llamaríamos "confesionales", pues había faltado en algún punto contra las normas de la Iglesia sobre el matrimonio.

Tal conducta en el Partido no era para llevar a nadie a la condenación, pues sus teorías en lo que se refiere al hogar y la familia más bien le justificaban lo que había hecho. Para los ateos comunistas militantes no tiene valor ninguna ley de la Iglesia, y las teorías marxistas han difundido la idea de que el moderno matrimonio burgués es nada más que una prostitución legalizada. A pesar de todo yo me daba cuenta de la gran influencia que ejercían sobre él el hogar, la escuela y la Iglesia de donde procedía, con su constante insistencia sobre la santidad del matrimonio, las obligaciones de la familia y del matrimonio, hasta el punto de que él no pudo desechar del todo su sentido de responsabilidad, aun después de haberse afiliado al Partido. El Partido sería de esta manera una escapatoria para huir de todo aquello. Pero en la práctica no pudo hacerle olvidar lo que había hecho.

Cuanto más conocimiento tenía del comunismo, más se convencía de que todo lo sagrado era una tontería. Sin embargo, y a pesar de todo, su conciencia se resistía a morir y cuando se sinceró conmigo los dos convinimos en que esto era una prueba más de las cosas aterradoras que los católicos imprimían en la conciencia de los hombres.

El equipo ejecutivo de redacción del cual era yo miembro se reunía los miércoles por la mañana a revisar el trabajo de la pasada semana y a planear el de la próxima. Como representante del Bureau Político asistía regularmente a ellas Palme Dutt, vicepresidente del Partido. El Bureau Político estaba ya representado en las personas del director, William Rust y del subdirector, R. Camphell, de tal manera que casi teníamos presentes la mitad del Bureau Político, quedando ausentes tan sólo el

Organizador nacional del Partido, el subsecretario y los jefes de los departamentos de industria y propaganda.

Pero Dutt era el hombre que más influyente, tanto en las reuniones de la junta ejecutiva del *Daily Worker*, como en el mismo Bureau Político. Durante muchos años había sido el hombre de confianza de Moscú, y sin importarle que otros pudieran apartarse de las líneas generales del Partido, él nunca se apartó.

Cuando Pollit y Campbell "se desviaron de la línea" en los primeros días de la guerra, fue Dutt quien frenó cualquier desviación, con todo el peso de la Comintern detrás de él y asumiendo toda la responsabilidad. Era el hombre más influyente del Partido, tanto por sus relaciones con Moscú como también por sus dotes personales.

Al igual que Rust, carecía de calor humano, pero a diferencia de él, apenas tenía humor. Apenas, pero no del todo. Frecuentemente le vi en su despacho de director, sentado y apoyado con las dos manos en los respaldos de su bajo sillón, inclinarse hasta casi tocar el suelo, mientras con una mirada complacida se reía silenciosamente. Se reía siempre a expensas de aquellos a quienes consideraba como sus contrincantes políticos, los cuales en bastantes ocasiones eran los que pensaban ser sus amigos políticos.

Temperamentalmente era el perfecto marxista. Para él el marxismo era una ciencia: la compasión humana y el idealismo no parecían entrar para nada en su modo de ser. La situación cambiante del mundo era algo que había que analizar con una mentalidad fría y científica; y las campañas, tan necesarias, las comenzaba con igual frialdad. Si la causa del comunismo salía mejor parada con una campaña de cierto carácter humanitario, la llevaba adelante con las palabras adecuadas para suscitar un llamamiento emocional.

Si la necesidad imponía planes de acción cuya realización dar lugar a que millones de personas sufriesen de alguna manera, llevaría adelante su decisión y expondría el caso a los líderes sin tener en cuenta las consecuencias humanitarias.

Figurémonos a Rust iniciando hábilmente una discusión sobre los problemas que habían surgido en la redacción; durante media hora todos los presentes podían manifestar sus puntos de vista o más probablemente, aplicaban la política de Rust a su propia esfera

de trabajo. Después Dutt, si lo creía necesario, sacaba su pipa de la boca y de una forma categórica exponía la política del Partido. Podía hacer tabla rasa a todo lo que había dicho el director y juzgar como una tontería todo lo que se había dicho a continuación, pero su contribución a la discusión nunca se ponía en tela de juicio, y jamás se discutía.

Tan respetables eran su conocimiento enciclopédico del marxismo y las fuentes que utilizaba, que no daban lugar a ninguna duda.

Sus intervenciones no provocaban resentimientos. Se reconocía que tenía razón cuando daba "libre" curso a la discusión el tiempo que fuera necesario, en la esperanza de que los presentes pudieran llegar a una correcta interpretación marxista de los hechos, que era lo que ordinariamente ocurría. Sus intervenciones tenían lugar tan sólo en las ocasiones en que la junta ejecutiva no acertaba a ver por sí misma, reconociendo todos que él tenía "fuentes" que ellos no poseían.

Dutt era uno de los pocos que habían llegado al comunismo por un camino puramente intelectual, sin que la emoción, el idealismo o cualquier otro sentimiento humano hubieran influido en su evolución.

Harry Pollit, secretario general del Partido, era un tipo muy diferente. Era bajo muchos aspectos el "frente" proletario detrás del cual operaba Dutt, exactamente lo mismo que en Francia el proletario Thorez protegía al intelectual Duclos.

Dutt ponía los fundamentos políticos en cuanto recibía las directrices de Moscú y las aplicaba a su análisis de las condiciones actuales británicas. Pollit las aplicaba al trabajo de cada día del Partido y en particular a su propaganda. Dutt sugería, Pollit ejecutaba.

Esto no significaba que Pollit se sintiera a sí mismo como un muñeco. Una vez que la política "estaba trazada", tenía abierto un amplio margen a su iniciativa para llevar adelante campañas ya concebidas y para desprestigiar lo que pudiera significar resignación o expulsión, como ocurrió en 1939.

Era capaz de odiar como lo hacen los terroristas, algo que la mayoría de los marxistas ha cultivar en sí mismos como algo

necesario y apetecible. Pero Pollit era también cordial y humano. Sin embargo, ya se tratase de una campaña auténtica o de fines puramente propagandísticos, daba siempre la misma apariencia de estar convencido absolutamente y no era fácil saber con exactitud quien era el hombre que estaba detrás de él.

Recuerdo, por ejemplo, cómo durante nuestra campaña por el segundo frente cayó una serie de bombas en una escuela de Kent, matando a muchos niños. Pollit se sirvió del incidente repetidas veces en su propaganda y arrancó lágrimas de los ojos de miles de personas en las grandes manifestaciones de Trafalgar Square y en toda Inglaterra, con la sola referencia a los "cuerpecitos aterciopelados de los niños".

Era ésta del tipo de frases demagógicas tan explotadas en la propaganda comunista, pero los miembros veteranos del Partido adoptaron una postura completamente cínica ante ella. "Los cuerpecitos aterciopelados de Pollit" pasó a convertirse en la broma del Partido. Cuando grupos de comunistas estaban dirigiendo otra manifestación dirigida para reclamar que "atacásemos en el Oeste", alguien rezongó: "Supongo que tendremos que aguantar otra dosis de cuerpecitos aterciopelados de Harry."

Recuerdo también cómo se llevó adelante la primera campaña suscitada por una escuela bombardeada. Por aquel tiempo habíamos tenido en el *Daily Worker* más días monótonos de lo acostumbrado. Ninguna noticia importante había roto la monotonía. En realidad no había nada que justificara los grandes titulares arbitrarios que se habían empleado para hacer aparecer importante el principal hecho del día; ni a mi entender había nada que justificase la aparición de un periódico, lo cual no es cosa corriente.

Luego, en el último momento, el director inmediato bajó corriendo a mi oficina y me gritó: "Ven al despacho del director." Cuando llegamos allí desplegó ante el director un largo pliego sacado de la máquina de escribir, que decía: "He aquí algo divino. Es un hecho maravilloso. Granizada de bombas caída en una escuela de niños de Kent. La edición está a salvo, y si los compradores no luchan como locos para comprarla, que me maten."

Pocas horas después la oficina del distrito de Londres lanzaba una octavilla explotando el incidente a favor de la campaña del Segundo Frente.

Pollit tenía sus propios hijos y no podría sugerir ni por un momento que no le importaba nada la muerte de estos niños de Kent o la mutilación de sus cuerpecitos. Pero como buen propagandista marxista debería haber querido popularizar igualmente campañas que condujesen a la muerte a muchos niños en una posible guerra civil inglesa, con tal que sirviera a la causa.

Era el entusiasmo de Pollit el que le hacía propagandista. Creía en sus campañas mientras las estaba impulsando, y por eso el genuino idealismo y humanidad que vive en él encuentra un cauce de expresión aún cuando detrás de su conciencia persiste la idea de que tales campañas no deben ser un fin en si mismas, sino simplemente medios para el fin comunista.

Esto, a mi modo de ver, vale también para muchos buenos comunistas que fueron arrastrados al comunismo por un deseo de justicia soda pero que, después de experimentar la doctrina marxista, llegan a creer con el tiempo que no es la justicia social sino el comunismo lo que debió ser su objetivo.

El matiz y el drama de la guerra civil española condujeron a muchos miembros al Partido, particularmente de entre los intelectuales, que están ahora al frente de la redacción del *Daily Worker* y en la Jefatura del Partido. Ciertamente no hay muchos tipos auténticamente proletarios en la redacción y son minoría, asimismo en las altas esferas del Partido.

Para tener una idea de conjunto de los miembros del Partido uno tenía que ir al Congreso anual del mismo. Allí, aunque había un número desproporcionado de oficiales y funcionarios desocupados, los delegados de las fábricas y sindicatos eran muchos más.

La mayoría de ellos habían venido al Partido atraídos por sus campañas sociales, pero empleando la jerga del Partido, habían sido modelados en el molde de los "cadres de acero", dispuestos a dirigir huelgas, las marchas del hambre o la revolución si surgía la oportunidad.

La mayor parte de los que se afiliaron al Partido lo hicieron así porque estaban ya en rebelión. Sea contra la propia clase o contra las malas condiciones sociales experimentadas en sus propias vidas u observadas como espectadores con un sentido de culpabilidad social. Bien contra las limitaciones de carácter religioso o de otra clase que ellos sabían ser ciertas, pero contra las cuales se habían

opuesto o querían oponerse. O simplemente contra un sentimiento de inferioridad o de aspiraciones no satisfechas que les empujaba a buscar la influencia personal o la fuerza proveniente de la disciplina colectiva. O como sucede muy a menudo, porque eran lo suficientemente buenos e inteligentes por instinto para rebelarse contra la corriente sin ningún sentido de finalidad o dirección, y el Partido fue capaz de extraer sus reservas buenas y malas explotándolas en favor de la causa del comunismo.

Por eso también entre las mujeres miembros existía la misma mezcla de idealismo e instintivismo, la misma curiosa promiscuidad de motivos buenos y prácticas pecaminosas. Pero los militantes femeninos son muchos menos que los masculinos, y la mujer, cuando permanece en el curso un tiempo prolongado (cosa que pocas veces hacen), tienden a reflejar las impresiones externas del molde marxista más claramente que el promedio de los varones.

Vayamos a cualquier congreso del Partido Comunista y observemos las caras agrías de las mujeres de la tribuna. El odio que el Partido cultiva y emplea aparece con frecuencia de una manera muy llamativa en los ojos tan perversos como los de una ramera y en los labios tan apretados como los de un usurero de los barrios extremos. No se necesita ir a Rumanía para ver a Ana Pauker.

Es algo que preocupa a los mismos líderes del Partido. Están siempre buscando la manera de atraer al Partido "amas de casa representativas de la clase obrera", pero pocas de las que vienen al Partido son de esta categoría al principio y mucho menos permanecen en ella por largo tiempo.

"Nosotros traemos mujeres al Partido y todo va bien mientras permanecen en la oscuridad", se me quejaba un miembro del Bureau Político, "pero después de doce meses de esfuerzos por hacer de ellas marxistas son tan atractivas como los caballos".

El Partido aspira con su enseñanza a lograr "hombres de acero", pero las "mujeres de acero" no atraen ni a otras mujeres ni incluso a los mismos hombres de acero. "Los *cadres* de acero irrompible" pueden llegar a ser buenos líderes, pero no son de aquellos de quienes nos podamos enamorar. Por eso la ama de casa de la clase obrera o la joven fornida que viene al Partido es al instante el centro de atención por un número de razones, personales

y políticas. Es a propósito para echar por tierra las sospechas de otras mujeres y así es considerada como un "frente" efectivo, y al mismo tiempo es acogida como un alivio de las mujeres de acero, brutales, hombrunas que, en el lenguaje del Partido, son incapaces de amar.

Pero resulta que si la joven reclutada evoluciona como verdadera marxista (y pocas lo hacen), pronto no se distinguirá de las demás. Sería erróneo sugerir que esto sucede en todos los casos. Pero es bastante general para convertirse en materia de preocupación para los jefes del Partido y aún de vez en cuando forma parte de los cuestionarios como problema que hay que resolver.

La carrera de la mujer militante del Partido es con frecuencia corta y dura. Pienso en la atractiva jovencita de ojos azules de la clase media que vino al Partido con una ola de entusiasmo por la "gloria de Rusia" y llegó a Londres con el fin de poder ayudar mejor al Partido. Una temporada vivió en una residencia del centro de Londres, dependiente de la rama local del Partido. Su compañía la formaban, como en la mayoría de las ramas del centro de Londres, personas de varias nacionalidades, todas excesivamente corrompidas y muy bohemias.

Pocas semanas después vivía con un intelectual de larga barba, machos años más viejo que ella; pronto se manifestó el fruto de su pecado. Durante algún tiempo perdí el contacto con ella y sus padres se pusieron luego al habla conmigo. Parecía que las relaciones entre ellos estaban rotas, pero ahora por fin se esforzaban por averiguar qué le había sucedido. Hice indagaciones y averigüé que para este tiempo ya había tenido otro segundo niño y tuve que manifestárselo a ellos tal cual era. Muy apenados y mucho más escandalizados aún se fueron a buscarla. Ella no pasaba aún de los veinte.

Sería absurdo, por supuesto, pretender que tales cosas suceden solamente a las jóvenes comunistas, cuando más bien habría que decir que las jóvenes comunistas están más expuestas a tomarlo a broma y tienen menos simpatía que la mayoría a tener hijos. La historia de la jovencita que viene de provincias a las grandes ciudades y queda sorprendida es tan vieja como las mismas ciudades. Esto sucede a las jovencitas camareras irlandesas y a las

muchachas de servicio de los pueblos cuya fe católica es demasiado fuerte para dar al comunismo la más ligera concesión.

La diferencia estriba en que la jovencita irlandesa o aun la campesina inglesa, cuyas influencias religiosas en el hogar son mucho más débiles, saben que han obrado mal, se siente culpable y por eso lo oculta si puede.

La joven comunista ha recibido la teoría que le dice que tan sólo ha violado una ley pasada de moda, prejuicios burgueses, y que al obrar así ha demostrado ser libre.

Desde los días de Marx los comunistas han ridiculizado todos los intentos por establecer comunidades comunistas en una sociedad capitalista. La realización práctica de los aspectos económicos del comunismo debe aguardar —han dicho ellos— a que se haya establecido el comunismo económico y el sistema social.

No sin razón, consagrando las vidas a la causa como hacen ellos, los comunistas han querido llevar a la práctica cuanto han podido las doctrinas que han recibido, quedando frustradas en la mayoría de los aspectos.

Tardará, sin embargo, en venir la revolución y mucho más el comunismo pleno. Pero ellos han descubierto que las teorías de Marx y Engels sobre el hogar y todos los problemas familiares se pueden llevar a la práctica aquí y ahora impunemente.

Debe haber habido muchos hombres que han ido dejando poco a poco sus actividades en el Partido porque sus mujeres han sentido de cerca la amenaza que la práctica comunista representa para el hogar, y se han enfrentado con ellos con este ultimátum: "O el Partido comunista o yo."

Es cierto que la propaganda pública de los comunistas no es hoy lo que sobre estas materias era en los primeros días del Partido.

Pero se enseñan las mismas teorías que antes y no hay que extrañarse, por consiguiente, que continúe la práctica más que antes.

No obstante, mientras esto atrae indudablemente a algunos, esto mismo repele a otros. Hay mucho en el comunismo que choca con la naturaleza humana y nadie se da antes cuenta de esto que la mujer ordinaria de la clase media.

La mayoría de las mujeres que entran en el Partido lo dejan en seguida cuando ven dónde se han metido. De la mayoría de las que quedan, algunas permanecen integras, pero nunca llegan a ser buenas marxistas y las otras invariablemente pierden sus rasgos femeninos a medida que van subiendo el escalón del mando.

El Partido tiene también un problema humano con su juventud. Los jóvenes que se han convertido en "*cadres* de acero irrompible" se hacen arrogantes, excesivamente audaces y autónomos. Se les ha educado para mandar, confían dirigir un día millones y esperan que sea pronto. Están equipados con las invencibles e infalibles teorías marxistas que les capacitan para explicarlo todo. Para ellos no existen misterios, tienen la solución para todas las cosas.

Son éstas, en última instancia, las debilidades propias de la juventud. Pero en un joven del Partido comunista esas debilidades son elevadas a virtudes, las cultiva, las desarrolla, las organiza, las convierte en su fuerza como marxista. Pero también son ellas las que le hacen insoportable a los demás.

Esta tendencia es reconocida con pena por los jefes comunistas y hacen constantes esfuerzos para evitarla. Bajo el aspecto de la organización queda reflejada esta misma tendencia en una liga de los jóvenes cada vez más despoblada, mientras el Partido comunista se ve sobresaturado de juventud. La razón de esto es que cuando los jóvenes de trece a veinte años entran en el Partido, lo hacen ingresando en la Liga de Jóvenes Comunistas (Y. C. L.), cuyo cometido es adoctrinarlos en el comunismo con vistas a que puedan pasar al Partido cuando sean mayores. Pero pronto se sienten demasiado superiores para pertenecer a los clubs de jóvenes o para mezclarse con otros de su misma edad. Quiere, pues, agregarse al Partido comunista, la organización de los dialécticos materialistas. Y por eso entra en el Partido comunista, dejando el trabajo vital a los jóvenes, para vivir por si mismo.

Esto explica por qué aunque el comunismo haya influido de manera muy considerable en la juventud de Inglaterra, el total de la Liga de Jóvenes Comunistas ascienda tan sólo a un par de miles de afiliados. Y ayuda a explicar, también, por qué el promedio de los miembros del Partido comunista sea de una edad inferior a treinta años.



CAPÍTULO XIV

MUERE LA INTERNACIONAL

Durante los primeros breves años de mi labor como redactor de noticias del *Daily Worker*, las campañas periodísticas que están siempre, por supuesto, abiertas a los del Partido, continuaron siendo poco más o menos las de siempre: La demanda de un Segundo Frente, la lucha contra "elementos reaccionarios y antisoviéticos" dentro de los partidos de coalición, la exposición constante de actividades fascistas y antisemitas y la demanda de un aumento de producción de la industria por medio de un redoblado esfuerzo y de una mayor eficacia directiva y por medio de Comisiones Colectivas de producción.

Por vez primera teníamos que pensar seriamente en programas constructivos. Los administradores comunistas de empresas estaban interesados en ver la manera de incrementar la producción fabril (lo cual en otros tiempos habría representado una traición) y estábamos divulgando lo que hacían, con la usual entereza comunista. Teníamos nuestros héroes de trabajo, nuestros Stakhanovistas a los cuales sustentábamos por cuantos medios nos era posible.

Se dice a menudo que el Partido Comunista organiza sólo a los descontentos, a aquellos que son incapaces de hacer otra cosa que daño. Es verdad que en el Partido hay algunos que serian rebeldes hasta en el mismo paraíso y que patológicamente son incapaces de toda idea constructiva. Pero éstos forman apenas una minoría.

La forma en que la masa de los miembros del Partido ajustaron sus inteligencias a la nueva política en aquel período, fijando directrices para fines constructivos y dando ellos mismos el ejemplo, haciéndose miembros de primera clase de Comités de producción e iniciando presiones de producción total, mientras el Partido así lo dictase, demostrando sin lugar a dudas las cualidades latentes de muchos de aquellos que el Partido atrae.

Las campañas comunistas de aquel período eran honradas y rectas, y habría sido necesaria muy poca dirección de fuera del país para mantenerse invariablemente en el espíritu del Partido Internacional. Ninguna gran crisis, por tanto, fue acelerada por la ampliamente divulgada disolución de la Internacional Comunista.

El Partido Británico y otros líderes del Partido habían sido, como de costumbre, mantenidos en la ignorancia del movimiento pendiente de los rusos, y nosotros lo supimos por primera vez por las mismas fuentes que los del resto de la Prensa.

Había algunos puntos delicados sobre ello que exigían alguna explicación para los miembros novatos del Partido. Habíamos negado siempre públicamente que los programas políticos de la Internacional Comunista fuesen dictados por el partido ruso o el Gobierno soviético, si bien comprendíamos que, aunque fuese así, sería permisible, ya que la victoria comunista en Rusia debía ser preservada a toda costa.

Ahora, sin embargo los rusos habían decretado que la Internacional Comunista debía ser llevada a su fin. Si podían hacer esto, entonces, claramente, la Internacional Comunista no había sido hasta entonces más que un mero peón en sus manos. Tal fue la aturdida reacción de unos pocos componentes de la masa.

Fue éste un punto que algunos miembros de mi personal suscitaron también en nuestra reunión editorial de la mañana. Pero su preocupación se refería al problema de cómo proporcionar respuestas convincentes a los no comunistas y simpatizantes comunistas que hiciesen esta pregunta.

La decisión fue la de ignorar totalmente aquel delicado aspecto de la disolución, lo cual es siempre la táctica de la propaganda del Partido cuando alguna situación como ésta se produce.

La gente quería saber cómo afectaría esto al esfuerzo en pro de la guerra. Demostraríamos que el pueblo de Inglaterra sería ayudado de un modo formidable, porque los americanos, que habían sido tan desconfiados de los móviles rusos, ahora apoyarían con mucha más decisión el esfuerzo en pro de la guerra.

Y pronto el Monitor Soviético vino en nuestra ayuda. Siempre había demostrado su utilidad. Ahora, sin la I. C., sería indispensable.

El Monitor Soviético es un departamento de la Embajada Soviética en Londres; goza de privilegio diplomático, se desenvuelve sin traba alguna y a la vista de todos, y es una de las cosas de mejor tono que en su estilo hicieron los rusos.

Antes de la guerra, la misma agencia Unión Soviética de Prensa de la Internacional Comunista suministró a la prensa del Partido Comunista de todo el mundo noticias de las hazañas rusas y artículos referentes a las actividades de organizaciones comunistas de todas partes. Asimismo publicó en su totalidad los textos de todos los principales documentos de la política rusa y los discursos de los líderes soviéticos y de la Internacional Comunista.

De este modo proporcionaba lo que equivalía a consignas diarias, para que aquellos que conocían la jerga pudiesen leer entre líneas y supiesen cómo tomar la "delantera" de los ejemplos que se citaban. Los mensajes recibidos día tras día por la Prensa comunista volvían a su debido tiempo a la Dirección Nacional del Partido Comunista para que les sirviesen, también, de consigna día tras día.

Luego, cuando Rusia entró en la guerra, la Unión Soviética de Prensa por una vez dedicó casi la totalidad de sus cables al progreso de la guerra en el Frente Oriental, a los llamamientos a la acción formulados por el Gobierno Soviético y a varias órdenes del Día.

Pero como la alianza anglo-soviética se explotó hasta el máximo, la Unión Soviética de Prensa fue considerada como demasiado limitada y sectaria en su alcance y métodos.

Los rusos ya no dependían única y exclusivamente de la lucha de pequeños partidos comunistas como aliados suyos.

Ahora tenían líderes políticos de Grandes Poderes para operar por medio de ellos también, los cuales no podían estar prendados de tales métodos de publicidad. La Unión Soviética de Prensa fue suprimida.

Pronto, en su lugar, vino el Monitor Soviético, una creación de la Embajada, aprobada en las altas esferas británicas. Quedó instalado en su propio edificio con todo el personal necesario y el equipo para dirigir toda la propaganda soviética y para su reproducción y distribución a la Prensa nacional.

Como órgano de la Embajada soviética no tenía, por supuesto, ninguna conexión oficial con el Partido Comunista Británico. En realidad, la mayor parte de los empleados allí eran comunistas británicos, comprendiendo algunas personas bien conocidas dentro de las filas del Partido. Pero esto se explicaba fácilmente por el hecho de que, desgraciadamente, existía un pasado de hostilidades hacia la Unión Soviética que había dado como resultado que pocos ingleses aprendieran el ruso. Sólo los comunistas se habían tomado esa molestia.

Había, desde luego, rusos blancos emigrados, bien preparados para hacer el trabajo, pero difícilmente podía esperarse que la Embajada quisiera emplearlos. Ciertamente, puesto que el ataque es la mejor forma de defensa, la Embajada misma protestó muchas veces entre bastidores contra el empleo de tales personas por el Departamento Ruso del Ministerio de Información.

Y así, un cuadro de personal formado por periodistas rusos y comunistas británicos (en su mayor parte con experiencia Internacional Comunista) empezó concienzudamente a registrar y traducir toda la propaganda rusa y a publicarla en forma de boletín cada pocas horas durante el día. Era cuestión de ayudar a Inglaterra a conocer y comprender a los rusos.

Algunas de las propagandas eran de una importancia mundial manifiesta. Muchas de ellas, para el término medio de los periodistas nacionales, no ofrecían ningún interés posible: propagandas internas en una jerga imposible que podían aparecer como un tributo a la entereza del pueblo en el edificio del Monitor, tragándose absolutamente todo cuanto los rusos lanzaban al aire, aunque sólo fuese apto para ser arrojado a la papelera.

Y a la papelera de cada periódico nacional, menos uno, iban a parar las páginas de material propagado, mañana, tarde y noche. La excepción mencionada fue, primeramente, la agencia I. G. I. (Información Industrial y General) de la cual era yo redactor. Los artículos más oscuros del Monitor pasaban al Boletín de I. G. I. y se expedía por correo a todo comunista destacado; a todo líder de los Sindicatos del Partido o prominente administrador de empresa del país. Y un segundo ejemplar del boletín completo se enviaba a la Dirección General del Partido en King Street.

Cuando la prohibición que pesaba sobre el *Daily Worker* fue levantada y la I. G. I. quedó descartada, entonces la única excepción fue el *Daily Worker*.

Un solo número del Monitor podía parecer no revelar quizá gran cosa. Pero si era tomado por una temporada y seguido por personas con la necesaria instrucción marxista, proporcionaba una noción clara de casi todos los diversos rumbos de las políticas extranjeras soviéticas, actuales y por venir; revelaba los fines marxistas tras la propaganda y aseguraba que la influencia de Rusia sería decisiva al determinar la línea de conducta del periódico, y, a su debido tiempo, la política del Partido sobre las cuestiones del día.

Podía no resultar discreto para la Embajada emitir consignas abiertamente comunistas a la Prensa nacional, ni incluso enviarlas privadamente al *Daily Worker*, pero si era necesario dar una consigna a los comunistas de todas partes, entonces una propaganda altamente doctrinal en una jerga imposible dirigida a los trabajadores y campesinos de alguna lejana República Soviética se cuidaría de ello.

Así, cuando llegó la noticia de que la Internacional Comunista iba a disolverse, estuvimos todos muy agradecidos a la existencia del Monitor Soviético y a la previsión de aquellos que le habían dado la existencia.

No se apreció en absoluto ningún resultado público inmediato con la disolución de la organización internacional. Se celebraron mítines en todos los sectores del Partido, en los cuales se explicó su significado. En ellos se dieron dos explicaciones, que eran, de hecho, contradictorias entre sí, pero que podía ser usadas según el caso lo aconsejara.

Una era la explicación "doctrinal" de que los partidos nacionales, después de cerca de un cuarto de siglo de existencia, estaban ya "en sazón" y eran capaces de sostenerse sobre sus propios pies. En el pasado, como cuerpos de niños vacilantes, habían necesitado una organización mundial que los mantuviera eslabonados.

Pero en el mundo nuevo que la derrota del fascismo (y con ella de la reacción mundial) traería a la vida, cada país estaría suficientemente maduro, libre de sus enemigos de dentro y de fuera,

para desarrollar su comunismo de acuerdo con sus propias miras nacionales, teniendo en cuenta las tradiciones nacionales.

La segunda explicación era que, en cualquier caso, la primera misión de los comunistas de todas partes era la de procurar que la Unión Soviética no sufriera ninguna derrota militar. Si este caso se presentara, entonces, sobre toda otra cosa, se necesitaría la ayuda liberal y desinteresada de América. Los yankis se mostraban "difíciles" a causa de su desconfianza en sus propios "rojos", y esta hábil jugada disiparía los últimos recelos de los turbulentos aunque ingenuos habitantes de los Estados Unidos.

Si la respuesta doctrinal dejaba de convencer alguna vez a nuestros miembros, la segunda no fallaba nunca.

Cuando los miembros habían sido ganados para la nueva política", empezaron poco a poco a tener lugar cambios en el Partido. Habíamos de desarrollar nuevas líneas de conducta "británicas".

El buen sentido de esto era evidente. La situación de la guerra, la viva simpatía por Rusia, la nueva tolerancia para el comunismo dentro del país, la nueva y constructiva política del Partido en la industria, todo nos daba oportunidades que antes nos habrían parecido imposibles, La ocasión de construir un Partido de grandes masas había llegado, al fin, si sabíamos aprovecharla debidamente.

Era innegable que había habido hasta entonces algo "ajeno" en el Partido. Era esto lo que constituyó uno de los tropiezos para el reclutamiento de masas en el pasado.

En la tercera década del siglo, durante el periodo del Frente Popular, habíamos tratado de hacer vibrar la nota nacional. Habíamos llevado a cabo grandes manifestaciones en importantes ciudades bajo el "slogan": "El pasado es nuestro", teniendo por objeto demostrar que éramos realmente el más "británico" de todos los partidos. Habíamos aclamado no sólo a John Ball y Wat Tyler (los líderes de las revueltas campesinas del siglo catorce) como nuestros antecesores naturales, sino también a Cromwell, Milton, Shakespeare y una multitud más, llevando sus retratos enormemente ampliados en procesión por las calles.

Ahora completaríamos el proceso. Cambiamos el Bureau Político por el Comité Político, el Comité Central por el Comité

Ejecutivo. En la Dirección General habíamos tenido un Secretariado anónimo. Ahora teníamos un Secretariado General. Nuestras famosas "células", las más pequeñas pero más importantes unidades del Partido, se convirtieron en "grupos". Los "locales" del Partido fueron "sucursales", los "mítines de agregados" fueron "mítines de miembros".

¡Abajo el estrecho sectarismo del pasado y adelante la gran masa del Partido, equipada para moldear el mundo antifascista de la postguerra!

CAPÍTULO XV

COMPRENDIENDO AL ENEMIGO

Pero en aquel entonces el enemigo fascista de fuera estaba lejos de ser derrotado. Una guerra cruel de trituración se estaba desencadenando en el suelo de la madre Patria socialista. Las vidas y hogares de los ciudadanos soviéticos, habitantes de nuestra "Sovietlandia tan querida de los trabajadores", se gastaban en amargas y quebrantadoras luchas.

Niños que habían tenido la dicha incomparable de nacer bajo el socialismo, ahora estaban muriendo de inanición en los cercos en pleno invierno. Las más grandes proezas del Estado Soviético, sus realizaciones gloriosas, tales como el Niéper Dam, eran sacrificadas, los campos pacíficos de las granjas colectivas se convertían en campos de batalla, empapados en la sangre de los ciudadanos de nuestra valiente nueva sexta parte del mundo, mezclada con la de los caníbales fascistas.

Y todavía no existía un Segundo Frente. En el trabajo, en los mítines de las ramas del Partido, en todas partes donde se reunieran comunistas, empezaban a preguntar: "Si deben perderse vidas antes de que se gane esta guerra, ¿por qué han de ser únicamente vidas soviéticas? Mejor sería que fuesen las de este viejo mundo decadente occidental. Ya es hora de que sean vidas inglesas y americanas para variar." "Ellos hablan de que Inglaterra y los Estados Unidos suministran el acero, mientras que Rusia suministra las vidas; lástima de vidas soviéticas", decíamos nosotros. "Están esperando a que Hitler y Stalin se desangren uno a otro." Como de ordinario, había suficiente miga en las acusaciones para dejar que circulase la propaganda.

Sentía yo un odio mortal hacia los conspiradores. No había nada ridículo en este odio, incluso aunque estuviera usándolo para

finos propagandísticos. Daba color a todos mis escritos y así contribuía a aumentar el odio de los que los leían.

Durante dos años había estado soñando en lo que haríamos cuando hubiésemos establecido nuestro Estado de Trabajadores, como habían hecho los rusos. Sería, sin duda, diferente del suyo, ya que nuestras tradiciones, e incluso nuestro temperamento, eran distintos. Si yo, por figurar en la Dirección del Partido y entre los plasmadores de su pensamiento, podía hacer algo para moldearlo según mi propio corazón, tanto mejor. Pero mis esperanzas debían cifrarse por el momento en Rusia.

Día tras día mostraba a los fascistas ingleses como amigos del nazismo. Ellos constituían el punto central de un odio profundo que se expresaba por sí mismo en los duros ataques diarios que escribía. El antiguo slogan: "Aplastemos al fascismo o el fascismo nos aplastará a nosotros", tomó un nuevo significado.

Asumí el trabajo de informarme sobre toda corporación fascista o cuasi-fascista y formar ficheros con los datos que recopilaba sobre ellos.

En aquellos ficheros figuraban detalles sobre más de cincuenta organizaciones fascistas, cuasi-fascistas y cripto-fascistas que florecían en aquel tiempo. Algunas eran dirigidas por pretendidos Führers que estaban tratando de recuperar la forzada inactividad de los grandes líderes fascistas. Otras eran organizaciones iniciadas por los genuinos Mosleyitas cuya política parecía ser la de crear una multitud de pequeñas corporaciones cuya importancia y número parecían ser demasiado pequeños para preocupar a nadie, pero que, en realidad, con el tiempo redundarían en algo de cierta significación.

En dichos ficheros figuraban, además, datos sobre varios millares de individuos miembros de las diversas organizaciones fascistas, todos cuidadosamente clasificados y constantemente comprobados. Sometí al Bureau Político informaciones sobre el desarrollo e incremento de las corporaciones fascistas. La Embajada Soviética solicitó también, y yo le remitía de vez en cuando sumarios de la situación. El incremento del fascismo en Inglaterra, al cabo de una semana o dos de la recepción de mi memoria por la Embajada, fue puesto de relieve en la Prensa soviética y en Radio Moscú.

Poco a poco la multitud de fascistas de menos importancia iban siendo libertados de su encierro. Y gradualmente la cantidad de antisemitismo político parecía ir aumentando como consecuencia. Más slogans fascistas aparecían en las calles por la noche. Las pequeñas corporaciones neofascistas de efímero crecimiento aumentaban su propaganda.

Los cajones del gran mueble clasificador de metal que tenía al alcance de mi mano mientras trabajaba, se iban llenando incesantemente y eran consultados cada vez con más frecuencia. Lo tenía cerrado con llave, pues a menudo ex detenidos, picados por mis escritos, venían a encontrarme o penetraban en mi habitación incluso en horas de trabajo tratando de apoderarse de los ficheros.

Una vez encontré uno en nuestra biblioteca, examinando tranquilamente nuestros registros. Lo descubrí y lo eché fuera, pero una carta de un agente, que recibí un día o dos después, demostró que había estado preparando notas para un acto de difamación contra mí, sacadas de nuestro propio material. La carta fue una prueba de la que hicimos caso omiso. No volví a tener más noticias del asunto.

Otro día un fascista se dirigió a mi oficina, pero con muy distinto objeto. Era un sujeto despreciable y suelto de lengua, que acababa de ser puesto en libertad, y ofrecía facilitarme información sobre sus compañeros fascistas que estaban todavía en la cárcel o en campos de concentración, o proporcionarme "materia" sobre ellos a medida que fueran puestos en libertad. Me ofrecía sus servicios a base de lo que llamaba las "tarifas usuales".

Insistió en que era todavía nacionalsocialista y creía en la Unión Británica y en Mosley. "Pero uno tiene que ganarse la vida y nadie querrá darme trabajo".

Le dije que le pagaría por toda información que realmente publicase, y recibí sus comunicaciones durante algún tiempo. Muchas de ellas iban a parar a mis ficheros y sólo unas pocas fueron publicadas. Pronto se cansó de ser pagado por tan pocos artículos, y es de presumir fuese a prestar sus "servicios" a otra parte.

Cada vez que un antiguo fascista era puesto en libertad publicaba yo su informe y luego trataba de vigilarle para ver si alguien lo tomaba a su servido. Tan pronto como lograba un empleo publicaba el nombre y dirección del que lo empleaba y el Partido

local trabajaba para provocar una huelga en caso de que no fuese despedido en seguida.

Además de solicitar la reencarcelación de los que el Gobierno ponía en libertad, pedía que otros, que nunca habían caído en las redes del Gobierno, fueran detenidos. Entre éstos figuraba el Duque de Bedford, principal jefe del Partido Popular Británico, que era, en realidad, un cristiano pacifista.

El secretario de este Partido, John Beckett, estaba en la cárcel, como también otros miembros ejecutivos. También debía haberlo estado el duque, argumentaba yo en el periódico, de no haber sido duque. Una y otra vez estuve pidiendo su encarcelamiento. Se hicieron interpelaciones en el Parlamento. Tuvieron lugar mítines pidiendo su arresto. Sindicatos, partidos laboristas, juntas de comercio, empezaron a pasar resoluciones nombrando al duque.

Un día recibí una carta que me pareció la más original que había recibido en mi vida, y que un redactor de noticias de cualquier periódico nacional pueda recibir en muchas semanas. Empezaba diciendo:

"14 de marzo de 1943.

Muy señor mío:

Ha llegado a mí la noticia de que ha estado usted insistiendo mucho tiempo en solicitar mi encarcelamiento y la supresión de organizaciones políticas que usted desapruueba. Quisiera poder hacerle algunas preguntas, y también discutir con usted algunos puntos, no con espíritu de animosidad, sino para que pueda comprender mejor el punto de vista comunista..."

Seguían cinco páginas escritas a mano, argumentando que, al negar a los hombres el derecho a decir lo que pensaban, yo no difería en ningún aspecto fundamental de Hitler y los nazis.

El duque terminaba con este consejo: "Nunca se forme un juicio final adverso de una persona, por negros que sean sus aparentes crímenes o por dignos de confianza que sean sus acusadores, sin antes haber escuchado su defensa."

El tono cortés de la carta me sorprendió pero aparte de esto, parecía no ser más que una broma para mostrarla en toda la oficina.

En mi mundo político esa poco corriente usar de cortesía, y menos todavía con un adversario que considerábamos como un infeliz chiflado.

La carta parecía reflejar una candidez extraordinaria. ¿Podían suponer que había de darme por ofendido porque se me imputara usar iguales métodos que mis enemigos? Aquélla era la naturaleza de la lucha en el mundo moderno. En el pasado, los enemigos políticos podían tal vez haberse mostrado corteses unos con otros. Hoy día se mataban unos a otros, o, en el mejor de los casos, se metían en la cárcel.

En un capitalismo que se derrumbaba, los métodos de violencia eran una necesidad. No podíamos traer nuestro nuevo mundo a la vida sin una operación quirúrgica, y por la misma naturaleza de la crisis capitalista, suponíamos que los defensores del antiguo régimen intentarían mantenerlo, también, por la violencia.

Hasta aquel punto usábamos ambos de los mismos procedimientos y por tal razón estaba justificado que solicitara su encarcelamiento.

Decidí que su cortesía era sólo jactancia, una táctica política como la que nosotros podíamos usar en circunstancias similares. Habiendo fracasado los fascistas en imponerme silencio con amenazas, ahora trataban de usar el sistema de mano enguantada. Escribí un artículo particularmente mordaz pidiendo su inmediato encarcelamiento.

Ésta fue mi respuesta.

Pocos días más tarde vino una mujer a verme en la oficina. Dijo que estaba segura de que yo había causado al duque mucho daño. Él era —dijo— un hombre muy bueno y que conocía ya de muchos años. Insistió en que no era ni antisemita ni fascista, que había estado siempre al lado del progreso, y la actitud que tomaba con respecto a la guerra era debido al hecho de que era contrario a la misma. No se trataba para nada de que apoyase a Hitler.

Si tenía una entrevista con él —y estaba dispuesta a facilitármela—, entonces vería yo cuán equivocado estaba y que ella tenía razón. Con la avidez de todo periodista para componer una historia, me avine a entrevistarme con él si ella preparaba el camino.

Quedó todo convenido, y desde una soñolienta estación de Bedfordshire me llevó en su coche un domingo por la tarde para entrevistarme con él. Era un marco curioso para una entrevista curiosa.

La gran mansión del duque había sido requisada por los militares, y había fuera guardias armados para guardarle a él y al resto de los habitantes. En su inmenso parque vagaba su manada de ciervos raros, de fama mundial, pero de todo ello se había incautado el Ministerio del Aire. Habitaba el duque un pabellón de la misma propiedad, desde cuyas ventanas este señor antibelicista podía contemplar los aviones de combate despegando todo el día. Mientras subíamos la larga carretera podía ver en los bosques, a ambos lados, grandes montones de granadas y municiones apilados para uso del Ministerio de la Guerra.

Alrededor del parque se había construido una cerca de alambre con púas, y él no tenía más derecho que los demás a circular por él. Había heredado el ducado (antes era Marqués de Tavistock) después de haber sido incautado, de manera que no había vivido nunca en la casa ni puesto los pies en la tierra que había heredado.

Todo esto me lo refería él mientras estábamos sentados al sol en el pequeño prado del pabellón que era su morada. Inició la conversación con estas palabras: "Así usted querría privarme de la libertad y tenerme enjaulado en u. celda, ¿no es verdad?"

Le contesté que sí, que en tiempo de guerra estas cosas eran necesarias, y que si la guerra hubiese tomado otros rumbos sería yo quien me hallaría en la cárcel.

Toda la conversación se desarrolló en una forma cortés y amistosa. Estuvimos discutiendo durante varias horas. Le dije lo que pensaba de los fascistas y antisemitas y le manifesté que creía que tanto si él se daba cuenta como si no, él era ambas cosas, o en todo caso, era de algún provecho para tales personas, lo que equivalía a lo mismo,

Él, a su vez, habló del pacifismo y de la tolerancia cristiana, negando mis cargos, pero sin convencerme de que no estaba usando palabras equivocadas o ambiguas. Cuando finalmente empezó a hablarme contra la guerra, pensé en la lucha que en aquellos momentos se estaba desencadenando en el suelo soviético y sentí

hervir mi sangre. Su mundo o el mío, ¿cuál va a prevalecer?, me pregunté a mi mismo.

Suspendimos un momento nuestra discusión para entrar dentro a tomar un agradable té. Luego salimos otra vez para continuar durante varias horas más nuestra conversación, después de lo cual me acompañó al coche en el cual había venido. Al despedirme me dijo: "Ha sido un placer para mí conocerle y escuchar sus puntos de vista. Confío que usted también me comprende mejor ahora."

"Así es", le dije: "estoy más convencido que nunca de que debería usted estar entre rejas, y así lo manifestaré."

El Duque se despidió de mí con un saludo amistoso.

Al día siguiente publiqué mi historia. Empezaba con la afirmación de que, después de cuatro horas de controversia con él, estaba más convencido que nunca de que el duque de Bedford debía estar en la cárcel.

Pasaba luego a describir las opiniones que me había expresado. El resultado fue una renovación de la demanda por organizaciones de todo el país para su internamiento.

Hubo una curiosa consecuencia del incidente algún tiempo después. Un periódico pacifista en el cual el duque estaba interesado comentó mi artículo con alguna extensión y luego me atacó en términos muy enérgicos. Ésta era la clase de lucha que yo como comunista comprendía.

Pero en el número siguiente del periódico, el duque repudiaba al redactor diciendo que en realidad él había quedado impresionado por mi sinceridad y lamentando que se me hubiese atacado el mes anterior. Me dije a mí mismo que ésta era, de hecho, la más inteligente de todas las tácticas.

Pero el episodio me dejó preguntándome a mi mismo si, aunque su política fuese detestable, sus valores cristianos no podían representar, en los días en que los sistemas sociales no estuviesen quebrantados, algo que mereciese la pena de ser tenido en cuenta.

Luego ocurrió algo más que hizo que mi campaña anti-fascista continuase con renovado vigor. El duque me había contado cómo varios supuestos fascistas que él habla conocido al estar en la cárcel, se habían convertido al catolicismo.

Había estado durante largo tiempo vigilando la Prensa católica buscando lo que nosotros llamábamos "porquería", o sea cosas que pudiéramos atacar. Y había ido conociendo cada vez más que, a pesar de la "atmósfera roja" prevaleciente, sectores de la Prensa católica se mostraban visiblemente fríos hacia la Unión Soviética.

El *Catholic Herald* parecía adoptar la opinión de que aunque la lucha en el Frente Oriental era muy importante y su éxito era de gran trascendencia militar, esto no proporcionaba ningún nuevo argumento para que repentinamente se dijese que el régimen soviético era bueno cuando se había estado diciendo constantemente que era malo.

Este punto de vista, por supuesto, cortaba de raíz todo cuanto estábamos tratando de realizar con nuestra propaganda. Y aumentó todavía más mi decisión de atacar a la Iglesia Católica siempre que la ocasión se presentara.

De la Dirección General del Partido llegaron un día algunos ejemplares marcados de un periódico titulado *Weekly Review*, acompañados de una nota diciendo que debía ponerlo en evidencia de inmediato como una plataforma fascista.

Cada una de las personas cuyos artículos habían sido marcados —decía el firmante de la nota, miembro del Bureau Político— era fascista, y a continuación daba lo que decía ser sus antecedentes fascistas. El firmante describía el periódico como católico y con una política fascista,

Esto concordaba exactamente con lo que yo me suponía. Si algunos de los fascistas se hacían católicos, entonces, ¿qué cosa más natural que usar la Prensa católica para sus fines?

La *Weekly Review* era nueva para mí y eso que creía conocer todas las publicaciones más reaccionarias del país. Una ojeada bastaba para comprobar que era más atrevida que la mayoría de las que yo había leído, para expresar sus suspicacias sobre las intenciones futuras de los líderes rusos.

En uno de los números figuraba un artículo sobre el Estado Corporativo, al que no condenaba de inmediato. En otro aparecía una referencia no falta de simpatía hacia Franco.

Aquí había algo que valía la pena poner de manifiesto. Los fascistas habían realizado bien su tarea, y más hábil y sutilmente de lo que yo había esperado.

Busqué en mi índice de fichas los nombres de los escritores que habían sido señalados como fascistas, pero apenas supe algo más por aquel medio sobre la mayoría de ellos. Había un tal Jones; decíase que había desplegado actividades en la Unión Británica de Fascistas en el Sur de Gales. El índice de fichas indicaba, y no era extraño, varios con el mismo nombre y actividad en aquel centro.

Había un tal H. D. C. Pepler, sobre el cual las fichas no arrojaban ninguna luz. Luego venía R. D. Jebb. Aquí las cosas se presentaban mejor, pues un R. Jebb había sido candidato parlamentario mosleyita en perspectiva, en los días de la preguerra. Además estaba Jenks, al cual tenía clasificado como antiguo comentarista de problemas agrícolas que había contribuido a las publicaciones de la B. U. F., y A. K. Chesterton que era señalado como co-líder con William Joyce de la Liga Nacional Socialista, a la que nunca había pertenecido. Sobre los impresores, la Diachling Press, no tenía ningún antecedente.

Procedí a la confrontación sobre todos aquellos respecto a los cuales tenía alguna duda. Era un trabajo político importante e íbamos a hacerlo bien. Cuando lo tuviera todo en orden, no iba yo a ahorrar mis puños. Desde hacía muchos años venía afirmando que la Iglesia Católica era fascista. Ahora, por fin, se presentaba la ocasión de demostrarlo.

Pero al día siguiente hubo una llamada telefónica muy enojada al director, desde la Dirección General del Partido. ¿Por qué Douggle Hyde no había publicado hoy la gran historia reveladora fascista? Teníamos ahí una oportunidad de vincular a los católicos con los fascistas y él estaba, no obstante, dejando crecer la hierba bajo sus pies.

"Debe usted escribirla en seguida", dijo el director, y aunque protesté que necesitaba todavía hacer algunas averiguaciones, se tomó la decisión de ir adelante con un artículo al "rojo vivo". "Daríamos la bienvenida a una causa en los tribunales", me dijeron, y el valor político de una causa era evidentemente claro.

Por la mañana, después que apareció el artículo, recibí gran número de llamadas telefónicas de personas que me hablaban de

otros periódicos en los cuales el mismo tema de la "camarilla fascista" había logrado encontrar un agarradero.

Un hombre, un simpatizante, se tomó la molestia de venir directamente desde Fleet Street para contarme más cosas sobre Pepler, con quien trabajaba, y felicitarme por mi "espléndida revelación".

Lo comuniqué al director, y el resultado fueron dos artículos más en términos parecidos.

Aquellos tres artículos figuraron entre los más populares que había escrito nunca en el *Daily Worker*. Difamar a la Iglesia Católica y a los fascistas a la vez era la perfecta revelación comunista.

Pero todavía seguía haciendo comprobaciones, y a pesar de muchas llamadas telefónicas y cartas de felicitación, algunas de ellas de personas destacadas que me manifestaban su sorpresa de que no hubiese armado mucho antes aquella baraúnda, empecé a preguntarme a mí mismo si los hechos suministrados estaban todos en orden.

Luego llegó el día en que recibí una demanda por difamación después de otra, formuladas contra mí, de todos los escritores, excepto Jenks, y de los impresores y editores además. Nos frotamos las manos por anticipado.

Era precisamente lo que nosotros queríamos. Esto nos daba la oportunidad de presentarnos ante el público como el periódico antifascista y el partido antifascista. Al mismo tiempo procuraríamos manchar a la Iglesia Católica tanto como fuese posible.

El hecho de conocer yo al dedillo todos los detalles de la red fascista hizo que se me considerara como el principal escritor del ala izquierda sobre la cuestión, y como además había tenido experiencia práctica en saber defenderme a mí mismo y a otros, todo garantizaba que éste sería realmente un pleito grande y afortunado.

La aspiración de todo comunista en un país capitalista era "jugar al rol de Georgi Dimitroff"; en otros términos, dominar al tribunal, convirtiendo al acusado en acusador, usando todo aquello como una plataforma para la propaganda comunista. Esto, me dijeron, debía ser en su género otra tentativa de incendio del Reichstag.

Para que esto fuese posible, debía comprender al enemigo. No tenía ningún conocimiento previo de la *Weekly Review*. Ahora debía adquirirla. Envié un mensajero a su oficina a comprar tantos volúmenes encuadernados de números pasados como fuese posible, y di orden de que me trajeran un ejemplar del periódico cada semana en la mañana de su publicación.

A medida que la iba estudiando, la política del periódico me causaba náuseas. Sus normas sociales parecían desequilibradas, e incluso, conscientemente reaccionarias.

Pero parecía claro que lo que defendían no era, incluso según nuestras propias normas, fascismo de pura raza. Si yo tenía que justificar un pleito, había de usar por completo toda referencia tolerante hacia el Estado Corporativo, toda falta de condena a Franco. Tenía que hacer jugar su negativa a pagar el tributo debido al genio militar de Stalin y a la misión liberadora del Ejército Rojo.

Más que nada, tenía que hacer jugar los nombres de aquellos en un tiempo fascistas, que habían escrito para ella. Seda posible, en la atmósfera de guerra prevaleciente, obtener la primera decisión favorable en un tribunal capitalista.

Los actos de difamación son asuntos que van despacio, y nosotros calculamos que para el tiempo en que la causa llegase a la Audiencia ya se habría abierto un segundo frente. Inglaterra estaría en plena lucha, los muchachos británicos estarían muriendo como habían muerto los hombres del Ejército Rojo y la atmósfera sería más hostil que nunca a todo lo que oliese a fascismo o a ayuda a los nazis. A la luz de aquello, incluso el descubrimiento de que había habido una confusión de nombres por parte de la persona que había suministrado la información original no nos intimidaba.

R. D. Jebb, averigüé que no era el R. Jebb que había sido candidato fascista. La más cuidadosa investigación no pudo revelar ninguna conexión personal o de organización por su parte con los fascistas en ningún momento.

En cuanto a Jones, las investigaciones practicadas demostraron que no había sido un fascista de la preguerra en el Sur de Gales. Otros Jones quizá sí, pero no éste, por lo cual no tenía ninguna relación, ni pasada ni presente, con los fascistas.

Pepler se hallaba en una situación exactamente similar.

Ninguna clase de acusación contra él como fascista podía proporcionarle ni un pasado ni un presente fascistas. El pasado de la *Diachling Press* estaba exento de reproche.

Pero —argumentábamos nosotros— estos hombres eran reaccionarios y sería tal vez posible hacer aparecer sus líneas de conducta como fascistas a la luz de la situación prevaleciente y echar un baldón sobre ellos hasta el punto de que cualquier juez pudiera ser perdonado por haberles causado perjuicio,

Consultamos a un abogado, pero nos dijo que debíamos resolver sus causas fuera de los tribunales y únicamente formalizar aquellas que considerásemos ser "seguras". Nos estuvimos moviendo durante algún tiempo, dejamos que pasaran los meses y al final pasamos el asunto a un procurador que sabíamos había de velar bien por nuestros intereses.

Entretanto continuaba mis estudios de la *Weekly Review*. Pero aunque las nueve décimas partes de su contenido nunca dejaban de irritarme, siempre había algo en ella que encontraba interesante.

La primera vez que me di cuenta fue un día en que encontré en ella un texto de William Morris. Que tal gente reprodujera algo de mi Morris me pareció una blasfemia.

Luego pude ver que las partes de la revista que deliberadamente había pasado por alto porque, por no tratar de política, no tenían relación con mi caso, tenían muchos puntos de concordancia con Morris. Fue muy humillante para mí descubrir que aquella gente era medievalista como yo.

Durante varios años mi único solaz había sido leer a Chaucer y a Langland, visitar iglesias de la pre-Reforma, escuchar el canto llano y el gregoriano o pasar horas en los Museos Victoria y Albert estudiando la artesanía de los siglos trece y catorce, revelada en libros maravillosamente ilustrados y, asimismo, en objetos perfectamente dibujados para uso diario.

Éstos eran también, al parecer, los intereses de la *Weekly Review*, y los artículos y poemas que reflejaban aquel interés no eran menos interesantes porque figuraban al lado mismo quizá de otras cosas que eran veneno político para mí.

Era inquietante descubrir que personas que ocupaban el lado opuesto de mi posición ideológica pudiesen, sin embargo, tener

intereses culturales similares y —¿quién sabe?— quizá incluso sueños análogos también.

Resolví el problema colocando la atracción medievalista de la *Weekly Review* en un departamento impermeable de mi mente, y la política en otro, y continué leyendo una parte con deleite y el resto con animosidad, la cual era aumentada más bien que disminuida por la paradoja subyacente.

CAPÍTULO XVI

EL SEGUNDO FRENTE

El momento culminante de la campaña antifascista que había empezado llegó cuando Sir Oswald Mosley, jefe de la Unión Británica, fue puesto en libertad a causa de su mala salud.

Por un miembro secreto del Partido que trabajaba en las oficinas del Ministerio del Interior supimos que su libertad estaba pendiente de ejecución.

Inmediatamente escribí una "retransmisión" sobre este particular, respaldándola con una foto de Mosley, anterior a la guerra con su uniforme completo de las S. S., calculando que alzaría la máxima indignación.

Nuestros miembros de las industrias empezaron indirectamente a pedir "solicitudes" en las fábricas. La primera, como es corriente en estos casos, vino de una fábrica de géneros de punto de North London, seguida de otra, procedente de una ebanistería. Con toda deliberación usamos el terror que siente el judío hacia el fascismo y el antisemitismo, para conseguir nuestros propios fines políticos. Esto hizo de Stepney nuestro sector más fuerte, con más de mil miembros. Fue el mayor apoyo al Partido de las áreas judías de toda Inglaterra.

Con todo, en ninguna parte se encontraría un antisemitismo más cínico que en el propio Partido.

Y los comunistas más antisemíticos de todos son precisamente los de origen judío. De la misma manera que el católico convertido al comunismo tiende a convertirse en la persona más anticatólica, así la mujer u hombre que pertenece a una casta de religión judaica al volverse comunista se convierten en antisemitas, identificando su religión con su raza.

En su ansiedad de emanciparse de anteriores influencias, intentará ahogar su origen judío y al hacerlo así reacciona de un modo depravado contra su antiguo modo de vivir y sus ex asociados.

El comunista judío que durante las reuniones del Partido dice las cosas más ultrajantes y antisemíticas puede hacerlo así sin ningún reproche. Pues viniendo de él se consideran meramente como una prueba de su "emancipación".

Nuestra reputación como acérrimos contrarios del antisemitismo nos proporcionó hermosos dividendos durante las semanas siguientes. Las proposiciones nos llovían a chorros haciendo rodar una bola de nieve que se convirtió en la cosa más grande en la historia del periódico.

Las amas de casa iban de puerta en puerta con peticiones exigiendo que Mosley "permaneciese tras las rejas", recogieron nombres en los almacenes y en las colas del pescado. Los militantes activos pusieron en movimiento peticiones en que las firmas estaban dispuestas en círculo para que no se supiera quién había firmado primero,

Y a las cuales se añadían los nombres de funcionarios civiles. En las fábricas miembros del personal, en muchos casos firmaban peticiones o apoyaban las resoluciones.

Cuando, a pesar de todo, soltaron a Mosley, escribí uno de los más amargos artículos que jamás he redactado, y de nuevo con éxito. Al cabo de unos pocos días miles de resoluciones y peticiones, legalmente respaldadas por cientos de miles de personas que pedían se le volviese a encerrar, nos fueron enviadas.

Era la confirmación ante nuestros propios ojos de que la campaña antifascista que yo había levantado era uno de nuestros éxitos políticos más grandes y que debía, por consiguiente, ser continuada a toda costa.

Otro ex fascista que había sido puesto en libertad era John Beckett, que estaba asociado con el duque de Bedford.

En mi correspondencia vino un día un sobre dirigido a mí dentro del cual había, sin embargo, una carta escrita para Beckett confirmando el encargo de una habitación en un hotel de Escocia para una pequeña reunión de miembros de su Partido.

Unos cuantos días más tarde recibí una nota cortés de Beckett en la cual decía que incluía una carta que había llegado hasta él con su nombre y dirección en el sobre; pero cuyo contenido veíase claramente que estaba dirigido a mí.

La censura de correos al abrir indistintamente la correspondencia de los fascistas y comunistas, parece ser que había abierto las dos cartas a la vez y se habla equivocado de sobre al volverlas a cerrar.

Los comunistas no escriben cartas corteses a los fascistas, por tanto yo no devolví a Beckett su carta. En su lugar, metí a un comunista taquígrafo en el hotel a la hora y fecha apropiadas, y pude en consecuencia publicar un informe en exclusiva de las intenciones de su Partido.

A medida que pasaba el tiempo mis responsabilidades en el periódico iban creciendo. Mi sección de noticias había sido un éxito y se reconoció que la tirada ordinaria del periódico había aumentado considerablemente.

Cuando cada año se solicitaban nombramientos para la Junta ejecutiva del Partido, mi nombre era el primero en varias ramas del Partido, pero después de consultarlo, quedó decidida que no me presentase a las elecciones, ya que mi trabajo en el periódico superaba en importancia a cualquier otro.

Como redactor, naturalmente, era responsable de nuestro equipo de reporteros y de nuestros representantes locales y de los principales propagandistas en todo el país.

Además teníamos lo que el *Daily Worker* llama sus "Obreros corresponsales", periodistas amateurs, que trabajan en fábricas, minas y oficinas, o miembros activos en las Sindicatos y otras organizaciones laboristas, los cuales proporcionaban al periódico algunos informes secretos como fondo y a título de información,

En el Departamento de Corresponsales Obreros tenía yo un grueso escribiente cuyo cometido era catalogar, teniendo en cuenta media docena de referencias diferentes, todos los detalles de cualquiera que enviase información al periódico y que se presumiera pudiera ser útil en el futuro.

Pronto tuve varios cientos de corresponsales obreros de solvencia que enviaban de un modo regular información y que

recibían asimismo regularmente "consignas" y directrices mías, y miles de enlaces esparcidos por todo el país, a los cuales podíamos acudir siempre que surgiera una necesidad.

Me destinaron al comité de negocios del periódico, el cual cuidaba de la dirección y administración y era el responsable de la redacción y auxiliares. En conjunto unas cuarenta personas.

Por la época en que fui trasladado al comité se estaba intentando hacer economías. Durante algún tiempo que siguió al levantamiento de la proscripción el dinero se iba con la misma facilidad que entraba.

El conocimiento de que teníamos miles de libras en el Banco después de haber estado luchando durante años enteros, se subió a la cabeza de algunos de los ejecutivos. Por ejemplo, poco tiempo después del levantamiento de la proscripción le era posible a cualquiera, sin referencia de ninguna clase, salir a gastar cientos de libras en una enorme alfombra para la sala editorial (esto en época en que los precios habían alcanzado un grado sumo a causa de las restricciones de la guerra), dicha alfombra quedaba completamente estropeada al cabo de algunos meses por el constante ir y venir del personal.

Se compró al mismo tiempo un juego de luces fluorescentes, que luego de ser entregadas resultaron inútiles en todos los sentidos a causa de alguna anomalía en nuestro sistema eléctrico. Era motivo de broma común en la oficina el que si uno deseaba gastar seis peniques tenía que llenar media docena de formularios, pero que si quería gastar mil libras no había necesidad de recurrir a nadie.

Los días en que teníamos que hurgar en las papeleras buscando grapas y los viernes por la noche que nos íbamos a casa con media paga en el bolsillo, o a veces sin cobrar, parecían estar ya muy lejos.

Pero un comportamiento más sobrio prevaleció hacia la época en que fui a continuar mi trabajo en el comité de negocios y se hicieron planes para la adquisición de un nuevo local en una fecha más adelantada, mucho más grande y moderno y para el cual se necesitarían grandes sumas de dinero.

De vez en cuando daba cuenta de mi trabajo al Cuerpo de Redacción, cuyos procedimientos encontraba interesantes, aun

cuando cada miembro ejecutivo del periódico sabía que dicha junta era una farsa.

El Cuerpo de Redacción no tenía poderes administrativos ni políticos. Podía haber cesado de existir en cualquier momento sin que ello hubiera significado la más mínima diferencia para la publicación del periódico. Era y es puramente un cuerpo de "fantoques".

El profesor J. B. S. Haldane, como presidente de la junta, ocupaba su puesto tomando pequeña parte en las discusiones "garabateando abstraídamente en un trozo de papel", según observó al fin el Dean de Canterbury. Jamás en ninguna ocasión oí al Dean hacer una contribución claramente cristiana en la discusión. En la sala de Juntas no había síntomas de ningún esfuerzo por su parte de "cristianizar" el periódico en ningún sentido.

Ni Sean O'Casey, el escritor, ni Beatriz Lehmann, la actriz, ambos miembros de la Junta, estuvieron presentes en ninguna de las ocasiones en que yo daba cuenta de mis actividades, ni se advirtió su presencia en ninguna relación del director a la Junta Ejecutiva.

Los miembros del Partido Comunista estaban siempre en una mayoría avasalladora en las reuniones del Cuerpo, y de este modo no había nunca ninguna posibilidad de que las cosas se escaparan del control del Partido. La existencia del Cuerpo nos daba, sin embargo, la "prueba" de que el periódico tenía una "amplia" administración y no era únicamente una estrecha empresa del Partido.

La P. P. S., Sociedad de Prensa del Pueblo, un cuerpo cooperativo que se creó después de levantarse la proscripción y que es nominalmente responsable de la impresión y publicación del periódico, está también organizada de manera que asegure la continuación de la política comunista en todo tiempo.

Reuniones semianuales del Partido tienen lugar en Londres y provincias, a las cuales todos los miembros de la sociedad tienen derecho a asistir, pero existe poca probabilidad de que la política adoptada allí se aparte de la línea de conducta del Partido, y no existe ninguna probabilidad de que el periódico se aparte jamás de la política oficial comunista.

Los comunistas ocupan los puestos principales o tienen un voto decisivo en cada uno de los comités del distrito de la sociedad y en la Junta de Dirección. Sin embargo la sociedad ha organizado en torno al periódico varios miles de personas que no son miembros del Partido y que proporciona otro frente muy útil no comunista.

En cada distrito donde tienen lugar estas reuniones semianuales de la sociedad, un miembro dirigente de la editorial hace una relación en la que expone el asunto que se discute. La primera vez que concurrí a estas sesiones todo había sido arreglado de antemano por la oficina local del Partido, en donde una reunión "preliminar" tenía lugar antes que la verdadera reunión empezase.

Tenía que elegirse un comité, juntamente con un secretario y otros funcionarios. En la "reunión preliminar" ya se decidía por anticipado el cargo de secretario, un taquígrafo comunista, junto con suficientes miembros del Partido para que el comité pudiera garantizar su mayoría. Entonces todos los presentes dirigíanse en grupos de dos o de tres al lugar de la reunión armados con las listas de nombres, esparciéndose entre el público y saludándose entre sí una vez entraban en la sala como sino se hubieran visto anteriormente.

Cuando llegaba el momento de las elecciones, todo transcurría según el plan convenido. El gremio de la sala presentaba como candidatos uno o dos no comunistas sinceros, los cuales eran elegidos por el comité. Naturalmente, era el método usual empleado para utilizar organizaciones no comunistas que se destinaban a un cuerpo de la propia organización del Partido.

En realidad, la P. P. S. controla la política del periódico de manera tan precaria como el Cuerpo de Redacción. El control viene de las reuniones de los Ejecutivos, las cuales tienen lugar cada semana, y que están compuestas en un ciento por ciento de comunistas, tres de los cuales están en el Bureau Político del Partido. La dirección y último control de la Ejecutiva viene de R. Palme Dutt.

Para los comunistas que, como yo, habían formado parte del Partido durante muchos años, este período de la campaña del Segundo Frente era el fruto de nuestra labor de muchos años.

Estar subido sobre el plinto de la columna de Nelson, contemplando un mar de cincuenta mil caras, ver a todos los presentes

llevando orgullosa y abiertamente el emblema de la hoz y el martillo, y oír a enormes masas de gentes cantar la "Internacional" y la "Tierra del Soviet" era algo que me llenaba de una impresión aterradora.

Durante años había soñado con ello. A través de los años en que la masa del pueblo mostrose hostil hacia nosotros. A través de los años en que para mantener la propia moral tenía que sintonizar cada noche Radio Moscú, para oír la "Internacional" tocada en una tierra donde no era considerada canción subversiva. A través de los años en que la gente me había con frecuencia pedido públicamente que me quitase de la americana el emblema de la hoz y el martillo. Esto era como gustar anticipadamente de la Inglaterra soviética del mañana.

Mientras se sucedían las grandes manifestaciones del Segundo Frente, yo me paseaba en torno a la multitud, midiendo su número, juzgando su carácter, escuchando su conversación: solía trepar al plinto de la columna y mirar por encima de las caras levantadas y de los orgullosos estandartes y pancartas.

Las personas más inverosímiles estaban en la plataforma: Laboristas, liberales e incluso miembros del Parlamento: periodistas y escritores a quienes habíamos atacado durante años. Podía verse claramente su reacción ante el tremendo espíritu de las demostraciones, y que se dejaban llevar por ellas.

En un gran mitin privado, un miembro del Parlamento Laborista, que más tarde fue un *junior minister* muy leal, echó la casa abajo cuando terminó su discurso con las palabras: "Adelante hacia una Inglaterra soviética". ¡Cuántas veces en el pasado habíamos dicho estas mismas palabras a pequeños puñados de hombres vacilantes y hambrientos!

Pero la campaña fue convirtiéndose en algo monótono y la hostilidad empezó de nuevo contra nosotros, tomando expresión en burlas hacia los "estrategas de vía estrecha". Nos dábamos cuenta de ello y lo considerábamos como un claro aviso de que existiría la hostilidad mientras continuase el capitalismo, y que el comunismo no entraría en Inglaterra con mucha más facilidad que en cualquier otra parte.

Yo trabajaba muchísimo, todavía muchísimo más que antes. Sentíame orgulloso de estar en el centro de la trama, orgulloso del

trabajo técnico y político que estaba haciendo. Mi orgullo fue todavía mayor cuando se me ofreció un espléndido sueldo un trabajo como director de un periódico "capitalista" y yo lo rechacé con la tajante respuesta de que trabajaba para algo en que realmente creía y que esto era lo más importante para mí.

El que lo rechazase con tanto énfasis fue debido, supongo, a un proceso que empezaba a desarrollarse en algún sitio recóndito de mi espíritu, en aquel otro hermético compartimento. Empezaba a esperar con ansiedad la llegada del número de la "*Weekly Review*". Todavía odiaba la política que desarrollaba, pero aguardaba con deleite las pequeñas rimas chaucerianas de H. D. C. Pepler, los artículos impregnados del amor de la Edad Media. Me decía a mi mismo que necesitaba descanso y que ésta era la forma más perfecta de conseguirlo, ya que era algo completamente opuesto a la clase de trabajo que venía realizando.

G. K. Chesterton e Hilaire Belloc habían sido los gigantes que habían dejado su huella en el periódico y cuya influencia estaban presente en todas sus columnas. Ahora ya sabía que las personas del periódico eran completamente opuestas al totalitarismo. Eran Distribuitistas y empecé a encontrar atractivos ciertos aspectos del distribuitismo. Se puede perdonar que se entregue a un poquito de nostalgia un hombre que está cansado y necesita reposo, me dije.

Entre los libros que había leído mucho en el pasado no se encontraban las obras de Chesterton y Belloc. A este último apenas lo conocía, excepto a través de un pequeño folleto de la Catholic Truth Society (Sociedad de la Verdad Católica), que trataba sobre Santo Tomás Becket, que cogí del puesto de revistas literarias de una iglesia católica al hacer sitio para poner literatura comunista.

Lo encontré una noche y lo leí por primera vez. Su vigoroso estilo polémico era muy atractivo, ya que tenía cierta similitud con nuestros trabajos marxistas.

El hecho de que tratase de mi querida Edad Media aumentaba su interés. Pero el lado católico no me conmovió lo más mínimo. Aquello era algo que murió o debería haber muerto, como el feudalismo. Estaba muy bien en su época, pero no en la nuestra.

Repasé mi biblioteca y descubrí dos libros de Chesterton. *El hombre que fue jueves*, que siempre me había gustado, y su *Dickens*. Recordé que había admirado mucho su Chaucer algunos

años antes. Lo había adquirido en una biblioteca el año después de su muerte y el libro había derramado nueva luz sobre el poeta medieval que tan bien conocía.

Sin embargo, cuando bien entrada la noche después de un día de trabajo agotador en la oficina, me ponía a leer estos libros sentía casi la misma sensación de culpabilidad que siente un adolescente cuando se entrega a un vicio secreto.

Y un día, cuando compré un ejemplar de *Confesiones y negaciones* en la librería de William Whitley en Bayswater, me lo llevé a casa con la misma intranquilidad de conciencia que experimenté en una ocasión en que leí una novela pornográfica, que luego me desilusionó. La diferencia estaba en que no me cansaba de leer a Chesterton. Deseaba más.

A medida que iba leyendo la "*Weekly Review*", llegó un momento en que sentía un estremecimiento cada vez que pensaba que el propio Chesterton había sido su director. Lo malo era que cuanto más la leía, más artículos de interés encontraba en ella.

Odiaba las grandes ciudades, deseaba el juicio sano de la vida rural. El carácter impersonal del suburbio, su valor mezquino, me producían náuseas. El campo tenía para mí una fascinación que no había muerto. El recuerdo de mis años de propietario de un pequeño trozo de terreno tenía un significado casi místico citando venia a mi imaginación.

El olor del cuerpo caliente del animal y del estiércol al llegar la mañana cuando abría las puertas del corral. El placer de coger un bastón y tronchar las cabezas de las ortigas mojadas por la lluvia y absorber su embriagador perfume. El puro placer de tomar un puñado de tierra y dejarlo resbalar entre los dedos. La inmensa satisfacción de pasar las horas cavando, sin agitación, en soledad, o arrodillarse a arrancar la cizaña hora tras hora. Tener la suerte de poder pensar.

Sí, eso era. La fortuna de poder pensar, por el placer de hacerlo. No "adaptar" los pensamientos de otra persona a una línea de acción. Únicamente tener ideas propias. En aquella época no formulaba mis ideas, a ciencia cierta, en este sentido. Nunca les di la oportunidad de que de meros sentimientos se pudiesen convertir en una irrefutable herejía marxista.

Deseaba poder pensar independientemente, y sin embargo, cuán lejano parecía todo. Significaría un abandono en la lucha de clases, una traición hacia todo aquello por lo que yo había vivido. Era un lujo que pertenecía al pasado, a una época cuando la revolución no estaba a la orden del día, a las épocas tranquilas que se intercalan entre las épocas de cambios revolucionarios.

Pero en casa por la noche volvían todos mis recuerdos implícitamente; en cuanto que estaban escritos en aquel periódico Distributivo. No hacía más que entregarme a un pequeño vicio, más o menos inofensivo, eso era todo. No había ninguna traición en ello, únicamente un poco de nostalgia, de evasión voluntaria de la realidad después de un largo período de trabajo excesivo cuando aún sentía en mí la tensión del considerable esfuerzo.

¿Y por qué demonios —me preguntaba— no podía intentar descansar mi cerebro unos minutos a la semana? No me hacía ningún daño. Al contrario, me hacía mucho bien. Después, como consecuencia, trabajaba con más empeño por la causa. Me enojé conmigo mismo por sentir este complejo de inferioridad.

Entonces, por fin, se abrió el Segundo Frente y durante algún tiempo estuve demasiado ocupado para leer otra cosa que no fuese algo relacionado directamente con mi trabajo, demasiado consciente en mi ayuda al Partido para serle desleal en ningún modo, ni siquiera en mi subconsciente.

Cuando cada jueves llegaba el "*Weekly Review*" a la oficina me limitaba a echarle una rápida ojeada. Su lectura ya no formaba parte de mi trabajo, ya que cualquier comentario público sobre el periódico hubiera sido poco prudente a la luz del proceso por difamación que estaba todavía pendiente. Por lo general, me lo llevaba a casa, pero me sentía demasiado cansado para leerlo.

El ataque de las bombas volantes desde las posiciones de la costa francesa dio lugar a que organizara mi equipo para cubrir "incidentes", y que diera cuenta de la defensa antiaérea. Luché por todos los medios posibles para obtener un buen redactor que cubriese nuestro Segundo Frente, pero fuimos rechazados por las autoridades. Este último punto era importante para mi propia moral y para la de los miembros del Partido en general. Raramente se tiene tiempo para dudar de la causa cuando se tiene que defender a uno

mismo o al Partido del ataque, y ésta es la normal atmósfera psicológica del Partido Comunista.

El pequeño bombardeo que había precedido a la apertura del Segundo Frente había hecho que llevara a Carol y Rowena fuera de Londres y había alquilado una casa en Wimbledon que fue dañada tres veces en rápida sucesión cuando las V-1 empezaron a caer sobre Londres.

No había ninguna comodidad y poco descanso. En cambio había mucho entusiasmo, porque los papeles se habían cambiado en Stalingrado y el Ejército Rojo se abría paso luchando a través de Europa. "Cuando el Ejército Rojo llegue, nunca se irá", decíamos recordando Letonia, Lituania, Estonia y la forma en que el comunismo se había introducido allí.

Bromeando decíamos que esperábamos que el Ejército Rojo llegaría a las costas blindadas del Norte de Francia antes que las fuerzas de Inglaterra y los Estados Unidos, y así podría liberarnos a nosotros también. Pero confesábamos abiertamente que ya que los aliados occidentales habían esperado tanto tiempo, estaría en todos los conceptos muchísimo mejor que el Ejército Rojo entrase el primero en Berlín y enseñase una lección a nuestro pueblo. Las esperanzas de los miembros del Partido estaban puestas en el Este, no en el Oeste.

En verdad, cuando llegó el momento de los desembarcos en la costa francesa los miembros dirigentes del periódico y del Partido iban diciendo que estaría muy bien merecido al pueblo inglés que tuviese que sufrir un poco. Ellos estaban ganando la guerra a muy poco precio y a costa de muchas vidas soviéticas. Si miles y millones de hombres tenían que ser sacrificados para derrotar al fascismo y asegurar a la Unión Soviética, al menos que estas vidas fuesen las de los pueblos capitalistas. Ya quedaban demasiado pocos ciudadanos soviéticos en el mundo para sacrificar todavía más.

El Ejército Rojo ya no necesitaba sacrificarse más. El territorio ruso ya no estaba en peligro y creíamos que ahora los rusos podrían vencerlos. La única cosa a favor del Segundo Frente en aquel entonces era el reparto de sacrificios y la esperanza de que el contacto de las tropas británicas y aliadas al encontrarse con las del Ejército Rojo volvería a la gente más roja todavía.

El programa del Partido era identificarse tan completamente como fuese posible con las "masas" reflejando sus esperanzas, temores y sacrificios en nuestra propaganda y en nuestra Prensa.

En los miembros de nuestras fuerzas se convirtió en deber el dar el ejemplo en valor y dirección. Para aquellos que trabajaban en las fábricas ello significaba ser "héroes del trabajo", modelos de eficiencia en el oficio, que hacían todo lo humanamente posible para elevar hasta lo sumo la producción y encontrar solución a todos los problemas laborales. Para nosotros, los del *Daily Worker*, significaba el conseguir informes de los éxitos del Partido en los campos industrial y de batalla y explicarlos con tanta habilidad como nos fuera posible. Y como los miembros del periódico tenían asimismo todas las responsabilidades comunes a los miembros del Partido, ello significaba hacer todo lo que podíamos individualmente para ayudar a la lucha,

Nuestros sentimientos eran muy parecidos a los de los miembros del Partido que dirigían el movimiento de Resistencia en el Continente. La lucha que ya no podía durar mucho era importante de por sí y las posibilidades que nos esperaban ilimitadas.

Característico del espíritu reinante entre el personal del periódico y el Partido en aquella época fue lo que ocurrió cuando empezaron a caer sobre Londres las bombas volantes. El personal del *Daily Worker* estaba formado por miembros comunistas y no comunistas. Todo el personal de la redacción, los dirigentes y una mayoría de los empleados eran miembros del Partido. Pero sólo una minoría responsable de la producción técnica del periódico: compositores, impresores y otros estaban en el partido.

Al efecto, teníamos en el edificio un grupo de la factoría del Partido, cuyo trabajo seguía más o menos la línea de tales grupos, que trabajaban constantemente para extender el comunismo entre los miembros que no eran del Partido y desplegar la influencia comunista por todo el área donde estaba situada la imprenta.

Como esta área estaba situada en un extremo del lugar donde había habido bombardeos por bombas volantes, el hospital más cercano se vio muy pronto en la necesidad de solicitar donadores de sangre para auxiliar a las víctimas de la población civil, que caían casi diariamente.

Un día se recibió una circular en el *Daily Worker* dirigida a todos los jefes de los establecimientos de la localidad a ese respecto. El comité decidió pasar la circular al grupo perteneciente al Partido con la recomendación de que deberían dirigirse al personal solicitando voluntarios.

La idea fue aceptada y apoyada mediante reuniones en las diversas secciones de los miembros del Partido, en donde se les dijo que debían dar el ejemplo ante los "elementos no pertenecientes" del personal, y que su aspiración debía ser el hacer de nuestro lugar de trabajo un ejemplo también para las fábricas de los alrededores. Serviría para demostrar al pueblo que los comunistas no solamente hablaban, sino que sabían sacrificarse. Además nos daría una oportunidad de ponernos en contacto con el hospital, en donde habíamos deseado formar un grupo del Partido desde que nos habíamos trasladado al distrito.

Pero pronto se creó un problema en los departamentos que estaban bajo mi propia responsabilidad como redactor de noticias, y en donde el personal era comunista cien por cien. Los miembros del Partido donaban su sangre con tanta frecuencia, que algunos de ellos trabajaban medio desmayados, afectando a la producción general del trabajo.

En el departamento de las mecanógrafas de la editorial, las muchachas que escribían los mensajes y noticias más urgentes, que nuestros corresponsales y periodistas transmitían, se desmayaban en los momentos más inoportunos, amenazando la propia producción del Partido.

Una tarde se desmayó un subdirector jefe en el preciso momento en que estaba a punto de imprimirse la primera tirada. Algunos de nuestros reporteros trabajaban en un estado de semisonambulismo a causa de las cantidades de sangre que habían dado.

Finalmente me presenté ante un grupo del Partido convocado especialmente, y les expuse firmemente que las necesidades del periódico eran lo primero, que su principal responsabilidad era para el *Daily Worker*. Me costó mucho convencer a los miembros del grupo y a su jefe. El asunto se hizo más difícil cuando en un momento álgido de la discusión, salió a relucir una carta que habían recibido del hospital explicando que el *Daily Worker* había dado un

gran ejemplo a todo el distrito; además incluía la noticia de que algún miembro del personal, debido a la admiración que sentían por lo que nuestro periódico estaba haciendo, empezaba a ver con buenos ojos al Partido. Por fin gané, pero fue después de luchar un rato largo. Con mucha frecuencia el interés que el personal sentía como miembro del Partido chocaba con su interés hacia el periódico, produciendo estos incidentes.

Por ejemplo, poco tiempo después, el grupo del Partido decidió que el cuerpo de redactores debía destacarse más en las actividades de la unión. No pasó, pues, mucho tiempo sin que yo me encontrase con que en las tardes en que se reunía la rama del Centro de Londres de la Unión Nacional de Periodistas no había casi nadie del personal presente.

Personas cuya obligación era estar allí rindiendo el fruto de sus actividades, se marchaban a las reuniones que se celebraban en la unión, descuidando su labor. De nuevo tuve que imponerme hasta dejar sentado el hecho de que el periódico era lo primero.

Como en los primeros tiempos en que Rusia entró en la guerra, nuestros obreros se esforzaban en las fábricas para que se llegara a una solución en las discusiones sin necesidad de recurrir a una huelga. Las huelgas eran consideradas casi como una traición y nuestros muchachos se vieron denunciados por los troskyistas como traidores a la clase obrera, que se inclinaban hacia una colaboración de clases.

Los miembros más nuevos del Partido y los de clase media, que entraban en las fábricas, aceptaban esta nueva línea de conducta con el mayor entusiasmo y sin el más mínimo recelo. Para los veteranos entre los obreros les era más difícil aceptar los hechos consumados de aquella época sin sentir la sensación de que había momentos en que la lógica marxista daba lugar a las más raras situaciones, donde, al parecer, se tenía que pagar a charlatanes para que lanzasen discursos patrióticos y rindiesen homenaje a aquellos que habían muerto por su país, e incluso se tenía que trabajar con más tesón en las fábricas, lo cual traía como consecuencia el que los jefes aumentasen sus ganancias. El ser miembro del Partido requería poseer un alto grado de comprensión marxista, o un grado tan ínfimo como para creer en las pretensiones del Partido, para hacer frente a situaciones como aquellas.

La conciencia de los veteranos empezó también a intranquilizarse cuando empezaron a aparecer nombres del Partido Comunista en las Listas Honoríficas del Rey.

Por primera vez en la historia del Partido, designé a un reportero especialmente para que realizara un examen a fondo de las Listas, buscando los nombres, no de aquellos "Judas" del movimiento de las clases obreras, a los cuales poníamos en evidencia cada año por aceptar honores de un régimen capitalistas, sino los de nuestros propios miembros. Encontramos varios comunistas a los cuales habíamos considerado como héroes. Pero nos limitamos a mantener nuestra propia estimación acogiendo dichos nombramientos honoríficos con una risa cínica y estentórea.

Nuestro corresponsal militar, el teniente coronel Hans Kahle, se consumía y desesperaba ante la estrategia británica y de los Estados Unidos, comparándola desesperadamente con la del victorioso Ejército Rojo. El caso de Hans fue un caso muy interesante. Era un alemán de origen burgués", un soldado profesional de la escuela de Potsdam. Durante la guerra civil española formó parte de la Brigada Internacional, y de allí fue a unirse al Partido Comunista. Al dispersarse la brigada, naturalmente no pudo volver a la Alemania nazi; por tanto fue a Inglaterra donde se le detuvo al estallar la guerra.

Cuando se levantó la proscripción del *Daily Worker* ya estaba de nuevo en libertad, pero se le consideraba como un forastero enemigo muy sospechoso.

Por consiguiente, fue con el mayor secreto que se le admitió entre el personal, pero gradualmente, a medida que la atmósfera volvía más y más comunista, la necesidad de mantener el secreto fue disminuyendo. Día tras día y con una habilidad considerable, hacía comentarios sobre los altibajos de los frentes de guerra en el Frente Oriental, y a menudo nos preguntábamos qué pensaría el público si supiese que todo, estos comentarios y transmisiones, provenían de uno de los oficiales profesionales de Prusia.

Hubiera sido difícil encontrar un hombre más cortés y amable que Hans. Alto, con el pelo muy corto, parecía que hubiese venido directamente de un cuartel de la Plaza de Postdam. Esto hasta que sonreía. Entonces su cara se transformaba en una expresión de bondad que yo jamás había visto.

Había esperado durante años a que se le permitiera luchar contra los nazis. Se presentó ante las fuerzas aliadas pero fue rechazado. Luego, cuando la guerra llegó al propio suelo alemán, se presentó otra vez como voluntario esperando poder ayudar a un levantamiento alemán en la retaguardia. Pero fue rechazado de nuevo.

Como la mayoría de los comunistas, creía que había enormes masas de alemanes anti-nazis que esperaban la señal para un levantamiento. Los jefes soviéticos y la Internacional Comunista habían creído lo mismo cuando el Ejército Rojo tuvo sus primeros contactos con las fuerzas alemanas.

Bandas de música habían tomado la delantera, tocando "La Internacional", creyendo que con ello los hombres desertarían en masa. No hubo ni una sola deserción. Pero en Londres, Hans estaba todavía esperando el día del alzamiento en masa de los anti-nazis. Cuando tal cosa no ocurrió, quedose amargamente decepcionado, teniendo al fin que aceptar como buenas las noticias que el Partido venía recibiendo hacía ya algún tiempo de que no existía prácticamente en el Tercer Reich oposición anti-nazi o comunista,

Pero su depresión desapareció cuando el Ejército Rojo entró, si bien interrumpidamente, en su país, y esperó con impaciencia el momento en que podría unirse a él. Cuando hubo terminado la guerra las autoridades británicas le permitieron volver. Se fue directamente a la zona soviética, en donde se le dio un trabajo muy duro, consistente en jefe de policía local. Al cabo de unos pocos meses murió de una enfermedad infecciosa. Murió antes de que los soviets, con su dura política, hubieran dividido Alemania en dos zonas hostiles. Cuando me enteré de su muerte sentí pena por él, pero tal vez fue mejor que hubiese ocurrido así. Tarde o temprano hubiera venido la desilusión y con ello aquella depresión que tanto le afligió durante su estancia en Inglaterra.

También estuvo durante algún tiempo entre nuestro personal un tal Ludwig Freud. Ludwig era un simpático checo que vino a Inglaterra como refugiado político, cuando Hitler ocupó Checoslovaquia. Al estallar la guerra fue detenido como forastero enemigo y porque era un comunista, cuyo partido en aquel entonces, declaraba que aquella guerra era una guerra imperialista, fue detenido mucho después de que los demás extranjeros enemigos

habían sido puestos en libertad. Le llamamos después que se formó el Gobierno de coalición uno de los “prisioneros de Mr. Morrison” y organizamos una campaña para conseguir su libertad.

Cuando Rusia entró en la guerra y los comunistas checos de Gran Bretaña, como todos los demás, dieron su apoyo incondicional, Ludwig fue puesto en libertad, y él mismo se introdujo rápidamente dentro de los círculos del Gobierno checo.

Deseoso de no parecer manifiestamente un extranjero, terminó por parecer más inglés que los propios ingleses, pasando los días y también las noches (como él mismo decía bromeando) llevando trajes de género escocés muy áspero, con su correspondiente gorra.

Los jefes liberales checos tenían verdaderos deseos de saber tanto como fuera posible acerca de las actividades de la democracia británica. Como parte de dicha política le dijeron a Ludwig que podía trabajar durante cierto periodo de tiempo en un periódico inglés de su elección y que los arreglos financieros correrían a cargo del Gobierno checo; de todas formas se le enseñaría todo cuanto fuese posible en cualquiera de los periódicos que eligiese. Ludwig, naturalmente, escogió el *Daily Worker*, y recibió la "remuneración" por su "aprendizaje" con la mayor alegría, y bajo esta capa oficial, pudo convertirse en el "enlace" entre el Partido Comunista checo y el británico, a expensas del Gobierno del primero.

Trabajando en mi oficina, era el punto de contacto entre las actividades comunistas checas y británicas, y se le concedía gustosamente cualquier tiempo requerido para visitar nuestra dirección general. Él razonaba que cuando el comunismo llegase a Checoslovaquia, después de la guerra, se sentiría atraído hacia lo que él y los otros habían aprendido en Inglaterra. Seguirían ese sistema y no lo que les faltaba aprender de Rusia comunista. "Nuestras condiciones históricas son diferentes", solía decir, "por tanto nuestro comunismo será también diferente".

Cuando estaba en compañía de otros miembros del Partido era un hombre amable y considerado, y era un excelente compañero, con su manera de ser reposada y tranquila. Consiguió gran reputación entre los miembros del Gobierno de Benes, y podía ponernos en contacto con ellos a cualquier hora. Naturalmente también nos informaba de la mayoría de los acontecimientos que tenían lugar en los círculos del Gobierno checo. Ludwig, en

cooperación con miembros de nuestro Departamento Editorial Extranjero, solía escribir artículos en los cuales ponían con gusto su nombre, en aquella época, miembros de su Gobierno que no eran comunistas. Dichos artículos fueron publicados a su debido tiempo.

Los comunistas checos estaban ya seguros de que la Checoslovaquia salida de la postguerra sería una Checoslovaquia comunista, y parecía que los "liberales" del Gobierno también pensaban lo mismo y buscaban la propia seguridad, oscilando en sus relaciones con el Este y el Oeste. Ciertamente que ya se habían comprometido demasiado al volver a Checoslovaquia vía Moscú cuando en realidad volvían, en la mayoría de los casos, a la muerte o a una continuación de su exilio político.

Ludwig también regresó allá, y en aquella Checoslovaquia enormemente anti-alemana que encontró, cambió rápidamente su apellido germánico (Freud era oriundo de la tierra de los sudetes) por otro que tuviese un sonido más eslavo. Fue designado consejero económico del Gobierno y como tal fue responsable de la redacción de los programas económicos del Partido Comunista que fueron introducidos después del *putsch* de febrero de 1948, y por tanto, estaba completamente de acuerdo con todo lo que siguió después. Con todo, Ludwig era agradable, inteligente y a mi modo de ver incluso fundamentalmente bueno y de corazón ardiente. Pero también era marista.

Londres en aquellos días de guerra estaba lleno de miembros de casi todas las naciones de Europa. En cada una había comunistas, y todos ellos hacían planes para el mundo comunista de la postguerra, y hacían uso de sus respectivos Gobiernos para este propósito. Había comunistas franceses, belgas, holandeses, checos, eslovacos, alemanes, australianos, todos ellos usando sus centros y organizaciones de emigración, para extender su influencia, y empleando sus ratos de ocio en perfeccionar sus conocimientos del marxismo y sus planes para llegar al poder.

Coordinando sus actividades y valiéndose de su experiencia, había en Londres un cuerpo clandestino al cual le faltaba poco para ser una especie de Internacional Comunista. Era responsable de su administración un viejo y antiguo miembro del Departamento Político, digno de toda confianza. Se llamaba Tommy Belly y me informaba de todo lo que tenía lugar en las diversas reuniones extranjeras. Si

M. I. 5 también se hubiese dado cuenta de sus actividades, es probable que el caso Fuchs jamás hubiera ocurrido. Los emigrados comunistas se veían a si mismos como regidores del mañana y tenían plena confianza de que podían tratar con sus respectivos Gobiernos de coalición cuando llegase su día.

Todos ellos estaban también en íntimo contacto con los círculos soviéticos de Londres, los cuales veían la importancia de estas reuniones en una época en que los demás creían que éstas contaban muy poco.

CAPÍTULO XVII

LOS DOS COMPARTIMENTOS ESTANCOS

Día tras día durante los meses que siguieron a la apertura del Segundo Frente, las bombas volantes cruzaron el cielo con más o menos continuidad. El alegre heroísmo del Cockney de los días de los bombardeos ordinarios, no se dio a conocer durante el bombardeo de las bombas volantes. El heroísmo perduraba todavía, pero era de una clase pasiva y firme. Pero yo mandaba a mis reporteros cada vez que ocurría algún accidente en alguna área cercana a la oficina, procurando hacer resaltar en su menor detalle cualquier acto de heroísmo para elevar la moral del pueblo. En una de dichas ocasiones me telefoneó el corresponsal que había enviado, diciéndome que el bombardeo había afectado a mi propia casa, la cual todavía estaba en pie, exceptuando las ventanas, puertas y el techo. Decidí que allí no había con qué sacar una crónica para el periódico y que podría emplear mejor el tiempo haciendo unas reparaciones provisionales a la casa.

Había ciertas ocasiones en que me encontraba a mí mismo contemplando con curiosidad los acontecimientos que se desarrollaban a mi alrededor, como si fuera un mero espectador. Era un marxista disciplinado y como tal hablaba y pensaba como marxista, sin un acto consciente de voluntad propia. Pero ya no sentía aquella creencia firme y segura, el mismo celo formidable hacia todo lo que el Partido decía y hacía. Eso me preocupaba enormemente y sentía un gran desasosiego interior; me decía a mí mismo que estaba cansado y tal vez un poco enfermo. Había perdido mucho peso y cada semana visitaba un hospital en donde me medicaban para recobrar mi ánimo. También había épocas en que aquella matanza me parecía algo sin sentido. Noche tras noche oía las salidas de nuestros bombarderos e intentaba no pensar en lo que iba a ocurrir en Hamburgo, Berlín o en la ciudad que iba a servir de blanco aquella noche. Recordé las noticias detalladas que habíamos

recibido acerca de Hamburgo, relatando cómo se vivía allí desde que todo servicio de comunicación exterior había sido destruido. Esto me hacía sentirme enfermo y empecé a dudar de su utilidad. Los éxitos ya no me producían ninguna satisfacción.

Cuando terminaron las bombas volantes, empezaron los cohetes voladores que de nuevo trajeron consigo el sufrimiento. Un día, cuando pasaba por allí camino de la oficina, cayó una bomba en el mercado de Farringdon. Mi carnet de periodista me abrió paso en seguida hasta el lugar de la desgracia.

Era jueves por la tarde y habían estado haciendo cola para conseguir pescado para el día siguiente un número de trabajadoras católicas, que pertenecía a una colonia italiana de la vecindad, llamada "Pequeña Italia".

El proyectil había caído en medio mismo de ellas, matándolas por veintenas e hiriendo a muchas más. Me quedé rígido de espanto ante el espectáculo de la sangre y la horrible mescolanza de miembros humanos con el pescado y las maderas de las destrozadas paradas en aquel mercado convertido en ruinas.

Aquella noche volví a pasar por allí cuando me dirigía a casa. Los sacerdotes estaban de pie cerca de los equipos de salvamento que excavaban entre los cascotes, removían enormes piedras y se abrían paso con las llamas de acetileno para rescatar a los hombres y mujeres que habían quedado enterrados vivos.

Fuera, más allá de las vallas, había unos silenciosos grupos de hombres, que esperaban noticias pacientemente. Eran italianos vendedores de helados, cacahuetes, afiladores... No era su guerra, me dije a mí mismo. Eran como chiquillos. También me fijé que había una mujer. Una vieja que estaba allí parada. A la mañana siguiente, los equipos estaban todavía excavando, pero no con tanto frenesí como al principio. Y aquellos hombres todavía esperaban. Pero ahora ya no había tantos. La vieja todavía seguía allí, en el mismo sitio que la noche anterior, sus cabellos grises cubiertos de polvo y unos círculos morados en sus ojos por falta de sueño.

Aquella misma noche volvía otra vez. Todavía seguía allí, pero a la mañana siguiente, cuando yo llegué, la hicieron despejar el lugar a pesar de sus protestas. Nada que permaneciese todavía con vida quedaba tras de las ruinas. Se había sacado a la superficie todo lo que podía tener forma humana.

Otra bomba que cayó unas cuantas calles más abajo de donde yo estaba, y que me tiró encima un diluvio de yeso mientras estaba trabajando, mató a un gran número de dirigentes de la Iglesia Anglo-Presbiteriana, que se habían reunido para celebrar una conferencia. También mató a numerosos hombres, mujeres y niños, debido a que los pisos de aquel distrito estaban habitados por numerosas personas.

Unos días más tarde se celebró un funeral por aquellos que habían muerto en el bombardeo. A todo lo largo de la calle que daba al edificio del *Daily Worker* había una hilera de coches fúnebres, y cada uno de ellos llevaba un diminuto ataúd blanco. Sintiéndome algo conmovido entré en la Editorial y le conté lo que había visto a un compañero. Me lanzó una mirada irónica por encima de su máquina de escribir y dijo: "Supongo que, según la clásica tradición religiosa británica, habrán puesto en cada ataúd un letrero que dice: "Nuestra pérdida es una ganancia para el Cielo." Me pregunté a mí mismo si yo también había sido en una época lo suficiente duro de sentimientos y aferrado a mis ideas marxistas para poder reaccionar como él lo había hecho.

Esta segunda época de sufrimientos entre la población civil me parecía tan sin razón de ser como la primera. Cuando la evacuación de Dunkerque conmovió a la nación hasta sus cimientos, nosotros actuamos meramente como cínicos espectadores. Cuando otros fueron arrastrados en aquella gran ola de magnífico heroísmo durante los primeros y terribles bombardeos de Londres, para nosotros era sólo una guerra imperialista y por ello allí donde otros veían mucho más, yo sólo veía la matanza, el polvo y la sangre.

Ahora nos decíamos: "Esto no hubiera ocurrido si hubieran abierto más pronto el Segundo Frente." Y los jefes del Partido se mofaban del tiempo que las fuerzas occidentales habían dejado transcurrir antes de desembarcar en la costa del norte de Francia.

Pero este cínico método de apreciación se desvaneció cuando los ejércitos del Este y Oeste se lanzaron con ímpetu sobre Alemania. Hacíamos cábalas sobre cuál sería el resultado de tal encuentro. La mayoría de mis colegas pensaban que las tropas británicas se volverían todavía más rojas de lo que eran; que los últimos prejuicios anti-soviéticos por parte del pueblo británico se

desvanecerían ante el ímpetu causado por las fuerzas del nuevo mundo soviético contra las del viejo mundo que se desmoronaba.

Ante aquel estado general de entusiasmo, mis antiguas dudas y dificultades volvieron a meterse en aquel impenetrable compartimento, y sentía un escalofrío cuando pensaba que el comunismo pronto dominaría todo el continente, y que cuando la guerra terminase, Inglaterra estaría más cerca de la revolución de lo que había estado cuando estalló la guerra.

Pero la *Weekly Review* empezó muy pronto a publicar noticias desconcertantes acerca del comportamiento de los hombres del Ejército Rojo, y no pasó mucho tiempo sin que éstas fuesen confirmadas por un verdadero diluvio de cartas de miembros del ejército que manifestaban se sentían engañados, según fuesen las ideas que se habían formado de Rusia.

Violaciones y pillaje eran cosas que habían esperado de las fuerzas de los Estados Unidos y de las nuestras, productos de un mundo en decadencia. Pero el Ejército Rojo hacía lo mismo o peor. Nuestros lectores del ejército nos pedían explicaciones. Miembros del Partido en el Ejército se dirigían a nosotros para que les diéramos una explicación sobre la ignorancia, analfabetismo y completa falta de cultura de la mayoría del personal soviético.

Nuestra propaganda, excesivamente brillante, había sido un fiasco; con demasiada frecuencia habíamos publicado fotos de niños de ocho años de edad aproximadamente, que vivían en los más remotos países de los soviets, con libros en la mano aprendiendo a leer y escribir. Debajo de la fotografía había ésta o parecidas frases: "En Rusia el analfabetismo ha desaparecido en un noventa por ciento."

La cantidad de cartas y protestas que recibíamos fue tan enorme que no pudimos pasarlas por alto por más tiempo. Tuvimos una reunión para discutir con claridad el asunto, y al fin se decidió que lo único que podía hacerse era explicar la situación y esperar que la gente no se acordaría demasiado de nuestra antigua propaganda.

Explicamos que la mayoría de los hombres del Ejército Rojo provienen de los pueblos rurales y de las industrias menos importantes. Igual que en Inglaterra, los trabajadores más hábiles y

la mayoría de los hombres de las áreas industriales, trabajan en industrias de guerra y por tanto no habían sido llamados a filas.

Los hombres que se portaban en Europa de un modo tan reprochable no representaban en modo alguno al prototipo del ciudadano soviético. Eran hombres que venían de pueblos atrasados, y que después de grandes sufrimientos, obraban así como una forma de desahogar sus sentimientos: por tanto eran personas que merecían simpatía y comprensión, particularmente teniendo en cuenta lo mucho que habían sufrido.

La mayor parte de todas estas explicaciones eran ciertas. Lo malo era que todo resultaba tan diferente de las esperanzas que les habíamos hecho concebir y de las que nosotros mismos habíamos concebido. Porque todos, desde el primero al último miembro del Partido, habíamos cometido la equivocación de autoconvencernos con nuestra propaganda. Durante tanto tiempo habíamos escrito historias felices que habíamos caído en el error de creer la mitad de lo que escribíamos.

En muchos casos nuestras esperanzas de que el recuerdo de nuestra propaganda se desvaneciera prontamente, quedaron frustradas, y personas que antiguamente nos había apoyado volvían dando muestras de descontento, cuando no mostraban una actitud francamente hostil.

También me deprimían las noticias que me confirmaban lo que leía en el *Weekly Review*.

Antiguamente me hubiera limitado a cubrir estas informaciones con las correcciones habituales, pero ahora una parte de mi ser se sentía interesado en los hechos.

Todavía sentía mucho interés en el éxito del *Daily Worker* como empresa. Pero mi celo había disminuido a causa del crecimiento de mi conflicto mental. Reaccioné contra él mediante una sensación de orgullo ante mi destreza como periodista y la eficiencia de mi departamento. Naturalmente continué tomando parte y dirigiendo las discusiones entre el personal y entre los jefes del Partido, y con gran sorpresa por mi parte, descubrí que me desenvolvía mejor que antes.

Para mí el análisis marxista se estaba convirtiendo en una ciencia sin llegar a ser una fe apostólica. Durante la mayor parte del

tiempo hacía fríamente uso de los métodos marxistas, con el resultado de que mi trabajo era mejor que anteriormente. Este proceso de transformación había sido muy gradual, y muy lentamente me di cuenta de lo que estaba ocurriéndome. Nadie lo supo o ni siquiera llegó a adivinarlo.

El anuncio oficial del final de la guerra no causó entre nosotros ningún júbilo desbordante. En realidad, más bien parecía un período de expectación. Como los rusos reclamaban todavía que había mucha limpieza que hacer en los países conquistados, el Partido se tomó el asunto bajo el punto de vista de que los ingleses y americanos intentaban proclamar un prematuro fin a la guerra después de aprovecharse de las victorias del Ejército Rojo. Todos veíamos la situación desde el punto de vista de que el Ejército Rojo tenía aún mucho que hacer.

Pero al llegar la víspera del Día V. E. tomé el autobús para ir a casa en lugar de tomar el tren como de costumbre; quería ver y tener una idea de la reacción de las “masas”. Ante mi asombro aquellas miserables callejuelas del sur de Londres ya se habían transformado en una masa de banderas y banderines y se hacían preparativos para pasar un día entre el mayor regocijo popular. Gastaban el dinero que habían estado ahorrando durante un periodo de años para cuando llegara este momento. Era éste un aspecto de la guerra del cual nosotros, los del Partido Comunista, viviendo nuestra propia vida, luchando nuestras batallas, persiguiendo nuestra meta final, jamás habíamos tenido la más remota idea. Telefoneé a la oficina y les expliqué una historia llena de colorido y ordené a los periodistas que escribiesen un artículo en que se reflejase toda la alegría y el entusiasmo de las masas.

Era una buena costumbre comunista el escribir artículos en este sentido, pero para mí tenían un significado todavía mayor. Nuestra ignorancia absoluta de todos aquellos sencillos preparativos que había visto en aquellos callejones y de los planes de aquella gente humilde, me parecía que era motivo para dudar de nuestra pretensión como “baluartes de las masas”, su único apoyo y sostén. Parecía como si las penas y simples alegrías de las masas estuvieran fuera de nuestro alcance.

Durante los meses siguientes, todo mi personal esperaba con verdadera impaciencia que Rusia se uniera rápidamente en la guerra

contra el Japón, para que así pudiera conseguir una posición tan fuerte como la que ocupaba en Alemania.

El uso de la bomba atómica me trastornó profundamente, aun cuando me decía a mí mismo que a cambio había precipitado el final de la guerra, salvando innumerables vidas. La existencia de un arma tan siniestra y devastadora, parecía presagiar males para el futuro, y entenebrecía el sentimiento de alegría natural después de haber terminado una guerra.

Durante unos cuantos días mis colegas discutieron acaloradamente acerca de si Rusia había obrado bien en mantenerse alejada de la guerra hasta el último momento en el lejano Oriente, o si los jefes soviéticos no se habían dejado engañar por los americanos. Pero esta clase de discusiones no duran mucho en los círculos del Partido, y pronto se formó un punto de vista oficial: los americanos habían traicionado a los rusos al no revelarles y compartir con ellos el secreto de la bomba atómica. Aquellos que, por el momento, habían dudado de la sabiduría soviética, proclamaban ahora el doble juego de los americanos.

Mi opinión particular era que la rendición incondicional de Alemania y la atomización de Nagasaki e Hiroshima en el Japón presagiaban un mal futuro.

Durante los meses que siguieron a la victoria en Europa, habían tenido lugar las elecciones generales y habíase instaurado el Gobierno Laborista. El Partido había calculado mal el estado de ánimo del pueblo hasta el extremo de creer que no era probable una victoria laborista, y por consiguiente, debíamos estar preparados para sostener una coalición ⁽⁵⁾.

Además de conceder poca importancia a la fuerza de los laboristas, el Partido cometió el error de valorar en exceso su propia fuerza. De todos los candidatos que presentamos sólo dos fueron admitidos en el Parlamento.

El resto fracasó rotundamente.

Había sido parte de mi trabajo el hacer que cada candidato al presentarse saliera en el periódico en unos artículos preliminares,

⁵ ¡Ojo! De no haber vuelto el laborismo los líderes rusos hubieran deseado ciertamente que nosotros hubiéramos pedido tal coalición, pues la alianza de la guerra, seguramente había de durar por una generación y Rusia quería un aliado fuerte más bien que uno débil.

hablando de él en términos laudatorios, pero el director quería presentarse por un distrito de Londres y para ello necesitaba un espacio excesivo en el periódico, o por lo menos así lo afirmaban los otros candidatos. El resultado fue una lluvia de cartas bastante desagradables escritas por otros varios miembros de la candidatura.

En la noche de la votación expresó su opinión de que partiendo de la base de un cálculo hecho con todo escrúpulo y seriedad, era él indudablemente el que había ido a la cabeza de la votación. El hecho fue que su número de votos fue ignominiosamente bajo.

Este estado casi absurdo de optimismo era compartido por todos los reporteros y ocasionaba en muchas ocasiones una multitud de problemas y enredos contra los cuales tenía que estar siempre en continua vigilancia. Una cronista encargada de escribir la crónica pro campaña electoral de dos de nuestros candidatos por una circunscripción rural, me escribió un párrafo en términos entusiásticos acerca de cómo los "pueblos rojos de Kent y Berkeshire" iban a elegir miembros del Parlamento comunistas. Conociendo como conocía la campaña londinense, dudé mucho de la existencia de estos pueblos "rojos", y por tanto adapté la crónica a un tono más conveniente, de lo cual me felicité más adelante. De los miles de votos que se depositaron en las urnas nuestros candidatos sólo obtuvieron unos centenares cada uno.

R. Palme Dutt luchó en Sparkbrook, Birmingham, contra el conservador L. S. Amery y un laborista. Una y otra vez el Partido afirmó que en la lucha solamente había dos hombres, Dutt y Amery, y que Dutt obtendría la victoria. Cuando se conocieron los resultados se vio que Dutt había perdido su depósito y que el laborista había sido elegido.

Los candidatos parlamentarios generalmente proclaman públicamente la certeza de su victoria. La diferencia era que el Partido lo creía realmente. Durante años habíamos escarnecido toda institución parlamentaria y en ningún momento habíamos tomado en serio la democracia parlamentaria. El resultado fue que la inmensa mayoría de nuestros miembros, incluyendo nuestros jefes, no tenían casi la menor experiencia para luchar en una seria campaña política, y por otra parte el Partido no poseía tradiciones electorales con las cuales atraer al pueblo. Mi propia experiencia como "criptocomunista" en el Partido Laborista Independiente y en el

Partido Laborista me capacitó para juzgar las posibilidades de una manera más realista.

A la mañana siguiente de la elección, cuando empezaron a conocerse los resultados, empezamos a recibir una serie de sorpresas. La primera fue la enorme ventaja laborista. La segunda, las derrotas comunistas; y tercera, el darnos cuenta de que entre los laboristas que habían sido elegidos había un número de nuestros miembros del Partido que al parecer se habían introducido sin que apenas nadie se diera cuenta.

La primera vez que me di cuenta de esto fue al recibir una llamada telefónica en la que el hombre que telefoneó me anunció que era nuevo miembro del Partido Laborista y que se presentaba por una circunscripción. Luego de dicho esto me lanzó una estrepitosa risotada y colgó. Hacía años que le conocía como miembro del Partido comunista.

Más tarde, entre los miembros del Partido Laborista, vinieron otros cuya candidatura ni nosotros mismos habíamos tomado en serio. Cuando la lista estuvo completa supimos que, además de los miembros del Parlamento que habían sido reconocidos públicamente, teníamos por lo menos ocho o nueve "camuflados" en la Cámara de los Comunes.

Sin embargo no pasó mucho tiempo sin que algunos de ellos encontrasen alguna razón para dejar el Partido; sus razones eran que podían favorecer mejor a la causa obrando de ese modo. Sus progresos políticos, desde entonces, sugerían que había también otras razones. Algunos de ellos pudieron sentir sinceramente que el sistema parlamentario para llegar al socialismo era el mejor o único en Gran Bretaña, y otros se sintieron atraídos por la carrera política y parlamentaria a la cual sabían no podía ayudar su secreta asociación con el Partido comunista. Otras que fueron aceptados como miembros del Partido Laborista habían formado parte anteriormente de los grupos "Purgados" por el propio Partido y que en las elecciones del año 1950 perdieron sus puestos en el Parlamento.

Con el final de la guerra, las cosas tomaron un cariz menos agitado.

La clase de trabajo que yo efectuaba, naturalmente, hacía que mi vida se desarrollase a un ritmo vertiginoso. Los teléfonos

llamaban casi incesantemente mientras escribía mis reportajes o dictaba cartas, artículos o crónicas. Tenía muy poco tiempo para pensar en otras cosas durante mis horas de trabajo. Ésta es una situación normal en el director de cualquier periódico, pero en el *Daily Worker* estábamos básicamente escasos de personal y el trabajo era todavía mayor.

Sin faltar para nada a la verdad, expliqué al Partido que mi estado de salud actual era tal, que aunque podía desarrollar mi trabajo en la Editorial, no podría preparar más conferencias ni atender a reuniones. Los jefes del Partido acordaron que mi trabajo en el *Daily Worker* debía prevalecer ante todo y de esta manera por primera vez en muchos años pude disfrutar de momentos de ocio.

Ahora que podía disfrutar de él no sabía en qué emplearlo. No deseaba leer clásicos marxistas, ni quería por el momento presente leer nada de carácter serio e intelectual.

Por último me abandoné a lo que yo llamo "lectura placentera", la lectura de libros de jardinería, agricultura, campo, libros, en fin, que no me recordasen para nada mi trabajo. Soñaba en el día en que podría alejarme de todo para comprar un pedazo de tierra. Un día, me decía, podré presentarme con la conciencia bien tranquila y decirles: "He trabajado de firme por el Partido, he hecho todo lo que he sabido y podido. Ahora les dejo a ustedes y me voy a hacer lo que tengo planeado desde hace muchos años, voy a vivir tranquilamente en algún rincón solitario. Es necesario para mi salud, y de todos modos ya he enseñado a otros para que hagan mi trabajo y ocupen mi lugar."

Leía la prensa agrícola y escribí algunas cartas solicitando informes sobre ciertos puntos. Sabía que el ardor en la fe comunista había desaparecido, que ya no era la fuerza motriz de mi existencia. Pero era igualmente cierto que aunque leía con creciente interés artículos acerca del Distribuitismo, no apoyaba conscientemente ninguna opuesta teoría política. El llegar a ser un pequeño arrendatario y dedicarme a escribir oráculos sobre la agricultura, me parecía una buena aspiración, al mismo tiempo que me serviría para huir de mi actual estado de ánimo. No era que yo pensase que el comunismo era algo de ideas completamente erróneas. Más bien era que mi cerebro, a fuerza de encauzarse por caminos que eran inherentemente contrarios a las ideas marxistas, éstas ya no eran

para mí el acicate que habían sido, aunque no tuviese la intención de aceptar ninguna otra filosofía.

Aún sentía resentimiento contra los ataques que se hacían al Partido, y continuaba escribiendo artículos amargos contra los "fascistas". Si bien mi apasionamiento e interés por el futuro mundo comunista había desaparecido, admitiendo en el fondo de mi corazón que tenía mis dudas respecto si en el fondo deseaba que se convirtiera en una realidad, no por eso deseaba por otra parte un régimen fascista: por tanto mis ataques contra ellos eran firmes y vigorosos. Por otra parte, atacaba al catolicismo y a su Iglesia, porque subconscientemente me daba de alguna manera cuenta que las ideas católicas habían destruido la paz de mi espíritu.

Con el tiempo empecé a buscar aquellas ideas del Partido que podía apoyar con convencimiento de causa, y decidí concretarme a ellas. Me di cuenta que con ello tenía ante mí un gran campo de acción, lo cual sirvió para devolverme parte de la moral y me permitió conservar la fe en la utilidad de mi trabajo.

El Partido tornaba hacia el mundo de la postguerra una actitud de "construcción". La alianza hecha con la U. R. S. S. en tiempo de guerra, continuaba en tiempo de paz. Todos debíamos ayudar a hacer fuertes a los aliados británicos de Rusia. Por consiguiente, teníamos que ayudar en lo posible a la reconstrucción de la postguerra, ya que contribuir a la reconstrucción de la economía británica, era contribuir a la reconstrucción de la Unión Soviética.

Por esto continuamos ayudando en todo cuanto nos fue posible, en el plan de producción después de la instauración del Gobierno Laborista. Al mismo tiempo nos reservamos el derecho de criticar la innecesaria dureza de ciertos trabajos y hablar abiertamente contra la injusticia social. Semejante táctica no era por el momento parte de la lucha directa en pro del comunismo, sino para cicatrizar las heridas dejadas por la guerra y para que se jugase limpio con el pueblo.

Ésta era una clase de política que se ajustaba perfectamente con mi estado de ánimo, y fue sobre estos aspectos de nuestra política donde encontré las energías para redactar mis crónicas.

Esparcí a mis corresponsales especializados por las minas, muelles y fábricas, para que pudieran escribir acerca de los buenos ejemplos del esfuerzo productivo. También ponían su atención en

todo lo que significase un atraso en la producción, como la ineficacia, los métodos anticuados, el fracaso en proporcionar a los trabajadores el estímulo suficiente, etc. Buscábamos soluciones definitivas para cada caso.

Decidimos revisar cada una de las industrias que probablemente nacionalizaría el Gobierno Laborista, proporcionando a nuestros lectores una idea del trabajo que había que hacer.

Asimismo mi corresponsal en asuntos de agricultura empezó a exponer ideas sobre el alza de la producción agrícola e incluso yo escribí de vez en cuando sobre este particular.

Los corresponsales de *Daily Worker* jugaban un papel importante en todas estas actividades, y por mi parte me complacía en extremo el movilizarlos para propósitos puramente informativos.

Algunos de mis compañeros de trabajo lanzaron sus críticas contra mí quejándose de que me concentrase exclusivamente en estas cosas abandonando otras tanto más importantes, pero me mantuve firme diciendo que era parte de la política del Partido y continué mi trabajo.

Ordené a mis otros cronistas que sacaran a la luz todo escándalo social, viviendas mal acondicionadas, expropiación de bienes, usura, costumbres anti-sociales. Impulsé al cronista de la sección de crímenes a que no se limitase únicamente a relatar los hechos en sí, sino que se extendiera sobre las causas sociales que motivaban esta ola criminal.

Pero perdí la lucha que se desarrolló en torno suyo.

En el Partido había diversidad de opiniones acerca de si era del todo aconsejable que se publicasen en el *Daily Worker* reportajes de crímenes y la divergencia estaba en un punto crucial. Había (y yo era uno de ellos) quienes sostenían la idea de que si se esperaba atraer a los no comunistas con la lectura del periódico, éste debía llevar ni más ni menos lo que llevaba cualquier otro periódico matinal, pero que se podía amoldar el tema a nuestras propias ideas.

Otros, en cambio, discutían que el periódico no tenía por qué mostrarse condescendiente con la "decadencia burguesa" y que debía interesarse exclusivamente con aquellas cosas que atañían a la "lucha de clases".

Cuando di instrucciones a un reportero de crímenes de la vieja escuela, éste protestó inmediatamente y siguió trabajando a regañadientes aun cuando realizó un buen esfuerzo, que tuvo bastante éxito, para presentar el crimen como un problema social.

La ejecutiva de la redacción me apoyaba teóricamente. Se había expuesto más de una vez que debería haber una historia de algún crimen en la primera página de cada número. Preferible si era un crimen pasional. Aunque yo no iba tan lejos como todo esto, mantenía la idea de que en la Inglaterra de la postguerra el crimen se había convertido en un problema social, que no podíamos ignorar, y sobre el cual debíamos tener algo que decir.

La política del periódico habíase mostrado indecisa anteriormente sin saber exactamente qué punto de vista adoptar.

Hubo una temporada en que se creyó que aumentaría la circulación del periódico si se ofrecían al público detalles de los crímenes en forma más tétrica que en ningún otro periódico; por tanto, en nuestras descripciones de crímenes pasionales y de sadismo no dejábamos detalle sin comentar.

Poco después alguno de los lectores de los artículos criminales empezó a protestar y dejamos de especificar los detalles tétricos en nuestros reportajes.

Creí que habíamos llegado a una solución cuando nombré al reportero de la vieja escuela explicándole cuidadosamente lo que tenía que hacer. Las protestas, sin embargo, continuaron llegando, y cuando llegó una carta de Douglas Garman, jefe del Departamento de Educación del Partido Marxista, el director me retiró su apoyo y el asunto terminó con el despido del reportero. Pero mi manera de llevar los asuntos sociales industriales, culturales y de agricultura fue un éxito rotundo que nadie me podía disputar.

CAPÍTULO XVIII

CONFLICTO

Todos los ojos comunistas estaban llenos de esperanza, vueltos a la Europa del Este, en el mundo de la postguerra, porque allí empezaban a desarrollarse las “nuevas democracias”.

Naturalmente hablan sido establecidas por un ejército rojo liberador y no por una guerra civil interior, lo cual era una situación que no había sido prevista por Marx, Engels o Lenin, cuando discutieron los medios para introducir el comunismo en un país.

Por tanto, debían formularse nuevas teorías que a su debido tiempo debían exponerse en las clases de estudio del Partido.

Era un error decir que el comunismo había llegado a las nuevas democracias sin la violencia que siempre se había pronosticado. Era uno de sus argumentos; en realidad había sido así, pero las cosas habían tomado un nuevo cariz. La guerra había estallado contra la más negra reacción que el mundo jamás había conocido, y había llevado a ella a los peores elementos de cada uno de los países ocupados por los nazis. Por tanto, cuando al terminar la guerra se había llevado a cabo una "purga", eliminando todo aquel que podía ser tachado de colaboracionista, se aprovechó la ocasión para eliminar a todo aquel que también hubiera sido hecho desaparecer en cualquier período de revolución proletaria; todo fue hecho con toda legalidad, democracia y sin necesidad de una guerra civil.

Los grandes industriales en lo que era ahora la nueva democracia habían ayudado a los nazis, y los grandes propietarios territoriales habían hecho lo mismo. Por tanto, contando con el apoyo y tolerancia de los Gobiernos occidentales, los piquetes de ejecución empezaron a destruirlos individualmente, suprimiendo esta clase capitalista, e inmediatamente el pueblo pasaba a ser propietario, exactamente como hubiera ocurrido en una guerra civil.

Allí donde se notaba la presencia del Ejército Rojo y donde los comunistas tenían plenos poderes, estos procesos se llevaban a cabo con toda rapidez y meticulosidad, y nadie esperaba ninguna reacción ni oposición por parte de liberales, como Benes y Masaryk, por ejemplo, los cuales eran lo bastante inteligentes o astutos para darse cuenta del estado de ánimo del pueblo.

En los países como Francia e Italia en donde el Partido todavía no había llegado al poder, se dieron órdenes para activar todos los pasos con tanto vigor como fuese posible dadas las circunstancias, a fin de que más tarde el trabajo resultase más fácil.

Durante los primeros días que siguieron a la terminación de la guerra, Moscú y por consiguiente los partidos comunistas creyeron que ahora nada podría impedir que Francia e Italia cayeran en las manos del Partido a su debido tiempo, que el Partido, con la experiencia adquirida con las armas y le gran cantidad de afiliados, se habían convertido en algo invencible.

Esta creencia afectó la actitud de los jefes comunistas franceses, a los que se había asignado la responsabilidad de guiar al partido británico, y lo hicieron así con esa mezcla de arrogancia, condescendencia e inteligencia características de las personas que hace poco poseen la riqueza o el poder.

Enviamos a nuestros corresponsales uno tras otro a una visita de inspección a través de los países del Este de Europa.

El que fue destinado a Rumania nos informó de que cuando el Ejército Rojo terminó la liberación del país, el Partido solamente contaba con trescientos miembros, Sin embargo, ya empezaba a convertirse en el partido dominante en el país, se habían admitido a toda clase de ex fascistas, hombres de carrera y todo aquel que con tal de gobernar se veía capaz de apoyar cualquier régimen.

Todo esto me parecía bastante alejado de todo aquello que habíamos hablado y escrito en el pasado acerca de poner en ejecución la voluntad revolucionaria de las masas.

Checoslovaquia fue llamada la gran tierra de promisión. El Partido había conseguido reclutar bajo condiciones muy favorables miles y miles de miembros. El país había sido liberado por el Ejército Rojo, la ola de gratitud y entusiasmo hacia la Unión Soviética podía

ser comprendida, teniendo en cuenta el aprecio en que se tenía en Inglaterra la ayuda militar soviética.

Esta ignorancia hizo que en Checoslovaquia el Partido obtuviese el mayor número de adeptos en relación con la población total, que cualquier otro partido comunista del mundo.

Naturalmente que más tarde sería necesaria una purga en mayor escala para investigar a fondo los sentimientos de todos ellos: pero por el momento aconsejaron nuestros corresponsales que era de extrema importancia política que el Partido tomase el cariz de un gran movimiento de masas. Los jefes liberales eran lo suficientemente blandos y se daban exacta cuenta de las cosas para coincidir con los deseos del pueblo cuyos puntos de vista eran en gran parte moldeados y hechos por el Partido.

Aparte de estas noticias se nos informó de las expulsiones en masa de los alemanes y de los húngaros de Checoslovaquia. Todo ello significaba una gran pérdida de población, aparte del indudable sufrimiento que ello representaba para algunos, sin contar un trágico contrasentido, ya que los húngaros habían ayudado a Checoslovaquia en el pasado.

Pero los jefes checos fueron inflexibles respecto a este punto, basándose en experiencias pasadas; sabían que tales minorías eran focos de posibles motines e insubordinaciones y en el robusto cuerpo de la nueva república que empezaba no habría ninguna llaga ponzoñosa.

De todas formas esta gente que era expulsada de su país iban hacia lugares que tarde o temprano serían ocupados por el comunismo, y al fin terminarían por convertirse en ciudadanos útiles para la nueva comunidad de naciones que se estaba formando.

Mientras nuestro corresponsal nos explicaba todo esto, veía ante mis ojos la visión de una innumerable hilera de carros, coches y carretillas, llenas hasta los topes de los enseres más necesarios y tiradas por hombres que caminaban fatigosamente, aunque si bien indignados, seguidos de sus mujeres y niños. Todo se parecía a aquellas escenas que hablan tenido lugar en la carretera de Málaga y de las cuales habíamos culpado a Franco, iguales que las aglomeraciones de fugitivos en las carreteras de Francia y Bélgica cuando los nazis lo barrían todo ante sí.

Ya resultaba suficiente duro que a causa de un acuerdo con Inglaterra y América enormes poblaciones se hubiesen visto arrancadas de raíz de sus puestos para dar lugar a la formación de la nueva Polonia. Había tenido la esperanza de que ello marcará el fin de estas emigraciones forzosas y pensaba en el fondo si ésta era necesaria.

Los locutores comunistas citaban a Checoslovaquia como ejemplo de lo que podía hacerse allí donde existía una firme masa fiel al Partido. Después de todo, la democracia podía usarse de manera que pudiese servir a los propósitos e intereses del comunismo. Todo ello servía para indicar que en un período no lejano, la obtención del poder por medios democráticos y sin el uso directo de la violencia incluso podía ser una posibilidad.

Los dirigentes del Partido partieron de Londres a Praga, donde encontraron la alfombra roja extendida a sus pies para que pasaran. Allí conocieron a los nuevos jefes, se mezclaron con los que ahora eran considerados como la gente más importante del país, o que estaban a punto de serlo, se hospedaron en los mejores hoteles.

Todo ello resaltaba enormemente excitante y les proporcionaba una sensación de importancia que no habían podido conseguir dadas las condiciones de Inglaterra. Allí tenían la oportunidad de entremezclarse con los grandes sin el temor de que se les acusara de alternar con una clase enemiga. Rust, Pollit e incluso otros dirigentes menos importantes en categoría nos relataron cómo se les había recibido con guirnaldas de flores y dándoles un paseo por toda la ciudad en magníficos coches, aparte de los banquetes, vinos de honor y recepciones con que habían sido obsequiados.

Nuestro corresponsal de Bulgaria o Yugoslavia nos relataba en las reuniones privadas del personal cómo bajo la tutela comunista estas dos naciones, que habían sido enemigas tradicionales, podían convertirse en amigas. Lo que siempre había sido un escollo para Europa, se convertiría bajo el nuevo régimen en parte integrante de la misma.

Dimitroff y Tito le habían dicho que la aspiración de ambos era la unión virtual de los dos países. A causa del amargo resentimiento del pasado, no muy lejano, por el momento no se haría mucha propaganda pública referente al proyecto de la unión política de los dos pueblos.

En su lugar se fusionarían los intereses económicos de ambos países, de forma que siempre dependiesen económicamente uno del otro. Ante la realidad de esta fusión económica federal no tardaría en presentarse la unión política tan pronto como la propaganda y la educación marxista hubiesen preparado el camino.

Bulgaria basaría sus planes de desarrollo industrial en la generosa entrega de fuerza que le proporcionaría Yugoslavia, la cual, a su vez, ligaría su producción a la de Bulgaria.

Después de esto la federación de los Balcanes era algo que no valía la pena de discutir. En sí ya era un hecho que iba consumiéndose lentamente.

Todas las nuevas democracias en su día estarían listas para ocupar su lugar como repúblicas federales en la siempre creciente Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero primero debía prepararse el camino por medio de la unión económica.

Los corresponsales en Hungría transmitieron la noticia de que allí el Partido se encontraba con un especial problema a resolver. El Partido dominaba al pueblo y estaba en el poder, pero la población era en su mayoría católica y oponía resistencia a sus actividades. Tenían que acallarse y vencer las sospechas de los campesinos, y como la mayoría de éstos estaban afectados por la religión, la única manera de conseguir su apoyo era ganándose el apoyo de los más importantes partidos del pueblo, mientras que al mismo tiempo debía procederse al internamiento de los dirigentes católicos.

Nos explicó algo de los métodos usados por el Partido. Las indagaciones que los miembros del Partido hicieron por todas las regiones campesinas habían demostrado que los católicos estaban tan completamente bajo la garra de la superstición católica, que cuando se les preguntó qué era lo que más deseaban se les hiciese, habían respondido que sobre todo lo demás, lo que más deseaban era la reconstrucción de sus iglesias.

El Partido había aprovechado la oportunidad. Si esto era lo que los campesinos deseaban, lo tendrían. De las ciudades se mandaron voluntarios cada fin de semana para que en sus ratos libres se dedicasen exclusivamente a la reparación de las iglesias. Todos ellos eran miembros del Partido y ateos convencidos. Cuando habían terminado el trabajo el jefe del Partido Rakosi solía hacer acto de presencia y recordaba a los campesinos que únicamente los

comunistas se habían tomado la molestia de hacer algo definitivo con sus destrozadas iglesias. A menudo, nos contaba nuestro corresponsal, los campesinos adornaban a Rakosi con collares de flores, diciendo que los curas los habían engañado, al decirles que los comunistas eran hostiles hacia la Iglesia, y que si podían las destruirían. Este relato fue recibido con grandes carcajadas por los miembros del personal editorial.

La táctica era muy parecida a la que yo había empleado muchos años antes en el Norte de Gales, cuando había pretendido demostrar que el comunismo y el cristianismo eran compatibles, a fin de poder usar la influencia de los ministros de la Iglesia no conformista y engañar al rebaño de fieles.

Pero ahora yo no tenía la seguridad de que me gustase tal procedimiento. Había en mí "dos Douglas Hydes" que trabajaban activamente, uno de ellos era aquel cuyas reacciones espontáneas eran lo que siempre habían sido durante tantos años; el otro reaccionaba de una manera diametralmente opuesta. A veces parecía dominar uno, a veces el otro. La mayoría de las veces era el comunista quien dominaba en mí todavía, porque aunque la pérdida de mi salud era ocasionada por las dudas que se iban acumulando en mi interior y la desconfianza en las ideas que defendía, no podía pensar de mí mismo otra persona que no fuera comunista.

A pesar de todo y en cualquier momento, después de haber tenido serias dudas sobre algún aspecto de la política soviética o del Partido, podía reaccionar violentamente en defensa de cualquiera de ellos, sobre todo si éste era atacado por alguien que no pertenecía a él.

Pero, con todo, mi agitación interior continuaba y empecé a perder peso de un modo alarmante. Al fin mi médico decidió que tal pérdida, unida a una tos, al parecer incurable, eran ya síntomas suficientes para que me hiciese examinar los pulmones. Temía que sufriera de un principio de tuberculosis. Tenía demasiadas referencias acerca de los hospitales de tuberculosos y sanatorios para sentir ninguna alegría ante semejante noticia; pero, por otra parte, sentí una rara indiferencia respecto a si viviría o moriría.

El antiguo anhelo de vivir, el deseo de continuar luchando por la revolución, la esperanza siempre latente de aquellas crisis que de realizarse significarían un peldaño más en la escalera del triunfo, el

profundo deseo de conservar la vida para cuando se formase el nuevo plan de vida en la Inglaterra soviética, todo había desaparecido en mi interior.

Me presenté ante el examen clínico en un estado de ánimo completamente fatalista y amortecido. Mi interés por el resultado del examen médico era principalmente desde el punto de vista de considerarlo como un caso más, sin importarme lo que pudiera ocurrirme a mí personalmente.

Me habían dado una hora determinada para presentarme a la clínica, y yo era lo suficientemente ingenuo para creer que siendo un enorme hospital moderno habían adoptado el sistema de dar a cada uno de los enfermos una hora determinada.

Pero cuando llegué a la sala de espera me desilusioné enseguida. Cerca de cien personas tenían la misma hora para su examen. No había sillas para más de treinta personas. El resto estaba apoyado contra la pared, o si en la pared no quedaba sitio, estaban de pie en medio de la habitación. Pero no completamente en el centro. Este lugar estaba ocupado por dos camillas en las que había dos enfermos traídos de otros hospitales; estas camillas habían sido entradas en la sala por medio de un armazón con ruedas y ahora ocupaban el centro de la habitación. Uno de los pacientes era una mujer de mediana edad bastante regordeta, pero con la cara profundamente pálida, los cabellos se adherían en torno a su cara a causa de un sudor continuo. Representaba un caso crónico de una enfermedad que yo no sabía lo que era, pero además la tuberculosis había hecho acto de presencia para acortar una existencia que iba inevitablemente hacia la muerte.

El otro paciente era un viejo con una tos persistente y monótona que producía náuseas al oírla. Unas horas más tarde trajeron de las salas del propio hospital otros enfermos en camillas de ruedas.

Apoyada contra el armazón de la camilla que ocupaba la anciana estaba una mujer en período avanzado de embarazo. Me explicó que años atrás había sufrido tuberculosis, pero que ya estaba curada y únicamente había venido para que el doctor le hiciera el examen rutinario.

El hijo de esta mujer, de dos años de edad, jugaba en torno de la camilla ocupada por el viejo que continuamente tosía y echaba

esputos. Había también otras mujeres embarazadas, que estaban de pie o sentadas en diferentes lugares de la habitación.

Enfrente mío habla una niña de cuatro años con tuberculosis en una pierna; hablaba con otra niña de la que decían sufría anemia perniciosa. Entre toda esta gente que sufría enfermedades crónicas y las que no estaban tan enfermas, había personas, que como yo, eran meros pacientes sin ninguna clase de complicación, pero que estaban en un estado que era muy fácil contagiarse de tuberculosis si se ponían en contacto con alguien que sufriera de ella.

El espectáculo de aquellos pacientes me consternaba como me ocurría siempre que pensaba en el problema del dolor humano. A menudo habla declarado al principio de mis años de comunista, cuando me había visto ante el dolor animal humano, que aunque no podía creer en la existencia de un Dios de amor, no me resultaba difícil creer que el mundo estaba regido por un poderoso monstruo.

Y ahora de nuevo, ante este espectáculo de sufrimientos humanos, como colofón de todas las penas sufridas por los hombres en tiempo de guerra, pensaba cómo era posible que alguien pudiese creer en la existencia de un Dios bondadoso.

Después de una espera de tres horas y media entré en la sala del médico para que me pesaran y me midiesen (5 pies, 5 pulgadas, 42,30 kilos): después pasé por los Rayos X y un doctor enormemente agotado por el trabajo me empezó a hacer preguntas.

Algunas semanas más tarde vino el resultado del examen médico. "Este paciente, aunque sano orgánicamente, está en camino de sufrir una seria crisis si no hace cura de reposo. Parece ser que vive bajo una seria tensión nerviosa debida posiblemente a la naturaleza de su trabajo."

Uno de los resultado, del diagnóstico fue que mis superiores tomaron la decisión de que por lo menos tuviese un delegado que me substituyese en ciertas horas. Después de varios años de trabajar con el mayor entusiasmo durante seis días a la semana, durante doce horas, ahora mi trabajo se limitaba a nueve horas diarias, cinco días y medio cada semana.

El doctor me aconsejó que estuviese al aire libre respirando aire fresco cuanto me fuese posible, por tanto alquilé un pequeño jardín anejo, materialmente cubierto de hierbas y zarzas.

Como ahora terminaba mi trabajo a las seis, podía acudir con regularidad a mi jardín y cada tarde pasaba unas cuantas horas trabajando en él

Mientras cavaba la tierra, la limpiaba de hierbajos y preparaba mi montón de abono, me sentía más feliz de lo que había sido desde que terminó la guerra. Una noche, en que el sol se había ya puesto y no quedaba nadie en aquel sendero rodeado de jardines, todavía continué trabajando reposadamente. Mientras avanzaba por entre los surcos con mi azada, me encontré que estaba repitiendo en voz alta las palabras de un himno de mis días de metodista:

Aunque el labriego al trabajar la tierra penosamente
no reciba el agradecimiento de los hombres.
es ya en sí premio suficiente;
pues muy queridos le son los campos al Señor.

Era suficiente el cultivo de la tierra. Esto era lo que yo había estado buscando. Tal vez era eso lo que podía llenar los vacíos que las crecientes dudas habían dejado en mi vida. Dadme un día la oportunidad de poder meter baza en cualquier labor del campo, me decía, y encontraré paz y satisfacción en ello. No necesito que nadie me dé las gracias. El mero hecho de trabajar la tierra tiene en sí propia recompensa.

En las noches húmedas leía libros que trataban de la tierra vegetal y el terreno orgánico, y me inscribí en la escuela que es denominada irónicamente por legos y profanos en la materia, escuela del "estiércol y del misticismo".

Con todo mi mayor orgullo estaba en el humeante montón de abono compuesto. Lo que ocurría en el *Daily Worker* durante los meses de verano y otoño del año 1946 se convirtió en algo casi secundario a mi trabajo en el jardín. Continué disfrutando de una reputación de eficiencia para ejecutar mi trabajo y seguía mandando mis colaboradores a las misiones que me parecían más importantes.

Nuestros corresponsales iban y venían de los países de las "nuevas democracias" y yo escuchaba sus explicaciones con un escepticismo que aumentaba de día en día. Entre mis compañeros de trabajo siempre había gozado de tener un humor amargamente

cínico. Ahora este humor aparecía de un modo más cínico que nunca. Hacía blanco de mi ironía a todo aquello que mis camaradas tenían por más sagrado, los jefes soviéticos, nuestros miembros más respetados del partido británico, ciertas medidas del Partido. Y en realidad, cuando hablaba así, lo hacía completamente en serio, diciendo lo que pensaba.

Más tarde, presionado por los comunistas locales, accedí a actuar como instructor en una serie de clases sobre dirección comunista. El año anterior había sido destinado por el Partido para instruir a sus tutores precisamente en este sentido; por todo Londres se estaba enseñando a los miembros del Partido las normas que era preciso seguir: entre los propagandistas se hallaba un director muy conocido de una orquesta de baile, a quien yo había entrenado y que desde entonces daba clases a socios de casi todas las mejores orquestas conocidas en el West End de Londres, haciendo en consecuencia prosélitos marxistas en cada una de ellas.

A pesar de que ahora se daba por descontado que mis horas de ocio debía pasarlas lo más tranquilamente posible, por lo menos podía hacer lo mismo que ellos, me dijo el jefe local del Partido.

Me dije a mí mismo que esto bien podía devolverme mi antigua e inquebrantable fe y reviviría en mí el antiguo ardor que tanto lamentaba haber perdido y que deseaba recobrar. Comencé las clases, pero pronto descubrí que los puntos de vista que exponía no me convencían y que discutía cosas que verdaderamente no sentía.

Para reaccionar contra estas ideas desafié las órdenes de mi doctor y tomé parte en unos discursos públicos defendiendo al comunismo con frases exuberantes. Sin embargo, aquel antiguo ardor parecía no querer volver a inflamarse en mí; por tanto, volví al refugio de mis libros sobre agricultura y a mi querido Chaucer y Langland, al estudio de la Edad Media, a la lectura de su arte y arquitectura, a escuchar su música aunque sintiendo cólera ante mi derrota.

El invierno trajo consigo mayores oportunidades para dedicarme a la lectura de las que jamás había tenido, pero mis libros marxistas permanecían en los estantes, excepto cuando los necesitaba para citar frases apropiadas necesarias en el curso de mi trabajo.

Me había dedicado a escribir por cuenta propia en varias ocasiones, como solían hacer los principales dirigentes, a fin de aumentar los ingresos que percibía en el *Daily Worker*, pero después desistí de ello.

Tenía tiempo para pensar, para revisar el camino que había recorrido. Me sorprendía a mi mismo lo mucho que había andado y cuánto habla perdido de mi antigua fe. Me di cuenta de que mis sentimientos hacia el terruño, que habla experimentado durante el verano, con todo lo que significaban y siempre significarían para mí, no representaban únicamente la filosofía de la vida. No llenarían el hueco dejado por el comunismo que se dispersaba en mí. Porque cuando deseaba ser sincero conmigo mismo sabía que esto era precisamente lo que me estaba ocurriendo.

Durante años había tenido un ideal por el qué vivir. Algo en qué creer. Pero, ¿a dónde iría ahora? La *Weekly Review* había empezado el proceso que había destruido mucho en mí, pero había dejado algo como un vacío a medida que mis antiguas ideas habían ido menguando más y más. Me percataba cada vez más de la fuerza que ejercía en mí la llamada de una filosofía casi completamente opuesta, pero que apenas parecía posible que algún día pudiese aceptar como mía.

Todavía cuando leía la prensa católica la consideraba como algo "insensato" aun cuando podía encontrar pocas insensateces en ella. En lugar de ellas parecía haber una gran cantidad de sentido común entremezclado con lo que parecía un anticomunismo exuberante y fuerte.

CAPÍTULO XIX

DOS A LA DEFENSIVA

Además de leer la *Weekly Review* con interés y simpatía, leía igualmente el *Catholic Herald* cuya actitud frente a los bombardeos de la población civil enemiga y la rendición incondicional en los últimos días de la guerra me había impresionado favorablemente. Al ir a casa por la noche llevé algunos ejemplares y los dejé al alcance de Carol con la esperanza de que pudiese leerlos ella también. No me atrevía a discutir abiertamente con ella sobre lo que le había sucedido a mi fe comunista. Ella había hecho grandes sacrificios en pro del movimiento y yo no tenía motivos para dudar que hubiese dejado de sentir lo mismo hacia él. Había sacrificado una vida confortable al Partido, dándole su tiempo y su energía y trabajando conmigo en el *Daily Worker*. Cuando sentí desmoronarse mi comunismo, esperé contra toda esperanza que ello no fuese a separarnos demasiado, pues habría resultado un hogar desdichado si uno continuase dándolo todo por el comunismo, mientras el otro había dejado de creer por completo en él. Estaba para llegar nuestro segundo hijo y ella había dejado su trabajo en el periódico y quedado momentáneamente al margen de la actividad del Partido.

Un día leyendo la *Weekly Review* me chocó un pensamiento que de puro evidente me hizo reír. No obstante, era tan contrario a lo que yo había mantenido por tanto tiempo, que echaba por tierra casi todos mis ideales actuales.

Durante veinte años me había preocupado la injusta distribución de la riqueza y las injusticias sociales que parecen dimanar de ella. Yo había razonado: "La distribución desigual de la riqueza crea una enorme injusticia social. Por tanto, la propiedad privada es un error y debería abolirse." Millones han sido los que han seguido el mismo razonamiento. Toda una generación ha pensado lo mismo.

Ahora, de repente, aparecía ante mis ojos la inconsistente naturaleza del prefabricado pensamiento en cuestión. La mala distribución de la propiedad no probaba necesariamente que la propiedad privada fuese un error en sí misma. Si probaba algo era seguramente que esta distribución estaba mal hecha y que había que arbitrar una solución para extenderla aún más a la población en general. La formulación debía haber sido ésta: "La distribución desigual de la propiedad da lugar a una gran injusticia social. Por tanto, la propiedad debería ser distribuida más equitativamente."

Hasta ahora había parecido axiomático que quienes se rebelasen contra la desigualdad deberían venir al marxismo para encontrar una solución y que quienes mantuviesen la perpetuación de las desigualdades e injusticias deberían lógicamente oponerse al comunismo. Que existiese una solución que no fuera marxista apenas se me había ocurrido.

Si uno de mis principales puntos de partida en los años pasados en el marxismo se sustentaba sobre tan hueras argumentación, ¿qué razón tenía para aceptar, entonces, como evangelio más o menos verdadero, la superestructura, la filosofía a ultranza, los progresos políticos, la estrategia, la táctica y el sistema de vida construida sobre tal base? Mi alma se estaba abriendo con toda su capacidad a las ideas anti-marxistas.

Me ayudaba de todo cuanto de Chesterton y Belloc caía en mis manos, esforzándome por encontrar algo más sobre sus teorías de la distribución y la filosofía en que se sustentaban.

Así, después de comprar *Ortodoxia* en una edición barata, pasé de estos libros a otros autores católicos.

Leí una y otra vez la historia de la Edad Media que creía conocer suficientemente y lo mismo la del período de la Reforma, encontrándome con que cada libro ofrecía un interés superior al anterior. Una nueva luz se proyectaba sobre el sentido de los siglos medievales, los siglos de la fe.

Había creído que la cultura católica había caído por tierra en el momento en que el nuevo sistema capitalista había roto las cadenas del feudalismo, y que éste podía explicarse en términos económicos.

Pero, ¿habían podido arrinconarla los hombres? Parecía existir una razón convincente para decir que no había pasado de moda,

sino que había habido un intento de asesinato no logrado plenamente. Mi viejo cariño por la Edad Media, su arte y su literatura, por la arquitectura anterior a la Reforma y el canto gregoriano, me subyugó otra vez al intentar captar el espíritu de los días cuya ausencia tanto añoraba.

Como nos encontrábamos a mediados de invierno me esforcé por captar el espíritu de Navidad, la fiesta que tantos años había amado. Aún en los días de mi plena aceptación del comunismo me había adherido a las fiestas de Navidad, arguyendo que, a pesar de todo, era una gran fiesta pagana. Quince o dieciséis años antes había escrito para la prensa un artículo sobre sus antecedentes y supervivencia paganos.

Retribuía sin miramiento a los cantores de villancicos a fin de asegurar sus visitas a mi puerta, y oía sus villancicos —cuanto más antiguos mejor— desde la mañana hasta la noche. Todo era en verdad nostálgico y un poco artificial.

Me esforzaba por captar lo que había detrás, lo que les había dado contenido y significación. Pero en mala hora comprendí que el Niño no era una persona viva para mí. Era tan sólo una bonita idea en la que algunos pobres diablos, aun en estos días de mayor ciencia, podían creer. Los envidiaba como a mi niña Rawena, que era lo bastante inocente todavía para creer en duendes y brujas, aunque nunca había oído hablar de Dios.

La convicción íntima de que había perdido le mayor parte de mi comunismo, de que me había enfrentado con el catolicismo encontrándome con las manos vacías, me dejó paralizado. Había tanto que se podía aceptar y tanto y más que se me escapaba. El arte, la cultura, el estilo de vida, lo que yo conocía de la filosofía, me atraían. Pero su base divina era algo ante lo cual mi espíritu seguía cerrado.

De nuevo mi salud me traicionaba. Estaba deprimido y dormía mal. Después se manifestó lo que mi doctor creyó ser una especie de mal de corazón, y que después de muchos reconocimientos y varias pruebas vino a decirme que mis síntomas eran los de la *angina pectoris*, ordenándome cesar inmediatamente de trabajar.

De vuelta a casa tomé del estante el grueso volumen de medicina que me informó que la enfermedad era: a) incurable, b) terminaba en ataques cada día más frecuentes, cada uno más

doloroso que el anterior, los cuales continuaban hasta que el paciente sucumbía en uno de ellos. Por tanto, bien pudiera ser que la vela estuviera a punto de apagarse. Bajado el telón, la farsa habría concluido.

Me recliné en mi jardín, evitando sosegadamente cualquier suerte de esfuerzo como convenía a uno que creía ser un enfermo incurable.

El porvenir era oscuro, con la incertidumbre de que aún después de un prolongado descanso pudiera reemprender mi trabajo.

Un mes pasó durante el cual me esforcé por ajustar mi espíritu a la nueva situación, y luego fui a reconocimiento a un hospital para enfermedades del corazón.

Posiblemente el hospital de enfermos cardíacos era aún más fantásticamente depresivo que lo fuera el de tuberculosos.

Era un oscuro y viejo edificio al que se llegaba por un corredor de piedra terriblemente aireado en el cual esperaban los enfermos a que se les abriesen las puertas. La sala de espera era pequeña y cuadrada, pero tan alta como el edificio mismo. La única luz venía de una claraboya colocada en el tejado. Unos tras otros, hombres y mujeres, con el sombrío semblante de los cardíacos crónicos, permanecían sentados en bancos de madera, contemplando con expresión desesperada la pared que tenían enfrente.

Sobre dicha pared estaba escrita una leyenda en oscuros caracteres, que la fría luz del atardecer invernal, que se filtraba hacia abajo a través del aire polvoriento en un rayo oblicuo, hacía resaltar. Decía así: "Sólo una vez pasaré por este mundo..." Creía que estaba puesta allí por arte de un monstruoso satírico.

Con rostros sombríos y cerebros entumecidos permanecimos sentados contemplándola, preguntándonos si se había querido animarnos o deprimimos con ella.

Luego, desnudos y cubiertos tan sólo con un pijama, permanecimos tiritando en los corredores, pasando sucesivamente de un grupo de estudiantes a otro para ser punzados e interrogados, o fotografiados, radiografiados y cardiografiados. Para muchos de los allí presentes esto era algo normal, en concreto, parte de su vida.

Salí de allí sabiendo que no tenía *angina pectoris*, que por fin mi corazón no padecía enfermedad ninguna, oyendo una vez más "este hombre sufre de agotamiento". Después de un mes en la legión de los incurables me reintegré a mi antiguo puesto en el *Daily Worker*. Yo no había podido dormir durante varios meses teniendo que tomar algunas drogas para poder seguir adelante. Por otra parte, la vida en el periódico continuó mejor que antes.

Leí *Lo que creen los católicos*, de Ronald Knox, encontrándome a mí mismo en conformidad intelectual con él. Pero no consiguió hacerme creer en Dios. Esta creencia hacía tiempo que estaba muerta. Nada me conmovía, nada me chocaba.

Aquella noche acababa de dar las noticias la B. B. C. Hacía mucho tiempo que venía repitiendo las mismas, terminando con un triste discurso sobre la evidente desunión de las Naciones Unidas.

Después, al querer quitar la emisión, Carol que había estado oyendo también, dijo con rabia: "Ya estoy harta del viejo Molotov diciendo a toda hora: No, No, No. Y estoy completamente hastiada de la conducta de Rusia desde el fin de la guerra."

Aquello era como si una persona reputada como santa, viviendo en un hogar cristiano, después de una misa radiada se desatase en una cadena de blasfemias insolentes.

Y tal era la naturaleza en general y tan complicada la madeja de mi situación en aquel momento en particular, que me volví hacia ella como escandalizado y ofendido.

"Es una manera sangrientamente elegante de hablar en labios de la mujer de un miembro dirigente del Partido Comunista", le dije con rabia.

"No me importa —replicó desafiándome—, ratifico todas las palabras y si quieres las repito."

Siguió adelante condenando todo lo que había sucedido en el Este de Europa desde el fin de la guerra y profetizando que antes de que nos diéramos cuenta nos encontraríamos con que Rusia había triunfado desencadenando una tercera guerra.

Luego les tocó el turno a los líderes del Partido Comunista británico, declarando con reto amenazador que ya estaba harta de todos ellos.

Ahora ya estaba sobreponiéndome al shock inicial y mi corazón latía apresuradamente. "Hablas como *L'Universe*", refunfuñé moderadamente. "¿Qué diablos piensas hacer? ¿Es que vas a hacerte católica o algo parecido?"

Mi corazón latió aun más de prisa cuando ella dijo resueltamente:

"Lo deseo,"

"Y yo deseo poder hacer lo mismo", le contesté.

Al fin, por vez primera después de meses, éramos sinceros el uno con el otro. Le expliqué entonces mi largo viaje hasta llegar allí.

Cómo había llegado a comprender que la cultura de la Edad Media no había muerto con el feudalismo sino que aún seguía viva hoy, una cultura católica viviente. Cómo yo había estado dominado por el odio y la lucha de clases, que creía que esto se extendía a millones como nosotros. Los hombres de hoy estaban dispuestos a recibir un mensaje de amor y de paz. (En todos estos años en que habíamos vivido juntos no había usado la palabra amor sino en su sentido sexual y el vocablo sonaba a algo extraño en mis labios.)

Cómo el comunismo estaba apareciendo falso en la práctica y cómo a su vez las viejas doctrinas católicas estaban demostrando ser verdaderas ciento por ciento. Cómo el mundo podía o no podía caer bajo la filosofía de Marx, pero esto en realidad traía pocas ventajas al mundo.

También el hombre podía ser encuadrado en las líneas del materialismo histórico, pero éste no explicaba al hombre.

Cómo mis lecturas de Chesterton, Belloc y la *Weekly Review* me habían llevado al convencimiento de que ellos estaban en lo fundamental, en lo cierto, y que nosotros estábamos equivocados.

Cómo las cinco pruebas de la existencia de Dios de Santo Tomás de Aquino me parecían irrefutables, pero que también estaba obligado a admitir que el sólo convencimiento intelectual de las mismas no me habían acercado a un Dios vivo. Podía aceptar su existencia con la razón, pero nada más.

Después habló Carol. Me dijo que desde hacia algún tiempo tenía un secreto deseo de que Rowena no se educase en un hogar comunista.

Rowena era una niña agraciada y su instinto de madre le estaba diciendo que su mirada inocente era la que debía perdurar.

La veía crecer "agraciada", sin otro guía en el hogar y en la familia que las ideas de Engels, envuelta desde el comienzo con los líderes del Partido. ¿Qué sería de ella, siendo tales las costumbres del Partido? Habría pasado su vida yendo de uno a otro.

Carol había leído los periódicos que yo había dejado en casa y por ellos se había formado la idea de lo que un hogar y una familia podían ser: idea exactamente contraria de lo que habíamos conocido como comunistas.

Cuando ella hablaba me di cuenta yo también de este porvenir. Evoqué los años pasados. Yo había aceptado la ética comunista y la había llevado a la práctica. Muchos de mis colegas habían llegado a amar como irresponsables, como inconscientes aves de corral. Para mí nunca había sido posible. Mis intentos en tal sentido me mostraron tan sólo que la felicidad y la plenitud de vida no siguen este camino, sino precisamente el contrario.

Ambos convinimos en que nuestras experiencias ponían de manifiesto que los marxistas estaban equivocados, si los juzgá-bamos a la luz de nuestras propias vidas o de los hogares deshechos de camaradas que conocíamos.

Mientras tanto la Iglesia Católica permanecía como una roca, firme, incontaminada en este punto concreto. ¡Cuán acertada estaba!

Y Carol admitió esto también. A pesar de que la "posición" católica nos arrastraba y convenía, ella, como yo, no podía decidirse a creer en Dios.

Decidimos, medio en broma, aunque deseosos, que nos podíamos llamar a nosotros mismos católicos que no creían en Dios. Y en esta actitud permanecimos durante varios meses estudiando más la doctrina católica en libros que devorábamos ansiosamente y en su aplicación en los periódicos católicos, pero siguiendo aún más impotentes para creer.

CAPÍTULO XX

VIVA LA INTERNACIONAL

A miembros del cuerpo de redacción del *Daily Worker* se les brindó la oportunidad de pasar gratuitamente las vacaciones en Checoslovaquia el verano próximo y muchos de ellos la aceptaron. Nuestro director William Rust fue a Yugoslavia y luego a Checoslovaquia.

En Belgrado, Tito le advirtió que Gottwald había caído en desgracia; que mientras en el resto de las "nuevas democracias" se imponía todo lo que llevaba a la clásica dictadura del proletariado como única condición necesaria para la implantación del comunismo en sus respectivos pueblos, el Partido checoslovaco proponía que debido a las peculiares condiciones allí existentes sería posible llegar al comunismo echando mano de formas democráticas de gobierno, cosa que precisamente habíamos estado nosotros diciendo a nuestra gente.

Esto —dijo Tito— era mirado por otros líderes comunistas como una declarada herejía que les estaba causando dificultades. Era un bocado fuerte el que ellos se estuvieran burlando de la democracia burguesa y tuvieran que decir a su gente que había que barrerla, mientras que al mismo tiempo otro grupo de líderes comunistas fuesen diciendo lo contrario y lo llevaran a la práctica con éxito. Se acerca —concluyó Tito— una crisis.

Con esta advertencia William Rust salió pronto de Checoslovaquia. Al volver a Inglaterra fue precisamente de los avances yugoslavos hacia la soviétización de lo que habló al cuerpo de redacción y a la junta ejecutiva.

Tito era el héroe mimado de toda una generación de comunistas; de todos aquellos que habían venido al Partido durante la guerra. El primer film soviético de guerra que habíamos visto

después que Rusia entró en guerra era una exaltación de las guerrillas yugoslavas de Tito.

Tito había sido durante años casi una figura legendaria; su retrato ocupó lugar de preferencia al lado del de Stalin en muchos hogares comunistas.

De los dos, Tito atraía más a la juventud comunista en particular. Stalin aparecía como un glorioso (a lo menos en apariencia) estratega o caudillo. Tito, en cambio, era más atractivo (aunque favorecido en los retratos), más distinguido y más brillante.

Mi segunda secretaria particular había decorado el rincón de la habitación donde trabajaba con una pequeña galería artística de sus favoritos, Stalin, Tito, Paul Robeson y a modo de contraste, Frankie Sinatra. Era una buena jovencita, fruto de un hogar destrozado, que vivía con sus familiares católicos y que luchaba para mantener su comunismo a despecho de la hostilidad de los suyos a sus ideas. Poseía una honestidad esencial que ni el Partido comunista pudo destruir; era idealista y su flamante galería reflejaba una adoración a los héroes que casi tomaba carácter religioso. Y Tito era su gran héroe.

Relató Rust que los líderes comunistas yugoslavos se estaban rehaciendo más aprisa y más inteligentemente que ningún otro de los del este de Europa. Estaban procediendo a lo que en realidad era la soviétización de su propio país, aun cuando las masas de su propio pueblo no comprendiesen lo que estaba pasando.

Ahora sólo existe un partido agrario y éste es el Partido comunista", era la comidilla de todos a propósito del Partido, pues éste deliberadamente no daba la cara al público.

El individuo que le había servido de guía a través de Yugoslavia, sólo después de cuatro o cinco días —y tan sólo a fuerza de ser presionado— le había revelado que era miembro del Partido.

"El Partido yugoslavo habla poco sobre sí mismo y hace mucho", fue la conclusión de Rust. "Me siento allí más cerca de la Unión Soviética que en ningún otro punto desde que estuve en Rusia."

Yo recordaba ansiosamente las palabras del manifiesto comunista: "Los comunistas desdeñan todo disimulo de sus sentimientos..."

No parecía quedar nada heroico en el comunismo de la postguerra. Era una revolución clandestina. Otra vez agradecí a mi buena suerte el que no fuese yo el redactor extranjero, que debía defender la política extranjera soviética y las nuevas democracias a nuestros lectores.

Al menos me quedaba el recurso de pensar que el trabajo de mi propio departamento era útil y aún honrado, en cuanto podía.

Nuestro director auxiliar (ahora director en jefe) J. R. Campbell estaba ocupado buscando soluciones para los problemas económicos de la postguerra en Inglaterra, trabajando en ello con toda la habilidad y paciencia de que estaba bien dotado.

Johnie es un servicial, pacífico y comprensivo hombrecillo, que no obstante había estado al frente de muchas refriegas, participando en muchas batallas callejeras y pronunciando discursos que habían provocado muchas más. Tiene una capacidad para desenvolverse en los difíciles problemas económicos, que envidian cuantos le ven trabajar. Puede seguir perfectamente una conferencia de prensa del Gobierno, cuyas estadísticas le vuelven tarumba por espacio de una hora; salir luego de la sala de conferencias al teléfono más próximo y dictar la crónica de la conferencia con todos los datos y personas interpretados y simplificados para el lector, y sin cometer nunca un error.

Puede también tomar una enorme publicación oficial y asimilársela en el tiempo que el periodista medio emplearía en leer el prólogo. Era casi una cosa patológica verle coger un grueso volumen de estadística gubernamental, hojear rápidamente sus páginas de pie en el despacho para sentarse después para comenzar a escribir un comentario sobre él.

Como jefe del subcomité económico del Partido comunista tenía un gran éxito en el despliegue de sus cualidades. El Partido ha creado un buen número de tales comités: sobre cuestiones coloniales, servicios sociales, de industrias, juveniles, sobre problemas femeninos y cuestiones científicas. Su personal es, bajo todos los aspectos, lo más interesante de todo. Su finalidad es aprovechar bajo la dirección de un miembro del Bureau Político que ocupa el puesto de presidente, los conocimientos especializados de los miembros "secretos" que muy a menudo realizan útiles tareas sin que necesariamente hayan de ser jefes políticos. Pues en las filas

del Partido militan profesores de Universidad, investigadores científicos del Gobierno y una hueste de otros elementos que no pueden ser miembros "declarados", y que empleados en trabajos ordinarios del Partido se echarían a perder. Tales personas entraron a trabajar en los varios subcomités.

Johnie Campbell por este tiempo tenía la ventaja de disponer de muchas de tales personas en cuya experiencia podía confiar. En cualquier reunión del subcomité económico podía estar representada al menos una de las universidades por un profesor de Ciencias Económicas, juntamente con personas de un departamento gubernamental o dos y de un importante periódico financiero. Colaboraban juntos en un plan económico para la postguerra de Inglaterra, empleando en él gran cantidad de tiempo y esfuerzo mental.

El comité de servicios sociales, dirigido por William Rust. Estaba acometiendo su trabajo en un ambiente semejante de tensión de espíritu, apoyado por la experiencia y el conocimiento secreto facilitado por alguien que trabajaba en un comité "secreto" del Gobierno sobre investigación de construcciones, por un profesor de Londres, jefe del personal médico que servía en las comisiones oficiales, y por un empleado de un departamento ministerial relacionado con la construcción.

Después de tantos años en el Partido me parecía perfectamente normal el que al llevar adelante nuestra tarea, echásemos mano de toda fuente de conocimientos, información y experiencia que se nos abriera, "sacando el jugo" a documentos oficiales y confidenciales si se daba el caso. Éstas habían sido las fuentes de muchas historias exclusivas que habíamos lanzado, ellas suministraban el fondo esencial para conocer lo que estaba pasando en el campo enemigo y para poder analizar la situación con vistas a hilvanar la trama de nuestra actuación. La ética del asunto no contaba para nada.

Dábase por admitido que cualquier miembro del Partido que estuviera en posesión de información útil a la causa o a la Unión Soviética (que significa lo mismo) debía comunicarlo. No hacerlo así equivaldría a traición.

Así, pues, un doctor en trance de conocer o descubrir el curso de las conversaciones tenidas entre la Asociación Médica Británica y

el Ministerio de Sanidad sobre el proyectado Servicio Nacional de Sanidad, tuvo que comunicar, como la cosa más natural, lo que sabía a un discreto reportero del *Daily Worker*, que tuve que escoger para el caso, y también al respectivo subcomité del Partido.

Un especialista empleado en un comité del Gobierno sobre materiales de construcción debía mantenernos al corriente, como parte de su deber dentro del Partido, de cualquier decisión tomada y cualquier cambio propuesto, o modificaciones especiales en los planes de construcción del Gobierno.

Un empleado en un departamento del Gobierno, en cuyo archivo secreto circulaba libremente, debía estar con ojo avizor a todo lo que afectara a la política del Partido o a los intereses de la U. R. S. S. Incluso un joven tipógrafo debía recoger materiales útiles en este aspecto, sucediendo a menudo que quienes pasaban los mayores riesgos eran esta clase de gentes. Un enlace de la Cámara de Comercio nos debería informar de las intenciones del Gobierno cuando los tratados comerciales con las naciones del este de Europa estuvieran pendientes o fueran adelante. El *Daily Worker* publicaría después, si lo juzgaba conveniente, una relación "documentada" llena de inteligente clarividencia, para poder presionar al Gobierno, pero sin llegar hasta mostrar cuáles eran sus fuentes.

Toda la información pasaba, además, a la respectiva Embajada para que cuando se reuniesen otra vez los diplomáticos pudiesen tener todas las cartas en sus manos.

Durante este período se encontró un nuevo "enlace", precisamente con estas cualidades. La información secreta que él mismo nos facilitaba —y que en su debida forma pasó a la Embajada de Checoslovaquia— fue a menudo más lejos de lo previsto en orden a mejorar las relaciones entre los dos países.

El Partido sabía que el Gobierno británico miraba con recelo a todas las naciones del este de Europa y creía que a menos de ejercer presión sobre él, el comercio con nuestras "nuevas democracias" quedarla reducido a un mínimo. Las informaciones secretas confirmaban este punto de vista. Recuerdo una de éstas, en particular, que decía que los checos observaban una conducta semejante a la de aquellas familias que se han encontrado de repente con algo que vender y que al instante piden precios

fantásticos por ello. Pero si esta frase sincera les dolió a los checos como a aquel individuo que lee la correspondencia de otro y encuentra alusiones descorteses respecto a sí mismo, también aprendieron mucho de los hechos y de las personas con relación a las intenciones británicas.

La joven que nos proporcionaba estos documentos era una mujer sencilla, idealista, muy nerviosa y altamente indiscreta, recién llegada al Partido y terrible en su inquietud. Al principio apenas podíamos convencerla de que no debía usar el teléfono de su oficina para comunicarnos las noticias más sabrosas que acababan de llegarle. Sin embargo, nosotros sabíamos que estaba asustada de lo que hacía y que sus indiscreciones eran el resultado de su gran ingenuidad y de su aún mayor entusiasmo.

No pude evitar un mal sabor de boca cuando, al pie de uno de sus documentos, encontré una decisión de los editores sobre la necesidad de lanzar una relación sobre el comercio de Yugoslavia, que necesariamente la descubriría a ella. Al protestar yo y el reportero que había sido su enlace de que nos podría comprometer, recibimos por toda contestación: "¡Qué importa! Al fin no es más que una pobre loca."

En la industria empezábamos a lanzar el slogan de que "las legítimas demandas de los obreros exigiendo salarios más altos" tendrían nuestro apoyo, pero no (excepto en las transacciones de puro lujo) hasta el punto de provocar la huelga. Aún esto señalaba un considerable desarrollo en la política de los últimos tiempos de la guerra oponiéndonos a toda huelga y evitando toda disputa a cualquier costa.

Las delegaciones del Partido en las diversas conferencias de los sindicatos fueron organizadas con cariño particular, pues ésta era una ocasión de la que no podíamos dejar de salir beneficiados. Apoyaríamos la política oficial del gobierno Laborista, las políticas constructivas de otros partidos y apoyaríamos con entusiasmo las crecientes demandas de jornales más elevados.

El Partido toma con seriedad su trabajo en los sindicatos, organizándolo con notable habilidad, y cosecha beneficios en términos de puestos e influencia.

El Departamento Industrial de la Dirección General comienza a planear el programa de trabajo para las conferencias del año el

primero de enero y no cesa hasta que la última "delegación" se ha dirigido a la última conferencia.

Cada conferencia se prepara con el mismo cuidado. Meses antes de que haya de tener lugar se reúnen los jefes comunistas del grupo, se determinan las resoluciones y las secciones escogidas que se enunciarán para incluirlas en el programa. Se toma nota también de las secciones a las cuales los comunistas pueden asistir como delegados y en su debida forma se informa a los miembros del Partido de que deben trabajar para lograr que sea elegido uno de sus miembros. La Dirección General regula constantemente la implantación de las decisiones tomadas en las "delegaciones".

Cuando los delegados han sido elegidos oficialmente de las ramas y distritos y ha sido publicado el programa preliminar, es designada una "representación" completa en la que participan, además de los comunistas que han de ir a las conferencias como delegados, miembros dirigentes del Departamento Industrial del Partido, y en muchos casos, un corresponsal industrial del *Daily Worker* o algún otro miembro del equipo de técnicos industriales del periódico (que no es, por supuesto, miembro de la delegación mencionada).

Juntos examinarán el programa, decidirán sobre las resoluciones que hay que apoyar y cuáles se han de rechazar: qué personas se han de apoyar en todas las elecciones y qué resoluciones se habrán de tomar en caso de urgencia, si lo hubiera. Ellos escogerán sus oradores para las varias intervenciones en las cuales el Partido comunista quiere que se haga oír su voz.

Ni que decir tiene que se juntarán la víspera de la conferencia para regular las últimas disposiciones y poder ir después a la acción como un equipo organizado, que sabe lo que quiere y cómo ha de hacer para conseguirlo. Tales tácticas tienen su efecto siempre a menos que los no comunistas estén preparados para resistirlas o que estén más espabilados y vigilantes que de ordinario, de tal manera que aun un reducido número de comunistas puede llevar a cabo grandes cosas y una desproporcionada minoría apoderarse de la conferencia.

La influencia del Partido en los sindicatos estaba todavía en auge y nuestras "delegaciones" consiguieron con frecuencia este año lo que se proponían. Yo creía firmemente que la política que

mantenían era constructiva y útil. Sabía, naturalmente, que como siempre, tal política estaba dirigida a la conquista del poder por los comunistas, pero ahora me interesaban tan sólo objetivos parciales sin preocuparme mucho del resultado final. Después de todo, el Partido podía fracasar en la consecución del poder soviético, pero mientras durase la actual política estaba haciendo más bien que mal.

Yo me decía a mi mismo estas cosas, pero no del todo convencido, ya que la situación era insostenible. No podía continuar por más tiempo sintiendo entusiasmo por nuestra política interna y verme obligado al mismo tiempo a perseguir a los líderes no comunistas en las regiones donde imperaba el Partido.

Me molestó profundamente la eliminación violenta de los contrincantes del Partido en las naciones del este de Europa y el desfile melancólico de los que eran expulsados de sus patrias. Estaba preocupado por la suerte de Stanislaw Mikolajczyk, líder del Partido Agrario Polaco, que había volado a Polonia desde Londres para asistir a las elecciones que habían sido preparadas por los comunistas polacos a principios de año y de las que, como mis colegas ferozmente profetizaron, no se le permitiría volver vivo. Su cinismo, que había sido el mío durante tantos años, comenzó a exasperarme. La preocupación venía de que empezaba yo ahora a pensar en términos de seres humanos individuales y su suerte, y no de masas impersonales ni de programas políticos como había hecho en mis primeros entusiasmos.

A este punto había llegado cuando, en septiembre de 1946, el arzobispo Stepinac fue detenido por el gobierno de Tito y llevado a la cárcel. Sabía, al igual que todos los comunistas, que, de hecho, no sería procesado por ser criminal de guerra, ni como asociado a movimientos subversivos, sino por las ideas que mantenía. Estaba en la cárcel por ser católico. Su corrección en el tribunal, su negativa a discutir las cosas de que se le hacía cargo y su valiente declaración de las cosas porque sabía que iba a ser encarcelado, me impresionaron tremendamente.

También los católicos tienen sus "Dimitroffs", pensé. Pero aunque el valor personal de Dimitroff ante Göring había sido ensalzado por el Partido como digno de admiración en sí mismo, el valor de Mons. Stepinac sólo encontraba los sarcasmos de mis colegas. Y Dimitroff, una vez gigante, había quedado reducido visible

e ignominiosamente a proporciones de pigmeo cuando tuvo en su poder a Petkow.

Todos en la oficina daban por descontado que el arzobispo Stepinac sería fusilado o ahorcado; era sencillamente un deseo de que sucediera así. Mis reporteros y compañeros de trabajo veían con complacencia, como yo lo hubiera visto no hace mucho, la ejecución de un príncipe de la Iglesia. Cuando se le sentenció a dieciséis años de trabajos forzados hubo una aguda polémica, que no obstante, fue paliada por explicaciones políticas de que aún no era el tiempo oportuno para un ataque a fondo contra la Iglesia. Este ataque a fondo vendría más tarde. En las clases del Partido y en los mítines de las diferentes ramas, se discutió la próxima lucha con la Iglesia y se la esperó con gusto.

Miembros del Bureau Político que habían estado en Checoslovaquia declararon que creían que la lucha contra la Iglesia se llevaría adelante sin mucha dificultad en las regiones checas, ¡tan fuerte había venido a ser el Partido allí! Pero los católicos eslovacos estaban más especialmente unidos a sus sacerdotes y obispos y se requerían "medidas especiales". En una reunión de la directiva del *Daily Worker* se nos dijo que estas medidas especiales tomarían sin duda la forma de acción armada en algún punto. Más tarde o más temprano los campesinos católicos serían provocados a la violencia, serían presentados algunos incidentes como voluntarios indicios de una insurrección armada, y duras medidas nos proporcionarían después la ocasión para proceder a la limpieza general que se necesitaba. Pronto se verían envueltos en una ola de terror.

Otra vez habría aprobado con toda certeza y aun justificado tales medidas de no haber empezado a leer y pensar conforme al criterio católico. Estaba ahora lleno de pesadumbre, que a veces llegaba a actuar como convulsivo, cuando oía que todo esto se llevaba a la práctica. No era el comunismo sino yo lo que había cambiado. La aplicación de nuestras teorías y prácticas chocaba ahora con cuanto creía justo.

Pero esto era así. Comenzaba a decir que unas cosas eran verdaderas y otras falsas. Comenzaba a juzgar la conducta comunista desde la base de la ética y no de la utilidad, cosa completamente anti-marxista.

No siempre este proceso llegaba a ser del todo consciente, pero en todo momento estaba alerta a lo que pasaba encontrándome a mí mismo juzgándome desde fuera también, como un interesado y con frecuencia sorprendido espectador de mis propios procesos mentales y espirituales.

Así, por ejemplo, en un intervalo entre la edición de un periódico y otro, uno de mis reporteros, hijo de un célebre autor, que había trabajado en la Juventud Ferroviaria Yugoslava, estaba describiendo algunas de las cosas que había visto.

Contaba cómo en las reuniones comunistas el populacho de la localidad había sido arrastrado en masa a oír un discurso de Tito, o de otro de los líderes comunistas. En momentos establecidos de antemano, los miembros del Partido mezclados con la multitud debían gritar durante el discurso: "Tito, Tito", o bien "Tito, Stalin, Tito, Stalin", debiendo seguirles la multitud, repitiendo los nombres una y otra vez. Fue una técnica creada por Mussolini y Hitler y se le daba la vuelta ahora al servicio de la causa del comunismo.

Continuó describiendo cómo cuando asistió él una de tales manifestaciones comunistas, corrió la voz de que un camarada inglés se hallaba presente y al instante comenzaron a gritar: Tito, Stalin, Harry Pollit, Tito, Stalin, Harry Pollit, manteniéndose así por un sorprendente espacio de tiempo. Mis reporteros reían estrepitosamente la historia. De pronto comprendí que me estaba haciendo violencia para no reír del todo; antes bien, me sentía disgustado.

No me bastaba el decirme a mí mismo que el fin justifica los medios. Una vez que el marxista comienza a distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, a pensar con conceptos espirituales, el que sale perdiendo es su marxismo.

El Partido británico no había recibido indicación alguna de que se iba a formar la Oficina Comunista de Información. En el *Daily Worker* nos enteramos de la noticia cuando pasó a la agencia de copistas, aceptándola con reserva, hasta que fue confirmada por el Monitor Soviético, pasando después a la Dirección General del Partido.

Los partidos invitados a la asamblea inicial fueron los de Rusia, Francia, Italia, Polonia, Yugoslavia, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Rumania. Eran los partidos dirigentes o que Rusia pensó

que pronto lo serían. El Partido británico no entraba en ninguna de las dos categorías.

Decidimos que mientras no supiéramos otra cosa, debíamos obrar como si se tratara de una Oficina de Información. Pero cada uno se estaba preguntando: ¿No será la Internacional Comunista reformada? La mayoría se respondían a su misma pregunta con un sí definitivo. El Bureau Político les manifestó que eran reos de este deseo, pero el Bureau Político estaba deseando lo mismo, mientras esperaba ansiosamente más luz sobre el asunto. En la asamblea de la junta ejecutiva editorial que siguió al anuncio, Bill Rust dio luz con su acostumbrada revisión de la situación política. Manifestó que se sacaría muy poco provecho con la discusión del nuevo avance mientras no se dispusiera de más información. Otros, sin embargo, lo llevaron a discusión. El Redactor del Extranjero pensó que era indudablemente el primer paso para una nueva Internacional. Se quejó de la falta de servicio informativo de *Tass* y del Monitor Soviético. Otros apoyaron asimismo su juicio sobre la importancia de la nueva organización, pero J. M. Campbell declaró que bien pudiera ser como se la había descrito, pero que no pasaría de ahí. Existían ahora problemas comunes que interesaban a la mayoría de los partidos comunistas, que tenían su origen en la ayuda americana a Europa y era natural que erigiesen una tal oficina de información. Los demás escuchaban con una sonrisa escéptica en sus caras y la discusión se convirtió en algo afrentoso. R. Palme Dutt zanjó pronto la discusión declarando que todos estábamos igualmente la oscuridad mientras no se recibiese más información que nos permitiese respirar.

Como no llegase ninguna noticia oficial se envió un miembro del Partido a Belgrado a averiguar lo que había sobre el particular, y al mismo tiempo aproximadamente, el partido francés comunicó al partido británico cierta parte de información. Todo iba muy "en secreto" y a los líderes ingleses se les comunicó de primera intención cuanto se creyó bueno para ellos. Pero pronto vino a mi conocimiento una indicación de lo que se iba a llevar a la práctica.

Durante años mis reporteros industriales habían estado escribiendo artículos encaminados a aumentar la producción y a eliminar impedimentos para que la industria trabajase a pleno rendimiento. Uno de ellos había hecho un estudio de los problemas ferroviarios.

Se habían recibido noticias del aumento de producción en las minas de carbón de Yorkshire, y se me ocurrió que el valor de esto se perdería en gran parte si todavía existía un embotellamiento, que habíamos expuesto previamente, en el centro ferroviario de Doncaster.

Yo discutí esto con mi especialista y convino en que, a menos que las cosas hubiesen mejorado, se amontonaría el carbón en el pozo de la mina y, a su tiempo, se iría normalizando poco a poco la descarga. Decidimos que no importaba que el embotellamiento hubiese sido aclarado o que permaneciese todavía, pues en ambos casos habría un reportaje. Si lo primero, sería un reportaje encomiástico —para levantar la moral—, si lo segundo, encontraríamos otra explicación. Notifiqué al director que había enviado al reportero a Doncaster, conviniendo en que era una buena y necesaria actuación.

En su debida forma me fue comunicada la información por teléfono. El embotellamiento había desaparecido gracias a una combinación de la técnica de los capataces y del esfuerzo de los obreros.

"No tiene nada de sensacional", dijo el reportero, "todos los interesados han trabajado como buenos". Con la aprobación del director se hizo de ello el principal artículo de la página central del interior. Se puso allí a instancias de la presidencia editorial cuando se examinó la primera tirada en la reunión que precedía al trabajo de la segunda tirada.

Pero media hora más tarde cuando iba a empezar la edición, el director me llamó a su despacho. "Deberíamos, me dijo, haber eliminado el reportaje." Cuando le pregunté el porqué, me respondió que era pura filfa y pasó a explicarme que se necesitaba otra clase de artículos. Incrementar la producción en las "circunstancias presentes", dijo, no significaba elevación en el nivel de vida del pueblo británico, sino mayores beneficios para los capitalistas americanos y, además, les ayudaba sencillamente a desarrollar sus planes para derrotar al comunismo en Europa.

Todo estaba en abierta contradicción con la política actual del Partido, no sólo con la oficial y públicamente proclamada, sino también con la que concebían los afiliados al Partido y el Comité Ejecutivo.

El artículo que media hora antes se había introducido por un ruego especial era ahora sacado fuera. La nueva política había llegado de Belgrado. En la próxima reunión de la directiva del periódico se nos dio una información confidencial al efecto de que aunque la política de la Cominform no fuese aún conocida en todos sus detalles, era ahora conocida en sus líneas generales. Significaba el cambio gradual de la anterior política del Partido en la industria, pero el comité ejecutivo no tenía hasta el presente noticia de ello, no pudiendo, por lo mismo, hacer una declaración pública hasta que fuese informado, y mientras tanto se iría aprovechando más información y sabríamos, por fin, a qué atenernos. Mientras tanto serían eliminados los "reportajes sin importancia" y la solución de los problemas de la producción estaría pronto fuera de nuestras preocupaciones.

Hasta el momento no había instrucción alguna concreta a los efectos de sabotear la producción. Por el momento nos quedamos "neutrales", esperando órdenes ulteriores. Pero luego vi el posible significado de una observación hecha por un miembro del Bureau Político no mucho antes, y comencé a prepararme para lo peor.

Cuando fue ofrecida a Europa la ayuda americana, únicamente el gobierno checoslovaco entre los gobiernos de las "nuevas democracias" se adelantó a aceptarla en la Conferencia de París. Retrocedió en seguida a la línea común ante la airada protesta de la U. R. S. S. En una reunión de la redacción habíamos discutido el accidente y convinimos que debió haber dificultades para los líderes que habían rechazado la ayuda ofrecida, máxime si tal ayuda conducía de una manera más rápida a la reconstrucción del oeste de Europa que al este. Después el miembro del Bureau Político hizo su observación que fue seguida de esa especie de silencio que sigue a una indiscreción manifiesta.

No sería —dijo— elevar rápidamente el nivel de vida del pueblo de las nuevas democracias por cuanto su economía es principalmente agrícola. Pero hay otros medios de elevar su *relativo standard*, reduciendo el de los países del Occidente. "Y a no tardar ésta será la política del Partido", añadió.

Raras veces las intenciones verdaderas del Partido son expuestas tan claramente en palabras como éstas. Aun en las esferas superiores se usa un lenguaje de propaganda pública del

Partido, al paso que el verdadero y oculto sentido es comprendido por todos los presentes que participan del mismo conocimiento de las teorías marxistas-stalinistas, su lenguaje y estilo de pensar.

A la luz de los nuevos acontecimientos, las palabras de mi colega parecían en extremo siniestras. Nuestra política interna era lo único que me había mantenido por algún tiempo. Ahora parecía otra vez llamada a desaparecer.

CAPÍTULO XXI

EL CALLEJÓN SIN SALIDA

Cada sorpresa, cada desengaño, cada ocasión en que yo me sentía preocupado por lo que el Partido estaba haciendo en mi patria y en el extranjero, me hacía volver con más vehemencia a mis lecturas católicas y me hacía reflexionar más y más sobre ellas. Allí encontraba valores permanentes, un atractivo para la razón que resistía el escrutinio, una ética que era agradable y evidentemente buena, una visión de la vida que era evidentemente satisfactoria para aquellos que podían aceptarla en su conjunto y que sabían por sus experiencias personales y espirituales que era cierta. Pero yo no era aún uno de ellos.

Canal y yo éramos entonces como "católicos que no creían en Dios". Con toda nuestra alma ansiábamos entonces creer, pero no podíamos aún creer. Leíamos "el caso católico", como nosotros le llamábamos, e intelectualmente aceptábamos lo que leíamos, porque resistía el examen, incluso en nuestro exquisito estado de ánimo. Pero sabíamos que no era bastante aceptar intelectualmente la verdad del catolicismo. Era preciso sentirlo, conocerlo a través de nuestras vidas internas.

Nos había sido difícil aceptar la existencia de Dios intelectualmente. Habíamos creído sinceramente que conocíamos todas las respuestas sin contar con Él. El materialismo dialéctico había explicado todo el universo a nuestra satisfacción; como Nietzsche había proclamado que "Dios está muerto" y lo habíamos creído como cosa cierta.

Para nosotros Él había muerto hacía años. En apariencia habíamos vivido perfectamente sin Él. No nos habíamos dado cuenta de la existencia de una vida interior, de ninguna necesidad espiritual. Nuestro comunismo había sido toda nuestra vida. Cuando nos habían asaltado las dudas respecto de la política del Partido,

respecto de sus métodos, incluso respecto de su deseable meta, éstas dudas no minaron inmediatamente nuestro materialismo dialéctico ni nos demostraron que debía de estar por tanto equivocado en todas sus principales afirmaciones.

Incluso la emocionante comprobación de que la cultura de la Edad Media, de la que yo estaba encariñado desde hacía tanto tiempo, vivía aún, y que era una cultura católica que no había muerto con la Reforma, no probaba la existencia de Dios, aunque era mucho. La creencia en Dios puede ser el producto de cierto estadio en el desarrollo histórico del hombre que sobrevivía en período posterior con la restante "superestructura ideológica" que le acompañaba. Esa superestructura de la Edad Media podía ser atractiva, podía incluir una gran demostración del género humano en forma de las magníficas iglesias y catedrales, gloriosa música, obras de arte que dejaban a uno sin aliento, y literatura que seducía como no ha seducido ninguna otra, y no demostrar, sin embargo, que Dios vivía o constituía una explicación aun cuando la fe en Dios lo hubiese inspirado.

Pero esa fase pasó. Habíamos llegado a aceptar la necesidad intelectual de Dios, porque sin ella no sólo el catolicismo, sino el mismo universo carecían de sentido. Habíamos descubierto con cierta sorpresa que los grandes pensadores y filósofos de la Iglesia habían logrado más, creyendo en la existencia de Dios que Marx y Engels asegurando su no existencia.

Sin embargo nos dábamos cuenta de que esto no era suficiente. Creer significa ser capaz de sentir la existencia de lo espiritual, conocer a Dios y no sólo conocer sus circunstancias. Los cristianos incluso dicen que le aman, que hablan con él y le escuchan. Eso estaba aún fuera de nuestro alcance y, en momentos de depresión, temíamos que siempre lo estuviese.

Sin embargo todos los caminos conducen a Roma. Me pidieron que criticara el libro de Avro Manhattan, "La Iglesia Católica contra el siglo XX", junto con un opúsculo del Reverendo Stanley Evans. El libro era voluminoso y quería demostrar, por medio de la historia de la política del Vaticano desde la primera guerra mundial, que la Iglesia Católica era decididamente fascista.

El opúsculo tenía el mismo propósito y quería demostrar que la Iglesia era contraria a todo "progreso". En otro tiempo, me habría

divertido mucho con ellos, utilizándolos para burlarme de los católicos y de los fascistas al mismo tiempo. Traté entonces de hacer lo mismo, fracasé y me reproché incluso el haberlo intentado. Había sido un último y desesperado esfuerzo para salvar la forma de vida que hasta entonces había llevado. Y fracasé completamente.

En su lugar me dije a mí mismo: "¿La Iglesia Católica contra el siglo XX? ¿Y qué? También lo estoy yo, si el siglo XX significa ese mundo loco que veo a mi alrededor, que ha sufrido dos guerras mundiales. Dios sabe cuantas revoluciones hemos tenido que pasar, y como se agolpan velozmente las nubes que descarguen otra guerra.

¿Contra el siglo XX? ¿Contra el siglo de la bomba atómica? ¿Contra un mundo que ha perdido la cabeza? ¿Contra esas creencias que llevan al pueblo a perseguir a hombres como el arzobispo Stepinac y preparan el Terror Rojo contra los campesinos eslovacos? ¿Contra las descabelladas circunstancias de la postguerra aquí en Inglaterra? ¿Por qué no? También lo estaba yo.

En vez de conseguir municiones para luchar contra la Iglesia, con el libro de Manhattan aprendí, a pesar de su sentido tendencioso, algo respecto de las enseñanzas sociales de la Iglesia. Estaba escrito para hacer anticatólicos. A mí, en cambio, me ayudó a hacerme pro-católico.

Yo ya conocía al anglicano Stanley Evans, y conocía sobradamente que era un tipo de párroco simpatizante con el comunismo. El Partido utiliza a esas personas, pero rara vez las respeta. Yo mismo me había valido de esos tipos. Leí su opúsculo con disgusto. Quería demostrar que la Iglesia se oponía en todas partes al "progreso... Y otra vez me preguntaba yo: ¿Y qué? Todo dependía de lo que se entendiese por progreso.

¿Era Nagasaki un progreso? Cuando la historia, una de las muchas que se consideran normal en la vida de un periódico, llegó a la imprenta hablando de un muchacho de dieciocho años condenado a pena de cárcel por un tribunal de Londres por hurto y explicó que vivía de las ganancias inmorales de su esposa divorciada de veintidós años, ¿indicaba eso un progreso? ¿O era la trampa que había tendido el gobierno de Varsovia a Milolajczyk, y de la que había logrado escapar, un progreso? ¿Lo eran los preparativos que se estaban haciendo en Hungría para la persecución de la Iglesia y

la supresión de la religión de la mayoría del pueblo? ¿Era un progreso para nuestra generación apartarse más y más de la idea del valor del individuo para glorificar a la masa?

Y, en todo caso, ¿era realmente tan seguro como habíamos imaginado que el mundo debía inevitablemente "progresar", que el pasado era necesariamente menos bueno y civilizado que el presente y menos aún que el futuro? ¿Tenía que ser siempre lo nuevo automáticamente superior a lo viejo?

En algún sitio había visto describir a un reaccionario como el hombre que, encontrándose al borde de un precipicio, ve el peligro y retrocede a tiempo. Según esa definición yo era un reaccionario. Y otra vez podía preguntar, ¿y qué?

Quizá, en una de las grandes paradojas chestertonianas de la vida, los "progresistas" eran en realidad los reaccionarios, a la luz de su propia definición de la palabra, y aquellos que veían el peligro y retrocedían podían muy bien ser los progresistas que poseían una nueva solución que en realidad era la más antigua de todas. Los pensamientos que en mí despertaron aquellas dos publicaciones anti-católicas me ayudaron a seguir por el camino que conducía a Roma.

La forma en que la vida me llevaba estaba embebida del pensamiento católico, incluso en sus momentos más desgraciados y libertinos; lo vi claramente al escuchar una versión radiada de los *Cuentos de Canterbury*. Yo creía que podía vanagloriarme de conocer a Chaucer. Entonces me di cuenta que todo un mundo, implícito en cada línea, se me había escapado a mí pensando como comunista.

Yo no había estado aún en una Iglesia católica, pero escuchando las emisiones de órgano de Fernando Germani desde la Catedral de Westminster sentí deseos de visitar una. Después vi anunciada una Competición de la Inteligencia, organizada por la rama de Wimbledon de la Espada y el Espíritu. Nunca había tenido nada que ver con algo católico, no había conocido a ningún católico personalmente, no había visto nunca a los católicos reunidos en la misa. Yo tuve deseos de ir y, casi avergonzado, así se lo dije a Carol. Los dos decidimos que yo asistiese a aquella reunión, pro pasando desapercibido, para que nadie me viese, y que después le

daría mi opinión. Queríamos saber si podíamos “tragar” a los católicos como personas.

Llegué tarde para tener una excusa y quedarme al fondo. Entré como si estuviera tomando parte en una conspiración y con sentimientos extrañamente mezclados me senté en uno de los últimos sitios y en la semioscuridad. Allí se había reunido una gente que se hallaba en el polo opuesto al que yo había ocupado durante los últimos veinte años.

En el tablado había dos jesuitas (las historias de mi infancia no conformista y de mis días de comunismo proyectaban densas sombras sobre ellos), Richard Stokes, un diputado católico laborista a quien había denunciado muchas veces como amigo de los fascistas; el comandante Bower, antiguo diputado conservador católico, a quien también había denunciado con mayor saña por lo mismo; el doctor Letitia Fairfield, cuyas "reaccionarias" opiniones conocía por un comunista entusiasta amigo de ambos, y Robert Speaight, el actor, considerado en los círculos teatrales comunistas como un reaccionario y un oscurantista. Instintivamente la mitad de mi ser reaccionó con repugnancia ante ellos. Sin embargo, simultáneamente, la otra mitad me dijo: "Estos son católicos, pertenecen a la tradición que a ti te entusiasma. Sostienen las opiniones que tú ahora admiras. Su filosofía es la que has considerado desde todos los puntos de vista. Su forma de vivir es la que desde hace tanto tiempo anhelas."

Al poco tiempo se habían ganado mi simpatía. Las preguntas políticas que se hicieron y las respuestas que se dieron me parecieron inocentes, las agudezas que motivaron las mayores carcajadas me parecieron entrañablemente infantiles; era un mundo más sencillo, más limpio, más recto que el mío. Me gustó. "Después de todo puedo tragar a los católicos", me dije a mí mismo.

Yo había temido que no hubiese sido así, porque había conservado todos los irracionales prejuicios de mis días primeros de no conformismo: yo creía que todos los sacerdotes, monjas y monjes eran inmorales, que los jesuitas eran siniestros y criminales. Y seguía también conservando mis prejuicios comunistas. En el Partido sosteníamos que la población católica representaba la más atrasada, inculta y políticamente moribunda parte del pueblo, que

estaba hundida en la superstición y gobernada sin esperanza de liberación por los curas.

Yo vi curas en el público y cuando la reunión se interrumpió para tomar bocadillos, me fijé en la amistosa y natural relación que existía entre el clero y los fieles. Las historias que durante tanto tiempo había creído me parecieron entonces menos de fiar. Pero, yo me dije a mí mismo, temeroso de llegar a juicios precipitados y posiblemente incorrectos, que "aunque todas las monjas, monjes y sacerdotes fueran unos hipócritas inmorales, aunque todos los católicos fuesen los más retrógrados e incultos de los ingleses eso no significaría que el catolicismo fuera un error. El catolicismo podía ser la verdad y ser bueno aunque el conjunto de los católicos fuese malo. Es irracional juzgar a la Iglesia por los católicos, tenía que ser juzgada por las bases de sus enseñanzas..."

Quise saber cómo podía hacerse uno católico, en caso de que pudiera superar el último obstáculo: la creencia en Dios. Por eso esperé a que terminara la reunión, esperé al Padre Francis Devas, un bondadoso y, a mi juicio por su actitud y conducta en la tribuna, un comprensivo jesuita.

En los pocos minutos que tardamos en llegar a la estación le dije quién era y lo qué era, mirando en torno mío por temor a ser visto por algún comunista de la localidad. Le hablé de mis últimos veinte años como ateo militante, de la práctica de mi marxismo, de mis congojas y de la tortura que era mi vida. "¿Puede un hombre así hacerse católico?", pregunté. Él me contestó que la Iglesia existía para los pecadores. Ésta era una respuesta un poco anticuada. Yo no había usado la palabra "pecado" desde hacía mucho tiempo. Es una palabra que no existe en el vocabulario comunista.

Dije que mi pasado comunista tenía que ser una carga para el futuro cualquiera que fuera éste; que uno no podía jugar con el fango sin mancharse las manos y que las consecuencias de veinte años de comunismo no podían terminar porque renunciase a él. Casi parecía como si estuviera arguyendo en mi contra, como si fuese el abogado del diablo.

Casi guiñándome el ojo el jesuita me dijo que si uno no podía ser un buen católico por lo menos podía ser uno malo; que incluso los malos católicos tenían mucho de lo que carecían los comunistas. La Iglesia no estaba llena de santos, prosiguió. Si yo no podía ser un

buen católico, por lo menos podía ser un mal católico, lo que era aún mejor que el comunismo.

Comprendí entonces y todavía más claramente hoy, que el hombre que me había parecido tener tan poco conocedor del mundo en la tribuna estaba demostrando una inteligente comprensión, una comprensión jesuítica si se quiere, en el mejor sentido de la palabra, de los tipos humanos. Yo podía aferrarme a la esperanza de llegar a ser un "mal católico", pero sabía que yo era una buena persona y que no me contentaría con ser malo en alguna cosa.

Me explicó que antes de hacerse católico se exigía un curso de instrucción y que podía ponerme en contacto con él cuando quisiera en Farm Street.

Casi eché a correr para llevar a casa la noticia de que podíamos hacernos católicos si alguna vez lo deseábamos. Hablamos del asunto hasta media noche, tocando la misma cuestión una y otra vez y llegando siempre al mismo punto: nos convertiríamos en católicos si no fuera por aquella primera premisa, la creencia en Dios.

Y ahí nos atascamos sin hacer perceptibles progresos, leyendo, discutiendo, anhelando, pero sin llegar nunca. Se apoderó de nosotros una gran depresión y nos llenamos de nostalgia. Algunas personas afortunadas podían tener esa fe, pero no nosotros. Todo había sido una buena idea, pero no podía ser nada más. Los años malgastados y desperdiciados estaban dando su fruto.

Una noche, mientras cenábamos, dije que, a mi juicio. Debíamos enfrentarnos con la realidad: o abandonábamos aquel tema o teníamos que prepararnos para hacer un acto de fe. En el momento de decir esto recordé la irónica definición que anteriormente tantas veces había repetido: La fe es lo que nos permite creer en lo que sabemos que no es verdad. Como había sucedido con frecuencia en los últimos años, tuve la sensación de que en mí había dos personas, dos Douglas Hydes o dos conciencias dictando contrapuestas líneas de acción y pensamiento.

La mitad de mi ser apoyaba mi idea por ser la más certera, la otra mitad la rechazaba, la rehuía instintivamente como si fuera algo denigrante.

Oí mi voz que decía: "Son las diez menos cinco y aún no creemos en Dios como una realidad viviente. Dentro de cinco minutos, a

las diez en punto, vamos a comenzar. Obremos y pensemos como si realmente fuésemos católicos."

A las diez empezamos. Nada sucedió. Y en la semana siguiente tampoco sucedió nada. No habíamos esperado visiones ni un maná del cielo. Aún no creíamos en lo sobrenatural, de modo que, ¿cómo podíamos esperar milagros? Pero por lo menos, pensé resentido, podían haberse deducido algunas consecuencias psicológicas de aquel acto de fe. Sin embargo no se produjo ninguna.

En la oficina las cosas iban de mal en peor. Las nuevas directrices del Cominform iban a ponerse en práctica como había temido, aunque tanto la ejecutiva del Partido como sus afiliados no habían sido informadas de ellas. Lentamente, a través de las columnas del periódico, estábamos preparando la opinión para aquel cambio de política.

Al salir de la oficina en un estado de ánimo de profunda congoja, un anochecer, decidí por súbito impulso ir a visitar a toda costa una iglesia católica. Recordé la iglesia italiana en la próxima Clerkenwell Road y corrí hacia allí. Cuando subí los escalones un hombre estaba cerrando las puertas.

Traté de recordar alguna otra y me pareció que existía una en Exmouth Market, no muy lejos. Me dirigí por unas calles laterales hasta llegar a ella. Entonces la contemplé envuelta por la oscuridad. Tenía un aspecto imponente, como el de una fortaleza. No me atreví a llevar a cabo mi propósito y me alejé precipitadamente.

Hacía noches que sólo dormía a fuerza de hipnóticos. Aquella noche no pude dormir ni con ellos.

A la mañana siguiente me dirigí, en mi tren de costumbre, a la estación de Holborn Viaduct y seguí el camino que había seguido desde hacía muchos años para ir a la oficina, Al pasar Ely Place, me fijé en el letrero que había visto centenares de veces antes: Iglesia Católica de Santa Etheldreda. Yo miré aquel corto callejón sin salida, que siempre me había parecido la más monstruosa muestra de la arquitectura religiosa de todos los tiempos. Había visto muchas iglesias católicas feas, pero aquélla, a mi juicio, tenía que ser la peor del mundo. Sin embargo decidí entrar. Si podía soportar aquello lo podría soportar todo.

El espantoso edificio que tantas veces me había sublevado resultó que no era una iglesia. No tenía entrada. Era simplemente la pared trasera de un almacén que formaba el final del callejón sin salida.

Pero después vi una pequeña iglesia hundida en la línea de los edificios estilo Reina Ana que la flanqueaban. Había pasado junto a ella sin que jamás pensara que aquello pudiera ser una iglesia católica, aunque era evidentemente anterior a la Reforma. Su exterior, muy estropeado, claramente indicaba que pertenecía a mi época predilecta.

Entré, pasé por sus tranquilos y semi-oscuros claustros encontrándome de pronto con una joya gótica, allí al borde de la antigua ciudad de Londres, cuya falta de iglesias anteriores a la Reforma tantas veces había deplorado.

Me encontré a gusto inmediatamente, como si hubiese vuelto a la magnífica iglesia de mi pueblo natal, como si hubiese vuelto a la región del Oeste donde todas las aldeas se vanaglorian de poseer una iglesia digna de ser una catedral, Pero aquélla era distinta. Había agua bendita en las pilas, santos en los nichos. No eran piezas de museo como las que había visto en las iglesias góticas que yo había visitado en años pretéritos. Aquellos servían su finalidad funcional.

Había unas maderas clavadas donde debió de existir un vidrio de colores antes de caer la bomba, lo que daba una leve oscuridad a su interior que, afortunadamente, estaba vacío. Me senté en uno de los últimos bancos. Una o dos personas entraron y salieron. Yo me limité a permanecer sentado.

Llegué a la oficina muy tarde aquel día y mis subordinados estaban esperando órdenes. Se las di lo más rápidamente posible para poder quedarme solo. Por primera vez había entrado en una iglesia católica, encontrándome con una joya gótica y me había limitado a estar sentado. No había rezado. No había hecho nada.

Salí pronto de la oficina y me dije a mí mismo que entraría sólo un momento antes de coger el tren. Permanecí una hora, sentado en la oscuridad, iluminado sólo por la vacilante llama de las velas del altar.

A la mañana siguiente volvía a ella, teniendo cuidado de entrar cuando no me viera nadie. Recordaba los primeros días de la guerra cuando a mí siempre me seguía un detective.

Cuanto más veía aquella iglesia más me gustaba. Pero seguía sin poder rezar. Era ridículo y degradante arrodillarse. Era un signo de sumisión, de rendimiento, de humildad. Era una superstición fantástica el tener que ponerse de rodillas para hablar con alguien que no estaba presente, que ni siquiera existía. Pero yo seguí yendo día tras día, noche tras noche. El viernes por la mañana compré un ejemplar de todos los periódicos católicos y los metí en mi cartera. Cuando entré en la redacción del *Daily Worker* casi me reí al preguntarme qué es lo que dirían si abría la cartera y dejaba caer todos los periódicos en el suelo.

Súbitamente me di cuenta de lo apretado que había sido el corsé del comunismo. Otros podían leer lo que quisieran. Si se averiguaba que yo había comprado aquellos periódicos para leerlos con simpatía, me echarían a la calle lo más rápidamente posible. Lo rápidamente que pudieran inventar algo contra mí, porque no serían tan estúpidos como para despedirme oficialmente por leer periódicos católicos. Yo sabía lo que hubiese hecho no hace mucho tiempo si uno de mis empleados hubiese sido lo suficientemente loco para hacer semejante cosa. Le habríamos dicho que se marchara por la razón que nos hubiese parecido que más perjudicaría su futura carrera.

Pero al cabo de varias semanas de visitar la iglesia volvía a encontrarme en el mismo sitio del primer día. Me entusiasmó la iglesia, me entusiasmó la arquitectura, la atmósfera, la paz. Pero no era eso lo que yo buscaba.

Cuando salía de la iglesia un domingo por la tarde oí unos pasos que me seguían por los ya oscuros claustros, unos pasos que se detenían cuando yo me detenía, que se aceleraban cuando los míos se aceleraban. A mí me habían seguido demasiadas veces para no saber lo que sucedía. Pero no vi a nadie. Mucho después supe que un ladrón había estado visitando regularmente la iglesia, vaciando los cepillos, sustrayendo las velas, y un hermano lego que vivía con la pequeña comunidad en el contiguo presbiterio había recibido la orden de estar al acecho para descubrir al culpable. Él había visto a un desconocido que entraba a horas impropias y que

no observaba ninguna de las prácticas católicas, pues no hacía ningún acto de culto y se limitaba a estar sentado. Por eso decidió que debía de ser yo el culpable y trataba de cogerme con las manos en la masa. Pero poco después sorprendió al verdadero culpable en el momento que intentaba llevarse las velas del altar.

Mi tren salía de la estación durante aquel breve período del anochecer cuando la noche impaciente pinta todos los objetos de negro sobre el fondo de un cielo claro que se resiste a desaparecer. Me sentía cansado y con mi interior vacío; había perdido una fe y hallado un vacío. No tenía raíces en ninguna parte. Nada quedaba.

Contemplé los edificios de Londres que se dibujaban sobre el magnífico fondo azul que se desvanecía en el cielo. Y clara y diáfana sobre ese cielo había una cruz, en lo alto de la ciudad, colocada en el punto más alto de una alta torre. Yo la miré mientras pasábamos, después volví la cabeza para seguir contemplándola hasta que la perdí de vista. Después vi otra. Ésa también estaba en un edificio y cuando ésa desapareció otra y otra aparecieron sucesivamente.

Por mi mente, en ritmo con las ruedas, repetí un verso de la "Balada del Caballo Blanco", de Chesterton. La había leído no hacía mucho tiempo.

¿Sería posible que hubiera tantas iglesias católicas?, me pregunté al ver pasar una y otra cruz. ¿Por qué no las había visto antes? A través de Herne Hill, Tulse Hill, del aristocrático y suburbano Streatham, las cruces aparecieron y desaparecieron. Y las ruedas continuaron con los versos de Chesterton.

Al hacer a la mañana siguiente el mismo viaje en sentido contrario, miré a ambos lados buscando las cruces. No vi ninguna, ni siquiera en aquellos edificios que pude reconocer de la noche pasada; sólo había pararrayos en las altas torres grises y antenas de televisión en las casas y aquellos pararrayos y aquellas antenas, por lo menos por una noche, habían inscrito magníficamente la cruz de Dios en la noche del cielo de Londres.

Aquella mañana sucedió algo. Estaba sentado en la penumbra de Santa Etheldreda, en el último banco como de costumbre, cuando entró una joven de unos dieciocho años, pobremente vestida y no muy agraciada. A mi me pareció que sería una criada irlandesa. Pero al pasar por mi lado vi la expresión de su rostro. Ella también estaba preocupada. Como yo, tenía evidentemente alguna grave

preocupación. Con paso decidido avanzó por el centro de la iglesia hacia el altar, después giró hacia la izquierda, encaminándose a un reclinatorio en el que se arrodilló delante de Nuestra Señora, después de haber encendido una vela y echado unas monedas en un cepillo.

A la luz que se filtraba por los cristales ennegrecidos y a la de la llama de la vela, pude ver cómo sus manos pasaban unas cuentas y cómo inclinaba la cabeza de vez en cuando. Aquella era una práctica católica que yo desconocía. Aquél era el mundo de la fe. Aquél era el mundo que yo buscaba. ¿Era una superstición? ¿Era el mundo propio de los salvajes? Dos respuestas contradictorias se me ocurrieron simultáneamente para mi pregunta.

Al volver a pasar a mi lado, cuando salía, miré el rostro de la joven. Fuere cual fuere su preocupación, había desaparecido. Sencillamente desaparecido. Y yo hacía meses y años que llevaba a cuestas el peso de la mía.

Cuando estuve seguro de que no me veía nadie me encaminé, casi como un perro, por el centro de la iglesia como ella había hecho. Al llegar frente al altar, giré hacia la izquierda, eché unas monedas en el cepillo, encendí una vela, me arrodillé en el reclinatorio e intenté rezar a Nuestra Señora. Pero era lo mismo que me ahorcaran por una oveja que por un cordero. Si iba a ser supersticioso e iba a rezar a alguien que no estaba allí, bien podía dar un paso más en mi superstición y rezar a una imagen.

Pero, ¿cómo se rezaba a Nuestra Señora? Yo no lo sabía. ¿Se rezaba a Ella o por medio de Ella como si fuese una intermediaria? ¿Se contemplaba a la imagen para ver la realidad que había tras ella o había que dirigir las palabras solamente a la imagen? Tampoco lo sabía.

Intenté recordar alguna oración dedicada a Ella de la literatura medieval o algo de los poemas de Chesterton o Bello,

Pero fue inútil. La llama de la vela osciló, parpadeó y la vela fue decreciendo, pero no se me ocurrió nada.

Finalmente comencé a murmurar algo que me pareció al principio bastante apropiado, pero después me resultó desesperadamente fuera de lugar. Pero no importaba. Comprendí que mi búsqueda había terminado. Yo no había hablado para nada.

Fuera de la iglesia traté de recordar las palabras que había pronunciado y cuando acudieron a mi memoria casi me eché a reír. Eran de la letra de una música de baile de los años veinte, de un disco de gramófono que había comprado en mi adolescencia:

“Oh dulce y encantadora señora, sed buena,
Oh, señora, sed buena conmigo.”

CAPÍTULO XXII

LA RUPTURA

Alrededor de una semana después tuve la alentadora evidencia de que mis intentos de introducir alguno de los nuevos y antiguos valores que yo había aceptado entonces en la redacción del *Daily Worker* no habían sido completamente inútiles.

Acaba a de mandar con una misión a un reportero, cuando me encontré solo en el despacho con un colega. Era un hombre amable y complaciente que nunca empleaba una palabra corta donde cabía una larga.

Con sus pulgares en la sisa del chaleco y con una expresión muy preocupada me dijo:

—Sabes, amigo, que me he fijado con creciente inquietud qué no haces más que mandar reporteros a todos los sitios, lo que corrobora las alusiones que tú haces de que es necesario averiguar la verdad e informar al público lealmente. —Me dirigió una ansiosa y perpleja mirada y añadió: —¿Qué diablos te pasa?

Yo no me había dado cuenta de que, sin querer hacerlo conscientemente, estaba introduciendo algo nuevo y desconocido en aquella redacción, pero el comprender que aún allí estaba consiguiendo algo me llenó de satisfacción. También comprendí que en cualquier momento podía asimismo, inconscientemente, dejar escapar algo que acabaría con mi esperanza de lograr alguna realización sustancial antes de tener que marcharme, lo que evidentemente tendría hacer más tarde o más temprano.

Empleé mi fama de humorista cínico para protegerme a mí mismo y descubrí que no sólo podría de esa forma defenderme, sino que también podía decir abiertamente lo que sentía sin que lo consideraran más que una prueba más del insultante sentido del humor del nuevo redactor-jefe de noticias del periódico. Esto para mí

fue una válvula de seguridad y al mismo tiempo me proporcionó una cierta diversión.

Por regla general me hacía traer mi comida de la cantina por un botones todos los días. Comía en mi despacho con los platos sobre mi mesa para poder estar siempre, en caso de que alguno de mis reporteros me telefonara desde las provincias. Un día ordené al botones que siempre me trajera pescado los viernes, (Yo no sabía que la dispensa de "abstinencia" por tiempo de guerra estaba aún en vigor). Cuando alguien me preguntó por qué, contesté: "Todos los buenos católicos comen pescado los viernes." La redacción lo consideró una broma curiosa y retorcida y lo consideró así aún más cuándo reprendí al botones un viernes por atreverse a traerme carne. Interiormente me sentía entonces católico y deseaba practicar también algo externamente, incluso en la sede de aquel periódico comunista.

Iba cada noche y cada mañana a Santa Etheldreda. Un domingo asistí a la bendición en la iglesia católica de mi localidad, y a la semana siguiente, a misa, entrando furtivamente, sentándome en la parte de atrás y comenzando a comprender lentamente lo que sucedía en el altar. Había leído suficientes libros católicos para conocer a *grosso modo* la significación de la misa, pero me faltaba aún por comprender el significado de todos los actos que conducían al Sacrificio. A la salida de misa me dirigí directamente a preparar la edición del día siguiente del *Daily Worker*.

Una semana antes de Navidad, explicamos a Rowena, que entonces tenía cinco años y medio, la historia de la Natividad. Aunque en el pasado habíamos blasfemado mucho, no lo habíamos hecho delante de ella por miedo a que otros padres impidieran a sus hijas que jugaran con ella si también blasfemaba. Y así ella oyó las palabras de Dios, Cristo, Jesús por primera vez y así creyó todo lo que le habíamos contad. Las Navidades se convirtieron en Navidades.

En el aspecto político, la Cominform había, finalmente, hecho pública una declaración que demostró que la profecía de mi colega de que debía de ser nuestra tarea desvalorizar deliberadamente el nivel de vida occidental con el fin de ayudar a Rusia y sus satélites, había sido un acertado vaticinio.

La nueva política, expuesta claramente en aquella declaración, fue también solemnemente discutida por la ejecutiva del Partido y, naturalmente, adoptada por unanimidad. La mayoría de los jefes y la masa de afiliados se alegraron de volver a la guerra de clases después de pasar aquellos años que a muchos les habían parecido anti-marxistas, cooperando con una deplorable política realista.

Por tanto, aquellos que ayudaban a la producción ayudaban al "imperialismo del dólar" y aquellos que la entorpecían ayudaban la causa del comunismo. En una palabra, como siempre, nuestra política nacional sólo tenía que ser una extensión de la política extranjera soviética: esta vez la guerra contra el Occidente. En un tiempo me habría sentido orgulloso de atacar así a la "Inglaterra capitalista" si eso significaba ayudar a los trabajadores ingleses. Pero entonces me horrorizó el pensamiento de que, por toda Europa, mis camaradas del Partido estarían trabajando consciente y deliberadamente para ocasionar la crisis económica, el falta de trabajo, la miseria social y la mala alimentación.

Poco antes, yo sabía que había llegado a la redacción un documento confidencial que se decía que había sido copiado de un informe del departamento de Hacienda, esbozando cuál sería la situación de Inglaterra si rehusaba la ayuda ofrecida por los Estados Unidos. Entre otras cosas, se afirmaba que el Gobierno debería prepararse para hacer frente a tres millones de parados. Yo había preguntado a un miembro del comité político si le parecía exacta esa cifra y en caso afirmativo si podíamos justificar nuestra oposición a la ayuda americana. Su respuesta fue afirmativa en los dos puntos: "Estaríamos mucho más cerca del comunismo si tuviésemos ahora tres millones de parados." Fue la respuesta que recibí.

La forma en que esta "política" debería aplicarse en el *Daily Worker* y en el Partido, fue esbozada por J. R. Campell en la primera reunión del comité directivo del año nuevo. Deberíamos apoyar las rencillas y las disputas en donde el Partido fuera lo suficientemente fuerte para hacerlo con fundada esperanza de éxito. Deberíamos trabajar para extender las huelgas, pero eso, después de nuestro período de colaboración, necesitaría tiempo. Entretanto, para mil novecientos cuarenta y ocho deberíamos imponernos determinados objetivos realistas.

En los muelles y en las industrias metalúrgicas, donde éramos fuertes y donde había "gran cantidad de material inflamable", deberíamos trabajar para la obstrucción. Si podíamos hacer lo mismo en los ferrocarriles deberíamos hacerlo. Todas nuestras fuerzas en los muelles de Londres debían de concentrar sus actividades en los trabajadores del río. Nuestras campañas tendrían que planearse cuidadosamente.

Con ese tenor prosiguió durante una hora y terminó con las palabras siguientes: "Sea lo que sea el año mil novecientos cuarenta y ocho, camaradas, os aseguro que no estará falto de excitación."

Apenas se hicieron preguntas, sólo hubo una vulgar y sumisa aceptación.

Johnnie recogió sus papeles y se dirigió a su despacho, tarareando para sí. Recordando todo lo que habían trabajado él y su comité económico en el gran plan para salvar a Inglaterra y teniendo en cuenta que tendría que volver a rehacer todo lo hecho, me dije a mí mismo que debería de gustarle mucho la nueva política.

Cuando comencé a contemplar seriamente la idea de convertirme al catolicismo, en muchos países de la Europa Oriental se desarrollaban campañas anti-católicas. Eran los católicos los que eran perseguidos y martirizados y esto, a mi juicio, me ponía a salvo de la acusación de mis camaradas y de la de mi propia conciencia de pasarme de los perseguidos a los perseguidores, de la causa que se rebelaba a la causa que triunfaba.

Entonces, sin embargo, desde la declaración de la Cominform, había comenzado en los círculos laboristas una nueva campaña anti-comunista. Se exigían purgas y a mí me pareció que si la situación se desarrollaba en Inglaterra como en los Estados Unidos, podría muy bien parecer que yo abandonaba a los cazados para huir de los cazadores y esto aumentaría los malos entendidos que inevitablemente serían consecuencia de mi marcha. Por eso me pareció urgente ingresar en la iglesia.

Leyendo la prensa católica me había enterado de la publicación de una nueva encíclica del Papa, *Mediator Dei*, que hacía referencia, entre otras cosas, a la exigencia de algunos sectores para incrementar el uso de las lenguas vernáculas por la Iglesia. Considerando los días en que toda Europa profesaba la misma fe y poseía la misma lengua común, el latín, para su vida religiosa y

cultural, yo me inclinaba favorablemente hacia el uso de esa lengua antigua por la Iglesia.

Escribí una carta al *Catholic Herald* y salí del *Daily Worker* a última hora de la tarde para entregarla a su redacción de Fleet Street y con la esperanza de encontrar allí a alguien de la redacción. Pero sólo hallé a los hombres de la limpieza, los demás se habían marchado.

Pero el viernes, nueve de enero, la carta apareció en la página de la correspondencia. Llevaba el título: "Del comunismo al catolicismo", y decía:

"Señor: Yo, un hombre que no es aún ni siquiera un converso, sino un hombre que va tanteando su camino hacia el catolicismo desde el comunismo. Me permito decirle que he encontrado muy acertada y muy apropiada para el momento en que vivimos la nueva encíclica *Mediator Dei*.

"Las divisiones de nuestro mundo de la postguerra son bien patentes: la falta de estabilidad política en la situación del mundo pesa mucho en las mentes y en los corazones de los hombres. La generación que llegó a su madurez entre las dos últimas guerras, mi generación, aun siendo agnóstica, creció con la creencia de que era posible alguna especie de armonía universal y de paz duradera, que los hombres no tenían por qué permanecer divididos. Confiamos en las nuevas organizaciones para la realización de esos objetivos, unos en la Liga de las Naciones, otros en el comunismo. Pero la Liga murió, asesinada, hace ocho años. Nadie tiene las mismas esperanzas en las Naciones Unidas o, si las tuvieron, la amarga realidad les ha desilusionado hace tiempo. El comunismo internacional, lejos de unir la raza humana la está dividiendo tanto horizontal como verticalmente. Sus valores, que en un tiempo parecieron tan fundamentales, tan firmes e inmutables, en esta hora de comunismo victorioso pueden ser cambiados de la noche a la mañana,

"A las once y media de la noche, en vísperas de Navidad, puse la radio. No pudiendo ir a la Misa del Gallo, quise por lo menos traerla a mi hogar. Y al cambiar de una estación europea a otra oí también sucesivamente misas del gallo. Bélgica, Francia, Alemania, Irlanda, e incluso tras el telón de acero, Praga. Parecía que todo lo que en un tiempo había sido la cristiandad estaba celebrando lo que

es potencialmente el más unificador acontecimiento de la historia del hombre. Y lo más importante de todo es que era la misma misa. Yo soy un recién llegado al acto de la misa, pero pude reconocer su continuidad al pasar de una estación a otra, porque se celebraba en un lenguaje común. Este aspecto del catolicismo es digno de destacarse, aunque no sea el más importante. Pero yo tengo la firme creencia de que es precisamente el catolicismo de la Iglesia Católica el que puede ser la mayor atracción y el que puede satisfacer las mayores necesidades de mi desilusionada generación." Estaba firmada: "Un recién llegado."

Yo me pregunté lo que el Partido diría si hubiese sabido la identidad del anónimo autor de la carta.

Pero creía que aún podía hacer una labor útil y no deseaba revelar mi situación prematuramente.

Carol había resuelto el "problema de la primera premisa" más fácilmente que yo y se había deslizado queda y casi imperceptiblemente hacia la fe cuando yo aún estaba luchando por encontrar la luz. Entonces comenzó a insistir en que debíamos, sin pérdida de tiempo, bautizar nuestros dos hijos. Yo accedí, sabiendo que aquél era un paso decisivo. Una vez bautizados nuestros hijos tendríamos que crear para ellos un hogar cristiano.

A las ocho y media de la noche del día diecisiete de enero de mil novecientos cuarenta y ocho, telefoneé al colegio de los jesuitas de nuestro barrio.

—Deseo que sean bautizados mis dos hijos —dije.

—El domingo, a las tres y media —dijo la voz al otro extremo de la línea, una voz que evidentemente pertenecía a una persona amante de la brevedad y de la concreción.

—¿Se necesitan padrinos? —pregunté.

—Que vengan también el domingo a las tres y media —dijo la voz.

Yo comencé a desesperarme.

—Pero si no conocemos a ningún católico —dije.

La voz comenzó entonces a demostrar un verdadero interés.

—¿No son ustedes católicos? —preguntó.

—No —contesté—. Y también queremos hablar con alguien de eso.

Aquella conversación telefónica significó el fin de veinte años de m comunismo.

La voz al otro extremo de la línea me dijo que el sacerdote encargado de mi distrito estaba ausente, pero que le diría que se pusiese en contacto con nosotros a su regreso. Tuvimos que esperar impacientemente hasta fin de mes para poder encontrar una fecha conveniente para ambos.

Entonces Rowena y nuestro hijo de seis meses Jocelyn fueron bautizados en la estrecha sacristía de la pequeña iglesia, y nuestra instrucción comenzó bajo la dirección del Padre Joseph Corr, S. J. Apenas si hubo discusión anterior a nuestra instrucción. Nosotros queríamos conocer la fe católica y esto era suficiente para el Padre Corr, un santo y culto anciano jesuita del norte de Irlanda que comenzó su tarea sin hacernos preguntas. Tardó semanas en saber quien era yo.

Al mismo tiempo le dije cómo trataba de influenciar a mis subordinados, en la medida en que podía hacerlo, y convinimos en que valía la pena realizar esa labor. Había tardado cinco años en recorrer el camino del Kremlin al Vaticano, pero siempre quedaba la esperanza de poder realizar algo bueno antes de abandonar mi puesto. Pero si la tensión de trabajar en el *Daily Worker* se hiciera insoportable o si comprendiese que la realidad me impedía continuar, yo debería presentar inmediatamente la dimisión.

El intento de influenciar a mis colegas fue acordado después de considerable reflexión. Me di cuenta de que yo aparecía ante los ojos de cualquier comunista que viese lo que hacía como un saboteador. Sin embargo, era evidente que si yo creía que el catolicismo era la verdad y el comunismo el error, tenía la obligación moral de intentar combatir el mal y promover el bien. Muchos católicos, estaba seguro, habrían dado cualquier cosa por tener ocasión de extender la verdad y derrotar el error en semejante sitio. Una vez que me hubiese marchado habría perdido esa ocasión.

Cautelosamente tanteé la armadura de mis subordinados y al encontrar un punto débil, traté de ahondado. Tuve algunos éxitos. Al cabo de varias semanas de paciente labor logré llevar a un reportero al punto de afirmar que va no creía en la política del Partido, por lo

que lógicamente pensaba separarse de él. Accedió a hacerme la promesa de que pensaría la cuestión de seguirme si yo dejaba el periódico. Pero no pude conseguir más. La religión era un lenguaje que simplemente no comprendía y yo decidí que si para destruir su antigua fe había necesitado sólo semanas, el proporcionarle una fe nueva me costaría mucho más tiempo. Si yo podía resistir ese tiempo había que verlo. Había otros que también me respondieron, pero más lentamente.

Entretanto traté de establecer nuevas normas en el periódico. El nuevo tipo de instrucciones que había dado a mis reporteros y que habían sorprendido a mis colegas, continuaron. La nueva política del Cominform recibía la menor aplicación posible en las páginas de noticias y por esto me llamaban la atención los otros directores. Para contrarrestar esto traté de conseguir la mayor eficiencia y la mejor información.

Mi posición era difícil; pasaba mi tiempo entre dos mundos. Los domingos iba así y después al *Daily Worker*. Durante la semana seguía yendo por la noche y por la mañana a Santa Etheldreda; muchas veces por la tarde iba directamente del tren a la iglesia para mi instrucción. Probablemente, por primera vez en su historia, muchas y silenciosas oraciones salieron del edificio del *Daily Worker*.

En las reuniones de los directores me mantuve ajeno a las discusiones de política interna, pero enérgicamente defendí el trabajo de mi departamento. Comencé a ver bajo una nueva luz la rutina de nuestras reuniones. En una de éstas estuvieron presentes los directores de unos cuantos periódicos comunistas alemanes que se encontraban en Londres. Ellos nos explicaron el trabajo del Partido en la Alemania de la postguerra. Uno nos dijo que, después de la llegada de los rusos, el puñado de miembros del Partido de la zona soviética había recibido la orden de publicar inmediatamente un periódico. Si no tenían bastantes fuerzas para ese propósito entre los miembros del Partido había que buscarlas.

El Partido era tan débil, dijo, que no tenían personal suficiente para ocupar los puestos directivos del periódico. Al acabarse la primera semana los comunistas del periódico se reunieron para considerar el trabajo de la semana. Cuando examinaron el personal de la redacción vieron que la mayoría de los empleados como periodistas habían sido nazis unas semanas antes.

En otra reunión de directores alguien del departamento de noticias del extranjero, dijo que a su juicio debíamos iniciar una campaña contra las "ocultas reparaciones" obtenidas por Inglaterra de Alemania. Afirmó que era una buena propaganda y calculaba que eso perjudicaría al Gobierno. Johnnie Carnpbell arguyó que semejante campaña no tendría fundamento. Dijo que habían sido llevados a Inglaterra unos cuantos objetos de interés científico, un cierto número de libros raros y especialistas; pero, por lo demás, lo que estábamos gastando en Alemania era muy superior a lo que obteníamos de ella y que esto, en todo caso, eran informes oficiales. El Gobierno había publicado sus estadísticas y no había motivos para creer que estaban falsificadas, aunque sólo fuese por lo fácilmente que se descubriría el fraude.

Pero cuando el director William Rust resumió la discusión, dejó a un lado los argumentos de Johnnie.

—La prensa y la radio soviética —dijo— están haciendo una campaña sobre eso y yo creo que vale la pena secundarla. Si a ellos les parece bien, también nos ha de parecer a nosotros.

Y se acordó iniciar la campaña, y Johnnie, como todos los demás, estuvieron de acuerdo.

Cuando el mismo colega en otra ocasión sugirió que sería útil un artículo explicatorio sobre la situación de Palestina y que sería particularmente apreciado por nuestros lectores judíos, Rust rechazó la idea.

—No sabemos aún lo que Rusia va a hacer sobre esa cuestión y será más cuerdo esperar antes de que nosotros nos comprometamos —dijo.

Las elecciones italianas, que iban a celebrarse en breve, fueron discutidas. Un informe confidencial entregado al Comité Político por un comunista italiano de visita nos fue pasado a nosotros. En él se decía que el Partido consideraba buenas las posibilidades de ganar las elecciones. Pero a los jefes no les preocupaba su resultado porque, si perdía en las urnas, podrían, con la nueva política del Cominform, hacer la vida imposible a todo gobierno y, en la resultante crisis, subir al poder apoyado por ejércitos de trabajadores.

Yo escuché lo que se decía en estas acostumbradas reuniones casi con asombro, no porque todo aquello fuera nuevo para mí, sino darme cuenta de cómo había cambiado yo, porque todo lo que había sido el pan cotidiano de mi vida durante años me pareciese entonces tan inmoral y degradante.

Hasta dónde había llegado en mi forma de pensar lo comprendí claramente al ver una serie de fotografías que me mandó el departamento artístico, mientras yo comía. Comprendía una serie que habían sido tomadas en Grecia una semana antes y que habían llegado clandestinamente.

En una de ellas aparecían unos cuantos jóvenes intelectuales vivos y despiertos y unos jóvenes obreros de aspecto inteligente de pie y a igual distancia unos de otros en la ladera de la montaña al clarear el día. Llevaban esposas y cada uno estaba encadenado a su vecino o a su vecina de ambos lados. Al pie de la fotografía aparecían sus nombres, edad y ocupación. Jóvenes maestros de escuela, estudiantes, obreros, campesinos que se habían unido a las guerrillas y que entonces habían caído en manos de sus enemigos.

En otra fotografía aparecían aún en pie en la ladera de la montaña, pero uno de ellos debía haber comenzado a cantar la "Internacional" y todos la estaban cantando, con las cabezas orgullosas, erguidas, esperando las balas del pelotón de ejecución.

En la última aparecía un montón de cadáveres sobre la hierba de la montaña tal como habían caído. Leí y releí en el título: "Edad veintidós años". "Edad veinticuatro años", "Edad veintitrés años"...

Me apoyé en el archivador sintiendo un profundo malestar y sin haber probado mi comida.

—Hombres grandes, idealistas, inteligentes —comencé a decir sin darme cuenta— que han sacrificado sus vidas por algo que no vale la pena. Pensaron que morían por una Grecia nueva y mejor y murieron por una política exterior soviética a la que le importa muy poco Grecia.

Entonces me di cuenta de la naturaleza de mi espontánea reacción. Comprendí quizá más claramente que nunca la gran distancia que separa al Kremlin del Vaticano. En otro tiempo aquellas fotografías me habrían hecho trabajar con más entusiasmo que nunca por el comunismo,

—Pueden cazarnos, perseguirnos, matarnos —habría dicho—, pero la historia está a nuestro favor. Nosotros triunfaremos. Crearemos un nuevo mundo y esos jóvenes camaradas nuestros serán vengados. Y entonces, Dios os valga.

No hacía mucho tiempo, habrían dado a mi moribundo comunismo una nueva vida, una nueva inyección de cólera y odio para revivirlo. Entonces sólo sentí una gran tristeza.

Betty Wallace, de nuestro departamento de noticias extranjeras, entró en mi despacho.

—¿Qué tienes ahí? —me preguntó.

Yo le entregué las fotografías sin decir palabra.

—Esto excitará a nuestros lectores y les pondrá furiosos —dijo.

En nuestra reunión de directores se decidió hacer sitio en la primera página para darles la máxima amplitud.

Mi propósito de intentar deshacer algo de lo que había hecho en el pasado permaneciendo en el *Daily Worker* hasta cuando moral y físicamente fuese posible, lo había puesto en práctica con un celo de converso, pero me estaba resultando más difícil de lo que había creído.

El grupo del Partido del *Daily Worker* inició una nueva campaña para "elevar la instrucción teórica de los camaradas" y para que estuviesen en condiciones de poner en práctica la nueva política del Partido. El método empleado en esas clases es el siguiente: el instructor hace un breve discurso que dura sólo unos minutos: el resto de la clase se emplea en el procedimiento de hacer preguntas directamente al instructor a los individuos. Todos los que asistían a esas clases tenían que efectuar necesariamente lecturas preliminares, y cualquier debilidad teórica o cualquier tendencia hacia la desviación eran rápidamente advertidas.

Yo no tenía el menor deseo de asistir a esas clases (aunque tenía que procurar que todos mis subordinados asistieran a ellas), porque comprendí que, o habría tenido que mentir o revelar mi forma de pensar en aquel interrogatorio público.

Se celebraban cinco idénticos cursos a diferentes horas durante el día para que nadie tuviese excusa para no asistir, a pesar de los muchos cambios y turnos que existen en un periódico. Todos los

miembros del Partido, desde el director al más joven de los botones, tenían que asistir a ellos.

A mí me dijeron la hora del curso que se consideraba más conveniente para mí, encontré razones para no asistir, me adujeron otras en contra y yo alegué nuevas razones. De esta forma me libré de la primera serie. Entonces comenzó otra y yo me preparé para repetir la operación. No era cosa fácil, porque la presión del jefe del grupo era considerable. Aunque ocupaba una posición relativamente subordinada en el departamento editorial, tenía un considerable poder gracias al cargo que ocupaba en el grupo. Yo tenía razones para saberlo, porque había sido también jefe de grupo durante el difícil periodo que siguió al levantamiento de la suspensión del periódico.

A todos los miembros del Partido se les mandó una nota anunciando la segunda serie de conferencias y era, como de costumbre, una orden más que un aviso,

"Por la presente se te informa —decía— que se te requiere para asistir a la segunda serie del Curso Educativo para todos los camaradas."

El día que recibí esta orden leía algo muy distinto. La *Weekly Review* había dejado de publicarse y en su lugar aparecía entonces una pequeña revista mensual, *The Register*. En ella leí un breve artículo titulado: "Compañerismo del corazón", por H. D. C. Pepler, uno de los escritores a quien yo había atacado años antes, y en él explicaba a los lectores que tenía entonces una *angina pectoris* y que no podría desempeñar el papel que habría esperado en el futuro de la revista. Recordé lo que había sentido cuando un año antes me habían dicho que yo también tenía una *angina*. Por eso comprendí perfectamente por qué en su pequeño artículo parecía tan deprimido. Recordé también lo que debía a Pepler y a los demás de la *Weekly Review*. Quizá si le dijera a dónde me había llevado su influencia conseguiría alegrarle un poco.

Le escribí contándole mi historia, haciendo mi primer contacto católico, aparte del que había tenido con el Padre Corr, que me estaba instruyendo. A vuelta de correo recibí su respuesta, desde un sanatorio de Sussex, y comenzaba así:

"La noticia que me ha dado ha sido para mí una aleluya en medio de la Cuaresma y le doy las gracias por tan magnífica acogida al "Compañerismo del Corazón."

Me rogaba que fuese a verle. Yo deseaba conocer católicos y decidí ir a verle en cuanto pudiera.

El *putsch* de febrero en Checoslovaquia, en el que comunistas armados con la amenaza de una guerra civil se apoderaron de lo que quedaba del estado democrático y lo convirtieron en una dictadura al estilo soviético, fue la última gota. En toda Inglaterra el Partido había puesto a Checoslovaquia como un ejemplo de lo que se podía hacer en Inglaterra. De cómo un Partido Comunista, funcionando dentro de una democracia occidental, podía, poco a poco, hacerse cargo de los órganos del Estado, cambiando durante el proceso el carácter capitalista del Estado hasta que, con el consentimiento de la masa del pueblo, alcanzara el mismo fin hacia el que tendían los demás países comunistas.

Checoslovaquia había sido puesta como ejemplo de cómo el comunismo se adaptaba a las distintas condiciones de los países y con las tradiciones y la cultura de la Europa occidental. Había alentado la esperanza de los que aspiraban a un comunismo inglés peculiar que no siguiera dócilmente el modelo ruso.

El significado de la advertencia de Tito de que Gottwald estaba "bajo sospecha", porque no iba al mismo paso que los demás se hizo entonces claro. Los jefes comunistas checos a quienes había conocido en Inglaterra durante la guerra y que habían empleado el tiempo en hacer planes para su Estado checo comunista, se habían quitado la careta. Gottwald, el discípulo de Moscú, había hecho lo que le habían ordenado. De ahora en adelante sólo serían los hombres de paja al servicio de Rusia.

En una reunión de directores, nos informaron que se acababa de recibir la noticia de que el cuerpo de Jan Masaryk, el jefe liberal checo, había sido encontrado en la calle bajo una ventana abierta. Los medios oficiales del gobierno checo afirmaron que, desde hacía tiempo, sufría insomnios, y que, evidentemente, se trataba de un suicidio.

Al terminar de leerse la noticia se produjo un silencio sólo interrumpido por un ahogado silbido del subdirector.

—Esto nos lo pone un poco difícil —dijo—. No se preocupan mucho de los pobres diablos como nosotros que tenemos que explicar estas cosas a los clientes.

Pero todo estaba muy bien explicado a los clientes y muy pronto se estaban todos muy cínicamente preguntando: “¿Se cayó o le empujaron?”

Yo empezaba a encontrar la atmósfera demasiado sofocante para poder aguantarla. Comprendí que tenía que hablar con alguien que perteneciese a mi nuevo mundo católico. Telefoneé al *Catholic Herald*, pensando que yo tendría más de común con un periodista, y una noche en un pequeño café italiano cerca de Fleet Street, conocí al director, Michael de la Bedoyère, y a dos miembros de su redacción. Fueron los primeros católicos seculares con quienes hablaba, aunque mis dos hijos ya estaban bautizados y yo me estaba instruyendo.

Unos días después, al salir de la Bendición en nuestra pequeña iglesia del barrio, con los niños, Carol se encontró con la tesorera del Partido comunista de nuestro distrito y con su marido. Era lo que nosotros habíamos pensado que podía suceder y habíamos tratado de evitar.

—¿Qué hacéis en una iglesia católica? —nos preguntó uno de ellos.

Carol lo explicó diciendo que solamente en una iglesia católica se podía oír cantar bien y que ellos debían de conocer indiscutiblemente nuestros gustos musicales para saber lo aficionados que éramos a todas las músicas primitivas.

El marido, también un aficionado a la música, pareció convencido. Ella pareció comprenderlo más difícilmente.

Por mucho que a mi me gustase la música yo no iría nunca a un maldita iglesia —afirmó—, y menos aún a una iglesia católica.

Cuando aquella noche regresé del periódico, Carol insistió en que debíamos quitarnos la careta lo antes posible.

No podemos dejar que continúe una situación en la que ya hemos mentido a medias respecto de nuestra religión —dijo.

Yo, por mi parte, me había dado cuenta de que no podía esperar ningún converso al catolicismo dentro del *Daily Worker* hasta transcurrido mucho tiempo, aunque hubiese conseguido apartar del

comunismo a algunos de mis subordinados. También creía que en aquel momento podría hacer una protesta contra las infamias que se estaban cometiendo en Checoslovaquia. Estuve de acuerdo con ella y decidimos que hablaría a final de la semana siguiente.

El director estaba ausente cuando fui a presentar mi dimisión el viernes por la noche y por eso decidí que lo haría el domingo.

Durante toda la semana había estado pensando qué es lo que diría para no herir los sentimientos más de lo que fuera necesario. También pensé en si cabía alguna esperanza de influenciar a Rust cuando le explicara las razones de mi marcha.

Calculé, acertada o equivocadamente, que si le hablaba de catolicismo éste sería un lenguaje que simplemente no comprendería. Yo creo hoy que, en la misma situación, por lo menos lo habría intentado. Resolví discutir con él mi opinión política y confié que así tal vez sembraría en él las primeras dudas. Ahora sé perfectamente que tener dudas para un marxista es asegurar la muerte final de su marxismo.

A mi juicio la dificultad estaba en que, indudablemente, se produciría una escena violenta y que entonces sería difícil apelar a la razón. Al mismo tiempo, y contra mi sano juicio, casi deseé una escena así, porque comprendí que si yo también me acaloraba me sería mucho más fácil hablar y acabar con aquella situación.

Cuando llegó el momento crucial a mí me pareció que era lo más difícil que había hecho en mi vida. Desde hacía años habíamos estado ilusionados con tener un edificio grande y moderno para editar el periódico y teníamos el propósito de mejorar el *Daily Worker*. El dinero (casi un tercio de un millón de libras) había sido reunido después de años de sacrificio, súplicas y especiales esfuerzos. Las obras del nuevo edificio habían empezado. Desde hacía tiempo, ya había planeado mi despacho y todo el departamento editorial tal como yo lo deseaba. Yo no iba a trabajar nunca en aquel nuevo edificio, ni usaría aquel despacho tan cuidadosamente planeado.

También sentía un nuevo afecto por mi equipo de reporteros. A la mayoría, y como individuos, les tenía cariño desde hacía años. Durante aquellas semanas que preparé mi marcha miré a mis colegas con nuevos ojos.

La mayoría, sin duda alguna, se habían hecho comunistas por lo bueno que había en ellos. Habían llegado por su idealismo, por su irritación ante las malas condiciones sociales: fundamentalmente, en la mayoría de los casos, habían acudido porque nadie les había enseñado algo mejor. Lo que les sucedió después, cuando se convirtieron en los nuevos hombres marxistas, en los hombres que moldea el Partido, eso ya era otra cosa. Deseé quedarme entre ellos para hacerles ver lo que veía entonces, para compartir con ellos las verdades que había hallado.

Había algunos, era cierto, que amaban el poder, porque deseaban aprovechar las ocasiones. Yo sabía que cuanto más alto escalase la organización del Partido más tipos de éstos encontraría. De ellos me separaba sin sentimiento. Pero eso no se aplicaba a Sam, Len, Rosa, Ben y otros muchos compañeros de mi equipo que conmigo habían trabajado, habían soñado y se habían sacrificado.

El saber que casi con toda seguridad sería mal comprendido por ellos me contuvo por mucho tiempo. Sabía que cuando me marchara dirían: "Otro Judas Iscariote. No creíamos que fuese capaz de marcharse." Y apretarían los dientes, estrecharían las filas y trabajarían más intensamente por lo que era la vida de ellos como lo había sido mía. Ellos no habían cambiado, era yo, y no veía motivo para desear herirles. En todo caso los miembros del Partido eran mis únicos amigos. Había estado demasiado ocupado y también demasiado aislado del mundo no comunista durante muchos años para tener otros.

Cogí aquellos con quienes había tenido más contacto el viernes por la noche y los llevé al "Parador Editorial", como nosotros le llamábamos, para tomar algo juntos. Les conté que me marchaba el domingo, les expliqué que había tenido fundamentales diferencias con el Partido y les rogué que me guardaran el secreto. Se quedaron sorprendidos y tristes y, como descubrí más tarde, tomaron sus medidas para no estar de servicio el domingo.

CAPÍTULO XXIII

LIBRE DE LA CAMISA DE FUERZA

Envié a mis reporteros a distintos sitios aquel domingo a primera hora y sólo dejé uno en la redacción para un caso de urgencia. Con gran cuidado examiné mis archivos, mi diario de acontecimientos, todo lo necesario para continuar en mi trabajo con el fin de asegurarme que todo estaba en orden. Al cabo de muchos años de gozar de una reputación de eficiencia más que normal, no quería dejar un estado de cosas en el que fuese difícil a mi sucesor hacerse cargo de las riendas de mi departamento. Estaba casi obsesionado con esa idea e incluso dejé un esbozo de lo que había que hacer al día siguiente.

Es difícil explicar los motivos que tuve para tomarme tanto trabajo. En parte, supongo, que sería orgullo profesional y en parte un gran deseo de no herir a mis antiguos amigos siempre que pudiese evitarlo y en parte también porque me di cuenta de lo orgulloso que me había sentido cuando ocupé el cargo de director de noticias y de cómo me había encariñado con mi trabajo.

Dudé de poder llevar a cabo mi propósito. Acudió a mi memoria haber oído de matrimonios que habían planeado la separación, porque la vida en común se había convertido en un infierno, y en la última noche volverse atrás y convertirla en una noche de bodas. A mí me pareció encontrarme casi en la misma situación y a punto, como ellos, de arrepentirme.

Salí del periódico y fui a dar un paseo alrededor de la manzana. Entonces me di cuenta del cariño que sentía por aquel sórdido barrio. En la calle Swinton, en la que nuestra casa estaba situada, se habían cometido dos crímenes durante los últimos meses. La víctima de uno había sido la mujer de Paddy, el jovial zapatero remendón irlandés, que estaba al final de la calle, que era también afiliado al Partido comunista, que vivía en una increíble miseria encima de su

pequeña tienda de la esquina y que arreglaba nuestros zapatos de balde, porque sabía que trabajábamos en el "bueno del *Daily Worker*" y nos decía que diéramos el dinero para los fondos de lucha del periódico. Había asesinado a su mujer con su cuchilla de zapatero y después se degolló dejando un niño para que la policía lo mandase a un Hogar.

El segundo había sido una riña a puñaladas después de haberse cerrado las tabernas el sábado por la noche. Nosotros habíamos seguido el reguero de sangre que haciendo zigzag pasaba por delante de nuestra redacción.

En un solar producido por una bomba a finales de la guerra, contemplé a una gran rata vagando entre los desperdicios de aquellas ruinas. Una pequeña gata saltó sobre ella y escapó hacia el portal de una casa vecina. La dejó en el suelo para jugar con ella y la rata desapareció por debajo de una puerta. Defraudada, la gata, salió en busca de otra presa y yo continué mi paseo pensando en si sería realmente necesario ir a ver a Rust y discutir con él. ¿Por qué no exponerle sencillamente mis razones por escrito y dejar la carta cuando saliera? Recé como no había rezado nunca y regresé para acabar de una vez aquel asunto.

Por lo visto nada tenía que ser fácil para mí. Bill Rust no hizo ninguna escena, no le dio ningún ataque de furor incontenible, ni siquiera fue sarcástico. Yo le expliqué que no estaba de acuerdo con la política del Partido y le expuse mis razones. De momento se quedó sin habla, pálido y agitado. Después me hizo preguntas incrédulamente. Me sugirió que mis diferencias podían ser allanadas si tenía una conversación más larga, pero yo le contesté que eran fundamentales y continué manifestándole que también estaba en desacuerdo con la aspiración final del Partido y que yo ya no era comunista.

Esperé que se pusiese furioso o se quedara frío. En vez de esto me demostró un sincero afecto, todo el afecto de que era capaz y que yo no se lo había visto nunca.

—Me censuro a mí mismo —dijo—. Evidentemente estás enfermo desde hace tiempo o has debido de estarlo, porque de otra forma no abandonarías al comunismo así. Debí de haber tomado medidas hace tiempo.

Puede que dijera esto porque sabía que, a su debido tiempo, debía de darse una explicación al comité político y pensaba en su incómoda situación por haber permitido que se desarrollara tal herejía y que un hereje permaneciera tanto tiempo en su puesto. Puede que su actitud fuese debida a sentimientos más nobles. Yo no me inclino por lo uno ni por lo otro, pero prefiero creer que fuese por lo último.

Me sugirió que me marchase, que el Partido procurarla hacer algo por mí y mencionó la idea de llegar a un acuerdo con el partido francés para una larga permanencia en Francia. Le contesté que era inútil y por último logré convencerle. Acordamos que no podía continuar más tiempo en el periódico y me despedí de él, diciéndole que le resumiría lo que había dicho en una carta al día siguiente.

Cerré mi mesa y mis archivos, éstos aún llenos con los expedientes de fascistas copilados a través de los años, entregué las llaves al reportero de noche y salí de la casa por última vez.

De pronto, al encontrarme en la calle, mi depresión desapareció por un momento.

—Soy libre. Me han quitado la camisa de fuerza —me dije a mí mismo—. Ahora puedo volver a empezar mi vida como católico.

Al día siguiente, a primera hora, escribí a Bill Rust la carta que le había prometido. Decía así:

"15 de marzo de 1948.

"Querido Bill:

"Sugeriste ayer que una nueva discusión sobre mis puntos de vista podría ser útil, pero francamente no veo que pueda tener utilidad alguna.

"Presento hoy mi baja en el Partido a continuación de mi dimisión en el *Daily Worker* de ayer. Desde hace algún tiempo me tenía muy preocupado la política del Partido, tanto en nuestra patria como en el extranjero.

"Mis primeras dudas serias surgieron al ver la actividad de Rusia en la Europa Oriental. Cuanto más sabía de lo que estaba sucediendo tras el telón de acero menos me gustaba. Los informes leídos en nuestras reuniones y hechos por los camaradas que regresaban de esos países, mientras alentaban a otros miembros de

nuestro Partido, sólo sirvieron para acentuar mi convicción de que yo no podía, honradamente, apoyar esas actividades y aumentaron mi desilusión respecto a las intenciones de Rusia, y respecto a la conveniencia del comunismo.

"Cuando surgió mi primer desacuerdo con la política extranjera del Partido, nuestra política interior aún me pareció defendible y por ese motivo seguí en mi puesto de director de noticias, puesto que mi principal responsabilidad era la de procurar un acertado servicio de información nacional. Nuestras campañas para aumentar la producción eran, a mi juicio, útiles y tenían éxito. Yo estaba orgulloso del papel que jugué en ellas.

"Pero la aparición de la nueva política sobre la producción y la oposición al Plan Marshall significaron la pérdida de mi último punto de acuerdo con la política del periódico. No creo que nada pueda justificar el cambio de política teniendo en cuenta la miseria que ocasionará la nueva orientación.

"Para mí significó la falta de fe en la opinión del periódico en las campañas nacionales y en las campañas extranjeras.

"Checoslovaquia ha sido la última gota. Los acontecimientos en ese país durante las últimas semanas, demuestran contundentemente que la nación que se vuelve comunista tiene que adaptarse aun molde único sin tener en cuenta sus orientaciones ni sus tradiciones.

"No creo que conduzca a nada discutir extensamente estas cuestiones. Conozco todas las respuestas "correctas", pero para mí no tienen valor. Y no creyendo en la política actual del Partido ni en sus aspiraciones, es evidente que debía de darme de baja en el acto.

"Para mí la situación era imposible y conozco el periódico lo suficientemente bien para darme cuenta que no hay sitio en la redacción, y menos en cargos directivos, para personas que no están completamente convencidas de la correcta línea de acción del Partido. Y tú no aguantarías un minuto más de lo que fuese necesario a una persona que se hubiese dado de baja en el Partido.

"Quiero que sepas que mi decisión no ha sido tomada a la ligera. Sólo quiero recordarte que he consagrado toda mi vida de

hombre adulto al comunismo y los últimos ocho años y pico al servicio del periódico.

"Te agradezco mucho lo que dijiste ayer respecto de cómo he trabajado y respecto de la eficiencia cómo he desempeñado mis deberes.

"He hecho todo lo posible para que todo lo relacionado con mi trabajo esté en orden y al día."

A Harry Pollit, el secretario general del Partido, le escribí lo siguiente:

"15 de marzo de 1948.

"Querido Harry:

"Anoche dimití de mi cargo de director de noticias del *Daily Worker* y ahora también quiero darme de baja del Partido.

"He explicado mis motivos, bastante extensamente a Bill Rust, quien sin duda te los comunicará a ti.

"Brevemente son los siguientes: Cada vez me han preocupado más la política extranjera soviética y los acontecimientos de la Europa Oriental. Estoy anonadado por lo que ha sucedido en las últimas semanas en Checoslovaquia. Creo que la nueva política del Partido respecto de la producción es un profundo error, y que nuestra campaña contra el Plan Marshall, si tiene éxito, sólo puede acarrear miseria al pueblo inglés.

"En estas circunstancias no tengo más remedio que darme de baja del Partido. Me uní a la organización del Partido en 1928 y he consagrado toda mi vida de hombre adulto al comunismo. Por tanto, sólo después de profundas reflexiones he llegado a la conclusión que te he expuesto, y sólo la creencia de que el Partido está completamente equivocado es lo que me ha impulsado a tomar esta decisión."

El mismo día Rust me escribió y nuestras cartas se cruzaron.

Su carta reflejaba el mismo estado de ánimo del día anterior. En ella repetía su "impresión y asombro" por mis palabras. "Por un largo período de años", escribía, "te he considerado un camarada

inteligente, fiel y trabajador que realizaba su trabajo pese a su mala salud."

Me habló del mal aspecto que tenía cuando habíamos hablado y "de la tensión que debía de haberte impuesto durante los últimos meses por el mucho trabajo y por las dudas que estaban germinando en tu mente".

Encontrándome yo "tan inseguro respecto de los principales aspectos de nuestra lucha", era, naturalmente, me decía, mucho mejor que dejara mi puesto. Pero no podía creer que mi punto de vista representase un fundamental cambio de opinión, que entrañase la separación del Partido al que había consagrado todos los años de mi activa vida política. "Escribiéndote como un camarada que te tiene un profundo afecto personal", me decía, "quiero repetirte mi ofrecimiento de tener una discusión personal para tratar de todas las cuestiones y saber así cuáles son nuestras respectivas posiciones".

Se ofrecía a venir a mi casa para hablar y después añadía que me adjuntaba mi salario del mes y me rogaba que le dijese lo que pensaba hacer en el futuro.

De Pollit recibí una petición similar de tener una conversación "antes de dar efecto final a lo que piensas".

Deduje el sueldo de una semana, por el tiempo que había trabajado, y devolví el resto del dinero que Rust me había enviado. Con él adjunté una contestación a su carta en la que le decía que, apreciando su ofrecimiento para discutir el asunto, yo creía que sería inútil, porque ya estaba en camino de convertirme al catolicismo.

Hasta entonces me había callado este hecho, pensando que sería considerado con prejuicios tan ciegos que ninguno de mis compañeros a quienes esperaba influenciar lo oirían con espíritu comprensivo. Hablándoles exclusivamente en el lenguaje político que ellos comprendían confié en que podría conseguir algo y que a los integrantes de la redacción les daría mis motivos.

Lo acertado que estaba en eso de los prejuicios me lo demostraron los acontecimientos en cuanto se supo que yo tenía el propósito de convertirme al catolicismo.

El *Catholic Herald* me había pedido si podía publicar mi dimisión y el hecho de que me estaba instruyendo en la fe católica. Yo accedí, me hicieron una entrevista y la noticia aparecería el viernes

por la mañana, lo que quería decir que circularía por la prensa el jueves por la tarde.

Para evitarme llamadas telefónicas y peticiones de entrevistas que supuse se sucederían cuando leyeran el *Catholic Herald* en otras redacciones de periódicos, envié una copia de la entrevista a los principales periódicos y a las agencias de noticias el día antes, sabiendo, como director de noticias, cuántas molestias podían ahorrarse de esta manera. Después me dirigí a la redacción del *Catholic Herald* de Fleet Street, pensando que por fin podría descansar.

Sin embargo, cuando llegué allí, Carol estaba en el teléfono suplicándome que volviese a casa lo más pronto posible. Nuestro teléfono había estado sonando casi incesantemente, periodistas y fotógrafos estaban en mi domicilio y a la puerta y otros habían anunciado su visita. Di media vuelta y regresé.

Las tornas se habían vuelto contra mí como venganza, porque no tuve más remedio que sostener una especie de conferencia de prensa. El periodista que durante años había hecho preguntas a los demás probó entonces su propia medicina. La mayoría de los que habían venido a verme, tuve la sensación, que habían esperado encontrarse con que mi decisión había sido una especie de pirueta. Tuve la satisfacción de ver que casi todos, si no todos, se marcharon convencidos, por lo menos de mi sinceridad. Fue un grupo atento que había ido a cumplir una misión, que buscaban noticias sensacionales, pero que se marchó con un simpático interés por la opinión y la conducta de un compañero periodista.

En cuanto se hubieron marchado sonó el teléfono. Una voz de mujer dijo:

—Acabo de oír las noticias de las seis por la radio. Dime que no es cierto, Douggle. No puedes dejar el Partido. No puedes pensar en convertirte al catolicismo.

Era una joven judía de Bethnal Green, un miembro del Partido que había seguido mis escritos durante años, obrado según mis sugerencias, incansable en la guerra que libraba contra los fascistas y en la que había demostrado considerable valor.

Por su voz parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—Nunca creí que tú nos abandonarás —dijo y colgó el teléfono.

Ella fue la primera de muchas personas que no pudo comprender cómo, después de tantos años en el Partido, podía considerar el marxismo una equivocación y en particular que el catolicismo pudiera tener razón. Cada una fue una amistad perdida.

Durante toda la tarde estuvieron llegando periodistas, primero de la prensa inglesa, después también los extranjeros. Estaba hablando con un americano después de la una de la mañana siguiente y contestando a la nueva sucesión de llamadas telefónicas y visitas cinco o seis horas después.

Durante los días siguientes mi vida fue agotadora, las emisiones de radio, los artículos para los periódicos, las interminables entrevistas. El domingo, el Domingo de Ramos, el noticiario British Movietone News se presentó y nos filmó nuestra casa.

Esto es una locura, me dije a mi mismo, no puedo seguir así. He patentizado mi protesta por lo que se ha hecho en Checoslovaquia y en los demás países tras el telón de acero; he dado las razones que me han impulsado a convertirme al catolicismo, las que pueden ayudar a alguien como me han ayudado a mí. Pronto podré comenzar a vivir tranquilamente mi nueva vida de católico.

Pero en los primeros diez días recibí más de novecientas cartas procedentes de todas las regiones de Inglaterra, de los Estados Unidos, del Continente y, después, de la India, Australia y de todo el mundo. Era evidente que había puesto en conmoción algo mucho mayor de lo que yo había esperado.

Entre las cartas, naturalmente, había muchas de sorprendidos e indignados protestantes, muchos de los cuales adoptaron la actitud de que era mejor ser un militante ateo y comunista que un papista.

Pero otros me hicieron sentir muy humilde cuando pensé en la calidad que demostraban al darme la bienvenida al cristianismo, sin preocuparse del campo de que procedía.

Hubo también algunas que me entusiasmaron como la de aquel hombre que había sido comunista, que se había desengañado la política del Partido y que entonces me escribía diciéndome que él también había estado pensando en hacer lo que yo había hecho. Entonces seguiría mi ejemplo. La última vez que había estado en una iglesia católica, me escribió, fue cuando metió su mula en una

de ellas, siendo soldado de las brigadas internacionales durante la guerra civil española.

Los periodistas que se entrevistaron conmigo resultaron ser tan justos como yo había esperado. Sólo uno escribió de forma ya preestablecida sin tener en cuenta la realidad de los hechos.

Vivía entonces en una casa que era excesivamente grande y muy incómoda, pero que la habíamos alquilado durante los bombardeos cuando cualquier clase de techo sobre la cabeza era mejor que ninguno. Pero el periodista se presentó con una idea fija respecto de cómo vivíamos. Su artículo al día siguiente habló de nuestra "pequeña casa de cuatro habitaciones" y describió una situación, que aunque conmovedora, no se parecía en nada a la realidad. Sin embargo, tal es la perversidad de la vida, fue este artículo el que se publicó en más países y el que finalmente facilitó las bases para una introducción editorial para algo que yo escribí, una colección de artículos, que fue publicada en los Estados Unidos y que después tuvo también una amplia venta en mi país.

El *Daily Worker*, al día siguiente de haberse hecho pública mi dimisión por la radio, no debió de saber qué hacer conmigo y por eso me consagró sólo un corto y venenoso párrafo. La noticia de que yo me iba a convertir al catolicismo lo había cambiado todo. La bondadosa consideración de dos o tres días antes del director desapareció en el acto, como yo lo había supuesto, y a su debido tiempo apareció una noticia comunicando que se había descubierto que yo había sido "un agente del Vaticano desde el pasado mes de octubre". El periódico indicaba que ésta sería la última alusión que haría a semejante persona. Pero pronto tuvieron que llamar en su ayuda a Sean O'Casey para que escribiese un artículo en contra mía. Habiendo ya trabajado, anteriormente en el periódico, sucedía que con frecuencia llamaban a Sean para que hilvanase palabras altisonantes cuando los jefes del Partido no tenían bases sólidas para lanzar una campaña.

Sentí profundamente romper con antiguos compañeros y sentí que me odiaran, aunque esto no fue para mí una sorpresa.

Sólo los ignorantes y los cándidos pueden creer que no existe camaradería o consideración entre los hombres que trabajan por una causa mala. En cierta forma estábamos más estrechamente unidos por la misma naturaleza de nuestra causa. Pero entonces todo eso

había desaparecido. Los comunistas no tienen compañerismo hacia aquellos que les abandonan y menos por sus primeras figuras en Inglaterra que pasan directamente del Partido a la Iglesia Católica.

Sin embargo, unas semanas después me enteré de lo que había sucedido en la redacción del *Daily Worker* cuando yo me marché.

Cuando mi dimisión se hizo pública, al parecer, reinó en el edificio una tensa y nerviosa atmósfera. A los reporteros se les explicó colectivamente lo sucedido y cada uno por separado fue interrogado para descubrir hasta dónde había llegado mi influencia en ellos y para saber si habían tenido alguna sospecha respecto de mis opiniones y si había sido así, averiguar las razones por qué no habían informado a los jefes.

El Partido tiene bastante experiencia internacional para enterarse de esta forma de bastantes cosas, y el que sus métodos sean efectivos, incluso en Inglaterra, lo demuestra el hecho de que el número de sospechosos quedó reducido a tres y los tres eran los verdaderos.

Cada uno de esos tres sospechosos recibió la orden de preparar una "declaración" por escrito; los no comunistas lo llamarían una "confesión", que debía de adoptar la forma de un análisis marxista de cómo y por qué se había producido mi "desviación" y en la que tenían que esbozar de qué forma se habían visto influenciados por mí. Con la solemne promesa de que harían todo lo posible para robustecer su marxismo y de que trabajarían lealmente por la causa en el futuro, se les permitió continuar en el Partido y en la redacción del periódico.

Uno, el más sospechoso de todos, había pensado dimitir al mismo tiempo que yo, pero en el último momento no lo hizo por razones familiares que yo comprendí perfectamente.

Sin embargo, debido a la atmósfera que se había creado en la redacción aquella mañana, poco a poco cambió sinceramente de opinión. Hay que tener en cuenta que él pertenecía al Partido desde hacía más de doce años, y que a mí me habían catalogado como un criminal muy peligroso, por lo que no es de extrañar tuviera que admitir con pena que se había dejado influenciar por mí.

Cuando escribió su "declaración" estaba dispuesto para una completa regeneración comunista. Atribuyó mi desviación, en el mejor estilo marxista, a mi "mezquino origen burgués", atribuyó sus vacilaciones a su fracaso para rehabilitarse después de unos años en el ejército y prometió asistir a las clases marxistas con renovada regularidad e interés y trabajar con más entusiasmo que nunca por el Partido y el periódico.

Siguiendo su costumbre de experimentado periodista, al hacer su declaración, puso un papel carbón en su máquina de escribir y después guardó la copia en su mesa.

Durante toda una semana, aún bajo la influencia de todo lo que se había dicho de mí, trató de enmendarse a sí mismo y de revivir la vacilante llama de su comunismo.

Pero en un momento de calma, un viernes por la tarde, mirando los cajones de su mesa, se encontró con la copia de lo que había escrito, y como estaba solo, comenzó a leerla. Cuando volvió a ver lo que había escrito de mí y a recordar nuestra antigua amistad y tantas veces como habíamos conversado, sintió náuseas por lo que había hecho. "Debí de dimitir antes de degradarme y humillarme así", se dijo a sí mismo. Entonces comprendió su falsa posición durante las últimas semanas. Con la "declaración" en la mano se dirigió directamente al despacho del director con intención de dimitir en aquel mismo momento.

Pero se encontró con que el director se había ido al campo para hablar en un mitin al día siguiente.

"Dimitiré el domingo en cuanto venga", se dijo a sí mismo. Y sintiéndose un poco nervioso por aquella impulsiva decisión, se dirigió al "Parador Editorial" contiguo y comenzó a beber solo en un rincón. Al poco tiempo se unió a él una joven que hacía sólo una semana que trabajaba en el periódico y que desempeñaba un oscuro empleo en uno de los departamentos comerciales.

A ella se la había visto antes relacionarse con varios miembros de la redacción, hablando amistosamente con uno y con otro y llamando la atención por su pronunciado acento extranjero.

El la invitó a beber y después fue ella la que invitó. Ella, bajo los efectos de la ginebra, comenzó a desahogarse y a criticar a alguno de los jefes del Partido, y en particular a algunos de los jefes del

periódico. Él secundó sus críticas diciendo algo de lo que pensaba. Cuando hubieron pasado varias horas juntos y él hubo bebido bastante, confesó que habría dimitido aquella noche si hubiera encontrado al director.

El domingo procuró llegar el primero a la redacción para hablar con el director en cuanto llegase.

Cuando oyó los pasos de Rust en el pasillo, bajó corriendo a su despacho dispuesto a decirle lo que tenía pensado. Pero al trasponer el umbral, Bill Rust le preguntó:

— ¿Ha venido usted a presentar la dimisión?

— Completamente derrumbado, apenas pudo contestar que sí.

— Rust sacó un sobre sellado y se lo entregó.

—Es demasiado tarde —dijo—. Aquí tiene la notificación. Está usted despedido.

Se desarrolló a continuación una violenta escena en el curso de la cual dijo todo lo que durante muchos meses había ansiado decir. Rust, por su parte, en lenguaje londinense vulgar, le explicó lo que él consideraba su principal punto flaco. Al marcharse, el director tuvo una última indirecta:

—Hay otra cosa que habla olvidado mencionar.

— ¿Cuál es?

—Habla usted demasiado. Debía haber tenido cerrada la boca el miércoles por la noche.

Luego, al leer la notificación del despido, vio que las razones políticas, motivo de su destitución, no eran, naturalmente, mencionadas. En cambio, se hacía presente que constituiría un lastre profesional, más que un mérito, cuando empezase, como tendría que hacer en seguida, a buscar otro empleo.

Semanas después, todavía sin trabajo, lo encontré y me contó su historia. Estaba convencido de que había sido metido en una trampa por un miembro del Partido que era un *agent provocateur* designado expresamente para ese fin. Creía, también, que el director le había traicionado. Estaba sin trabajo desde hacía muchas semanas, y ya no creía en el programa del Partido comunista, en sus directrices ni en sus jefes. Sin embargo, era aún, lo reconocía, un miembro activo del Partido.

Le pregunté el motivo.

—Ha sido mi vida durante tanto tiempo que no puedo decidirme a romper con él —dijo—. Parece bastante fácil cuando recuerdo cómo me han tratado y cuando pienso en alguno de los jefes. Pero cuando pienso en algunos de los afiliados que son la buena levadura y que han creído en mí tantos años, no puedo resolverme a hacer lo que les parecería una mala jugada.

Sólo meses más tarde, después de que el incidente de Tito le acabó de abrir los ojos, y de seguir sin trabajo, se decidió por fin a la ruptura.

Así ata el comunismo a tantos que se unieron a sus filas como idealistas o que fueron atraídos por lo que parecía su gran tarea por la justicia social y que se ven comprometidos hasta un punto en que hallan casi imposible la escapatoria.

El Partido está organizado de forma que hace del comunismo toda la vida de sus miembros. Pierden sus viejas amistades. Todos sus actuales camaradas y asociados son del Partido. Absorbe todo su tiempo, su trabajo, su descanso, dondequiera que se encuentren. Dirige toda su vida mental. No piensan más que en la forma de adaptar su *milieu* a la línea del Partido.

Están realmente convencidos de que el Partido les da amplia libertad de pensamiento, pero son incapaces de ver que jamás sus ideas son originales, que no hacen más que aplicar a sus insignificantes vidas lo que ha sido establecido hasta en los más mínimos detalles por los jefes políticos. No es fácil romper ese círculo vicioso, como quedó demostrado cuando, pocos días después de mi separación, hablé con una antigua amiga, miembro del Partido.

—Has trabajado mucho por hacer de mí un buen miembro del Partido en el pasado. Explícame ahora lo que has hecho —dijo ella.

Acepté su invitación y descubrí que sus dudas eran mayores que las que al principio estaba dispuesta a admitir. Después de varias horas de discusión, no quedaba nada de su comunismo, y convenía en que ahora se encontraba a sí misma, también, en desacuerdo, tanto con la inmediata línea de acción del Partido como con sus últimos fines.

—No hay, por tanto, ninguna razón lógica para que continúes afiliada al Partido —le dije.

Era culta, inteligente y tenía una dinámica personalidad. Había pasado de la Universidad al periodismo, y, atraída por el comunismo, habla trabajado mucho por él, llegando a avergonzar a algunos de los proletarios que militaban en sus filas por sus incansables esfuerzos por la causa. Pero todo había acabado.

—Lógicamente, debías separarte —repetí.

Su respuesta me sorprendió:

—Lo haré, si crees que debo hacerlo. Pero no respondo de lo que suceda, porque quizá haga lo que el pobre Jan Masaryk acaba de hacer. Me aterra pensar en lo vacía que sería mi vida si me apartase.

En tales circunstancias, sólo pude aconsejarle que obrase según su conciencia y que procurase llenar ese vacío. Ella creía que yo había abrazado el catolicismo sólo como un recurso, hasta que le expliqué que el orden de los acontecimientos no sostenía aquel punto de vista, que la influencia católica vino primero y que mi comunismo se apagó después, y sólo después de varios años de resistencia.

Cada vez que ella intentaba pensar en términos de religión, y al parecer lo intentaba desde que se había enterado de mi conversión, le venía a la memoria un individuo, que se decía cristiano, que había conocido de niña y cuyo recuerdo le llenaba de repugnancia. Y de nuevo titubeaba.

Sin embargo, es precisamente ese vacío lo que proporciona al comunismo su fuerza. El comunismo, creo, ha tenido su origen concretamente en ese vacío espiritual que existe en todo lo que fue una vez Cristiandad.

Se ha de ser potencialmente bueno o inteligente para comprender que no basta caminar por la vida sin un fin y una dirección, sin fe ni ideal, Por eso el comunismo tan a menudo arrastra a los mejores, a aquellos que sienten esa falta. Por eso se ha extendido en nuestros días y no en otros. No es la presencia de la pobreza lo que es nuevo. El nuevo factor de la situación es la presencia de millones de modernos paganos. El comunismo es hijo de la incredulidad. Los males sociales son sólo el alimento de que se nutre.

Y por eso el comunismo ha podido recoger lo que es esencialmente un instinto religioso y usarlo para fines perversos, recoger las buenas cualidades y utilizarlas para el mal.

Por esa razón, ante la disyuntiva de permanecer adicta a una causa en la que no creía o enfrentarse con el vacío, ella escogió lo primero, y, según creo, estuvo resistiéndose todavía muchos meses.

Han sido sólo unos pocos los preparados a seguir mi camino hasta el fin, pero yo sé lo largo de la jornada, y no espero ahora un rápido proceso. Han sido más los que, simplemente, han sufrido el suficiente influjo para, por lo menos, romper con el comunismo.

Ha habido más que hacer de lo que yo hubiera jamás imaginado, no siendo la más fácil tarea el intentar extender una mejor comprensión del comunismo y particularmente de los comunistas, porque entiendo que aquellos que lo han sido sólo por tratarse de aventureros políticos o por afán de poder tienden a ayudar a la misma causa que ellos desean destruir.

La vida es muy compleja, lo mismo que los motivos de las acciones humanas. A mi entender, la mayoría de los que entran en el comunismo lo hacen, en primer término, porque buscan subconscientemente un ideal que llene el vacío de su incredulidad, o, como en mi caso, de una insegura fe que no es bastante para satisfacerles intelectual y espiritualmente.

No pretendo decir con esto que los mejores hombres estén en el Partido comunista y que los peores estén fuera de él. Pero creo sinceramente que hay un magnífico material en las filas del Partido, que los comunistas ateos avergüenzan, por su energía y entusiasmo, a muchos que poseen una fe en la que se contienen las únicas respuestas verdaderas e inmutables para nuestros problemas.

Conozco por experiencia que mucha gente buena entra cada año en el Partido. Pero una vez que se acepta un falso credo, ¿cómo sus vidas no han de caer también en el mal? El "cadré de acero" es un producto artificial fabricado y moldeado por el marxismo, que convierte a menudo los mejores materiales en algo que es quizá lo más mortífero del mundo actual. Para el "cadré de acero" no hay valores espirituales ni consideraciones morales o éticas. Ni la más mínima piedad humana influye en su sentir marxista; ni el amor, ni la compasión ni el patriotismo tienen cabida

en su estructura: para él no existe la verdad ni el honor, excepto dentro de su círculo inmediato de camaradas. La conciencia se ha convertido en algo que le impulsa a mentir, a engañar, a traicionar. El comunismo es el fin de sí mismo, y ese fin justifica siempre los medios.

Sería trágico que millares de hombres malos pasaran año tras año por ese proceso. Pero en cierto modo es todavía peor cuando se da la circunstancia de que la mayoría son esencialmente buenos y llegan con sanas intenciones.

Cuando pienso en los que por tantos años fueron mis camaradas y amigos, comprendo que entre ellos había ambiciosos, algunos que eran malos, que se afiliaron al comunismo porque no eran honrados y fueron atraídos por lo malo que hay en él. Pero también comprendo que la mayoría serían magníficos cristianos si alguna vez se les diese una mejor causa en que creer. Y estoy seguro de que muchos millones más podrían ser inoculados contra el comunismo si se les hiciese sentir algo elevado, algo capaz de exigir incluso mucho de ellos, de llenar todo su ser y de utilizarlo para nobles ideales en lugar de para perversos fines.

CAPÍTULO XXIV

EL DIOS QUE NO FRACASÓ

No se me había prometido nada, "salvo que el cielo sería más oscuro y el mar más encrespado". El hallazgo de una nueva fe y la consecuente pérdida de la antigua que durante veinte años constituyó mi misma vida, me había dejado, de momento, psíquicamente exhausto. Deseaba más que nada un periodo de paz y sosiego; gozar plenamente de mi nueva libertad para pensar: vivir mi vida de católico, rompiendo por completo con el pasado, lo que había resultado imposible mientras intenté continuar en el *Daily Worker*.

Quería olvidar el comunismo del que por fin había escapado. Mi cansancio llegaba a hacerme identificar la paz de mi mente con la inactividad, a no desear otra cosa que escribir, ya que éste era mi trabajo, y, todavía más, a estar sentado y pensar en mi nueva condición. Mi aceptación del catolicismo había sido una decisión completamente personal. Pero quería, además, ser capaz de aplicarla al mundo que yo conocía.

Mi futuro era incierto. Creía que como periodista podría defenderme profesionalmente. Pero ansiaba conocer la mayor independencia posible. El ingeniero comunista que se hace católico puede continuar su trabajo lo mismo que antes. Para mí, periodista, era diferente. Estaba decidido a no ligarme a ningún periódico ni organización que supusiera constante compromiso. Más tarde, cuando estuviese seguro de mí mismo, podría quizá sentirme libre para colaborar en cualquier parte. Entretanto, quería desarrollar mis propias ideas, resolver mis propios problemas. Sabía que mis cimientos tenían esta vez un recto y sólido asiento. Pero la forma del edificio era aún imprecisa.

Nunca me había gustado hablar en público ni pronunciar conferencias. Siempre que lo hice fue por creerlo un deber. Pero ya no lo haría más.

Dolorosamente, con resistencia, había llegado a la firme convicción de que el comunismo era falso. Ahora quería concentrarme en soluciones positivas. Pero pronto llegué a comprender que ese deseo de recluirme en una torre de marfil era una forma de egoísmo. Era, sin duda, una forma de lujo espiritual que yo no podía aprobar. Porque la lucha seguía. En la Europa Oriental el comunismo, agresivo y triunfante, seguía extendiéndose. Estaba dando la batalla a la idea, la organización, la cultura, la fe que yo había aceptado. Pensasen lo que pensasen otros, yo sabía por mis años de comunismo que era una guerra a muerte. Si el comunismo vencía, el suelo de la Europa Occidental se enrojecería con la sangre de los mártires, las gentes dispuestas a morir por mi nueva fe. Peor aún, si las teorías y tácticas marxistas-leninistas seguían desarrollándose con arreglo a su plan, la victoria incruenta sobre las mentes tendría más fatales consecuencias que cuanto pudieran hacer con los cuerpos de los cardenales y obispos que martirizasen.

Comprendía el peligro. Conocía la diferencia entre el progreso comunista y sus verdaderas miras. Conocía su técnica. Mi capacidad de pensar como marxista no había desaparecido con mi apartamiento del Partido. El marxismo no era para mí tan sólo una teoría aprendida en los libros, Era una metodología. ¿Iba a abandonar la lucha sólo porque quería olvidar mi pasado? ¿No era, en realidad, que me estaba dejando influenciar por la idea de querer aparecer ante mis viejos camaradas convertido de amigo en enemigo?

Era muy fácil pensar que el camino más razonable era el que más se adaptaba a mi condición presente y a mis espontáneos deseos. Pero esto no era posible. Si yo creía que valía la pena luchar por la cultura cristiana, debía participar en la lucha. Si la fe era, como en otros tiempos, atacada por los paganos, yo debía entrar en la Cruzada. Así podría emplear mi pasado para nobles propósitos.

Mi labor en favor del comunismo no había cesado por el hecho de abandonarlo. Todavía continuaba. No podía tomar un ejemplar del *Daily Worker* —aún me era imposible— sin ver el nombre de alguno al que yo había introducido en el Partido y que seguía trabajando por su causa. Cada edición contenía artículos de antiguos amigos a los que yo había instruido. Y, en el aspecto nacional, el

Partido había replicado a mi defección en estilo típicamente marxista, llevando el fuego al campo enemigo. Estaba haciendo directas llamadas, por medio de folletos especiales y en toda su propaganda pública, a los obreros católicos para que se afiliaran al Partido comunista, con citas de los Hechos de los Apóstoles, de San Ambrosio y de Santo Tomás Moro, para convencerles que debían ser miembros del movimiento ateo más brillante de todos los tiempos, Ésta era la réplica del Partido. Si yo adoptaba una actitud pasiva, el resultado de mi conversión a la Iglesia podía muy bien ser una neta pérdida para ella. Hice el voto de intentar lograr más conversiones para la fe en los diez años siguientes que las que había conseguido para el comunismo en los veinte pasados. Resolví que no era para mí la torre de marfil. Una vez más, debía salir a la palestra.

Si conocía por experiencia que el comunismo era falso, yo, como escritor, debía decirlo. Esto no significaba que debiera empezar de repente a escribir y a hablar como si todos mis antiguos camaradas y colegas fuesen una cuadrilla de bribones y ambiciosos. Por todos los medios yo debía atenerme estrictamente a los hechos, que yo conocía ser ciertos por propia experiencia, a la creencia de que lo más peligroso del comunismo es que atrae a algunos de los mejores y moldea sus mentes y retuerce sus conciencias de forma que pueden ser empleadas en lo peor.

Por eso, cuando me ofrecieron un trabajo "tranquilo y cómodo", lo rehusé casi bruscamente. Una idea que me obsesionaba era la de que, pasase lo que pasase, yo no estaba en venta. Sabía que la mayor parte de mis antiguos compañeros no eran capaces de entender lo que yo había hecho, salvo por dicho motivo, pero, por lo menos, yo debía guardarme respeto a mí mismo rehusando cualquier oferta generosa que se me hiciese en los primeros tiempos y que viniese de aquellos que podían desear utilizarme para fines puramente políticos.

Me puse a trabajar solo, escribiendo para periódicos de todo el mundo, pero conservando mi independencia. Empecé la publicación de una serie de artículos en el *Catholic Herald*, explicando en breves bosquejos mi conversión del comunismo al catolicismo y contando algunas anécdotas. Mis artículos despertaron gran interés y, todavía más importante, sirvieron de orientación para muchos,

como demostraba la correspondencia que recibía. Los artículos aparecieron en un folleto que tuvo una rápida venta y fue pronto traducido a más de una docena de idiomas. Algunos de mis escritos fueron distribuidos entre las guerrillas comunistas griegas y otros en la China roja. Un folleto escrito para la Sociedad de la Verdad Católica fue traducido al indonesio para su distribución entre los comunistas de aquel país. La torre de marfil estuvo pronto muy lejos.

Cuando estimé terminada la serie para el *Catholic Herald*, vinieron otras. Pronto fui un regular colaborador, y, más tarde, redactor fijo, acudiendo parte de la semana a sus oficinas de Fleet Street y empleando el resto para mis trabajos particulares. En el *Catholic Herald* no tenía ningún compromiso. Escribía lo que me parecía bien y no hubo intento alguno para imponerme consignas ni directrices. El director se ufanaba que su periódico era uno de los últimos reductos de la libertad de expresión en Inglaterra, y el contraste con el *Daily Worker* no podía ser mayor. Dados mis antecedentes comunistas, yo casi esperaba directrices emanadas del cardenal, como en otros tiempos las había recibido de los mandos del Partido. Pero no llegó ninguna. Pronto gocé plenamente de la libertad que proporciona la propia disciplina de la mente, la que nace de una fe en la absoluta verdad que tantos en nuestra generación han repudiado u olvidado.

A finales del tiempo pascual, sacamos a Rowena de la escuela regida por ateos izquierdistas, a la que acudía, para enviarla inmediatamente a otra dirigida por monjas Ursulinas. Ella se adaptó a la nueva atmósfera como el pez en el agua. La nueva vida no presentaba ningún problema para ella, por lo menos.

Desde todas las partes de Inglaterra me llegaban invitaciones para dar conferencias, de organizaciones políticas, y, desde luego, de millares de sociedades católicas. Al principio seguí aferrado a mi primitivo propósito de no hablar más en público. Pero después pensé que no debía, no podía, en tales momentos, abandonar la lucha contra el comunismo. Al cabo de unos años quizá sería demasiado tarde. Mi vida había de resolverse de una forma o de otra. O cristianismo o comunismo, no existía alternativa posible.

De entre infinidad de invitaciones escogí una de Dowlais, ciudad situada en un valle minero de Gales del Sur, para mi primera conferencia. Los nombres de los valles galeses, asociados a

continuas huelgas y manifestaciones de parados, habían tenido para mí durante muchos años una mágica atracción.

Empezaría con una comarca conocidamente “roja”. Si podía hablar allí lo podría hacer en cualquier otra parte. La asistencia fue muy nutrida y ampliamente divulgada. Su resultado fue un nuevo enjambre de invitaciones para pronunciar discursos. Y comprometí todo el tiempo libre de que disponía, principalmente con las sociedades católicas.

No intenté siquiera escoger o elegir, sino que las acepté tal como iban llegando. Los que me invitaban conocían probablemente el valor de los actos mejor que yo, el último de los reclutas. Acudí a todas partes, no importaba que fuese a hablar a seis monjas en un pequeño convento o a cinco mil personas en una gran sala de una ciudad. En dos años, hablé en cientos de reuniones y recorrí miles de millas. La empresa primera y principal era despertar la conciencia de los cristianos, no precisamente porque fuesen anti-comunistas, sino porque había que hacerles comprender que sus acciones, la lucha por sus principios, era lo que decidiría el curso de la Historia durante las próximas centurias.

En aquellos dos años, hablé probablemente a medio millón de personas, por lo menos. Descubrí que las monjas eran en todas partes las que invariablemente hacían las preguntas más sensatas; que las más profundas provenían de las jóvenes y muchachas estudiantes; que los políticos profesionales proponían las cuestiones menos originales. Dormí en trenes, en monasterios, en presbiterios y en hoteles, y escribí en todas partes. No tuve tiempo de comparar el valor de las grandes reuniones frente a las reducidas, ni el de las conferencias frente a los escritos. Me limité a hacer cuanto el tiempo me dio de sí.

Yo había llegado a la Iglesia con la mayor parte de mis antiguos prejuicios todavía vivos.

Siendo comunista, había creído que los católicos ingleses estaban entre los menos preparados políticamente y formaban el grupo menos instruido de la población. Lo había aceptado como cosa natural y corriente. Hasta que tuve la evidencia de lo contrario no vi razón alguna para rechazar esa idea ni siquiera estando como estaba en camino de aceptar su fe. Pero después de tratar a miles de ellos, llegué, sin dificultad, a descubrir que, reunidos en masa,

contemplados como oyentes, eran muy parecidos a otros auditorios. Por ser humanos —y la Iglesia es muy humana— tenían todos los defectos, todos los vicios de los demás seres. Pero al tratarlos individualmente, vine a darme cuenta de que había una diferencia: la de que junto a sus vicios tenían virtudes que no se daban con la misma intensidad entre parecido número de modernos paganos. El deseo, la intención de hacer el bien y de ser bueno tiene efectos palpables. Abunda entre ellos el amor y la caridad, muy escasas en nuestra fría e insensible sociedad moderna.

Había creído, incluso, que todos los religiosos, monjas y sacerdotes eran inmorales. Esa idea había sido sembrada en mi niñez, cuando pertenecía a una organización militante anti- católica.

Y, de la misma manera, hasta que no tuve la evidencia de lo contrario, no vi razón suficiente para cambiar de opinión. Rechazar la verdad del cristianismo por la existencia de "malos cristianos" sería tan irracional como argüir que el comunismo es bueno porque atrae a gentes con buenas intenciones, y esto es lo que para mí importaba. Hallé, naturalmente, que había clérigos con las normales debilidades humanas y seculares incultos o indolentes. Pero lo más importante era la presencia de magníficas cualidades ampliamente extendidas en iglesias y conventos lo mismo que entre la masa de creyentes.

Durante muchos años, como periodista, había observado y comentado los acontecimientos mundiales y había opinado sobre figuras públicas y gente de toda clase. Ahora mis ideas habían dado tan completa vuelta que, al verme precisado a improvisar una hora de actuación para continuar escribiendo sobre personas y acontecimientos, bajo las precipitadas condiciones usuales del trabajo periodístico, descubrí que si tomaba exactamente el camino opuesto al que había seguido en el pasado, estaría probablemente muy cerca de la correcta aplicación de los principios cristianos que yo había aceptarlo. Todo y todos tenían que ser contemplados desde otro punto de vista.

Como comunista, mi interés había sido el desorden, la crisis económica, la injusticia y el caos social, la derrota militar. Mis esperanzas estaban puestas en el desasosiego mundial y en la inestabilidad nacional. La agresividad de los dirigentes del Este, los eminentes problemas del Oeste, debían aumentar mi confianza en

una cercana victoria del comunismo. El marxismo siempre ha tenido fáciles respuestas para las situaciones difíciles. El mundo no consistía en millones de hombres imperfectos esforzándose por algo mejor, sino en dos clases de enemigos, de cuya lucha surgiría un nuevo orden. Los problemas y soluciones eran simples, claros... y absolutamente utópicos.

Como cristiano, yo creía ahora que nuestros problemas eran consecuencia del fracaso o la incapacidad de las naciones para acogerse a los ideales que una vez fueron su guía, y el de los hombres, para vivir con arreglo a la fe que aún conservan algunos y que otros habían despreciado.

En los viejos días del comunismo, yo había juzgado a los hombres a la luz de las enseñanzas marxistas. ¿En qué lado de las barricadas estarían si mañana se produjera una situación revolucionaria? ¿Dónde estaban en relación con la Unión Soviética y las campañas del Partido comunista? Éstos eran los únicos criterios de distinción que admitíamos, las únicas preguntas que nos hacíamos. Lo mismo al juzgar a la gente que al valorar la situación mundial, todo tenía una rígida, una falsa simplicidad; todas las cosas y todos los hombres eran blancos o negros; no había grises. La clase trabajadora en bloque, con excepción de aquellos que habían colaborado activamente con el enemigo, era blanca. Toda la "clase dirigente", con excepción de los pocos unidos a las filas de los trabajadores, era negra. Todos los políticos católicos eran reaccionarios. Todos los jefes sindicales católicos estaban por fuerza corrompidos.

Incluso la primera vez que hablé como amigo con un diputado católico, no podía sustraerme a la influencia de los repetidos embustes y de los viejos y ciegos prejuicios. Me quedé sorprendido, a pesar del largo camino por mí recorrido, al descubrir que él, como la mayoría de mis nuevos compañeros, procuraba llevar una vida cristiana.

Estar esperando a alguien en el vestíbulo central de la Cámara de los Comunes y ver a un antiguo camarada tras otro entre "los compañeros de viaje" y los parlamentarios filo-comunistas venir hacia mí, recordar lo que yo había hecho y pasar de largo con una mirada propia del que ve a un judas Iscariote, era una saludable advertencia, a pesar de ser desagradable, de lo que yo hubiera

pensado de ellos si las cosas hubieran sucedido al revés. Y, además, una prueba de mi caridad cristiana.

Era muy útil, y amargamente gracioso, encontrarme con un jefe sindical católico al que yo había atacado durante muchos años y del que todavía sospechaba en el subconsciente, y hallar que él también había sospechado de mí hasta el instante del encuentro. Inevitablemente, sentía cierto bochorno cuando de forma sencilla y natural me ofrecía su ayuda para cualquier momento y en cualquier aspecto.

El día en que abrazamos el catolicismo, sentí que entonces me vinculaba a lo más sano del mundo actual. No concretamente a la humanidad sana, sino a la inmensa bondad de Dios, sin la cual en esta época de locura atómica la vida no tiene valor ni sentido. El Dios al que los hombres una vez declararon inexistente es hoy más necesario que nunca para salvar al mundo de su propia destrucción.

Las cosas más sanas del mundo son aquellas por las que subsiste y lucha la Iglesia, tildada de reaccionaria, anticientífica y obscurantista. La Iglesia parecía siempre reaccionaria a aquellos que ven el "progreso" como un fin en sí mismo y que creen que todo lo nuevo debe, por virtud de su novedad, ser superior a lo antiguo. Reaccionar contra la progresión hacia el desastre es una señal de cordura que debe ser inculcada cada vez con más fuerza a una generación enfrentada con la posibilidad de un "progreso" científico que la está conduciendo a su total extinción. A aquellos que dicen que debemos progresar a toda costa, la Iglesia pregunta: ¿Hacia qué?

De forma similar, en las cuestiones sociales y políticas, la Iglesia se ha negado a dejarse arrastrar por la extendida creencia de que el cambio de las condiciones de vida traerá consigo inevitablemente su mejora. Se da por supuesto por los afectos al comunismo que el hombre que es capaz de ver y denunciar los males de un sistema social, está, por ello mismo, calificado también para establecer las líneas generales de otro mejor y, por consiguiente, para administrarlo. La experiencia nos dice que esta suposición tiene muy poca consistencia. Porque es bastante corriente que sea una cosa mala la que ataque a otra. Ni la atacante ni la atacada son menos malas porque la una sea atacada por la otra.

El comunista puede acertar al poner el dedo en lo que es malo de nuestra sociedad, pero sólo el cristiano está capacitado para descubrir lo bueno. Uno de los más grandes errores de nuestro tiempo fue proclamado por los *Webbs*, que dieron solemne forma a la repulsa soviética de la religión con la afirmación de que la adoración a Dios ha sido sustituida por el servicio del hombre. Ha sido esta especie de comprensión fácil lo que ha abierto el camino de la destrucción de la cultura occidental.

Los comunistas han iniciado los sistemas más "progresistas" hacia una generación, pero los regímenes por ellos establecidos han demostrado ser los más "reaccionarios" (en su propia interpretación de la palabra) del mundo actual.

Pero las modernas orientaciones tienden a demostrar que, en sus enseñanzas sociales, la Iglesia ha estado realmente a favor del progreso, que las normas de conducta recomendadas por ella buscan el auténtico mejoramiento del hombre. Por eso se consideran cada vez más seriamente las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*. Lo único malo de ellas es que se adelantaron a su tiempo.

Cuando León XIII condenó la guerra de clases mientras proclamaba al propio tiempo el derecho del trabajador a un salario justo, fue tachado de reaccionario por la izquierda y de perturbador por la derecha. Pero los elementos más sanos de izquierda y derecha están hoy utilizando sus ideas como propias y como la última palabra del progreso. Pío XI fue tildado de fascista por sus sugerencias sobre la reforma de nuestro sistema social, y las formas y los políticos más progresistas están ahora estudiando su puesta en práctica.

Al mismo tiempo que ha de procurar cuidadosamente no desorbitar las cosas, el cristiano, por ver a las criaturas hechas a imagen de Dios, debe, si es consciente con su fe, trabajar activamente contra la injusticia social y todo lo que degrade o hiera a sus compañeros. Por eso, algunos de los más significados movimientos sociales que yo he visto en Holanda, en Francia y en Irlanda, son resultado de esas inspiraciones.

La Iglesia Católica ha demostrado ser más sabia que los hombres de ciencia que han creído poder aislar una sección del conocimiento humano, la suya propia, de todas las demás, y en

particular de la representada por el cristianismo y sus enseñanzas. Ellos han mantenido que no podía aceptarse nada que no pudiera ser pesado en balanzas o medido con reglas. Los hombres eran mucho más sabios en aquellos días en que los hombres de ciencia empezaban sus estudios con un curso de Teología que les capacitaba para poder contemplar la perspectiva de las cosas. El cristiano es más sabio cuando declara que las cosas más importantes no pueden ser probadas por medios naturales, que lo sobrenatural puede, al fin y al cabo, ser más, mucho más importante que lo natural.

Éste, desde luego, es un lenguaje que hoy muchos no entienden. Por eso pueden ir a Irlanda, por ejemplo, y ver, como yo una vez vi, nada más que las pobres ciudades y aldeas (ambas, para hacer justicia a los actuales gobernantes, herencia de antiguos tiempos).

Lo más significativo en los países en que la antigua fe vive todavía es que allí lo sobrenatural es tan real en la vida del pueblo como las cosas del mundo exterior. Las fronteras entre los dos mundos son tan borrosas que apenas existen, y por ello esos pueblos que conservan la fe han conservado también el arte de vivir, que han perdido nuestras comarcas más paganizadas. La explicación está en que la vida es sólo a medias vivida cuando opera exclusivamente en el plano natural.

Marx, en su famosa Undécima Tesis, declaraba: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* el mundo de diversa forma, lo principal, sin embargo, es *cambiarlo*." Con su mezcla de soberbia intelectual y de llamada emocional se calculaba atraer tanto a la inteligencia pagana como a los proletarios anhelantes de un ideal. "Cambiar el Mundo" se ha convertido en una frase hecha que ha servido de bandera a los comunistas de todo el universo, como si el cambio fuera un fin en sí mismo. Apenas se han detenido a pensar si era para mejorar o para empeorar.

Marx comprendió como todos los dirigentes comunistas comprenden, que su nuevo mundo requería hombres nuevos. Equipados con el conocimiento de la moderna psicología y la técnica de la propaganda, han emprendido la tarea paralela de modelar las mentes, mientras ambicionan cambiar la estructura de la sociedad con arreglo a sus moldes propios. Pero la misma naturaleza del

molde no puede más que ser falsa, porque su punto de partida, que es un mundo puramente material, es una falsedad. Y además es una peligrosa falsedad porque su meta, no reconociendo nada por encima de ellos mismos, puede ser la que a ellos se les antoje. El moldeamiento de la mente en manos de los marxistas materialistas se convierte en la cosa más aterradora que el mundo ha conocido. El cambiar el mundo no puede dejarse en sus manos.

El comunista cada vez resulta menos atrayente al perfeccionarse a sí mismo como un marxista. El nuevo hombre marxista, el "cadre de acero" es aterrador por sus posibilidades para el mal. Cada vez la nueva sociedad marxista se convierte en menos atractiva, por lo que con el tiempo, el régimen comunista tiene que depender por completo para su supervivencia de la falsa propaganda, del elogio de los jefes hechos antipáticos por su marxismo y del terror, patente o encubierto.

Resulta completamente lo contrario con el cristianismo. Cuanto más se practica más atrae. Cuando los cristianos han dejado de practicar sus creencias y de practicar sus verdades en la sociedad es entonces cuando el cristianismo ha alejado a los hombres.

El cristianismo cree que un mundo distinto y mejor sólo puede conseguirse con hombres distintos y mejores. Pero los cambios que él haría están basados, no en sus caprichos o intereses egoístas, sino en las verdades sobrenaturales reveladas y en el vasto cuerpo de la doctrina cristiana que se ha deducido de ellas. Es precisamente la creencia del cristiano en lo sobrenatural lo que hace su fe tan sana y su fin tan deseable. Garantiza que los cambios que consiga en los hombres y en la sociedad serán para bien y no para mal.

Seis hombres que, como yo, fueron en un tiempo comunistas o compañeros de viaje, y que se separaron del movimiento desilusionados, han titulado su historia "El Dios que fracasó". Perdieron su fe, aunque era una mala fe, y, en la mayoría de los casos, encontraron sólo el vacío. Ésta ha sido la tragedia de muchos de los mejores hombres de nuestro tiempo. El comunismo se apoderó de sus mejores años, exigió toda su inteligencia y su alma y después les dejó sólo la desilusión y un escepticismo sin límites.

Yo tuve más suerte. Perdí mi fe comunista porque me enseñaron algo mejor. No me fue fácil llegar a conocer a mi nuevo Dios.

Y el amor de Dios no me llegó automáticamente. Lo mismo que es preciso conocer primero a un hombre o a una mujer, y el amor llega después sobre la base de los comunes intereses compartidos y de las intimidades intercambiadas, así, lentamente, llegué yo a conocer ese amor. Pero una cosa es segura: mi Dios no ha fracasado.

FIN